

CON- TEMPORÁNEA.

Toda la historia en el presente

Núm. 10 julio - diciembre de 2018

Con-temporánea. Toda la historia en el presente, primera época, vol. 5, núm. 10, julio-diciembre de 2018, es una publicación semestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, C.P. 06700, Del. Cuauhtémoc, Ciudad de México, www.con-temporanea.inah.gob.mx Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2014-070413343600-203, ISSN: 2007-9605, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Responsable de última actualización del número: Claudia Alvarez Pérez, Dirección de Estudios Históricos INAH, calle Allende 172, col. Tlalpan, C.P. 14000, Ciudad de México, fecha de última actualización: 15 de febrero de 2019.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor. Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Contacto: con-temporanea.deh@inah.gob.mx Teléfono: 4040 5100 ext. 1205

<http://con-temporanea.inah.gob.mx>

Directorio

Secretaría de Cultura

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria

Instituto Nacional de Antropología e Historia

Diego Prieto Hernández

Director General

Aída Castilleja González

Secretaria Técnica

Adriana Konzevik Cabib

Coordinadora Nacional de Difusión

María Eugenia del Valle Prieto

Directora de Estudios Históricos



Primera época, vol. 5, núm. 10, julio – diciembre de 2018

Revista de la Subdirección de Historia Contemporánea de la Dirección de Estudios Históricos-
INAH

Editor

Carlos San Juan Victoria

Asistente editorial

Claudia Alvarez Pérez

Coordinador del número

Carlos San Juan Victoria

Consejo de redacción

Carlos San Juan Victoria

Dolores Pla Brugat (†)

Gabriela Pulido Llano

Mario Camarena Ocampo

Mónica Palma Mora

Rosa Casanova

Consejo editorial

Alejandro Schneider, Universidad de Buenos Aires

Fernando Saúl Alanís, El Colegio de San Luis

Germán Feijoo, Universidad del Valle (Colombia)

Iván Gomezcesar, Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Jesús Hernández Jaimes, FFyL UNAM

Leticia Reina, Dirección de Estudios Históricos, INAH

Luciano Concheiro, Universidad Autónoma Metropolitana–Xochimilco

Luz María Uhthoff, Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa

Marcela Dávalos, Dirección de Estudios Históricos, INAH

Marco Bellingeri, Universidad de Turín

Ricardo Pérez Montfort, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social

Salvador Rueda, Dirección de Estudios Históricos, INAH

Tiziana Bertaccini, Universidad de Turín

Verónica Oikión, El Colegio de Michoacán

Concepto y producción editorial

Benigno Casas

Diseño web

Tania Ixchel Pérez González

Cuidado de la edición

Claudia Alvarez y Héctor Siever

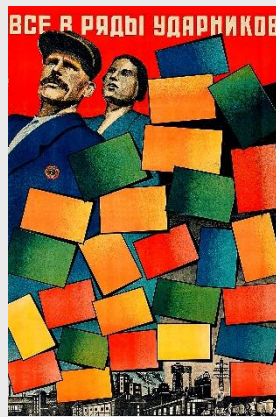
Soporte técnico

Reynaldo Gallo Mondragón

Fotografía de portada y fotografías de banner

José Guadalupe Martínez, Biblioteca Nacional de Antropología e Historia

Fotografías de banner



Propósito



Etimología:

Con: perteneciente a
Temporaneus: tiempo

Pertenecer a un tiempo junto con otros

Paradoja:

Es posible *existir* en el mismo tiempo-espacio con otros, e ignorarlo.

Se pertenece por diversos impulsos, como, uno entre tantos ejemplos, los acontecimientos (crisis, revoluciones, catástrofes naturales, las tempestades modernizadoras) que hacen vibrar a muchos al mismo ritmo de sus reverberaciones. Se pertenece, también, por las narrativas históricas que nos convierten en individuos que conllevan —carga y alegría— un mismo tiempo-espacio con otros.

Nos hacemos, no nacemos, contemporáneos.

¿Por qué Con-temporánea?

Recuperar desde esta segunda década del siglo XXI al XX, polémico, fundador, en su calidad global y su circunstancia local, su variedad y discontinuidad, en sus muchos temas y sujetos, asumirlo como un continente apenas explorado.

Traer lo muy lejano en el tiempo-espacio, al diálogo con este tiempo nuestro. Distanciarse de un presente sólido y familiar para abrirlo a las posibilidades múltiples del tiempo largo.

Promover muchas tramas narrativas, capturar los acontecimientos fundadores, ampliar el tiempo-espacio con nuevos sujetos y temas, acoger la riqueza de miradas y métodos históricos.

Abrir, en un tiempo de consenso, de plena aceptación de las frías y uniformes aguas de la sociedad global, el aire fresco de la crítica.

Invitar al ejercicio colectivo de trazar en la arena móvil del tiempo las tramas de un nosotros polifónico, diverso y distinto, contradictorio, siempre cambiante.

Núm. 10 “Historia y Narrativa”

INDICE

Presentación

Destejiendo a Clío “Patria”

Paco Ignacio Taibo II
“Las batallas historiográficas para hacer “patria”

Saúl Escobar
“La ferviente terquedad de los liberales”

César Valdez
“La narrativa histórica en Patria”

Del Oficio

José Joaquín Blanco
“Crónica e historia: la crónica como método historiográfico”

Francisco Pérez Arce
“Manzoni, Stendhal, Sciascia: la historia en la novela”

Emma Yanes Rizo
“Atisbos de modernidad I: Etlá, Oaxaca: las fábricas San José y La Soledad Vista Hermosa”

Aldo Agosti
“El arco histórico: de la democracia de masas a la democracia mediática”

Martín López Ávalos
“Entre el poscolonialismo y la alteridad revolucionaria: la descolonización africana en el itinerario de la revolución cubana”

Sergio Gallardo García
“Trayectividad de la migración coreana en la Ciudad de México: entre nacionalismos, iglesias y asociaciones étnicas”

Expediente H

Francisco Pérez Arce
“Viento en popa”

Sergio Hernández
“El 68 en bicicleta”

Lilia Venegas
“Tijuana 1968: La rebelión de las mujeres panistas”

Saúl Escobar Toledo
"1968: la historia imposible"

Carlos San Juan
"Conversar con "El 68": el monumento y la medusa"

Post Gutenberg

Galería: "La revolución de Octubre y el Caribe", por José Guadalupe

Audio1: "4 cantores y 10 Canciones del 68", protesta musical mexicana a 50 años del movimiento estudiantil", por Liliana García

Audio 2: Para quien tenga oídos "Memoria del 68" de Enrique Ballesté, por Argelia Ek Ballesté Viveros

Video: Ciclo de Conversatorios DESCIFRANDO EL CAMBIO MEXICANO
Armando Bartra "El Posneoliberalismo ", 11 de octubre de 2018, Dirección de Estudios Históricos INAH, Edición Medios INAH.

Trayectorias

"Leticia Reyna: los historiadores somos guerrilleros de la palabra", por Mario Camarena y Rocío Guzmán

Mirar Libros

"Las Islas Marías"

Diego Pulido Estevea, *Las Islas Marías. Historia de una colonia penal*, México, Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017.

Por Halina Gutiérrez Mariscal

"Arturo Rosenblueth, científico de gran talla"

Ruth Guzik Glantz, *Arturo Rosenblueth, 1900-1970*. Presentación de Pablo Rudomin, México: El Colegio Nacional, CINVESTAV, 2018.

Por Tanius Karam Cárdenas

"Cherán una Historia de lucha"

Casimiro Leco Tomás, Alicia Lemus Jiménez y Ulrike Keyser Ohrt (coord.), *Jucharfi eratsikua, Cherán K´eri: Retrospectiva histórica, territorio e identidad étnica*, Cherán, Michoacán, 2018.

Por Mario Camarena Ocampo

"La Rojería mexicana"

Oscar de Pablo, *La Rojería: Esbozos Biográficos de Comunistas Mexicanos*. Ciudad de México, Penguin Random House, 2018.

Por Gerardo Necochea Gracia

"Nuevas miradas al 68"

Alberto del Castillo Troncoso (coord.), *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*, México, 2012.

Por Sergio Rivas

“Rememorar el 19 de junio de 2016”

Emma Landeros Martínez, *Nochixtlán: un domingo negro. Radiografía de una masacre*, México, Aguilar, 2018.

Por Antonio Cruz Zárate

“Pies en la tierra”

Sergio Huidobro (coord.), *Pies en la tierra. Crónicas de septiembre*, México, s.e., 2018.

Por Omar Issac Dávila González

“La era de la juventud”

Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, México, Fondo de Cultura Económica, 2017.

Por Víctor Manuel Guerra

“México y la Segunda República Española: Cuatro décadas de ininterrumpido vínculo entre dos repúblicas hermanadas”

Carlos Sola Ayape (coord.), *Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975)*, FCE (Cátedra del Exilio), Madrid, 2016

Por Guiomar Acevedo López

“A la sombra de la praxis historiográfica, informalidades de actores muy formales”

Ana Rosa Suárez Argüello y Agustín Sánchez Andrés (coord.), *A la sombra de la diplomacia. Actores informales en las relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2017.

Por Martín López Ávalos

“Me detengo a retratar el dolor”

Alberto del Castillo, *Fotografía y memoria. Conversaciones con Eduardo Longoni*, México, FCE, Conacyt, Instituto Mora, 2017.

Por Rebeca Monroy Nasr

Noticias

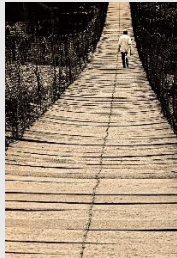
Presentación

Lucha por la vida desde la legalidad

Carta al Lic. Andrés Manuel López Obrador

Presentación del número 10

En el primer semestre de 2014, hace ya cinco años, iniciamos la revista *Con-temporánea*, “la aventura incierta del paso inicial, la esperanza abierta de recorrer un camino”. Nuestra primera portada fue la imagen de un hombre en medio de un puente colgante:



En el segundo semestre del 2018 entregamos el número 10 y, además, hicimos un número especial, doble e impreso, sobre los terremotos del 2017. Sin pretensiones, podemos afirmar que esta revista ya existe, como colectivo que la produce, como red de relaciones académicas e instancias de apoyo —en primer lugar, la Coordinación Nacional de Difusión del INAH y su Dirección de Publicaciones—, y como breve tramo ya recorrido. A todos, muchas gracias.

Con-temporánea, decíamos en ese primer número, es “pertenecer a un tiempo junto con otros”. En este número diez los tiempos de pertenencia, polémicos, abiertos, circulan intensos. Los “liberales rojos” de la Revolución de Ayutla que reconstruye Paco Ignacio Taibo II; la sombra ambigua de la gran Revolución de Octubre expresada en carteles; las canciones y las memorias del 68 mexicano; la Guerra fría y la poscolonialidad; el auge y caída de la democracia de masas italiana; la memoria oral fabril en Etna, Oaxaca; las migraciones interminables de los coreanos. El siglo XX como un “continente apenas explorado”.

Y en ese suscitar las pertenencias a tiempos compartidos con otros, buscamos “promover muchas tramas narrativas”. Una historia compartida es una historia bien contada. En *Del Oficio* José Joaquín Blanco, memoria viviente, crítica y lúcida de la historia cultural mexicana e internacional, bloguero, historiador, crítico literario y ensayista extraordinario, pone el dedo en la llaga: la crónica inmersa en las pasiones, en los dichos y en las creencias no sólo tiene discrepancias con la historia científica del dato duro que aspira a divorciarse de su compañía indeseable, sino intercambios continuos, afortunados y secretos, una disputa con muchas complicidades que les favorecen a ambos. Francisco Pérez Arce revisa los intercambios entre la historia y la ficción literaria en tres grandes escritores: Manzoni, Stendhal y Sciascia, un menú abierto que pueden retomar literatos e historiadores. Emma Yanes nos ofrece con sensibilidad y

buena pluma la historia de una fábrica textil oaxaqueña a partir de los testimonios orales de sus obreros.

En *Destejiendo a Clío* Paco Ignacio Taibo II expone sus batallas para construir una historia narrativa capaz de provocar la identidad de los lectores con los personajes y las situaciones descritas con rigor. En *Expediente H* se recuperan testimonios con varias formas narrativas de resolver la memoria del 68, que se complementa con el audio de *Post Gutenberg* dedicado a la canción producida en ese año clave y a la memoria recuperada de uno de sus mejores compositores, Enrique Ballesté, tano en un montaje teatral como con su música.

Trayectorias nos ofrece la entrevista a una de nuestras historiadoras mayores, profesora-investigadora emérita del INAH y autora de libros de referencia obligada (*Rebeliones campesinas en México 1819-1906*, o *Pueblos indígenas de Latinoamérica. Incorporación, conflicto, ciudadanía y representación. Siglo XIX*), Leticia Reina Aoyama. La historia rigurosa es también una toma de postura hacia el tiempo que se recrea y se vive, y hace de su ejercicio un continuo batallar.

Post Gutenberg nos trae una insólita colección de carteles soviéticos que están resguardados en la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. El video incluido en este número nos permite participar en una tertulia: un conversatorio que organizó la revista, el cual tuvo por nombre Descifrar el Cambio Mexicano, y se llevó a cabo el pasado 11 de octubre de 2018; allí, el maestro de varias generaciones, el filósofo del marxismo mundano, Armando Bartra, nos ofrece la narrativa del 68 como el origen de los cambios que hemos vivido y estamos viviendo.

Mirar libros trae noticias sobre una nueva y fresca mirada a las islas Marías, la vida científica de Arturo Rosenblueth, la historia de Cherán, las biografías de la Rojería mexicana, las nuevas miradas al 68, el negro domingo de la represión en Nochixtlán, Oaxaca, las temáticas de las juventudes argentinas, los vínculos entre dos repúblicas hermanas, México y España, los actores informales de la diplomacia y las pláticas con el fotógrafo Eduardo Longoni.

Reiteramos, con la confianza creada en estos años, la intención de convocar cada vez de manera más abierta y pública, a “trazar en la arena móvil del tiempo la trama de un nosotros polifónico, diverso y distinto, contradictorio, siempre cambiante” en un constante caminar, incierto y esperanzador, por el puente colgante.

10 números, 5 años, y apenas comenzamos.

Presentación de Destejiendo a Clío

El martes 10 de abril de 2018, en una tarde amable después del intenso calor del mediodía, tuvimos el gusto de conversar con Paco Ignacio Taibo II a propósito de su libro, dividido en tres volúmenes, *Patria*.

El literato, historiador y promotor de la cultura y de la lectura —a través de su Brigada para Leer en Libertad— hizo una peculiar presentación de su libro a un auditorio abarrotado por los jóvenes y no tan jóvenes miembros de dos diplomados impartidos en la Dirección de Estudios Históricos, el de Historia del siglo XX mexicano y el de Historia militar mexicana.

Taibo nos condujo a la cocina del historiador para ver cómo éste se plantea lograr una narración que atrape al lector y que a la vez se sustente en una documentación pródiga. Nos mostró sus batallas para lograr una historia novelada, los diversos planos en que se organiza la información y la narración, desde las tomas amplias de épocas y grandes acontecimientos hasta los mínimos detalles capaces de alumbrar el dilema, el riesgo, la incertidumbre del momento.

Así, la historia —otras veces reducida a simple ficha de investigación— adquiere un rostro humano, se convierte en las historias concretas de personas en su tiempo, pugnas de ambiciones desnudas, lances épicos y terquedades éticas. Sobre todo, *Patria* rescata de manera intensa esa revolución liberal hasta ahora no recuperada en su gran dimensión histórica, la que inició en Ayutla y culminó con la República restaurada, la revolución de los “liberales rojos”.

Además de la visión de Taibo, en esta sección les ofrecemos los precisos comentarios de dos de nuestros colegas investigadores que también participaron en esa sesión: Saúl Escobar y César Valdez.

Las batallas historiográficas para hacer “Patria”

Paco Ignacio Taibo II*

Resumen

El autor reflexiona en este texto sobre el diálogo establecido entre las fuentes y la historiografía, un proceso hermenéutico para construir un tejido fino y minucioso del quehacer histórico. Enuncia las diversas rutas del ir y venir entre las evidencias de los documentos, las presencias y ausencias, incluso las contradicciones; y claro, cómo narrar la patria, una patria escrita desde abajo es detallada en estas líneas.

Palabras clave: patria, México, historiografía, narrativa histórica, historia desde abajo.

Abstract

The author reflects in this text on the dialogue between sources and historiography, a hermeneutic process to build a fine and thorough historical construct. He enunciates different routes between the evidence in documents, presences and absences, even contradictions; and how to narrate the homeland from below.

Keywords: homeland, Mexico, historiography, historical narrative, history from below.

Hay libros que tienen una intención; pero *Patria* no tiene una, tiene como nueve. A veces tiene momentos de contradicción, no contradictorios, pero sí con elementos de contradicción. Siempre que pones letras con la mano derecha, ¿qué haces con la mano izquierda? Esa es la idea central que me acompañaba a la hora de escribir. Pero hay como otras ocho o nueve intenciones ocultas.

Primero, se trata de un cúmulo de información recopilada a lo largo de veintidós años buscando, leyendo, comprando, consiguiendo y confrontando material; yendo a Zacatecas para hablar de Pancho Villa y aprovechando el viaje para meterte en la biblioteca de González Ortega y leer sus poemas juveniles de cuando aún estaba con los curas. Ahora metiéndose a la Biblioteca México a trabajar sobre la poca literatura que puedes encontrar en prensa nacional sobre los yaquis, y ya que estás ahí, pues date una vuelta a leer con más cuidado el siglo XIX completo. Y era una labor tremenda. El volumen de las fuentes era abrumador, a veces desesperantemente abrumador. El acceso que podemos tener a los informes consulares norteamericanos e ingleses,

a las actas de los debates y a las memorias de los franceses era abrumador. Pero ésa fue la primera de las intenciones: tratar de recuperar todo eso.

Sin embargo, con esos documentos no se podía saber qué discutían los soldados yaquis del ejército de Miramón y qué los soldados llanos del ejército de Leandro Valle en contrapunto. Para eso había que recurrir a las cartas, pero quedan muy pocos restos de correspondencia y la mayoría son de los oficiales, es decir, son otro mundo. Entonces, la posibilidad de rescatar desde abajo el periodo requiere de una habilidad deductiva e inductiva a la Sherlock Holmes, de seguir las pocas huellas, de tratar de imaginar a partir de fragmentos, de encontrar textos raros que pudiesen aportar datos.

Luego, vi que había abundantes fuentes documentales oficiales, como los informes consulares ingleses, que son trece tomos. Pero después de haber leído el primero, descubrí que sus visiones estaban absolutamente sesgadas: no estaban en el centro de la acción ni proporcionaban información, sino que básicamente producían mensajes reexplicados para el que los quisiera oír. Los deseché. En contraste, me tuve que soplar los veintiocho tomos que abarcan los escritos de Guillermo Prieto porque éstos sí eran indispensables. También descubrí que algunos fragmentos aparentemente sin ninguna relación con mi tema se volvían los más reveladores del momento, y que habría que darles la categoría de fuente a cosas muy sorprendentes. Por ejemplo, los ocho sonetos a la Virgen de Guadalupe. Y yo, que soy un impenitente, tuve que soplármelos con cuidado, cariño y mirada candorosa, porque ahí se me revelaban algunos aspectos del imaginario popular de la época. Y con eso pues entraba yo a una discusión sobre la pertinencia y riqueza de las fuentes, pues había que ampliar la visión documentalista oficiosa a esos fragmentos, en ocasión poesía y literatura, que sin embargo ayudaban a comprender lo que las otras ocultan, es decir, las mentalidades del pueblo.

Y había también una guerra contra los investigadores desinformados y que deforman los eventos. Un caso que me alarmó especialmente fue el de cierto historiador que comete 63 errores en once páginas; eso hay que decírselo, a él y a sus posibles lectores, y sobre todo, impedir que ellos lo lean cándidamente. Y no hablo de interpretaciones, hablo de hechos tergiversados, de errores garrafales. Entonces el libro también era un debate contra la historia conservadora y llevaba a esquinas verdaderamente extrañas. Por ejemplo, ¿por qué registré, leí y anoté treinta y cinco biografías de Carlota y sólo pude encontrar dos malos folletos sobre Margarita Maza? Me parecía una agresión en términos del tamaño de mi biblioteca. Carlota ocupaba un tomo de este pelo y yo realmente quería revertir ese exceso, pero los libros o folletos para hacer una historia desde abajo resultan muy escasos y con poca información. Tienes que deducirla a pinceladas. Entonces me adentré en un segundo debate sobre la historia conservadora.

Mi tercera batalla era muy extraña: necesitaba periodizar de otra manera. No me gustaba, no me llenaba, la periodización que establecía una secuencia cronológica; por ejemplo, abrir con el santanismo, luego seguir con la Constitución del 57 y su apéndice, la guerra social y la política de la Reforma, para terminar con la guerra contra los franceses y el Segundo Imperio. Después de los primeros años de lectura, me pareció que esa sucesión de acontecimientos ocultaba algo muy importante, algo que empezaba en Ayutla y terminaba en Querétaro con el fusilamiento del emperador Maximiliano y el júbilo popular en la Ciudad de México tres meses después, cuando Juárez se instala.

¡Lo que tenías era la revolución liberal! Ésta era una revolución en palabras mayúsculas y había pasado inadvertida, ignorada, en tercer plano. No tenía el caché de la Independencia o la Revolución mexicana, sino más bien parecía un asunto aburrido de discursos y proyectos. En realidad, esa impresión era producto del pésimo proyecto educativo del Estado mexicano: nombres de estaciones del Metro, de calles y estatuas. Les doy un ejemplo de cómo esa revolución y sus personajes fueron tan desafortunadamente transformados.

En una plática que di en Cuautitlán Izcalli, había a mis espaldas una estatua de Zaragoza mientras le describía al público cómo vestía Zaragoza. Era general, pero no usaba barras de mando ni traía casaca bordada en oro; traía un uniforme de paño azul igual que el de los soldados y además un capote. Ejemplificaba en la manera de vestir la contradicción central entre el ejército del pueblo durante la Guerra de Reforma y el ejército santanista. Los santanistas estaban muy interesados en usar las casacas militares bordadas en oro y dar buena comida a los soldados que tenían a su cargo, y había negocios con los precios. Zaragoza era todo lo contrario. Y mientras yo daba la conferencia, la gente miraba por encima de mí como queriendo checar lo que les decía con lo que veían en la estatua. A la tercera vez me giré y me di cuenta de que lo que yo estaba diciendo era una cosa, pero lo que ellos veían en esa estatua era a un Zaragoza con una casaca bordada. ¿Quién fue el escultor traidor que se inventó eso? Fue el mismo que hizo los monumentos a Juárez, el mismo que convirtió a Escobedo en lo que no era. Los estatuizadores de la historia y los poneplacas destruyen la identidad original de estos personajes, que nos da la tensión narrativa adecuada para describir a un ejército popular dirigido por gente honesta y sencilla.

La siguiente batalla era el problema de los varios planos de la historia narrativa. Por ejemplo, se puede intentar una visión desde arriba del momento que se trata y usar materiales descriptivos para darle contexto. Es un plano general repleto de informaciones diversas. Y es que luego ocurre un error muy grave: algunos historiadores están muy habituados a interpretar sin informar. Por lo tanto, no permiten que el lector comparta su punto de vista leyendo la información vertida, menos aún que pueda reinterpretar por sí mismo las cosas. Toda interpretación que no informa es una falsa interpretación.

Hay historiadores que proceden al revés. Primero se elaboran una tesis y luego buscan en los hechos históricos algo que la confirme, recortando así al personaje y metiéndolo a un cajón forzado. Con eso, borran su singularidad como individuo con experiencias propias y lo esconden para el resto de su vida, porque se trata de confirmar la hipótesis de partida y no a la inversa. La información por sí misma produce una o muchas hipótesis, pero siempre bajo el supuesto de que los datos que la historia utiliza requieren una progresiva aproximación que permite, mas sólo en un momento ya avanzado, juzgar.

Por otra parte, no va a haber dos lecturas iguales, y ya me acostumbré a que siempre que hay una presentación de alguno de mis libros, cada presentador tiene una lectura diferente y propia. Y no me extraña, pues eso me lo había dicho hace un tiempo mi papá: “No te preocupes, tú cuenta lo mejor que puedas y déjanos a nosotros que lo leamos”. Bueno, ya sé que no puedo tomar de la mano al lector para llevarlo a conclusiones, pero sí puedo llevarlo de la mano hacia el interior de los procesos. Y aquí regreso al problema de los varios planos necesarios para hacer una historia narrativa: el plano general, el plano medio y los personajes. Y en el caso de los personajes de abajo, del mundo popular y villano, ¿cómo le haces cuando las fuentes son escasas?

Entonces descubrí que había una buena información en los cuadros de dirección del liberalismo que se llamaban a sí mismos “los rojos”. Estos personajes tenían una cualidad rara: escribían lo mismo en campamentos guerreros que en su casa. Los rojos eran grafómanos. Cuando Riva Palacio tenía oportunidad de llegar a un campamento en mitad de las montañas, lo primero que hacía era conseguir papel y pluma, y luego ya andaba buscando municiones para los fusiles de las guerrillas que estaban sitiando Zitácuaro. Y Juárez, al llegar a una casa donde tendría que dormir en el largo camino, preguntaba: “¿Tienen papel y pluma?”, que me parece una pregunta maravillosa. “¿Tienen papel y pluma?”. No preguntaba: “¿Tienen chocolate?”, que era la pregunta de Hidalgo.

La grafomanía del liberalismo resulta fascinante porque cuentan, describen, detallan y en ocasiones incluso se desvían hacia temas absolutamente periféricos. Por ejemplo, uno se topa con Guillermo Prieto, que narra cómo es un elevador, cosa que yo di por sentado que no había que explicarle a nadie. Pues me resultó divertido ver que lo describía como una caja que sube y baja, que tiene paredes de raso rojo, y mencionaba su mecanismo. En aquel entonces no había un solo elevador en la Ciudad de México, pero Guillermo Prieto estaba describiendo los elevadores que vio en Estados Unidos. Y lo fascinante de Prieto es que en su narrativa encuentras la simbiosis entre el mecanismo de los elevadores, los pajareros en las cantinas y mil curiosidades más. Porque Prieto se mueve en un espacio de divulgación letrada de gran registro, que comprende desde la minucia hasta la novedad tecnológica.

Y convivir con Melchor Ocampo al revisar sus escritos me causó las más extrañas pesadillas, porque a Melchor le interesa todo. Lo mismo está preocupado por el debate sobre cuáles serán mejores, si los dulces de camote michoacanos o la almendra española, que por atestiguar sus encuentros con la fuerza de la religión en muchos lugares inundados de santos y milagros a cuál más ridículo. Una ocasión, le muestran una ampolleta de leche y le dicen que es de la Virgen María y por tanto es una reliquia muy valiosa. A Ocampo no le quedaba otra cosa que decir, como buen liberal: “¿Y quién se la sacó?”. Con esa pregunta en mente le escribe una carta al cura del lugar. Pero al mismo tiempo, Ocampo es la curiosidad por los manicomios, por los puentes, por los cultivos. Es un agricultor muy serio, y al mismo tiempo es un estudioso de la Revolución francesa.

Volviendo a mi propia lucha, conforme acumulaba información sobre el periodo, se volvió inevitable meterme a contar el origen mismo de cada etapa que se hacía evidente. Contar el surgimiento del santanismo en detalle y por qué la Independencia cocina un modelo de nación donde el clero va a tener una predominancia tan brutal que para el año 1855 ya era el propietario del sesenta por ciento de la tierra y del ochenta por ciento de las casas habitación en renta en la Ciudad de México. Era el puro poder terrenal. Dios no existe, lo que había eran las rentas de casas habitaciones. Y eso es lo que en un primer momento se opondrá al liberalismo dispuesto a transformar tal estado de cosas y que luego tendrá que enfrentar a los agiotistas y a los militares santanistas, las tres castas dominantes de entonces. Y de igual manera tuve que contar el origen del porfirismo, de un Porfirio Díaz liberal trezado en bastantes batallas. Sólo el origen, pues no es mi objetivo platicar sobre la vida y muerte del personaje o sobre el porfiriato. Para eso hay que leer otro libro. En *Patria* se pretende rescatar una historia de guerras y victorias, que empezó con la caída del santanismo y cierra con el fusilamiento de Maximiliano, una clara metáfora juarista dirigida al imperialismo europeo de la época. Tú me envías un emperador europeo apoyado por el ejército más poderoso del mundo y yo te lo devuelvo en caja de pino. A ver de a cómo nos toca.

La verdad, mi intención con *Patria* es también política. Yo quería una historia de victorias de inicio a fin. ¿Por qué? Porque provengo de una generación acostumbrada a tantas pinches derrotas que ya me eduqué en eso. Entonces, quería un libro que lo leyeras y fueras de victoria en victoria, que te permitiera vivir una experiencia rara para los mexicanos de ahora, donde no tengas que llorar en la última página.

Regreso al asunto de los planos necesarios para hacer una historia narrativa. Al principio no había vislumbrado el fijar personajes. Tenía ya el plano general y el plano medio donde se describían eventos muy importantes, pero ahora era necesario colocar de manera muy descriptiva a los personajes. Si estás contando la historia de la Constitución del 57 y enumeras las figuras claves en el debate: Olvera, Zarco, Nigromante y Melchor Ocampo, por decir algo, pues sólo acumulas nombres. No son nada. Necesito que la narrativa del libro los vaya

describiendo, presentándolos como hombres vivos y con un pasado humano, para que al llegar al ansiado momento en que se reúnen, tengas los elementos para saber por qué dicen lo que dicen como lo dicen. Y eso me obligaba a poner en la lista de personajes a tratar a los treinta o cuarenta miembros del llamado liberalismo rojo, los autodenominados “puros” y a construir microbiografías que terminaran cuando entran a escena en un momento crucial.

En este reto de construir una historia narrativa, hay decisiones que al principio parecen arbitrarias pero que van adquiriendo su lugar en el proceso histórico contado. Pongamos a Juárez, el gran personaje. En lugar de presentarlo desde el inicio del libro y lanzarlo por delante, mejor lo hago entrar en la revolución de Ayutla, que es cuando me interesa saber, a mí y supongo que también al lector, quién es Juárez y su esbozo biográfico. Pero quien importa más para la parte previa de la conspiración es Ocampo, por lo cual debo abrir con él y no con Juárez, a diferencia de la iconografía tradicional, que situaría en primer plano a Juárez y luego a Ocampo, como si fuera la alineación consagrada de un equipo de fútbol.

Con esa idea de cómo se van incorporando las biografías según el acontecimiento que se quiere narrar, me animé a hacer otra aberración histórica. Para un jurado de historiadores sería pecado grave lo que hice: narrarlos en segunda persona. La segunda persona es uno de los discursos más difíciles de practicar literariamente: tú haces, tú dejas de hacer, tú vas, tú vienes, porque se establece una relación coloquial imposible de sostener a lo largo de muchas cuartillas, con nueve en ese tono revientas a cualquier lector. Entonces tenía que ser breve al utilizar la segunda persona. ¿Y por qué correr ese riesgo? Pues porque quise construir lazos de identidad entre el personaje y el lector, quería que el lector rompiera la distancia, que el lector acostumbrado a verlos como estatuas los pudiera tocar. Cuando les hablas de tú es más fácil tocarlos. Además, resulta ameno redactar combinando la reflexión política, los detalles personales, el retrato narrado y anécdotas absolutamente intrascendentes, por ejemplo, que Escobedo tenía cara de perro triste. Bueno, eso te concede cierta intimidad, te permite acercarte. Y cuando decidí eso también surgió otro problema: ¿qué hago con los personajes conservadores? Me dije a mí mismo, con perdón de los presentes, que se vayan a cierto rancho de Tabasco los conservadores. A los personajes conservadores sí los escribí en tercera persona, pues no tengo mayor afinidad ni elementos de identidad.

Eso me llevaba a otro debate interno, ahora sobre la objetividad, y esa objetividad, a su vez, me llevaba al debate mayor: si practicas una historia narrativa, ¿cómo la armas? Pues con una combinación de elementos ¿no? El primero es profundidad en la investigación, la mayor solidez y seriedad posible, y simultáneamente, una organización narrativa para contar. Eso me impuso una estructura a base de capítulos muy breves, que permitiera al lector descansar y cambiar de tema una y otra vez, tomar distancia, acercarse, alejarse y poner énfasis en la narración. A pesar de lo que se ha venido enseñando en la academia, la narración no está en contradicción con el rigor histórico. No es su antagonista, es simplemente una forma más de tratar los muchos

materiales de una investigación a profundidad, porque siempre te tienes que plantear cómo la vas a contar. La investigación y la narración no se hacen en el mismo momento. La narración es posterior y su clave es el montaje, donde no sólo se trata de cómo lo escribes sino también de cómo lo cuentas, cómo usas cada adjetivo con precisión y cómo organizas todo en una estructura informal. Pero ese asunto de la investigación y la narración como momentos autónomos y sin embargo vinculados, no lo enseñan en las escuelas de historia.

Yo recuerdo el debate en la Escuela Nacional de Antropología cuando se revisó el programa de historia hace veinticinco años porque había tres cursos de paleografía y ni uno solo de narrativa histórica, no había uno solo sobre la novela y la historia. Entonces tú dices: bueno, ¿qué se pretende? ¿que éstos salgan de aquí y hagan investigaciones con la más pobre de las narrativas y sin saber bien para quién escriben? Entonces, yo soy estudiante de historia para ser maestro de historia de alumnos que estudian para ser maestros de historia, y escribimos historia para contársela a... ¿a quién, a revistas internacionales que distribuyen siete ejemplares y son leídas por cinco perdidos? Ahí hay un problema de alcances profundos. O eso otro de que a cualquier estudiante se le exige que explicita su marco teórico, cuando ya está implícito en lo que hiciste. ¿Para qué tienes que explicar ese famoso marco en las primeras treinta páginas? ¿Acaso no existen otras maneras de contar la historia?

En el asunto de contar la historia como una narración, hay una intención verdaderamente venenosa: cómo hacer que en esa estructura general se vayan introduciendo los elementos del detalle que te resultan significativos. Por ejemplo, me parecía fundamental un primer capítulo de veinte líneas en el que se contara cómo era un botiquín del ejército popular republicano y qué tenía para curar. Y entonces me pasé cuatro días consultando con un médico. Los recursos de curación que tenían a la mano eran mínimos. También me pasé días, estudiando los “estadillos”^[1] de las brigadas que acudieron a la Batalla de Puebla. Me encontré con un segundo batallón de doscientos ochenta soldados y ahí descubrí que el ejército liberal popular tenía más oficiales que cualquier otro ejército del mundo. ¿Por qué? La explicación surgía poco a poco conforme leía los detalles de la historia. Ese cuerpo extenso de oficiales era el corazón ideológico del ejército, eran los tenientes y los capitanes lectores de periódicos, gente de profesiones libres, intelectuales que tomaron las armas y que constituían la columna vertebral de un ejército de voluntarios. Por el contrario, el ejército conservador que sostenía a Maximiliano estaba compuesto por gente arrancada de sus pueblos por la leva.

Y por el rigor de la información detallada, pues uno también tiene que ponerse a combatir los “lugares comunes”. Hice mi lista de doscientos de éstos que se habían formado sobre este periodo. Por ejemplo: el ejército francés era el mejor ejército del mundo. Perdón, pero esta afirmación contundente era parte de la demagogia del momento. Igual ocurre con la afirmación de que en la victoria del 5 de mayo sobre los franceses fue crucial la intervención de los zacapoxtlas. Mentira, los zacapoxtlas no intervinieron, fueron los serranos de Tetela de

Ocampo, pero por un error los zacapoaxtlas se han visto bendecidos durante cien años recibiendo dinero de reconocimiento de los gobiernos. Y mientras, los de Tetela dicen: “No fueron ellos, fuimos nosotros”, pero nadie les hace caso. Para corregir esto bastaba con leer los “estadillos”, pero nadie lo había hecho hasta ahora.

Ahora, la frase consagrada de “el mejor ejército del mundo”, pues había que comprobarla. ¿De veras el sitio de Puebla fue una confrontación del ejército de Zaragoza contra el mejor ejército del mundo? ¿De veras la dominación de todas las capitales del país en 1864 la llevó a cabo el mejor ejército del mundo? Pues esa duda me obligó a ir a documentarme sobre la Guerra de Crimea y comparar el comportamiento referido del ejército francés con el del ruso y el inglés; y me obligó a estudiar la campaña de Argelia y a buscar de dónde salían los mejores cuadros del ejército francés. Y sí, al final sí parecía que en ese momento era el mejor ejército del mundo sin duda. El más disciplinado y muy bien armado.

Esa conclusión me planteó preguntas que parecían absurdas: si un mosquetón hace puntería a setenta metros y un rifle a trescientos, ¿cómo se desarrollaban las batallas entre liberales y franceses, si los primeros iban armados con mosquetones en el mejor de los casos y los otros con los más modernos rifles? En los primeros trescientos metros de marcha, tenías que estar esperando con tu mosquetón mientras recibías una lluvia de balas, pues los franceses empezaban a disparar desde trescientos metros y seguían disparando sin encontrar resistencia hasta que llegaban a setenta metros de su enemigo. Sólo entonces los liberales empezaban a responder, y no con mucho porque el pinche mosquetón no era muy preciso y en un descuido le atinaba, pero al campanario de la iglesia que está por ahí. Y de esta manera cobra importancia el problema técnico de las armas y la introducción de los rifles de repetición, que antes podría parecer ajena al curso de la historia.

¿Y cómo demonios vas a poder explicar por qué la elite de la división del norte de Escobedo era conocida como “Los Cazadores de Galeana”? ¿Por qué tenía un nombre tan chingón? Aunque como nombre a mí me gusta más el de “La Libertad”, de las fuerzas veracruzanas, mucho más sabroso. No, Los Cazadores de Galeana eran chingones porque traían rifles Winchester de siete balas de repetición con acción de palanca, y enfrentando con esto a la infantería francesa pues a los doscientos metros le hacías un primer hoyo, pero a cincuenta metros ya le hacías seis hoyos. Entonces, estos elementos aparentemente secundarios no sólo enriquecen la narración, sino que ayudan a explicar lo que ocurrió. Son las explicaciones que puede ofrecer una narrativa que incorpora el detalle preciso.

Y como seguí así con otras batallas, al final salió un libro muy grande. Entonces en una reunión con la editorial tomamos la decisión táctica de publicarlo en tres tomos y con distancia entre ellos. El tomo I salió en abril, el tomo II en julio y el III en octubre, de tal manera que cualquier

adolescente pueda engañar a sus padres diciéndoles que se los piden en la escuela. Y con esa distancia logramos que el lector que se abruma ante un volumen gordo no se espante. Así lo planteamos y así funciona. Para diciembre ya llevábamos cien mil ejemplares vendidos, lo cual resulta reconfortante en un país que según dicen no lee historia, pero yo espero que a fines de este año lleguemos al doble o al triple, porque se sigue comprando. No para. Y es que crece por las reacciones del público que ayuda a conectar lectores: “No, yo no leía, pero está bien bueno”, y se pasa de uno a otro la reacción.

Otra intención del libro es, por decirlo así, la de nacionalizar la épica. ¿Que la épica ya está consagrada? ¿Por quién? Por los espartanos y las Termópilas, nada más y nada menos. Pero resulta que, en la segunda batalla de Puebla, cuando González Ortega descubre que les acaban de abrir un hoyo de diez metros por donde están entrando los guachos, llama a Escobedo y le dice: “Tiene que ir a frenar eso”. Y Escobedo se voltea y les dice a los miembros del Batallón de San Luis, a doscientos cincuenta locos de ese cuerpo: “Los que quieran morir den un paso adelante”. Y dan un paso adelante doscientos cincuenta soldados. Eso es épico. ¿Cómo demonios puedes negarlo y dejar de reconocer el heroísmo?

Y eso me lleva al siguiente problema: hay un desgaste de palabras, de tanto repetirlas han perdido su significado. “Patria”, por ejemplo, “valor”, “honradez”. Tenías que colocarte en la tesitura del siglo XIX para volver a llenar las palabras de su antiguo sentido y así conseguir palabras renovadas que fueran comprensibles para el lector del siglo XXI. No se trataba sólo de escribir: “Pues con ‘Patria’ ellos se referían a ...”, sino de recuperar la emoción y mostrar lo que abarcaba el término en ese entonces y cómo también te puede provocar algo a ti ahora. Esa fue la última intención.

Conforme iba escribiendo el libro, descubrí obviamente que una y otra vez lanzaba guiños a nuestro presente, y no porque se alteraran los hechos ocurridos. Era un pasado vigente que lanzaba su guiño tal y como había ocurrido. Siendo presidente, Juárez cruzó el Zócalo con su traje dominguero. Tenía dos trajes y para esa ocasión usaba el dominguero, y además iba sin escolta. Ves al presidente de la República que cruza la plaza central sin escolta y es inevitable que mires a Peña Nieto, es inevitable, no hay manera. Prieto fue dos veces ministro de Hacienda y le tuvieron que prestar un gabán. No tenía. Murió en la pobreza. Y de todos los ministros del país, ni uno solo fue acusado de corrupción. Así, estos guiños del ayer al hoy le dan al libro un mecanismo de doble identidad, una de un pasado que puedes reconocer como tuyo, y la otra de tu presente, con ciertos elementos simbólicos y anecdóticos que aún resuenan en él. Todo esto formaba parte de las intenciones de *Patria*.

Por eso fue un libro tan difícil de escribir, estaba dando batalla todo el tiempo. El uso del pie de página tradicional no me servía. Tenía que hacer una muy sencilla nota de fuentes al fin de cada

capítulo para guiar al estudioso, no repetirla al final del libro porque ahí no servía para nada. Decirle al final de cada capítulo dónde encontraría el material; pero también necesitaba otras notas, no a pie de página sino a pie de capítulo, para debates específicos que ya no cabían en el cuerpo central narrativo del libro, pero que, por ejemplo, me permitían informar sobre los debates de interpretación de la historia que tuve con algunos colegas, por ejemplo.

Hacer historia, desde mi punto de vista, es encontrar un acontecimiento que desde el primer vistazo sabes que quieres contarles a los demás, y que vas a investigar con todo rigor, tan bien como puedas y con respeto a las personas que intervinieron en él. Y que les vas a ofrecer a los ciudadanos simultáneamente una recreación rigurosa del pasado y una reflexión que abarca hasta el presente, y que lo vas a contar de tal manera que los divierta, los cautive, los inquiete y los identifique. Es todo.

* Escritor y periodista.

[1] Relación detallada de soldados, oficiales y haberes militares (n. del ed.).

La ferviente terquedad de los liberales

Saúl Escobar Toledo*

Resumen

El texto es una invitación a conocer *Patria*, una novela, crónica e historia de México. Devela la erudición de la obra que narra la Guerra de Reforma, la intervención francesa y la caída del imperio. Destaca la extraordinaria forma narrativa elegida de Taibo, como si fuese un corresponsal en el sitio indicado, donde el lector casi puede oler a los personajes descritos; además, la interpelación lector–autor hace de la lectura de ésta obra una necesidad imperiosa.

Palabras clave: patria, historia de México, narrativa histórica, liberales mexicanos.

Abstract

The text is an invitation to read *Patria*, simultaneously a novel, chronicle, and history of Mexico. It reveals the erudition shown to describe the Guerra de Reforma, the French Intervention, and the fall of the Empire, highlighting the extraordinary narrative form used by Taibo, as if he were a correspondent on the field, allowing the reader to almost smell the characters, making it an imperative reading.

Keywords: homeland, Mexican history, historical narrative, Mexican liberals.

Paco Ignacio Taibo II tiene la virtud de estar en muchos lugares al mismo tiempo, y no porque sea omnipresente sino porque ahora tenemos la ventaja de la comunicación digital, de las conferencias por internet. Uno puede ver a Paco en muchos lugares al mismo tiempo. Y por eso, qué bueno que está aquí con nosotros en vivo y en directo. No es una imagen digital.

Yo estaba preocupado por la presentación de *Patria*, porque la obra tiene, a mi parecer, dos cosas muy importantes que ponen nervioso a cualquiera. La primera es que es una obra muy erudita, y lo digo en su estricto término, una obra que requirió muchos conocimientos. Como dice Paco, revisó más de novecientas memorias, artículos, escritos, textos, y millares de fotos, mapas, cuadros y grabados y muchas cosas más que no nos cuenta. Contiene una enorme acumulación de datos sobre unos cuantos años de la historia nacional. Y la segunda: que hablamos de tres tomos que juntos son más o menos mil páginas. Hacer un comentario sobre

un texto tan voluminoso, escrito por un autor que demuestra, en el mejor sentido de la palabra, esa erudición, como dije, pone nervioso a cualquiera.

En ese sentido, no es un libro fácil de leer. Parece fácil pero no lo es, precisamente por su erudición, por todos los hechos, los datos y las fuentes que contiene, una acumulación de acontecimientos tan enorme que, si uno se fija en la letra chiquita de cada capítulo, se complica mucho la vida. Es un mar de cosas lo que Taibo nos está contando, y además discute no sólo la información que aportan las fuentes sino hasta las fuentes y así nos cuenta que un autor dijo una cosa y otro dijo otra, y luego Paco aporta una tercera.

Tenemos que leer *Patria*, pues es una obra muy importante, pero necesitamos ser pacientes para lograrlo. Incluso podríamos leer el libro por partes, no necesariamente todo de corrido desde la primera hasta la última página. Tenemos que disfrutarlo, gozarlo, darnos tiempo. Es un mal consejo leer de corrido esta obra monumental. Creo que el mejor método es revisarlo poco a poco, disfrutándolo, volver atrás si no se recuerda bien algún episodio, creo que ésa es la mejor manera de abordar la obra de Paco.

Incluso si uno es profesor de historia y desea recomendar la lectura de una parte de la historia de México, puede acudir al libro de Paco, seleccionar algunos capítulos y leerlos y discutirlos colectivamente. No necesariamente decirles a los alumnos: “Léanse todos los tres tomos y dentro de una semana nos vemos”. Creo que eso no resultaría útil. Más bien, tanto por su función didáctica como por el provecho de cada uno de nosotros, yo recomendaría que nos fuéramos tranquilos y por partes. Ésa es una buena manera de disfrutar el libro.

Entonces, ante la imposibilidad de hacer un comentario sobre el conjunto de la obra, les comento aquí solamente lo que más me gustó de los tres tomos de la obra de Paco. Del primer tomo me agradó mucho su intención de “tocar a los hombres de la Reforma”. No sólo los tocamos, sino a veces hasta los olemos, porque Paco nos dice cómo van vestidos, cuál era el color de su cara, si aquél tenía una verruga o si cojeaba de un pie. La descripción es muy efectiva y hace amena la obra. Nos transporta al momento y al lugar de los personajes de manera que creemos estar viéndolos en persona. Y ésta es una habilidad narrativa muy notable. Así, conocemos a muchos personajes como Zaragoza, Ortega, al Nigromante, Santos Degollado, Arriaga, Altamirano, Riva Palacio, Melchor Ocampo, Lerdo de Tejada, Leandro Valle y, por supuesto, Juárez. Y también a los del otro bando, a Santa Anna, a Leonardo Márquez, a Miramón, aunque no los trata a todos con la misma pluma ni la misma gracia. Aquí, el autor parece mezclar la novela, la crónica y la historia.

Tengo la impresión de que a lo largo de los tres tomos el relato va siendo cada vez más intenso. El primero es probablemente más descriptivo, mientras que los otros dos reflejan una mayor reflexión sobre la realidad que se está describiendo. El primer tomo abre la historia de esa revuelta aparentemente interminable que fue la Guerra de Reforma, desde su origen sureño, en Ayutla, hasta la Intervención francesa. Se llama precisamente *De la revolución de Ayutla a la Guerra de Reforma*; el segundo es *La Intervención francesa*; el tercero, *La caída del imperio*. Y el subtítulo general de las tres partes es *La gloria y el ensueño que forjó una patria*. Vistos en conjunto, parecería que el mayor peso lo tiene la Intervención francesa y un poco menos los cambios políticos internos de esa parte de la historia mexicana. Ya desde el final del primer tomo, Paco nos introduce al problema de la deuda que las potencias europeas querían cobrarle a México y nos cuenta cómo se resolvió este asunto con España e Inglaterra, mientras Francia optó por la invasión. El volumen termina con el primer combate entre franceses y mexicanos.

El segundo tomo contiene mucho de historia militar, pero contada casi desde el terreno, como si el historiador fuese un corresponsal de guerra. Recrea la incertidumbre de cada momento, los problemas que surgen, las diversas opciones, la confusión, la indecisión, y uno queda embargado, pendiente de un hilo y con ganas de decirle al autor: “¡Ya dime cómo va a terminar este episodio!” La manera de narrar la Batalla del 5 de mayo, que le toma varios capítulos del segundo tomo, es una descripción minuciosa: cómo llegaban, cómo peleaban, cómo se desarrolló la acción minuto a minuto. Paco logra tejer una narración capaz de evocar lo incierto y lo terrible de la guerra, su crueldad, pero también sus heroísmos. Ahí vemos a González Ortega con sus dudas y errores, y la forma en que trata de resolver los problemas para resistir el asedio. Y a la vez, vemos lo que piensan y hacen los generales franceses en los bombardeos, la lucha cuerpo a cuerpo, la devastación, el hambre, en esos cuarenta y cinco días de asedio. Y nos duele, pero comprendemos la decisión de retirarse, la rendición. Por sí misma, esa historia del sitio de Puebla en mayo de 1863 realmente merece leerse con mucha calma, sentarse, acabarla, reflexionarla y dejar el libro un rato para después retomarlo.

El tercer tomo reconstruye la situación difícil que vivió México después de la derrota de Puebla, de cómo el país parecía haberse perdido definitivamente a manos de los franceses. Y en una visión innovadora, Paco narra el papel de Estados Unidos en esos momentos, un capítulo de la historia mexicana que no es muy conocido. Paco se mete muy a fondo a estudiar la historia gringa hasta que termina la Guerra civil, en abril de 1865, y nos explica cómo este suceso prepara el escenario para la retirada francesa y el fin del imperio de Maximiliano. No hay una conexión automática, por supuesto, pero Paco discute con mucho detalle cómo el fin de la guerra en Estados Unidos influye en la situación mexicana. Analiza, discutiendo con muchos historiadores eventos muy polémicos que tienen que ver con la venta de armas y la posibilidad de una intervención armada, por ejemplo, o la diplomacia que se tuvo que desplegar en esos asuntos y el papel del gobierno de Juárez en todo ello.

Y luego, también en el tercer tomo, explora cómo a finales de 1864 y principios de 1865 parecía que la intervención francesa se había consolidado definitivamente, que México iba a ser gobernado por Maximiliano durante mucho tiempo. La victoria parecía definitiva, pero, como sucede muchas veces en la historia, precisamente cuando los vencedores creen que ya aplastaron a sus enemigos y que ya está todo arreglado, justo en ese momento es cuando empieza su caída. Y eso les ocurrió a los conservadores, a los franceses y a Maximiliano. Ya lo hemos vivido en otros momentos, por ejemplo, en 1994, cuando Salinas afirmaba que México ya era parte del primer mundo y que el neoliberalismo había triunfado para quién sabe cuántos siglos, y le estalla la rebelión zapatista en Chiapas, dándole un mentís fuerte, un golpe muy duro a esa creencia salinista de los tecnócratas y los nuevos ricos, de que México era un país ya completamente neoliberal.

El año de 1865 es el año en que empieza a desmoronarse el imperio. Claro, la situación no es fácil, hay muchas batallas y se va ganando muy poco a poco. Pero a fin de cuentas, la situación internacional, tanto por el fin de la guerra en Estados Unidos como por la situación en Europa, con las dudas y problemas de Napoleón III, fue generando las condiciones necesarias para el fin del imperio. Pero también en México se tiene que luchar, los mexicanos tienen que luchar muy fuerte, pues esas condiciones externas no se traducen automáticamente en la caída de Maximiliano. 1865 es el año, yo creo, del general Escobedo, cuando se convierte en un referente central, uno de los principales generales que logran rearticular la resistencia contra los franceses.

Y Paco se pregunta en esa parte de su tercer tomo cuándo esa superioridad militar francesa y conservadora empezó a quebrarse y a cambiar en favor de la República. Esa parece ser la pregunta favorita de los historiadores, y, por lo tanto, su respuesta definirá los acontecimientos del siguiente año. Paco dice: “No hay una respuesta clara porque no existe el momento mágico para que tal cosa suceda”. Y en realidad lo que nos quiere decir es, efectivamente, que no hay un solo acontecimiento, no podemos precisar el minuto en que la correlación de fuerzas cambió para que lo que parecía un triunfo perdurable se convirtiera en una derrota definitiva. “Lo que sorprende —dice Paco— es la velocidad con que se producen los hechos”. Ya en julio de ese año Carlota parte a Europa porque sabe que la situación es desesperada, y en esos mismos meses, en Francia y en los círculos de decisión del imperio de Napoleón III ya se habla de la invasión como “la engorrosa cuestión mexicana”.

Al poco tiempo se cita a una cumbre en México para discutir si Maximiliano debe o no abdicar al trono. El general Bazaine, el famoso jefe de las tropas francesas, lee en esa cumbre un discurso en francés, a pesar de que hablaba perfectamente el español y de que algunos de los asistentes no lo entendieron y tuvo que ser traducido. Pero lo importante es lo que les dijo a los monárquicos mexicanos, sus aliados: que la República había entrado en la mente y las costumbres de la mayor parte de los habitantes del país; que había tenido bajo sus órdenes cuarenta mil soldados franceses y veinte mil mexicanos, había tenido a su disposición todos los

recursos necesarios y, aun así, no había podido obtener la paz. Por lo tanto, opinaba que el emperador debía abdicar. ¿Qué se ganaría derrochando más esfuerzos militares y grandes gastos para volver a conquistar el territorio? Y el mismo Bazaine se contestó: “Nada”. Y aquí, Paco nos está diciendo algo muy importante: “El imperio ya no cuenta con fuerza material ni moral”. Efectivamente, éste no sólo había perdido mucho dinero y tenía sus finanzas prácticamente en bancarrota, sino sobre todo ya no tenía la fuerza moral para sostenerse en este país.

Y ése es el verdadero objetivo de Paco, contarnos cómo el imperio perdió esa autoridad moral. Quizá nunca la tuvo, quizá nunca realmente fue un imperio moralmente aceptable para los mexicanos. Pero entender este fenómeno que parece muy difícil de explicar históricamente, el que un imperio sea derrotado porque no tiene fuerza moral, requiere que Paco escriba más de mil páginas. Casi en la parte final del libro, como si dialogara con uno de los personajes históricos, el autor le reclama: “La terquedad, esa ferviente terquedad que te ha acompañado a ti y a la República durante los últimos trece años, la insobornable terquedad”. Y esa terquedad es precisamente moral, la terquedad de un pueblo que nunca se rindió y de un conjunto de generales de la República, de los liberales, de Juárez y muchos otros hombres y mujeres que se mantuvieron juntos y que aun en los peores momentos se negaron a rendirse ante los franceses.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

La narrativa histórica en “Patria”

César Valdez*

Resumen

Para Valdez, *Patria* se centra en los liberales; los va rastreando desde Ayutla hasta la restauración de la República. Señala el acierto de Taibo respecto de hablar de las preocupaciones de los pueblos y municipios sin dejar de lado a las élites. El texto de Valdez resalta la eficacia narrativa del autor para construir escenarios humanos, inciertos, cómicos y trágicos, que influyeron en las decisiones de aquellos personajes de la historia mexicana, la historia que construye identidad desde otro punto de vista.

Palabras clave: Patria, historia de México, narrativa histórica, liberales mexicanos, historia e identidad.

Abstract

For Valdez, *Patria* centers on the liberals, tracing them from Ayutla to the restoration of the Republic. He values the interest of Taibo to describe the concerns of the pueblos and municipalities, but also considers the elites. He emphasizes the effectiveness of the author’s narrative which constructs uncertain, comic, and tragic human settings that influenced in the decisions of characters of Mexican history. A history that builds identity from another point of view.

Keywords: homeland, Mexican history, historical narrative, Mexican liberals, history and identity.

Hacia los veintitrés años comencé a leer la serie de novela negra protagonizada por Héctor Belascoarán Shayne, y ya en la universidad, en la carrera de historia, conocí sus libros sobre Pancho Villa y los bolcheviques. Hubo un breve momento en mi vida en que yo perseguía a Paco Ignacio Taibo II para tratar de sacarle algunos autógrafos, cazar alguna fotografía con él, de las cuales sólo sobrevivieron dos al paso del tiempo y los libros terminaron regalados y distribuidos en las casas de varios amigos. Y ahora, creo que me siento nervioso de tenerlo aquí con nosotros.

Queremos conversar sobre su último libro de historia, un gran libro, dividido en tres volúmenes, que lleva por título *Patria*. En una decisión bastante afortunada, Paco Ignacio Taibo II decidió centrarse en el siglo XIX, ya que tenemos una fuerte concentración de la historiografía mexicana sobre la Independencia y la Revolución, mientras que su centro, la parte media del siglo XIX, ha quedado disminuido. Tal vez la Revolución de 1910 le arrebató la idea de revolución a la de

Ayutla, dejándola en condición de rebelión, de mera revuelta, y costándole la atención de todos aquellos que aprecian la historia o desean estudiarla. Hay que ser sinceros: salvo en contadas ocasiones, los años centrales del siglo XIX no son seductores para los estudiosos de la historia mexicana. En los últimos años se está registrando un nuevo interés, una exhumación historiográfica del llamado Segundo Imperio Mexicano y de la figura del emperador Maximiliano y la locura de Carlota. Pareciera una manera de protesta que aún no acabo de entender, por parte de una historiografía bastante joven que empieza a surgir y que margina a los liberales para concentrarse en sus opositores imperiales. Pero más que enfocarse en el imperio, intenta recuperar el liberalismo del emperador, en ocasiones mucho más que el de los liberales mexicanos. Una tragedia histórica donde queda flotando la duda de cómo hubiese sido el derrotero del país si ese príncipe fusilado en Querétaro hubiese triunfado.

En mi opinión, Paco Ignacio Taibo II va en contra de ese naciente *mainstream* de los estudios históricos. *Patria* se centra en los liberales y los va rastreando desde Ayutla hasta la restauración de la República. Incluso en términos de mercado hay personajes que llaman la atención, encarnan en libros que se venden. No era el caso de los incomprendidos y abandonados liberales de mediados del siglo XIX.

Patria se confronta con otra tradición historiográfica donde se da cuenta, por un lado, de las grandes figuras del siglo XIX, y por otra, se narran las muchas rebeliones pequeñas de poblados y municipios. Es una historia dicotómica, pues pareciera que no hay una interconexión entre esos hombres y lo que está sucediendo entre la gente común. Creo que, de alguna manera, *Patria* ayuda a entender la manera en que estos hombres, que estaban arriba y que ciertamente estaban peleando entre ellos, podían ser o no sensibles a lo que estaba sucediendo abajo. Hay una especie de desplazamiento, un intento de Paco Ignacio Taibo II por comprender cómo entendieron su tiempo estos personajes y se movieron en él.

Los historiadores académicos tenemos cierta culpa a este respecto. Muchas veces la formación académica no nos permite generar un discurso que conecte de una manera adecuada lo que nos emociona con lo que le emociona a la mayoría. Por eso, la prosa de Paco Ignacio Taibo II funciona muy bien para contar la historia en esos dos lados ahora separados, el de las elites y el de los pueblos y municipios.

Hay otro aspecto de *Patria* que debemos recuperar y meditar: la importancia del detalle. Cuando uno está escribiendo un texto histórico para la academia, tiene que alejarse de la descripción rigurosa, porque así le enseñaron a uno, y concentrarse más en el análisis. Entonces, esos pequeños detalles de cómo los sujetos se comportan, de cómo interactúan entre ellos, se nos terminan escapando. Los grandes personajes se alejan de su condición humana compleja y terminan condenados a ser nombres sin ánimo, sin pasiones encontradas, individuos planos.

Una cualidad más de *Patria* que necesitamos rescatar es la habilidad literaria de Paco Ignacio Taibo II, que se puede observar en sus biografías de Villa o del Che, para contar los enfrentamientos militares haciendo que el lector penetre en ellos. Toma la mirada de quien está leyendo y la mete a los campos de batalla. Una habilidad literaria magistral para no convertir la descripción de una revuelta en algo tremendamente aburrido o sin sentido. Y en esto también los detalles importan. ¿Por qué? Porque la manera en que se describe cómo operan las armas, cómo se comportan los soldados en batalla o cómo surgen las pasiones de la heroicidad o del miedo es algo que muchas veces el historiador académico simplemente no sabe hacer o no se anima a intentar. De manera que el ejercicio realizado en *Patria* me parece muy afortunado, pues atrapa al lector y hace de los tres volúmenes un artefacto cultural que se podría leer como un libro de aventuras pero también, ya para los especialistas, como la aportación de nuevas miradas a procesos que han quedado un poco marginados en la historiografía mexicana. Otro ejemplo de esa calidad narrativa es la visita que hizo nuestro autor a la muy conocida Decena Trágica con su libro *Temporada de Zopilotes*. Ahí no sólo me divertí, sino que aprendí cómo se tomaron las decisiones políticas en ese momento. *Patria* ahonda en los dilemas de los personajes hasta sus rasgos más íntimos, incluso hay acercamientos que coquetean con una especie de psicoanálisis. Todos esos recursos literarios, que nos trasladan a escenarios humanos inciertos, cómicos y trágicos, son un ejercicio que en la academia tenemos a veces prohibido.

Y regreso al punto de los detalles. Yo regularmente exagero en los detalles. En la vida académica, tanto los dictámenes como las revisiones te van exigiendo que te olvides de ellos y te concentres en el análisis. Me temo que así se pierde eso que resalta en *Patria*, la creación de atmósferas de la época, de seres humanos marcados por su tiempo, donde se crea una esfera que nos hace conectar redacción, comprensión y aprendizaje. Termina uno con análisis interesantes para discutir entre colegas, pero que a veces nos alejan de lo que quizá para los historiadores debería ser obligatorio, narrar para un gran público.

Los profesionales de la historia tendríamos que hacer un examen de conciencia sobre esa sensación de desapego y molestia de algunos sectores de nuestra sociedad hacia la historia que se les ofrece. Creo que lo que más les molesta a los niños en las escuelas son las matemáticas y la historia. Taibo nos demuestra que la conexión perdida tiene que ver con la narrativa. Si tuviera que definir con una palabra la trilogía de *Patria*, sería “didáctica”. Es un libro escrito con mucha didáctica, un libro escrito por alguien que sabe cómo tocar fibras sensibles en sus lectores, y al hacerlo, permite que uno establezca una conexión con el texto. Así, en menos de lo que uno se da cuenta, ya está de verdad aprendiendo historia.

Creo sin duda que *Patria* es un libro que debe leerse, aunque en algún momento quizá pueda parecer muy voluminoso en este formato de tres tomos, y que habrá partes pesadas, pero una vez que uno comenzó a leerlo, queda atrapado sin remedio. Si en algún momento existiera la posibilidad de hacer una reforma educativa, habría que reescribir nuestra historia y aprender

mucho de esta manera en la que Paco Ignacio Taibo II retoma la idea de construir identidad desde el pasado, idea de la que poco a poco la Secretaría de Educación Pública ha ido despojando a la historia que se enseña en las escuelas de México.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Crónica e historia: la crónica como método historiográfico

José Joaquín Blanco*

Resumen

El historiador Blanco reflexiona en este artículo acerca de cómo la crónica es un método historiográfico del que ningún historiador escapa, o de cómo “el trabajo historiográfico es inevitablemente subjetivo e imaginario en buena medida, y más aún cuando el historiógrafo no se da cuenta de los alcances de su propia subjetividad”. La historia se construye y se alimenta de la crónica, va y viene en ese proceso constructivo.

Palabras clave: crónica, historiografía, método historiográfico, historia.

Abstract

Blanco reflects on how the chronicle is a historiographic method, from which no historian escapes and how “historiographic work is inevitably subjective and imaginative, especially when the historian doesn’t understand the effects of his own subjectivity.” History is built and is fed by the chronicle, in a pendular process.

Keywords: chronicle, historiography, methodology, history.

Al estudiar las obras históricas conviene recordar de vez en cuando no sólo el texto compacto, fijado, sino su proceso de composición y de escritura, su arqueología: cómo llegaron a escribirse. No siempre existió el código contemporáneo científico, académico, de la investigación y la escritura supuestamente puras, con financiamiento y oportunidades suficientes para aislarse un tanto, tomar distancia de la realidad callejera, y así atender durante largo tiempo a requerimientos y métodos objetivos y tranquilos, como trabajo intelectual estrictamente especializado que atiende ante todo a su disciplina gremial. Pocas obras históricas se han escrito así, y eran casi excepcionales en México hasta mediados del siglo XX, cuando incluso los mayores historiadores, como Zavala y Cosío Villegas, debían compaginar sus tareas académicas con funciones políticas, diplomáticas, administrativas, empresariales o periodísticas.

De hecho, no se enseñó profesionalmente la historia en México antes de los gobiernos posrevolucionarios: la historia era una extensión de la jurisprudencia, la filosofía, la literatura. Sólo con la creación y el fortalecimiento de las universidades públicas y de algunos otros centros de estudios superiores se llegó a esta depuración del trabajo historiográfico, aunque en muchos casos se continúa entremezclando con otros tipos de quehacer teórico y práctico, y el historiador comparte, y en no pocas ocasiones se beneficia, de sus actividades paralelas como político, jurista, militante, periodista, escritor, artista, empresario. La historiografía de la Revolución

mexicana de Cabrera, Vasconcelos, Guzmán, Sotelo Inclán, Mancisidor, empezó en las páginas culturales o editoriales de los periódicos.

Como sabemos, durante la Colonia los historiadores no perseguían el conocimiento objetivo y puro, sino la evangelización y la colonización: buscaban entender mejor a los indios para cristianizarlos y castellanizarlos, como en los casos de Motolinía y Sahagún, y no como a sujetos de conocimiento neutro o científico. Las grandes obras históricas que ahora celebramos eran en realidad disciplinas ancilares del predicador, del misionero, del oidor, del gobernador, del administrador. Otras, como las de Cortés y Las Casas, atendían antes que nada propósitos jurídicos: justificar la conquista y los méritos de los conquistadores, o ponerlos en tela de juicio. Otras eran casi autobiografía y litigio de méritos personales, como la de Bernal.

Muchas otras obras históricas novohispanas se proponían fundamentalmente regular el poder y las tareas de las órdenes religiosas, y sólo en segundo término estudiar con rigor los hechos y monumentos del pasado. Conocer para administrar. En múltiples ocasiones se ordenó moderar, reservar o incluso cesar por completo las investigaciones históricas o lingüísticas, porque estorbaban esa administración; por ejemplo, Sahagún se enfrentó a obstáculos superiores, religiosos y políticos, porque “conocer demasiado” tanto la cultura como la religión y la lengua de los mexicas implicaba, en la opinión del gobierno y la Iglesia, preservarlos en su identidad, cuando lo que se buscaba precisamente era borrarla para impregnarlos de cristianismo y de castellanización.

De tal modo, en el fondo de la práctica historiográfica prevalecían los fines supremos de administración, evangelización, castellanización y fortalecimiento de las nuevas instituciones políticas y religiosas. Esto llevó a la construcción de una historiografía marginal, cuando no heterodoxa, en el caso de que tales estudios no parecieran fortalecer los objetivos administrativos o políticos: ahí tenemos las enormes peripecias y vicisitudes de Carlos de Sigüenza y Góngora, Lorenzo Boturini y fray Servando, quienes navegaron a contracorriente, incluso enfrentando persecución y cárcel.

Tal vez la primera obra historiográfica mexicana en el sentido científico o académico moderno sea la *Historia antigua de México*, de Clavijero, que aprovechó la libertad intelectual del exilio y la libertad de discusión de la Europa ilustrada para emprender una emancipación de su labor de estudioso y buscar la *verdad histórica* como nuevo objetivo y ya no la mera manipulación del pasado. Pero la *Historia antigua* fue consecuencia de una polémica, digamos, periodística, no tanto en periódicos en el sentido moderno sino en libros y libelos surgidos del clima de la *Enciclopedia*, en los cuales, pretendiendo perseguir conocimientos científicos, los pedantes *philosophes* vigorizaban prejuicios étnicos y nacionalistas contra los americanos y aun

contra los propios españoles. El gran libro de Clavijero, con toda su solidez de conocimiento y pensamiento, también fue producto de debates entre *philosophes*, cronistas y periodistas.

Décadas después, también desde Europa, un autor fundamentalmente libelista, cronista, periodista, sermonero, cuya obra hasta entonces desordenada —al igual que su azarosa vida— entremezclaba todo tipo de disciplinas casi sin otra preocupación que la polémica y la aventura, fray Servando Teresa de Mier, se vio en la oportunidad de abrir la historia moderna de México con un libro que relatara, sobre todo a los extranjeros, la *Historia de la revolución de Nueva España*. Aunque sólo se ocupa de los orígenes del movimiento insurgente, pues se publicó en 1813, funda la historiografía del México independiente y también esa vertiente, que existe hasta la fecha, de la historia nacional considerada principalmente como la historia de sus revoluciones. *México y sus revoluciones* se llamaría, dos décadas más tarde, la obra del doctor Mora.

Historia del pasado inmediato, casi del presente, el libro de fray Servando era más periodismo que historia y buscaba divulgar los informes que había recibido sobre la insurgencia desde el punto de vista de un decidido militante de ella. Todo este aspecto de la historia política de México durante los últimos dos siglos es casi siempre una mezcla indisoluble de historiografía, ideología, militancia, política, derecho, periodismo y mitologías populares. Y cuando muchos años o décadas después llega el historiador moderno, científico y riguroso, a limpiar esos establos y depurarlos de inexactitudes, supersticiones y datos sin fundamento, se diría que la nueva historia —ya depurada— de las revoluciones mexicanas se queda sin revoluciones y sin historia, como una mera especulación de estadísticas y datos azarosos o de autenticación de documentos dispersos. Su propio tema imponía ese estilo militante y misceláneo de composición, y un discurso más sobrio, al tiempo que la depura, la diseca.

Y aquí entramos en el momento más babélico y escandaloso del maridaje de crónica e historia en México: la enorme, desagregada, contradictoria, extravagante, casi esperpéntica obra de Carlos María de Bustamante. Bustamante fue un insurgente, periodista, político, cuya calificación profesional estaba muy por encima del promedio de los intelectuales de su época. ¿Cómo fue entonces que produjo esa gigantesca miscelánea que Guillermo Prieto llamaría “nido de urraca”, donde se mezclaban las perlas con todo tipo de bisutería y hasta de basura cultural, historiográfica y política? Porque su concepto de historia no tenía nada de científico, ni siquiera según los criterios de verdad de siglos anteriores: era una historia militante para el momento, en la que valían tanto sus innegables méritos de protagonista, testigo y conocedor de primera mano de algunos de los principales personajes y acontecimientos, como los testimonios para él no menores de la tradición oral, de los mitos populares, de los indicios y rumores fundados sobre todo en su éxito social, e incluso sus propias quimeras y ensoñaciones políticas, ideológicas, históricas y religiosas.

La abusiva autopermisividad que ejerció Bustamante, para quien el trabajo de historiador se mezclaba con el de trovador de gesta e incluso el de inventor y administrador de mitologías, registra sin embargo buena parte del clima ideológico, intelectual y emotivo de su tiempo, especialmente entre su grupo político, lo que no deja de tener algo de historia, según el criterio moderno de que también cuentan como fuentes, de alguna manera, los “monumentos inmateriales”, es decir, los datos, dichos y conocimientos sin prueba positiva, como reflejo de la mentalidad y de la emotividad de su sociedad.

Buena parte de la concepción que ha prevalecido de los héroes y las hazañas no sólo insurgentes, sino incluso de la conquista (como el culto a Cuauhtémoc) y posteriores, hasta la guerra con Estados Unidos viene de Bustamante. Pero también revela la precariedad de los discursos historiográficos sin pruebas positivas, circunstancia que aprovecharon luego algunos historiadores, especialmente Lucas Alamán, para desautorizarlo por completo y, de paso, asumir abusivamente como dogma que nada es historia sin fuente positiva que cubra todos los protocolos científicos y académicos impuestos por las sucesivas elites intelectuales. Con lo que nos quedaríamos ayunos de casi toda historia, pues el propio Lucas Alamán, tan positivista, prueba muy pocos de sus asertos, sólo afirma, al igual que Bustamante, que él lo vio —y a ratos miente, pues en la batalla de Guanajuato no vio nada porque se mantuvo escondido en su cuarto— o que lo supo de gente de confianza, que en su caso no sería el pueblo ni los soldados insurgentes sino la aristocracia “decente”. Con los criterios con que Alamán descalifica a Bustamante, también descalifica buena parte de su propia historia. Y ésa es la razón de que a casi dos siglos de distancia siga la querrela en prácticamente todos los detalles sobre las guerras de independencia.

Tal vez Bustamante, cuyo defecto no sería un exceso de crónica sino un temperamento natural arrebatado y quimérico, a ratos bilioso, a ratos melancólico, y poco dado a distinguir la realidad objetiva de sus personales representaciones imaginarias, conceptuales o emotivas, sea el mayor perfil de la historiografía como crónica a ultranza y como subjetivismo voluntarista. Estos defectos de carencia o debilidad de pruebas positivas, tan señalados en Bustamante, en realidad caracterizan a toda la historiografía mexicana del siglo XIX. Sin embargo, más o menos a partir de la década de 1830 se prestigia el concepto positivista de la historia hasta imponerlo como dogma. Se supone que esta nueva forma de investigar el pasado exige pruebas científicas, pero lo que abundó en nuestros historiadores positivistas no fue la ciencia, sino la palpable hegemonía del discurso administrativo. Además, apareció un nuevo protagonista: los números, las estadísticas, los cálculos que muchas veces, rascándoles un poco, resultan tan inmateriales como los rumores, los dichos o el imaginario popular.

Pero Alamán y el doctor Mora echan mano de los números, de los cálculos, que muchas veces ellos mismos fabrican, a ratos con gran tino, o que toman de documentos ajenos de poca rigurosa autenticidad o veracidad, como los siempre contradictorios informes contables de las

oficinas de gobierno. A partir de ellos, la historia “seria” se basa en números y datos certificados; y la crónica, en dichos. Pero pronto los cronistas asaltan también la estrategia contable y se vuelven prestidigitadores aritméticos, mientras que los positivistas siguen considerando como “prueba científica” los supuestos dichos, ni siquiera escritos comprobables, de personajes de rango, muchos de los cuales eran meros comerciantes, hacendados, empleados de gobierno o de negocios privados, curas, políticos, militares, totalmente involucrados en los intereses económicos y en las pasiones políticas en cuestión. No hay manera de certificar la mayoría de las fuentes “científicas” de Alamán, que no debieron ser otras que su correspondencia y sus tertulias personales.

La realidad conjuraba para atraer a todo historiador a ese nido de urraca del que se quejaba Prieto. La historia en esos años se escribe poco en libros y más en periódicos (que se multiplican prodigiosamente), libelos, discursos, sermones, memorias administrativas, correspondencia oficial. Todo historiador trabaja como cronista, y todo cronista busca algunas de las credenciales nuevas (cifras, documentos prestigiosos y certificados) del historiador, pero con escasa claridad en el México revuelto de los gobiernos de Santa Anna, de la guerra de Texas, de la invasión estadounidense, de las guerras de Reforma y del Imperio.

En realidad ese nido de urraca, con sus debates, altercados, desmentidos, mitologías y calumnias no se calmaría sino hasta el porfiriato, cuando más por una medida administrativa —casi una orden presidencial— que por criterios realmente científicos o académicos, se recobra la tranquilidad historiográfica a través de una negociación política entre los diversos grupos y sus voceros intelectuales, bajo el mando del grupo liberal triunfante, pero un grupo liberal que se fue volviendo cada vez más conciliador.

Esa orden administrativa suprema, el presidente como égida de la historia oficial, con respecto de la memoria de la nación; esa política historiográfica porfiriana de administrar el triunfo liberal con una generosa conciliación hacia los bandos vencidos o marginados, es lo que conduce a las dos grandes aportaciones del porfiriato: *México a través de los siglos* (1884–1889) y *México: su evolución social* (1900–1902), dirigidos y en parte escritos respectivamente por Vicente Riva Palacio y Justo Sierra, y que conforman —sobre todo el primero— el gran canon historiográfico de México hasta la fecha, pues los diversos intentos del siglo XX por imponer un nuevo canon a través de las diferentes y a veces opuestas versiones de los libros de texto del gobierno, o de las dos versiones de la *Historia general de México* de El Colegio de México, no han hecho sino continuarlos y reafirmar su estrategia y sus líneas generales. Quiero decir que el triunfo historiográfico del porfiriato, más que optar en la controversia entre ciencia y recuerdo, entre historia y crónica, entre positivismo y subjetivismo, entre contabilidad y lirismo, se decidió por la administración política oficial de la memoria de la nación.

No debe olvidarse que los dos grandes historiógrafos porfirianos citados también eran narradores, poetas y periodistas, además de políticos; ni tampoco que el culto al documento y a la profusión de archivos no impidió al buen Riva Palacio confeccionar todo un mural del Santo Oficio que acalambra a los historiadores académicos modernos, pues a final de cuentas el dato, la fuente, el documento son sólo otro elemento más en la representación imaginaria que construye el autor. También es pertinente recordar que el culto “científico” —en este caso, la filosofía social europea del positivismo— que profesó Justo Sierra lo llevó a un discurso político y social no menos imaginativo, no menos cronicado, no menos ideológico, no menos mitológico que los de fray Servando, Bustamante o Alamán. Pero se buscó administrar el caos a partir de un eje autoritario aunque conciliador: la política de don Porfirio y luego la de los señores presidentes del PRI en el siglo XX. La claridad de la historiografía porfiriana no emanaba sólo de mayor ciencia y rigor académico, sino de la égida presidencial. Había que narrar la historia nacional de acuerdo con el proyecto supremo del presidente.

Mucho más que en el discurso o en el método historiográficos, las grandes aportaciones de la ciencia en los siglos XIX y XX se hicieron presentes en la búsqueda, estudio y conservación de las fuentes, sobre todo de las fuentes positivas, aunque a finales del XX se revaloraron otras como la historia oral, la historia de las mentalidades, la historia de las atmósferas imaginarias, emotivas o ideológicas, y se dio mayor realce —sin llegar, claro, a la contundencia de la prueba positiva— al folklore, a la imagen, al mito, al rito, a la leyenda y a toda una serie de fuentes subjetivas o de objetividad frágil, debatidas, etéreas. Por ejemplo, cuando Carlos María de Bustamante editó a Sahagún —y su edición fue la que prevaleció durante todo un siglo— se permitió intervenir abundante, tendenciosa, casi diríamos jocosamente en la fuente, glosando, suprimiendo y añadiendo texto, aprobando y reprobando a su capricho hasta fabricar un Sahagún-Bustamante a su gusto, lo que revela mucho de su idea del historiador-cronista como fabricante en gran medida de su propia fuente. Esto ya no lo harían los eruditos posteriores como José Fernando Ramírez, Troncoso, García Icazbalceta u Orozco y Berra.

Sin embargo, la propia circunstancia política o aleatoria de que sobrevivan ciertas fuentes (que dispongamos de tales crónicas de conquistadores y no de otros, y de sólo retazos de la memoria de los vencidos, filtrada por los propios vencedores), y su poca o dudosa elocuencia a pesar de sonoros términos como “prueba positiva”, nos lleva a la patente realidad de que, amén de científico, el trabajo historiográfico es inevitablemente subjetivo e imaginario en buena medida, y más aún cuando el historiógrafo no se da cuenta de los alcances de su propia subjetividad y se deja llevar —dizque inocentemente— por su tendencia —o la de su tiempo— como si fuera una lógica formal inexorable.

Las mismas fuentes contienen relatos a ratos contradictorios que permiten minusvaluarlas o sobrevalorarlas al gusto. De ahí que incluso hoy en día, en nuestros científicos coloquios sigamos debatiendo, como en nido de urraca, situaciones historiográficas supuestamente ya establecidas

por largas décadas e incluso siglos de estudio, como el pasado prehispánico, la Conquista, la Colonia, la Independencia, Santa Anna, Juárez, las guerras de Reforma y del Imperio, el porfiriato, la Revolución, los gobiernos posrevolucionarios... Ningún historiador deja nunca de ser cronista, aunque no lo quiera, y más le vale asumir y dirigir cautelosamente esta bendición o fatalidad. En el mundo cientificista, tecnologizado en que vivimos, incluso el cronista más arrebatado se ve forzado a acudir al bagaje de las fuentes ciertas y de los métodos académicos consagrados. Y luego se vuelve a urdir el mismo nido de la urraca. Nada más hay que asistir a las discusiones entre especialistas sobre encuestas, sondeos, censos, estadísticas. Pero esto no es deficiencia mexicana: los franceses están en la misma situación respecto de sus revoluciones; los españoles, lo mismo.

Decía Mark Twain que había tres tipos de mentiras: las mentiras, las malditas mentiras y las estadísticas. Podríamos decir que hay tres tipos de historia: la historia, la maldita historia y la historia con estadísticas. Y lo mismo vale para la crónica. Podemos incluso sustituir la palabra estadística por la de “fuentes certificadas” o “validadas”, como se dice ahora en nuestro rancho. Diríamos: “La crónica, la maldita crónica y la crónica con fuentes ‘validadas’”.

Durante muchos años, pero de manera especial en la segunda mitad del siglo XX, se sobrevaloró el trabajo historiográfico en libretos solemnes, pesados, monumentales; un historiador era aquel que escribía muchos de esos libros, que raramente tenían suficientes lectores y el grueso de cuya edición muchas veces terminaba en bodegas. Era obligación: sin esos libretos no había carrera de historiador, ni nombramientos, ascensos o estímulos académicos, ni prestigio. Una Babel de esas ediciones recibió la producción conjunta de las universidades, de la SEP, de los diversos institutos de provincia.

Internet y la reducción del mercado de libros en papel han corregido esta superstición, recordándonos que la historiografía se puede practicar, y se ha practicado a lo largo de milenios, de múltiples formas y que no ha de abusarse de los libretos. En el pasado pocos historiadores publicaron libretos. Practicaban su oficio en la cátedra, que en Grecia era simplemente pláticas en el Jardín de Academo. Los peripatéticos eran un “club del jardín”.

Hay muchos libros clásicos de historia compuestos como lecciones, entre ellos el curioso tomo *Lecciones de historia patria* de Guillermo Prieto, cuyo —digamos— dogmatismo de bronce encoleriza a los distraídos que no recuerdan lo que se anuncia desde el principio: que eran lecciones confeccionadas ex profeso para los cadetes del Colegio Militar. Un historiógrafo puede escribir de múltiples maneras para diferentes objetivos y públicos, y en el caso de Prieto, incluso en un tema tan suyo como la invasión estadounidense, encontramos discursos diferentes según la ocasión y el público al que correspondían. Otros historiógrafos no escribían para ser publicados, sino leídos en manuscritos, por lectores escogidos de antemano y que requerían un

permiso especial: tal fue el caso de varios frailes cronistas. Algunos más simplemente salvaban, fijaban, administraban, comentaban las fuentes, a veces de manera oral y para públicos controlados: tal era el destino de la mayoría de los cronistas de las órdenes religiosas en la Colonia.

Se escribió historia en poemas (la poesía épica o la crónica en verso fue un género muy apreciado durante siglos en el mundo hispánico), en anales, en tablas, en jeroglifos, en emblemas, en cuadros, en retablos, en esculturas, en sermones, en ceremonias y rituales, en cómics, películas y novelas. Riva Palacio no es menos historiador ni menos riguroso en sus novelas históricas que en sus ensayos, con la considerable ventaja de que cuando leemos una novela ya estamos concediendo desde un principio grandes privilegios a su subjetividad, a su imaginario. Estamos sobre aviso.

Muchos libros de historia y de pensamiento de México conocieron su origen en crónicas y artículos periodísticos —*El laberinto de la soledad*, de Paz, nació de una serie de artículos y crónicas de periódico— o fascículos. Incluso eran distribuidos como tales: durante décadas, *México a través de los siglos* fue leído por entregas periódicas que diarios como *El Universal* ofrecían a sus lectores. El pueblo no tenía dinero para comprar los cinco gruesos y lujosos tomos, ni librerote donde instalarlos. Autores como Reyes, Vasconcelos, Guzmán, Benítez, Poniatowska han usado la prensa periódica como borrador: ahí iban publicando por trozos sus libros; aprovechaban la experiencia de la recepción y comentarios del público, y sólo meses o años después los configuraban como libros. Con frecuencia son mejores, más ligeras, más sabrosas, menos categóricas, las primeras versiones periodísticas que el mármol final.

En una época de escasas y precarias universidades y centros de investigación —época que puede volver muy pronto, por la sumisión mundial de la academia al mercado, que volvería poco rentable tanta investigación, tanta docencia, tanta difusión y publicación académicas—, los autores, y entre ellos los historiadores, recurrían a las columnas periodísticas como método para ir procesando los que serían sus grandes libros. Y no sólo en México. A principios de siglo escribía sobre España José Ortega y Gasset:

En nuestro país, ni la cátedra ni el libro tenían existencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar. Las formas del aristocratismo “aparte” han sido siempre estériles en esta península. Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocracia— tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico. No es necesario decir que se me ha censurado constantemente por ello. Pero algún acierto debía haber en tal resolución cuando de esos artículos de periódico han hecho libros formales las imprentas extranjeras.

Ahora la prensa en papel sufre el mismo embate mercadotécnico y tecnológico que el libro de papel, y buscamos hacer academia en las ágoras de la plazuela virtual. Ya ha ocurrido. El internet ya es todo un gran método historiográfico. Para no ir más lejos, hace apenas unos años, cuando ocurrió la por entonces llamada “primavera árabe”, fue en internet, y especialmente en redes como Twitter y Facebook donde se escribieron los grandes anales —anales de unos cuantos días, como quería Quevedo— de las rebeliones y guerras de Egipto, Túnez, Siria, Yemen, Turquía... En estos días la historia y la historiografía se practican mucho en internet a propósito no sólo de toda la zona árabe, persa o turca, sino también de Rusia y Ucrania.

Pronto la anterior complicidad-disputa entre crónica e historia en papel ingresará al ámbito de los recuerdos arqueológicos. La historiografía se enriquecerá bastante con las nuevas oportunidades de los tuits, los retuits, los *posts*, los *blogs*, los memes, los *mails*, los mensajes de texto, los emoticones, los *followers*, los *likes* y los correos de voz.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Manzoni, Stendhal, Sciascia: la historia en la novela

Francisco Pérez Arce*

Resumen

El autor expone los hilos con los que se entreteje la historia de maneras novedosas en la narrativa novelada de Manzoni, Stendhal y Sciascia, escritores que han abrevado en documentos y que traen a la luz la peste en Italia, la batalla de Waterloo; en sus obras, los personajes experimentan y viven las hambrunas, la enfermedad y la guerra desde un punto de vista humano y realista. En las novelas de esos autores, la imaginación tiene un papel central para la construcción de otras formas de narrativa de la historia.

Palabras clave: narrativa, novela histórica, imaginación, contexto histórico, historia.

Abstract

The author presents the threads with which history is interwoven in innovative ways in the narratives of Manzoni, Stendhal, and Sciascia, novelists who have studied historical documents that bring to light the Italian plague or the battle of Waterloo, for example. The characters experience and live hunger, disease and war from a human and realistic perspective. In these novels imagination plays a key role in the construction of other options for historical narrative.

Keywords: narrative, historical novel, imagination, historical context, history.

Manzoni

Alejandro Manzoni escribió *Los novios* a principios del siglo XIX; la primera versión se publicó en 1822, la segunda en 1827 y la tercera —y definitiva— en 1840.^[1] Es una obra fundamental para la historia italiana. Tiene los rasgos y el tono de una novela romántica y también es reconocida como novela histórica. La trama sucede en el siglo XVII y relata acontecimientos verdaderos como la hambruna de 1627 y, sobre todo, la peste de 1630, que arrasó a la población del noroeste de Italia y particularmente de Milán. Los protagonistas, Lucía y Renzo, pueblerinos humildes, son perseguidos por un hombre poderoso y arbitrario, don Rodrigo, lo que desata la trama. Huyen ayudados por el monje capuchino fray Crisóforo; Lucía se refugia en un convento y Renzo llega a Milán precisamente el día de una rebelión popular que reclama el pan y el trigo que están siendo ocultados en medio del hambre. El contexto político es la dominación española de Milán. La revuelta conduce al saqueo y a la represión. Renzo es tomado por uno de los jefes de la revuelta y tiene que huir nuevamente, mientras Lucía sigue siendo acosada. El hombre del poder, don Rodrigo, contrata a un bandido famoso (“el innombrable”), quien logra hacerla salir de la protección conventual y la secuestra. Ella le ruega que tenga compasión, y ante sus

palabras, el bandido tiene una especie de conversión: experimenta un arrepentimiento profundo, acude por el perdón al arzobispo Federico Borromeo, y no sólo deja en libertad a Lucía, sino que promete usar su fortuna mal habida para hacer el bien.

En dos años Lucía y Renzo no han sabido uno del otro. Entonces llega la peste. Es la parte más intensa del libro. En los capítulos 31, 32 y 33 el autor abandona trama y personajes y se ocupa de describir un hecho histórico: el surgimiento de los primeros casos de la enfermedad en la periferia de Milán, la entrada del contagio, la torpe reacción de las autoridades, la resistencia de la comunidad a reconocer que se trata de la peste, las reacciones marcadas por la ignorancia y el fanatismo, y la imparable expansión del contagio. Doctores o proto doctores la identificaron muy temprano, pero no fueron escuchados. El pueblo se niega a reconocer la peste y busca culpables: no es la peste, es otra cosa: alguien está envenenando el aire. Se trata de una acción perversa atribuida a supuestos enemigos. La gente jura que alguien está untando las paredes de ese mortífero veneno; hay intentos de linchamiento de extranjeros sospechosos de ser untadores. Como medida extrema, se ha insistido al arzobispo Federico que permita sacar en procesión los restos de San Carlos. El arzobispo finalmente acepta y una multitud recorre la ciudad, deteniéndose en cada barrio. La ciudad se viste de gala, las calles están adornadas con gran lujo. La procesión se alarga desde la madrugada hasta más allá del mediodía. Al día siguiente el contagio, lejos de frenarse, se ha acelerado extraordinariamente. La gente no atribuye el aumento de muertos y enfermos al hecho de que la procesión propició el contacto de miles de personas, sino a que los untadores aprovecharon la distracción para realizar libremente sus fechorías. El relato de Manzoni es tremendo. Sólo sobrevivió la cuarta parte de la población de Milán. El lector se siente partícipe, presa del terror y la ignorancia de las víctimas, tan extraordinaria es la reconstrucción histórica. Una vez descrito el terrible escenario, volvemos a las peripecias de nuestros personajes. Tanto Renzo como Lucía caen enfermos, pero ambos se curan. El hombre poderoso, don Rodrigo, origen de todas sus desgracias, también enferma; Renzo se alegra de su caída, pero es reconvenido por el monje y acaba perdonándolo y rezando por su alma. El monje capuchino se comporta como un santo atendiendo a enfermos, se contagia y muere... y así, la vida sigue.

Manzoni quiere contar lo que sucedió realmente. Su descripción de la peste se fundamenta en documentos y testimonios de la época que cita con amplitud. Basado, por ejemplo, en expedientes judiciales, cuenta la historia de la Columna Infame, que comienza con el juicio a que fueron sometidos dos supuestos untadores. Expone los testimonios de los acusadores, absurdos e insostenibles para cualquier mirada serena, incluso de aquella época. Los dichos de los testigos y la defensa de los acusados muestran lo absurdo de la acusación, pero también la ceguera de los jueces, que no ven lo que no quieren ver. La sentencia es terrible: tortura y muerte, y para uno de ellos, la destrucción de su casa y la erección de una columna, la llamada Columna Infame, que dejara testimonio para siempre del delito abominable cometido por el sentenciado. El pasaje se convierte en un alegato contra la tortura, pero resulta demasiado largo para incorporarlo al cuerpo de la novela y hasta la edición de 1840 aparece como un anexo.

Manzoni, historiador acucioso y narrador extraordinario, se convierte con *Los novios* en defensor de lo que llama simplemente “novela histórica” y sostiene la pertinencia de incorporar relatos de lo que hoy llamaríamos “no ficción” en estructuras novelísticas.

Stendhal

Otro autor clásico, Stendhal, incorpora en sus novelas episodios históricos. Es muy citado el caso de la batalla de Waterloo, narrada de manera muy original en *La cartuja de Parma*.^[2] En este episodio el héroe romántico, Fabricio del Dongo, joven idealista e impulsivo, abandona la vida blanda de su palacio, del cariño y el abrigo de su madre, la marquesa, y de su tía, su cálida acompañante, para sumarse a las fuerzas del emperador Napoleón, que en 1815 ha regresado de su exilio en la isla de Elba. Quiere ir a combatir por los ideales liberales que aquél representa. Con sus dieciséis años, un caballo fino y una buena cantidad de dinero aportada por su madre, Fabricio marcha a la guerra. Y nos encontramos con un relato novedoso y realista de la batalla. No se trata de un relato épico sino todo lo contrario: uno a ras de tierra. No vemos a los ejércitos enfrentados con arrojo, sino a seres humanos miserables persiguiendo la muerte, que alcanzan a menudo, en medio de la confusión. Enfrentamientos en los que el idealismo no aparece por ningún lado. Fabricio no sabe dónde está. Esperaba ser recibido fraternalmente en un regimiento y nadie le hace caso. Llegó sin fusil y además perdió su caballo. Una cantinera, personaje salvador para Fabricio, lo instruye en lo más elemental. Para empezar, necesita hacerse de un fusil. Se lo quita a uno de los muchos soldados muertos que yacen a lo largo del camino. “Verifica que esté bien muerto”, le advierten. Fabricio mira por primera vez la muerte cruel, individual, como es realmente, y por supuesto queda impresionado. Se le graba la imagen, los pies sucios y descalzos del soldado que yace para la eternidad con un ojo abierto. Es la imagen de la muerte sin heroísmo: algún camarada lo despojó de las botas, otro tomará su fusil y su casaca. A Fabricio le roban su caballo y se hace de uno flaco e inútil; por recomendación de su amiga la cantinera compra uno mejor, que después también habrá de perder. Y en ese inmenso campo de batalla, con humaredas a lo lejos, deambula entre cadáveres y va tras un regimiento que pasa. Con su buen caballo se une a un grupo de oficiales bien montado, que resulta ser la escolta del mariscal Ney. En la tarde, ya entrado en copas, oye entre brumas voces que gritan: “¡Ahí viene el emperador!” Y luego: “¡Ahí va, ahí va!” Medio borracho, ve acercarse a un grupo de jinetes y pierde por enésima vez su caballo. Finalmente un sargento lo adopta y le da instrucciones mínimas. Por fin dispara su arma y mata a un soldado enemigo, ya tiene un muerto en su haber. Al final, Fabricio no sabe si realmente participó en una batalla, si esa fue la de Waterloo, si vio pasar a Napoleón. A los pocos días decide volver a casa.

El episodio es una reconstrucción histórica salida de la fantasía del autor. Stendhal sabe mucho de la época, de los valores vigentes, de las formas de relación, de las armas que se empleaban, de los uniformes, de la estructura del ejército; conoce el campo donde sucedió la batalla. La odisea de Fabricio no es histórica, es producto de la imaginación, pero bien asentada a ras de tierra. Es otra forma de contar la historia. Una forma novedosa y rica de ver un suceso tan importante como la batalla de Waterloo, narrada por un personaje que ni siquiera está seguro

de haber participado en ella. El propio Tolstoi dice haber sido influido por este pasaje en la escritura de *La guerra y la paz*.

En otras obras Stendhal es más histórico y menos inventivo. En *La abadesa de Castro* se apoya claramente en documentos judiciales de archivo.^[3] Una buena parte de la trama reproduce lo que sucedió y quedó plasmado en documentos. En *Los Cenci* es aún más riguroso: prácticamente todo el relato está tomado de documentos judiciales. Stendhal no descubrió ese episodio; ya era muy conocido, pues había sacudido a la sociedad romana del siglo XVI. El trágico desenlace de la ejecución de la joven Beatriz Cenci, bellísima y admirada por todos, conmociona al pueblo entero. La saben asesina, pero también víctima. Incluso el papa Clemente VIII, que no se atreve a indultarla, se entristece. Roma llora a la víctima de un padre tirano y a la hija parricida en defensa propia.

En *Los Cenci*, Stendhal cuenta una historia que ya está contada en los documentos. Los transcribe parcialmente, buscando la precisión histórica de los hechos. Pero su talento de narrador está en la selección de los fragmentos a transcribir. Y no puede evitar opinar sobre el caso. En algún momento dice que quisiera exculpar a Beatriz, pero que no hay la menor duda de su culpabilidad.

Sciascia

El teatro de la memoria, de Leonardo Sciascia, relata hechos reales sucedidos entre 1927 y 1930.^[4] Es la historia de “el desmemoriado de Colegno”. Empieza con la publicación, en el suplemento del *Corriere della Sera*, de un retrato con una simple pregunta: “¿Quién lo conoce?” La nota la envía el director del manicomio de Colegno. El desmemoriado fue ingresado un año antes y sigue tan amnésico como el primer día, pero sin ningún otro problema de salud. Tratando de quitarse esa carga económica, el director busca a su familia para entregárselo. En esos años muchas familias conservaban la esperanza de encontrar a familiares desaparecidos durante la Gran Guerra. Una de ellas era la familia Canella. Al principio dudan, pero poco a poco van reconociendo al profesor Giulio Canella, desaparecido nueve años atrás. La más segura del hallazgo es ni más ni menos que la esposa. “La esperanza de los Canella —escribe Sciascia— había empezado a convertirse en fe”.

Las dudas habrían perdido interés de no haber sido porque otra familia también reconoció al desmemoriado como Mario Martino Bruneri, tipógrafo, quien además cargaba con varias demandas de robo y fraude. La justicia debía, entonces, dilucidar la verdadera identidad de aquel amnésico. El asunto se ventiló alegremente en la prensa hasta convertirse en un clamoroso debate nacional. La sociedad italiana se divide en dos bandos, los “canellistas” y los “bruneristas”. Desfilan testigos de uno y otro bando: parientes, amigos, conocidos, compañeros de escuela (a lo largo del proceso declararon unos mil cuatrocientos testigos.) Los momios se mueven hacia uno y otro lado. La prensa sigue el caso día con día; cada mañana, lo primero que buscan los

lectores es la nota sobre el desmemoriado. Al final, la justicia define que se trata de Bruneri. Pero los Canella no se resignan. La esposa, con más energía que nadie, sigue clamando que se trata de su querido Giulio.

Las dudas no se disiparon y la prensa siguió el caso mucho tiempo después del dictamen oficial. Eran los años del dominio pleno del fascismo. “Tras diez años de paz, con el régimen fascista sólidamente en el poder y una prensa unánime en el consenso entusiasta, el caso del desmemoriado venía a romper el aburrimiento reinante, a despertar buenos sentimientos en todos y a hacer concebir esperanzas a las familias de los desaparecidos de guerra, que eran muchas”.^[5] Los Canella apelan el veredicto. El desmemoriado ya vive con Giulia Canella, su supuesta esposa. El caso pasa a un tribunal superior y se reabre en 1930, cuando Giulia ha dado a luz a una hija del marido recuperado. En 1931 el tribunal ratifica el fallo que reconoce a Bruneri. El desmemoriado tiene ya un segundo hijo con la señora Canella y también ha escrito un libro, *En busca de mí mismo*, de trescientas diez páginas, donde hilvana fotos y trozos de su memoria adoptiva. Pierde la apelación: la sentencia le quita la identidad que él reclama. Logra escapar a Brasil, en donde vive como Giulio Canella. Aprende rápidamente el portugués y lo escribe bien, al grado de convertirse en articulista de un diario local. La justicia ha dictaminado, pero en la vida real el desmemoriado actúa no como Bruneri sino como Canella.

Décadas después el caso sigue vivo en muchas cabezas. En 1927 inspiró una obra de Pirandello, *Como tú me quieres*; después se hicieron dos películas en tono de comedia, ambas con el título *El desmemoriado* (una de ellas del famoso mimo Totó). En 1954, cuando el desmemoriado ya había muerto, la señora Canella recibió una carta de Felice Bruneri, hermano de Mario, diciéndole que ha recibido propuestas de productores de cine italianos y americanos para hacer una película. Le propone que den su consentimiento y se repartan las ganancias: “La verdad nos la guardamos nosotros y hacemos una bella historia...”, dice.

La del desmemoriado de Colegno es una historia fantástica. Pero una historia fantástica apegada rigurosamente a la realidad.

¿Dónde termina la historia y empieza la novela?

Los libros de Manzoni, Stendhal y Sciascia mantienen todos ellos una relación estrecha con la historia. Pero lo hacen de maneras distintas.

En *Los novios* Manzoni inventa personajes, teje una trama amorosa en la que Lucía y Renzo enfrentan enemigos temibles bien asentados en el poder; sus aliados, sin ser poderosos, actúan con inteligencia y arrojo. Contiene los elementos de la novela romántica, mezclados con partes no sólo realistas sino minuciosamente documentadas; la ficción se entrelaza con la historia real.

Los capítulos de la peste, así como el de la Columna Infame, son historia pura y llana, investigada en documentos y testimonios de la época. Manzoni aporta la estructura, el ritmo de la narración. Construye un terreno histórico firme que es indispensable para la novela; no se pueden comprender los sentimientos de los personajes, sus comportamientos, su humanidad, sin ese contexto histórico. En la concepción misma de la obra literaria, de invención, está contenida la necesidad de la historia. No se puede prescindir de ella. Por eso no sorprende que además de novela romántica y obra central del resurgimiento italiano sea considerada “novela histórica”.

Las dos novelas de Stendhal aquí comentadas tienen distintas formas de relación con la historia. En el famosísimo capítulo de la batalla de Waterloo el autor pone a un personaje inventado, Fabricio, héroe romántico por excelencia, en un campo de batalla histórico. Aporta la originalidad de un punto de vista a ras de tierra, imaginado por alguien que conoce la geografía, las formas de los hechos de armas de la época, para ofrecer una visión realista, verosímil, aunque sabemos que es obra de la imaginación del escritor. Es una visión novelística, no histórica.

Los novios y *La cartuja* tienen características similares en su relación con la historia, pero no idénticas, porque en el primer caso el autor se permite suspender la trama para dedicarse durante tres capítulos a una exposición rigurosamente histórica; en el segundo caso los hechos históricos no tienen tanta autonomía, están siempre mezclados, y por lo mismo modificados (que no traicionados) por la ficción. La diferencia está entre lo verosímil y lo verídico. La batalla de Waterloo desde el punto de vista de Fabricio (y de Stendhal) es verosímil; los capítulos de la peste son verídicos, no están modificados por la intervención de personajes de ficción.

La otra obra de Stendhal, *Los Cenci*, en cambio, es muy parecida a los capítulos de la peste de *Los novios*. Ahí se relatan los hechos tal como sucedieron según los documentos disponibles; el escritor vuelve a contar la historia que ya está contada. Es una de esas historias a las que la invención empobrecería, es mejor dejarla tal cual. Lo que hace Stendhal es ensamblar las piezas, es decir, proponer una estrategia narrativa, un orden, un ritmo. Darle forma de novela sin quitar un ápice de verdad a los hechos que tiene frente a sus ojos en documentos antiguos.

Sucede lo mismo en *El teatro de la memoria*, de Sciascia. Federico Campbell lo formula de este modo: “Se diría que el método de Sciascia es levantar las piezas ocultas de la historia —o de una pequeña historia oscurecida— y volverlas a colocar para que las desmonte el lector”.^[6] Pero no sólo cuenta la fantástica historia del desmemoriado: cuenta también un poco de la historia italiana. Sin apartarse del método documentalista, se detiene a mirar el contexto; sin ese marco histórico, sin esa opinión del escritor que ve el paisaje entero, el relato quedaría incompleto. No se entendería, por ejemplo, por qué la historia del desmemoriado despertó el interés extremo de la sociedad italiana. Para contar bien la pequeña historia de un individuo o de una familia se necesita el contexto. La comprensión del individuo requiere contemplar la sociedad a la que

pertenece. En las novelas de “no ficción”, dice Campbell citando a Claude Ambroise, “todo está en saberla leer (la verdad), en saberla reescribir tal y como ya está escrita”.^[7]

Las obras aquí comentadas nos muestran distintas formas de relación entre la novela y la historia. Pero en todas ellas se trata de una relación necesaria. Es una obviedad para los casos de “novelas de no ficción”, pero no lo es tanto para la novela romántica. Y sin embargo, *Los novios* y *La cartujano* tendrían la trascendencia que tienen sin el contexto real, histórico, reconocible, verídico.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Alessandro Manzoni, *Los novios*, trad. de Juan Nicasio Gallego, México, Conaculta, 2014.

[2] Stendhal, *La cartuja de Parma*, trad. de Consuelo Berges, España, Alianza Editorial, 2007.

[3] Stendhal, *Crónicas italianas*, trad. de Guillermo Louis, Madrid, Felmar, 1984. En el volumen están incluidos, entre otros textos, *La abadesa de Castro* y *Los Cenci*.

[4] Leonardo Sciascia, *Il teatro della memoria*, Milán, Giulio Einaudi, 1981. [Edición en español: *El teatro de la memoria*, trad. de Juan Manuel Salmerón, México, Tusquets, 2010.]

[5] *Ibidem*, p. 31.

[6] Federico Campbell, *La memoria de Sciascia*, México, FCE, 2004, versión electrónica, p. 11.

[7] *Ibidem*, p. 57.

Atisbos de modernidad I: Etna, Oaxaca: las fábricas San José y La Soledad Vista Hermosa

Emma Yanes Rizo*

Resumen

Artículo que expone la experiencia obrera de las fábricas San José y La Soledad, de Etna, en Oaxaca. Con una narrativa fluida, aparecen las voces de hombres de carne y hueso que describen sus quehaceres, sus espacios, sus relaciones, la visión del mundo de campesinos y obreros. También muestra la otra cara de su identidad: la figura del patrón, la industria, la modernidad, la CTM. Y al mismo tiempo se exponen sus luchas y logros al constituirse en cooperativas administradas por ellos mismos como obreros textiles.

Palabras clave: obreros textiles, fábricas, Etna, Oaxaca, historia oral.

Abstract

Article that reveals the experience of workers in the factories of San José and La Soledad, in Etna, Oaxaca. It gives voice to real men that through a fluid narrative describe their labor, spaces, relations, and vision of the world as campesinos and workers. It shows the other face of their identity in the context of the figure of the proprietor, industry, modernity, and the CTM union. It also describes their struggles and achievements when they constitute self-managed textile cooperatives.

Keywords: textile workers, factories, Etna, Oaxaca, oral history.



Escalera principal de la fábrica La Soledad Vista Hermosa en 1996. Foto: Verónica Espinosa

Diciembre, 1984

Los patrones se han ido. Las fábricas San José y Vista Hermosa enfrentan el futuro cada una por su cuenta; ganadas en juicio a los dueños que querían cerrar, hoy tienen una administración obrera por cooperativa. Las dos luchan por su subsistencia con salarios abajo del mínimo. En San José, según nos comentan los trabajadores, los aprendices ganan 45 pesos la hora, y los oficiales, ochenta; el trabajo a destajo y la jornada son medidos por el metro de tela y el hilo producido. San José produce manta para costales que el comprador les paga a cuarenta pesos el metro; Vista Hermosa produce franela. Ambas fábricas tienen su abastecedor de algodón y también su comprador: Convertidora Mexicana, empresa del Distrito Federal, para Vista Hermosa; Antonio Fernández, fabricante de telas en San Juan del Río, para San José. Esta última se endeudó recientemente por más de cinco millones de pesos en la compra de maquinaria que data de los años treinta. Las industrias sobreviven gracias a la decisión de los trabajadores, que combinan el trabajo agrícola y el textil, así como a la calidad de la maquinaria industrial del siglo XIX, construida para durar a largo plazo.

Este delantal es nuestro

Ah, qué gentes —dice Agustín, el trabajador que controla la producción y el buen funcionamiento de la maquinaria en La Soledad Vista Hermosa—. Lo oyera y no lo creyera... así que quieren tomar en cuenta estas ruinas. Miren, en esa casa vivieron los que aquí fincaron. Al fondo, en esos paredones caídos, estaban las casas de su gente de confianza. Más alto que una paca de algodón sería el libro que escribieran de las cosas de aquí. Los patrones fueron poderosos en Oaxaca, pero los acabó la Revolución. Ya ven, nosotros quedamos. Vinieron más dueños, hasta el gobierno estuvo, pero todos la abandonaron cuando ya no rindió, cuando ya la habían explotado, cuando ya le habían sacado todo a las máquinas, cuando ya sólo quedamos nosotros.

El 16 de diciembre de 1884, el gobernador de Oaxaca, Luis Mier y Terán, celebró un contrato con los señores José Zorrilla y Jacobo Grablison, propietarios de las fábricas de San José Etlá. El gobierno de Oaxaca concedería exenciones fiscales para el establecimiento de las fábricas de hilados, tejidos y estampados en la región de Etlá, adecuada por su caudal de agua y la humedad de su ambiente. Los industriales extranjeros montarían en contraparte un motor hidráulico de sesenta caballos de fuerza para la electrificación de la ciudad de Oaxaca y se verían obligados a tender a su costa la línea eléctrica entre la planta y la ciudad. Además se comprometieron al sostenimiento y educación de trescientos jóvenes del estado, con sueldo de veinticinco centavos diarios.

Según las crónicas, el poder de los Zorrilla se equiparaba al de los grandes hacendados del país. La fábrica de San José contaba, años antes del establecimiento de Río Blanco en Orizaba, Metepec

en Puebla y San Antonio Abad en México, con más de diez mil husos y trescientos telares, y su producción rebasaba las siete toneladas de manta al mes.

La popelina de mi patrón

La casa de los expatronos está tomada actualmente por la maleza y la herrumbre. La utilizan como bodega. Las escaleras se encuentran derruidas, las barandillas están atadas involuntariamente por una enredadera, los pasamanos se ven oxidados, las habitaciones polvosas y oscuras yacen cruzadas por rompecabezas de tróciles, y en el baño el agujero del excusado se encuentra tapado como si por ahí se hubiera escurrido toda la grandeza de la fábrica. Sólo las dos estatuillas plateadas, casi tragadas por los matorrales al frente de la casa, como si fueran dos mujeres inaccesibles traídas por el sueño de prosperidad de los Zorrilla, recuerdan el ingreso a la casona con sus amplios salones, cuadros y madera tallada, quizás también con manteles bordados y platería en el comedor. Las esculturas parecen recordar ellas mismas los marcos dorados de los espejos y los plateados reflejos de las cabelleras de los señores, con sus manos y sus ojos que vienen de hacer las cuentas y de dar órdenes a los cabos y a los maestros en los talleres; sólo ellas escuchan las conversaciones de los devotos industriales en un domingo cualquiera, después de la misa, hablando de la cotización del mercado del algodón, con el silencio respetuoso de los telares en el descanso dominical.

Pero el casco sigue aquí, con el mismo rumor metálico de hace cien años. El mismo rumor que tejió las sedas y la ropa suntuosa de aquellas mujeres que encarnaron el esplendor industrial porfiriano. A la entrada un hombre viejo, con su delantal de manta y el pelo adornado con una pelusa de algodón, se entretiene leyendo una novelita vaquera. A mano izquierda, colgada de la pared, hay una imagen guadalupana con sus veladoras. El hombre, que se llama Agustín, es el mismo que antes nos había hablado de los Zorrilla. Por un momento deja el libro y comenta: “Nuestra fábrica tiene historia. Cuentan los más viejos que más o menos en 1907 fue la primera huelga, que iban a correr a unos obreros y los demás se opusieron. Cuentan que fue la primera huelga de Oaxaca”.

Yo soy el corazón de la fábrica

Tendidos de flechas pegados al techo cruzan de un extremo a otro las naves en la fábrica de San José, mientras las poleas cuelgan y hacen temblar la maquinaria. En el cuarto de máquinas, una banda de cinco metros por cuarenta centímetros sale del fondo del socavón que guarda la turbina grande, voluminosa. Una bomba de tiempo. Por las escaleras terregosas aparece el cuerpo pequeño y regordete del obrero que controla su funcionamiento.

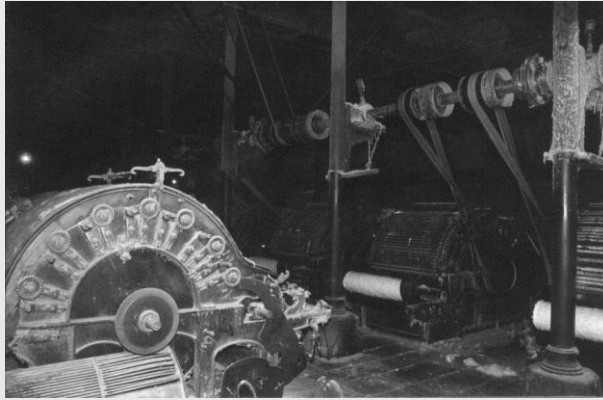


Conjunto de trabajadores frente a la gran rueda hidráulica de fuerza motriz para el movimiento de la maquinaria. Fábrica La Soledad Vista Hermosa. Foto: Verónica Espinosa, 1996.

Con el torso desnudo y el pantalón arremangado, Alonso Ruiz Rivera trabaja ocho horas y media en el turno de la tarde y gana ochenta pesos la hora. Entró de aprendiz en 1955, en el departamento de hilados, pero en 1979 lo llamaron a la turbina. “El que está en la mañana — dice— trabajaba los dos turnos, pero se cansaba mucho, por eso me pidieron a mí que aprendiera. Él ya es un señor grande; era el único que sabía *escuchar a la turbina*, porque haga de cuenta que ella como que nos habla. Un mes me pasé con él en las mañanas, hasta que una tarde me quedé solo con la máquina”.

Una cadena larga sube desde la turbina hasta el volante que maneja Alonso, con el cual controla la entrada de agua en la turbina y la fuerza de la banda que mueve toda la maquinaria. Mientras mueve la cadena comenta:

Aquí, como quien dice, yo soy el corazón de la fábrica. De la turbina depende el funcionamiento de las poleas, los telares, las cardas y los tróciles, y hasta el esmeril y los tornos del taller mecánico trabajan con bandas. Antes tenías que estar siempre en el socavón pegado a la turbina; había muchos accidentes. Pero el maestro Palacios ideó el sistema de la cadena. Aquí arriba no tenemos manómetro, por eso uso estos tres cordoncitos amarrados a la cadena: con ellos calculo qué tanto necesito abrir la válvula para darle mayor o menor fuerza a la banda. La manejo a puro oído, ya me acostumbré al sonido de la banda, sé cuándo hay que disminuir la velocidad porque ya se apagaron algunos telares o cuándo tengo que aumentar porque ya se están adelantando otros.

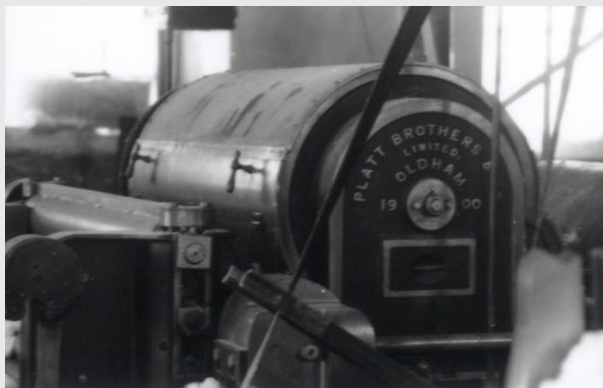


Sistema de bandas y poleas. La Soledad Vista Hermosa, Etlá. Foto: Camarena, 1984.

Es así como el señor Alonso regula el motor de la fábrica de San José y controla el ritmo de trabajo de sus ciento cincuenta compañeros. En diciembre de 1984 la fábrica cumplió un siglo de vida, desde el decreto del gobernador Mier y Terán. El mérito es de los trabajadores, que cuentan la historia de la fábrica como su propia historia.

La urdimbre de la telaraña

Como en el siglo pasado, del departamento de batientes salen los rollos de algodón que pasan a las cardas. En un viejo galerón de madera te topas con esas máquinas. Hay once funcionando: llevan la marca Dobson and Barlow Bolton, England, 1900. Están apretujadas en un espacio de diez por diez y las maneja un solo operador. Por un lado entran los rollos de algodón como gruesísimas sábanas; por otro sale un hilo grueso, un chorizo blanco, una línea que se envuelve interminablemente en los botes. Dos grandes rodillos con miles de puntas desgarran la mancha blanca.



Batiente de 1900 para el sistema de hilados. Fábrica La Soledad Vista Hermosa, Etlá. Foto: Verónica Espinosa, 1996.

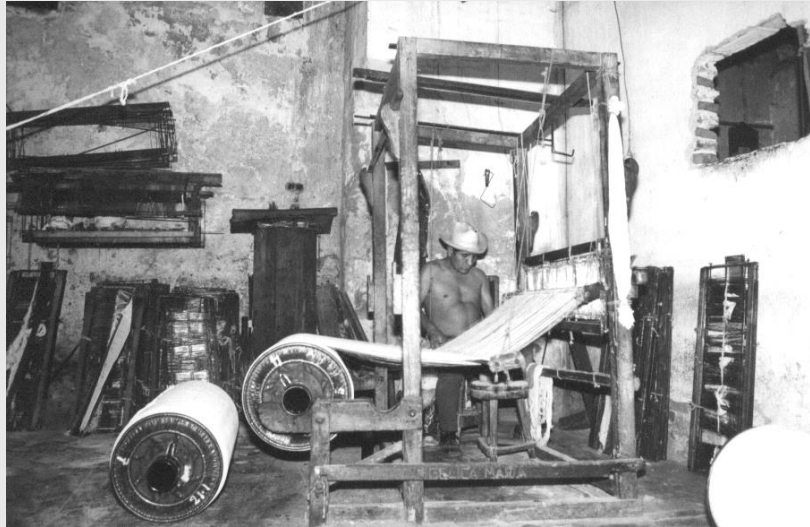
Pelusas, cientos, miles, infinitas pelusas en el aire. Soplas y te rehúyen, aspiras y te acometen. Son como copos de nieve que nunca terminan de caer, pero ya tienen blanco el piso. Los hombres con sus delantales no atienden ni a la pelusa ni al ruido. Sus ojos siguen las cuentas de hilo en los estiradores. Diría el señor Crescencio Ramos, de 75 años, recordando sus primeros días de trabajo: “El algodón va cayendo como una cascada, como un chorro de agua. Luego se va estirando, pasa el algodón como un velito, como un velo de mujer se va adelgazando, adelgazando”.

En un extremo de los estiradores se distingue la marca Curtis & Sons. Manchester, 1883. En el mismo departamento de batientes hay seis largos tróviles que son manejados por trabajadores jóvenes. De sus máquinas el hilo pasa a las coneras, para desenredarse después en el urdidor, donde una verdadera telaraña de hilos enrolla un gran carrete. Un muchacho mantiene estratégicamente la vista en los hilos: tan sólo uno de éstos roto se notaría de inmediato en los telares. Más allá, en un cuarto oscuro, se aplica el engomado: un inmenso tonel calentado a vapor hace girar e impregna el almidón y la grasa a los hilos del carrete, dándoles así más consistencia y elasticidad.



Tróviles y cardas en La Soledad Vista Hermosa, Etl. Foto: Camarena, 1984.

A unos cuantos metros trabaja el señor José Ramos. Está sentado junto a un bastidor de madera. A él le entregan los carretes que salen del engomado y es el responsable de anudar los hilos en grupos para pasarlos a los telares. Sus manos los enredan, cuidan que se crucen. Sólo sus manos se mueven.

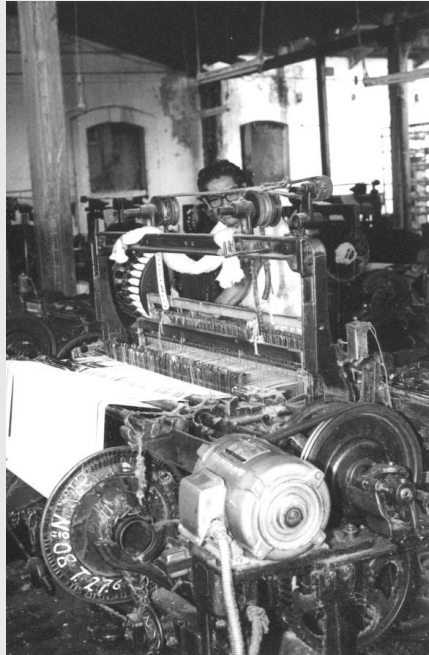


Máquina antigua de engomado. La Soledad Vista Hermosa, Etlá. Foto: Camarena, 1984.



El hilo listo para el telar. La Soledad Vista Hermosa, Etlá. Foto: Camarena, 1984.

Los telares son la última parte del proceso. Se apiñan unos con otros en el galerón. El ruido se mete por los poros y rebota contra el techo, apenas logra escaparse por los agujeros de los vidrios. Cada trabajador y cada nuevo aprendiz atiende sólo a sus telares. Lo que pasa más allá de su territorio individual no es su ruido, no es su tela que se arma o se rasga, no es su hilo que se enreda o que corre liso, no es su manta defectuosa. El pago a destajo vuelve al trabajador indiferente a la labor del otro.



Trabajador en telar. La Soledad Vista Hermosa, Etl. Foto: Camarena, 1984.

La estampa de la modernidad



Manuel González, el mecánico más antiguo de la fábrica. La Soledad Vista Hermosa, Etl. Foto: Camarena, 1984.

Un hombre pequeño, delgado y muy abrigado en pleno día camina con dificultad en las afueras de la fábrica. Es el señor Manuel González, el mecánico más antiguo de la fábrica. Recuerda con nostalgia al primer propietario después de la revolución. Se llamaba Mateo Solana y fue, según dice, quien llevó la fábrica a la modernidad de los años veinte:

Don Mateo era también el dueño de un ingenio en Huajuapán, allí yo trabajaba de mecánico. Un día llegó don Mateo y me dijo: “Manuel, se viene usted conmigo a trabajar la manta”. Le contesté: “Como usted diga, patrón, pero yo no sé de telas, nomás sé de fierros”. Y me respondió: “Pues por eso mismo se viene conmigo”. Entré como mecánico. Cuando llegamos la fábrica estaba en ruinas. La abandonaron unos Zorrilla. Llegamos en 1924 y el patrón trajo maquinaria importada de Inglaterra. La trajeron de la estación del tren en carretera. Recuerdo que don Mateo no cabía en sí del gusto. Hasta acariciaba las cardas. Quién sabe qué tanto pensaría. Antes en el socavón sólo había una escalera de palo; hasta el fondo fueron a encontrar la turbina, toda llena de tierra. Estaba como triste, se veía muy vieja y ya no quería jalar. Pero don Mateo se compadeció de ella, la arregló y la turbina quiso de nuevo echar a andar la fábrica.

Junto conmigo, entró a trabajar al taller el maestro Alberto Palacios. Antes, para hacer los cambios había que meter las manos; nosotros arreglamos los coples a la medida de las flechas para poder meter los *clutch*. Para hacer los cambios tenías que utilizar escaleras, ahora nomás lo desacoplas y se arregla. Todo eso lo fuimos haciendo en el taller, todo lo fuimos arreglando. Fueron los tiempos de la modernidad. Se hacía la mejor manta. Pero don Mateo quiso vender. Se cansó, yo digo. Don Mateo era español, era muy favorecido, buena gente. Era explotador, era el diablo como todos los patrones, pero así tiene que ser para que saliera el trabajo. Y nosotros éramos los diablitos. A finales de los años treinta se acabó la modernidad. Don Mateo le vendió la fábrica a un tal Manuel Seco. Ése ya no nos quiso.

Luego de tan amena plática el señor Manuel se despide de nosotros, dice que a sus años le molesta el sol y ya le cuesta trabajo respirar.

Durante el periodo revolucionario la situación de la rama textil fue apremiante. En 1910, los 145 establecimientos que había en el país disminuyeron a ciento dieciocho. En 1913 ya sólo estaban funcionando noventa fábricas. Las dos de Oaxaca, San José y La Soledad, cerraron. En 1921 empezó cierta recuperación en el ramo y es a mediados de los años veinte cuando se inician nuevas inversiones. En 1924, las tres cuartas partes de los telares con los que funcionaba la industria textil del país habían sido instalados entre 1898 y 1910. Para mantener un buen margen de ganancia que les permitiera sobrevivir en el mercado, los empresarios optaron entonces por intensificar el trabajo de sus obreros y reducir los salarios lo más posible. Lamentablemente, si aumentaban los salarios las empresas quebraban, es decir, que resultaban incosteables para el capital. Ese fue el gran problema de las fábricas de Oaxaca. Después de los años de la modernización, no se volvió a invertir en maquinaria. Y los obreros, por su parte, exigían constantemente y con razón aumento salarial. Sin embargo, su propio derecho fue su condena.

Los nudos del hilado

A unas cuantas cuadras del zócalo de Oaxaca, el edificio de la Central de Trabajadores de México (CTM) rompe el estilo arquitectónico de la ciudad. Pasamos al despacho del señor Guadalupe

Santiago, secretario de la Federación Estatal de la CTM. En el muro lucen las fotografías de Fidel Velázquez y del presidente Miguel de la Madrid, y a un lado, las fotos del propio Guadalupe Santiago en su campaña sindical. Nos informa con prisa, fríamente, mientras se mece en su escritorio:

Yo también trabajé en San José. De chamaco me ocuparon ahí y me gustaba mucho. No tenía ni dos faltas al año. Era de los primeros en surtirme de trama. Tuve varias veces el primer lugar en producción. Mucho tiempo fui tejedor. Me salí de la empresa en 1972 porque quería superarme. La fábrica ya no tiene remedio. Sólo sobrevive porque los obreros ya se encariñaron, no les importa ganar menos del mínimo, no tener prestaciones. Trabajan en la fábrica y en el campo, se agotan.

De la historia de la fábrica sí les puedo comentar que en 1939 fueron despedidos los primeros obreros que intentaron sindicalizarse. Les llaman “los separados”. Exigían siete horas de trabajo y contratación colectiva. Los corrieron, durante tres años estuvieron fuera de la fábrica. En 1942 consiguieron su reinstalación a través de un laudo. Y entonces se constituyeron en la sección 36 del Sindicato de la Industria Textil y Similares de la República Mexicana, afiliados a la CTM. Como parte de la sección 36 logran una serie de prestaciones: ingreso al Contrato Colectivo de la Industria Textil, pago de los salarios caídos y Seguro Social. Ellos fueron nuestros pioneros.

“Ya es hora de cerrar el local”, comenta la secretaria. El extejedor nos dice al despedirse: “El Seguro Social fue para los obreros como una bendición. El trabajo en la fábrica era muy pesado y no había ninguna protección. El algodón produce un polvo que se absorbe y va a dar directamente a los pulmones. Algunos trabajadores terminaron tuberculosos, tísicos. En el pueblo sólo atendían los curanderos. El primer médico fue Rafael Carballido, en 1943. Ese año llegó a la fábrica el Seguro Social”.

A los primeros sindicalistas, conocidos como “los separados”, los recuerdan los trabajadores en casi todas las pláticas.

De calzón de manta, pistola y huarache

Un hombre moreno, de traje, como de 55 años, se baja de un carro Ford LTD frente a la fábrica de La Soledad. Lleva un portafolio y saluda a todos los que encuentra en su camino. Su aliento, su “qué tal, paisano”, denuncian las copas que lleva encima. Se acerca a la puerta, le da un abrazo al portero. Los obreros que lo ven llegar lo saludan, algunos con timidez, casi a fuerzas, otros contentos. Es día de raya, pareciera que se trata del secretario de finanzas. Pero no; él sólo viene de paso, a saludar a sus paisanos. Nos dice que él también trabajó en la hilatura hace años. Regresa ahora con su coche, su traje, su corbata, su aire benevolente. Y cuenta su historia:

Mire usted, yo de aquí me fui sin nada. Yo le conozco a usted de chivos y de huaraches, yo fui huarachudo. Pero quise superarme y me salí de la fábrica, me superé. No que mire usted a

estos pobrecitos. Le mienten si dicen que ganan más de dos mil pesos, de dónde lo van a sacar. Lo que usted me pregunta, lo del sindicato, se lo voy a contar.

En los años cuarenta “los separados” consiguen el sindicato. Si no me traiciona la memoria, porque bien que lo he leído, fueron Esteban Rojas, Juan León, Bartolo Ramos, Juan Ángel, Leopoldo Cruz, Fidencio Pérez, Guadalupe Lázaro, Norberto García y muchos otros, de aquí y de San José. ¡Ah!, también estaba Julio Romero. “Los separados”, ya le digo, ganaban creo 75 centavos al día, sería. Bueno, pues ellos pidieron de inicio el sindicato y los corrieron. Pedían las ocho horas, algo así. El patrón no quería. Yo lo vi; el ejército tomó la fábrica, hubo heridos, encarcelados, qué sé yo qué tanto hubo. Pero “los separados” le metieron pleito al gobierno, se unieron con Fidel Velázquez, ganaron el pleito.

El hombre lleva prisa por entrar a la fábrica, por saludar desde su grandeza a sus paisanos. Nos muestra su credencial: capitán Antonio Rojas. Luego otra de regidor del ayuntamiento de Tonalá, Jalisco. “Yo quiero ayudar a mi gente”, dice. Quedamos de encontrarnos de nuevo con él por la tarde en el zócalo de Oaxaca, en el bar Jardín, en los portales de la casona que —según dice este extrabajador— fuera en otro tiempo de don Mateo Solana, el dueño de La Soledad Vista Hermosa. Las cervezas vacías, los vasos de tequila, las colillas en el cenicero, son el paisaje de la mesa que compartimos con el capitán Antonio Rojas, ya ahora sí *hasta atrás*. No quiso hablar más de la fábrica; era mucha la nostalgia. “Cuentan que aquí en la plaza de Oaxaca se vendía la manta. Antes ni soñar con el bar Jardín y el hotel Señorial, esto no era pa’ los de huarache. Y ‘ora aquí estoy. Miren: allí, frente a la iglesia, en 1947 había un soldado anotando a los que querían entrar al ejército, y yo alcé la mano, me enrolé”. Hace de pronto una confesión inexplicable: “Yo soy el capitán Antonio Rojas. El mismo que bajó en 1968 la bandera de la huelga de los estudiantes en el Zócalo para subir la bandera nacional, así fue. Iba vestido de civil y me subí a la tarima y les dije a los muchachos que eran unos vendepatrias. Después, se los digo de corazón, me dio vergüenza y me fui a un pueblo inhóspito. Así es que ¿qué? —dice por último ante el asombro del mesero—, ¿otra ronda de chelas o mejor un mezcalito?”

El círculo de la rueda

En 1950, la fábrica pasó a ser propiedad de Manuel Gómez Portillo. En 1958 la empresa les pidió a los obreros que renunciaran al incremento salarial del 10% que había decretado el gobierno, para que el dueño pudiera mecanizar la fábrica. Los trabajadores, claro, no aceptaron. El señor Fernando Ramos, aceitador, recuerda:

Gómez Portillo nos dijo que quería modernizar la fábrica. El gobierno había decretado un aumento al salario mínimo y él nos dijo: “Muchachos, vamos a deshacernos de la chatarra. No les doy el aumento, pero traigo nueva maquinaria”. Nosotros no aceptamos. Entonces don Manuel prefirió vender la fábrica. Al despedirse nos dijo: “Se van a arrepentir, muchachos. Eso que hicieron conmigo lo van a sufrir toda la vida”. Y así fue cuando empezó la antigüedad; ya los nuevos patrones no cambiaron nunca más las máquinas y nos dejaron a los trabajadores a nuestra propia suerte.

En 1960 el nuevo propietario pasó a ser, según recuerdan los trabajadores, un señor de apellido Hernández. El nuevo dueño, a falta de mercado para lo que se producía entonces, se vio obligado a manufacturar manta más ancha con aviadora de alambre. Y en lugar de ocho, diez o quince metros por telar, bajó la producción a tres metros. Al bajar la producción, lógicamente bajaron también los salarios a destajo. Después, el dueño dejó de comprar materia prima y de pagarles a los obreros el destajo por día. En 1962 los 354 trabajadores que laboraban en la fábrica se quedaron sin salario cuatro semanas. Entonces por medio del sindicato decidieron demandar al propietario e iniciaron un juicio legal que derivó en el cierre parcial de la factoría. Diez años después, en 1972, se consiguió que las escrituras de la fábrica quedaran a favor de los trabajadores. Se formó entonces la cooperativa que nunca logró la renovación tecnológica y el incremento salarial tan anhelado.

La manta sin trama

De los últimos años, comenta Alonso Ruiz Rivera:

Aquí acaba todo, en estos telares viejos, amontonados, en estas bandas que salen del piso y quisieran tragarnos. Ganamos el sueldo más barato de Oaxaca, y si estoy aquí es por la edad, no aprendí a hacer nada más que a tejer en estos armatostes y éstos ya no los hay donde quiera. Uno se ayuda del campo, pero no se crea, poco es lo que se hace aquí y allá con tanto cansancio. Será que ya estamos acostumbrados. Uno es pobre, pero andamos en nuestro propio pueblo, no tenemos que andar bien vestidos, andamos con huaraches y no pagamos vivienda, no es tanta la exigencia.

Sobre la posibilidad de que protesten o pidan ayuda al gobierno, dice:

No, señor, contra quién protestamos. De aquí corrió el último dueño, un tal Baltazar Cruz, que era finquero, pero no sabía de telas y se topó con que nosotros ya sabíamos de sindicato. Por eso nosotros ya no desfilamos el 1º de mayo, tenemos la cooperativa. Los demás obreros van a protestar porque tienen patrón, pero nosotros ya no, ya desfilamos mucho tiempo, ya nos estamos en paz. La lucha de clases, como dicen, está duro, los precios, sí, señor... Tal vez venga una revolución de nosotros los pobres, pero ¿contra quién?

Para bien o para mal, en diciembre de 1984, las fábricas cumplieron cien años. Un siglo. Para responder por qué siguieron funcionando, hay muchas posibles razones: por la buena calidad de la maquinaria del siglo pasado, por la tradición de los obreros, por la combinación del trabajo agrícola e industrial, por los bajos salarios; sin embargo, tal vez ninguna sea la respuesta. Alonso Ruiz Rivera deja por un momento de controlar la turbina, nos mira y dice:

Las mujeres del pueblo cuentan que la fábrica está hechizada, que por eso las máquinas siguen andando y los trabajadores nos presentamos a la labor todos los días. Dicen que las

máquinas nos atarantan y que luego ya no podemos dejarlas. Que soñamos con ellas, que estamos encariñados como con los animalitos del campo. Yo no sé, eso es lo que dice la gente. Yo sigo trabajando porque ya finqué aquí y de aquí soy originario. Yo soy el corazón de la fábrica.

Así hasta el año 2000, en que la factoría fue rescatada para constituir el Centro de Arte San Agustín, Etna, el primer centro de arte ecológico de Latinoamérica.

Glosario de términos

Abridor: La fibra se recibe con motas y botones que es necesario abrir para poder llevar a cabo el trabajo con perfección. Es la primera operación del proceso de producción textil, abrir el algodón.

Bastidor: Marco de madera cuadrado o rectangular que se sostiene verticalmente y que contiene las agujas o mallas por donde pasan cientos de hilos, ya sea para el engomado o el tejido de la tela.

Batiente: Hay de dos tipos: el cortador, que mejora la mezcla recibida del paso anterior, y el afinador, que limpia las impurezas que contiene el algodón y puede ser de diferentes pulgadas según su tipo y marca.

Carda: Máquina que trata el producto que se obtiene en los batientes (napa) a través de disgregar a fondo las fibras, eliminando cualquier material extraño, para obtener un velo que a base de torsión forme una mecha continua. Este último paso es decisivo para la obtención de un acabado fino del hilado. La frase “cardar bien es hilar bien”, que proviene de Inglaterra, significa que en la carda es posible subsanar defectos de fases anteriores, en cambio una mala carda ya no puede corregirse.

Era obligación de los carderos cuidar las cardas: aceitarlas, limpiarlas e inclusive llevar los rollos de los batientes a las máquinas y a sus departamentos correspondientes. En esta sección había un botero cuya función era llevar los botes al estirador y traerlos vacíos.

Clutch: Mecanismo que permite unir o separar el eje del cambio de velocidades de un vehículo de acuerdo con el movimiento del motor.

Conera: Máquina cuya función es desvenar el hilo de las bobinas del trócil para formar una sola unidad con la mayor cantidad de hilo posible, así como retirar las partes gruesas y reparar los empalmes mal hechos.

Cople: Tramo de tubo que tiene rosca por dentro y que sirve para unir otros tubos o aditamentos.

Engomado: Encolado de los hilos de la urdimbre que le permite resistir el proceso de la tejeduría con la mínima cantidad de hilos rotos posibles o de inconvenientes del despelusado.

Estirador: Una vez que el hilo ha pasado por las cardas, el estirador se encarga de crear una mecha regular y obtener las mejores fibras a base de doblajes y estirajes sucesivos.

Flecha: Parte del mecanismo de distribución de la fuerza motriz. Las flechas dan movimiento a las poleas con las que se activa la maquinaria.

Peinadora: Se utiliza en la producción de hilo fino. Su trabajo consiste en dar un mayor grado de paralelización (poner en paralelo) a las fibras y eliminar las de diferente longitud. Las peinadoras se ubican por lo regular entre las cardas y los estiradores.

Polea: Máquina simple formada por una rueda móvil alrededor de un eje que presenta un canal en su circunferencia, por el cual atraviesa una cuerda en cuyos extremos se accionan la resistencia y la potencia. A través del sistema de poleas movidas por la turbina se operaba la maquinaria.

Telar: Máquina para tejer construida de madera o metal en la que se colocan unos hilos paralelos, denominados urdimbres, que deben sujetarse con algún peso. Los hilos se devanan de manera mecánica para formar la carda que permite posteriormente pasar a la trama.

Trama: La trama es un hilo transversal, retorcido de varios cabos, que se teje en la urdimbre para formar la tela. Por este nombre se conoce también el grupo de hilos que, combinados y enlazados entre sí, dan su forma final a la tela.

Trócil: Máquina que ejecuta la última fase del proceso del hilado. Es decir, en el trócil se obtiene el hilo final. Los trocileros se encargan de la limpieza de las tablas y de los husos, cada vez que se necesita desenredar la hilaza, a fin de evitar desperdicios.

Turbina hidráulica: Máquina de motor hidráulico que aprovecha la energía del agua que pasa a través de ella para producir un movimiento de rotación. Dicho movimiento, transferido mediante un eje, mueve una máquina o generador que transforma la energía mecánica en eléctrica.

Urdimbre: Es el conjunto de hilos longitudinales que se mantienen en tensión en el urdidor y que se diferencian del hilo insertado por encima y por abajo, que se conoce como trama. En el urdidor se efectúa la operación del entrelazado o urdimbre.

Veloz o pabilador: En esta máquina se produce el primer hilo grueso o pabilo a través de varias funciones simultáneas: doblar y tensar la cinta, torcerla, convirtiéndola en pabilo y, finalmente, enrollar ese pabilo en una bobina que habrá de alimentar el trócil. El trócil cuenta con diferentes tipos de veloces: grueso, intermedio, fino y superfino. El trabajador de veloz o velocero respetará el ritmo impuesto por la fábrica.

Bibliografía básica

Beato, Guillermo, "La industria textil en México, I. 1830–1900", en M. Trujillo Bolio y J.M. Contreras (eds.), *Formación empresarial, formato industrial y compañías agrícolas en México en el siglo XIX*, México, CIESAS, 2003.

Becerril, J. G., *Las fábricas de San Antonio Abad y San Idelfonso (1842–1910). Producción y tecnología en la manufactura de hilados y tejidos de algodón y lana*, México, INAH, 2011.

Bolio Trujillo, Mario, *Operaciones fabriles en el valle de México. Espacio, trabajo, protesta y cultura obrera*, México, Colmex / CIESAS, 1997.

“La manufactura de hilados y tejidos en la historiografía mexicana, siglos XVIII y XIX. Obrajes, protoindustrias, empresariado y fábricas textiles”, *Secuencia*, núm. 97, 2017.

Camarena Ocampo, Mario, *Jornaleros, tejedores, obreros. Historia social de los trabajadores textiles de San Ángel (1850–1930)*, México, Plaza y Valdés, 2001.

Falcón, Romana, *Las rasgadasuras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1998.

Gracia Hernández, Maximiliano, *La industria textil de Oaxaca*, s.l., Editorial Académica Española, 2011.

Keremitsis, D., *La industria textil mexicana en el siglo XIX*, México, SEP (SepSetentas), 1973.

Medina, Gloria, “Introducción de la luz eléctrica en la ciudad de Oaxaca: modernización urbana y revolución mexicana”, tesis de licenciatura en historia, UNAM, México, 2000.

Mora Vázquez, T., *Testimonios de Tizapán. Memoria y olvido de un pueblo originario de la Ciudad de México*, México, INAH, 2012.

Oropeza Villavicencio, E.A., “Del obraje de Contreras a la fábrica de hilados y tejidos de La Magdalena (400 años de testimonio textil)”, tesis de licenciatura, ENAH, México, 2001.

Portillo, Andrés, *Oaxaca en el centenario de la Independencia nacional*, Oaxaca, H. Ayuntamiento, 1998 [1ª ed., 1910].

Rancaño Ramírez, M., *Burguesía textil y política en la Revolución mexicana*, México, IIS–UNAM, 1987.

Sánchez, Carlos, “Don José Zorrilla Trápaga (1829–1897) ‘El tenorio oaxaqueño’”, en M. Bolio Trujillo y S. M. Contreras, *Formación empresarial, fomento industrial y compañías agrícolas en México. Siglo XIX*, México, CIESAS, 2003.

Salvia Spratte, H.A., *Los laberintos de Loreto y Peña Pobre*, México, Ediciones El Caballito, 1989.

Terán Trillo, D.Y., *El castillo de La Fama. Antiguo molino de trigo y fábrica de hilados y tejidos en Tlalpan, 1612–1936*, México, INAH, 2012.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

El arco histórico: de la democracia de masas a la democracia mediática

Aldo Agosti*

Resumen

El texto presenta un recorrido por la historia política italiana: desde la creación del Estado liberal democrático —al inicio del siglo XX—, la experiencia de integración de la sociedad en el Estado del fascismo, hasta la construcción de los grandes partidos de masas de la posguerra y su disolución por las grandes transformaciones sociales y políticas ocurridas en los años ochenta y noventa, que fracturaron la sociedad, hicieron inestable el sistema político e impusieron otra democracia, en la cual reaparecieron las fracturas, los localismos y las exclusiones.

Palabras clave: historia italiana, fascismo, posguerra, sistema político, democracia.

Abstract

The text presents a journey through Italian political history from the creation of the liberal democratic state at the beginning of the 20th century, the experience of integrating society into the fascist state, the construction of mass political parties in the postwar period to its dissolution by major social and political transformations that occurred in the eighties and nineties that fractured society, rendering the political system unstable and imposing another democracy where fractures, localisms, and exclusions reappear.

Keywords: Italian history, fascism, postwar, political system, democracy.

En ciento cincuenta años de historia italiana, el papel desempeñado por las organizaciones políticas y sindicales dejó huellas profundas y duraderas. A una escala sin comparación en el resto de Europa, ejerció presión tanto en la sociedad civil como en la administración pública, para bien o para mal.

En la transición desde los Estados preunitarios al Reino saboyano de Italia, después de la unificación de 1861, la clase dirigente liberal se preocupó sobre todo por construir el Estado nacional y por asegurar su legitimación. En este contexto, la aparición de las asociaciones civiles en el espacio de la política inicialmente fue observada con sospecha, hasta el punto de ser considerada un problema de orden público. Por lo tanto, la conquista de la legitimidad para los partidos políticos debió medirse con una legalidad frecuentemente puesta en discusión o incluso negada. Fue un desafío continuo a lo largo de los años posteriores a la unificación, efecto de la

contradictoria síntesis entre liberalismo y democracia que caracterizó los primeros sesenta años de la formación del Estado italiano.

Después de la unificación, la clase dirigente italiana no disponía de estructuras orientadas a construir un consenso alrededor de las instituciones. La confianza en el Parlamento y en su capacidad para representar las opiniones y los intereses era tan fuerte que el problema de una organización “de las partes” fuera de la esfera institucional permaneció por largo tiempo ajeno a la cultura política de la clase dirigente liberal. De hecho, era en las aulas parlamentarias donde debían confrontarse los “partidos”, los cuales habían de ser entendidos como agrupaciones mutables de diputados reunidos alrededor de las figuras más eminentes e influyentes. En los primeros parlamentos posunitarios, la derecha y la izquierda históricas representaban los ánimos moderados de los grupos políticos saboyanos y democrático-garibaldinos de una clase dirigente liberal que, atravesada por continuas divisiones en grupos y facciones principalmente de carácter regional, no lograba organizarse según el modelo anglosajón de mayoría y oposición parlamentaria. Sin embargo, esa jaula de alguna manera le quedaba estrecha a una sociedad en la cual se registraba una transformación de cierto peso.

Una red de asociaciones bastante espesa, extendida por todo el territorio nacional, ramificaba la vida cultural y política posunitaria. Podía tratarse de viejas formas corporativas, de círculos de diferente naturaleza que se adaptaban a una nueva función de representación de intereses, ya que no todos podían ser mediados por el Parlamento. La masonería, por ejemplo, desarrolló un papel importantísimo; esta agrupación pareció moverse en una dialéctica no resuelta, oscilando entre una forma organizativa prepartidista y una función incluso de “superpartido” transversal. Si se examinan los casos locales, con frecuencia se nota una especie de relación de filiación entre la forma de sociabilidad laico-religiosa (la confraternidad), la logia masónica y la asociación democrática-republicana. Las asociaciones voluntarias relacionadas con la órbita de la masonería cubrían un amplio espectro: desde las sociedades con finalidades explícitas educativas y culturales (bibliotecas y universidades populares en especial) hasta las diferentes expresiones de asociacionismo pequeñoburgués y popular (sociedades de cremación, de los sobrevivientes, de mutuo crédito, etcétera) concentrado en la promoción de un sentimiento patriótico anticlerical. Emergen así las características de un modelo de asociación que parece retomar, precisamente, el de un “superpartido”. Las logias masónicas asumen casi una fuerza de partido, como eje disimulado pero eficiente de una red de asociaciones que garantiza un apoyo decisivo para los representantes en las instituciones identificados como intérpretes de la civilidad y del progreso: democráticos, radicales, liberales, progresistas y, en algunos casos, también socialistas.

En la historia de la ampliación del espacio político, un primer parteaguas surgió a partir de la década de 1880, cuando la doble reforma del sufragio, en 1882 en el plano político y en 1888 en el administrativo, extendió el derecho a votar, favoreciendo el acceso a la política de las clases

sociales medias y bajas, tanto en las grandes ciudades como en las de la provincia rural. Hasta entonces el sufragio se había limitado a las bases de los censos, y el cuerpo electoral constituía una muy pequeña parte de la población: aproximadamente 2% de los italianos. Al combinarse con un notable dinamismo asociativo que se desarrolla en el denso tejido urbano del país, el ejercicio del derecho a votar se convierte en una forma efectiva de la participación política.

En la sociedad civil y fuera de la vida parlamentaria, las fuerzas de oposición comenzaron a definir su propia organización de naturaleza partidista, con distintas motivaciones: religiosa para los católicos, institucional para los promotores de la república, socioeconómica para los socialistas. Se crearon amplias asociaciones de solidaridad y de tutela de los intereses sociales, que interpretaron que debían actuar en forma competitiva con el Estado respecto de la situación política local. Los demócratas radicales en los años de la transición unitaria, y después los socialistas y los católicos, trasplantaron al territorio una extensa red de organizaciones que contribuyeron a defender la cohesión cultural y social. El resultado fue un impulso objetivo a la legitimación de la nueva clase dirigente de extracción social media, que se había formado en los gobiernos locales. Las instituciones centrales, en cambio, no lograron construir, en nombre de los valores monárquicos liberales, un verdadero espacio político nacional común para todas las culturas y capaz de neutralizar los conflictos sociales.

Una primera e importante forma de agregación tuvo lugar en las sociedades de ayuda mutua, en las cuales la beneficencia fue integrándose gradualmente a un sistema de nuevas prácticas de solidaridad, con un dinamismo que disgregaba las antiguas relaciones de sujeción al clero y a los “señores”. Junto con la ayuda mutua se afirmó la cooperación: si el mutualismo aseguraba la defensa de las clases sociales más vulnerables frente a las transformaciones económicas en las actividades productivas, el asociacionismo de cooperación expresaba la respuesta a los efectos más visibles de estos cambios, es decir, la desocupación y la expulsión del mundo del trabajo. En particular, el surgimiento de una organización autónoma de trabajo y producción entre los braceros agrícolas afirmaba un modelo de asociación completamente peculiar en el panorama europeo.

La transformación de las sociedades obreras de ayuda mutua en las organizaciones llamadas de “mejoramiento”, y por lo tanto de abierta resistencia, inició a lo largo de los años setenta y ochenta del siglo XIX. En los centros urbanos las cámaras de trabajo conquistaron su propio espacio. Impulsadas por el ejemplo de las *Bourses du travail* nacidas en Francia, las primeras cámaras de Italia surgieron en Turín, Milán y Piacenza a inicios de los años noventa del mismo siglo y en una década enraizaron en todo el país. Estos organismos, territoriales y con diferentes funciones, se convirtieron en el centro de los nuevos equilibrios entre las asociaciones en el mundo del trabajo organizado, logrando garantizar no sólo una tutela relacionada con la colocación y los problemas de ocupación, sino también con los servicios de asistencia y de oportunidades culturales, como las escuelas y los cursos de formación, las bibliotecas y las

universidades populares. En particular, las Cajas del Pueblo fueron un lugar estratégico en el universo recreativo y cultural del que se alimentaría el movimiento socialista. Este modelo fue imitado tanto por el movimiento democrático-republicano como, con obvias diferencias, por el católico.

La importancia de las cámaras laborales fue la de conjugar, aún más que las sociedades de ayuda mutua y las ligas de resistencia, un aprendizaje civil cada vez más politizado, con una tutela social y económica. En suma, también ésta fue una experiencia de asociación bastante particular en la historia del movimiento obrero europeo. Ya con el mutualismo, pero sobre todo con la entrada en escena de la cooperación, de las Cajas del Pueblo y de las articulaciones del movimiento sindical (ligas y cámaras de trabajo), tomaba forma en Italia aquella correlación entre fenómenos asociativos e ideologías políticas que marcaría la historia nacional por aproximadamente un siglo. En una realidad como la del Estado liberal italiano, que marginaba los universos políticos y culturales de los opositores, cada iniciativa emprendida en el terreno de las asociaciones asumía un valor preciso tanto político como ideológico.

De cualquier forma, la politización de las diversas asociaciones se veía influida, sobre todo, por la ideología socialista, que ampliaba su capacidad de movilización y las llevaba al terreno de la lucha de clases, con una elección cultural y política totalizadora. Era un reto que no sólo provocaría un dinamismo análogo entre los propietarios agrarios y los empresarios, sino que también involucró a las culturas de oposición, en especial la católica, prefigurando el escenario caracterizado por la competencia y el conflicto de principios del siglo XX.

A lo largo de la década de 1880, la gama de agrupaciones que participarían en el movimiento obrero y socialista italiano se fue formando, en particular en las áreas septentrionales del país, donde tenía lugar un primer desarrollo manufacturero en los centros urbanos, mientras los campos padanos, con la agudización de la crisis agraria, eran atravesados por una intensa agitación social.

El proceso de construcción de un partido socialista ocurrió a través de una cerrada secuencia de congresos locales, regionales y nacionales, a lo largo de los cuales se configuró una identidad socialista. Constituido en agosto de 1892 durante el congreso de Génova con el nombre de Partido de los Trabajadores Italianos, reunía en sus inicios a los representantes de aproximadamente doscientos círculos y sociedades locales, predominantemente de la Emilia, de la Lombardía y con la importante aportación de los Fasci di Sicilia. Esta organización, fundada sobre una significativa red de asociaciones socioeconómicas, recreativas y culturales, aun cuando sí conoció un proceso de politización y centralización de su estructura original federativa, nunca desarrolló una efectiva disciplina de partido.

El tejido ideológico y organizativo común se definió en el encuentro entre las sociedades obreras y un grupo de intelectuales burgueses de formación radical y positivista, guiados por Filippo Turati. Fue crucial la función que él asignó al partido como “educador” de clases subalternas que hasta ese momento habían permanecido apartadas de la vida pública: una función que ya entonces era central en la construcción de la identidad republicana de ascendencia mazziniana, pero que ahora se traducía en el anuncio de una “civilización socialista”.

El movimiento socialista deseaba fomentar en los grupos subalternos una identidad política que conjugaba estas aspiraciones éticas y pedagógicas con la conciencia, la solidaridad y la disciplina de clase. Por una parte, se trataba de una identidad alternativa y antagonista a la de las instituciones: más que aspirar a conformar un movimiento socialista transnacional que opusiera las fuerzas conjuntadas en el mundo laboral a las del capitalismo, echaba luz sobre un ulterior factor de distinción y de reconocimiento: el internacionalismo proletario. Por otra parte, con el surgimiento y la afirmación de la militancia socialista solicitada por el sistema electoral (político y administrativo), el partido desarrollaba una función de integración democrática de las clases subalternas a la vida social y política del país. Con este objetivo lucharon tenazmente Turati y el grupo dirigente reformista a través de la acción en el Parlamento, pero también mediante las cámaras de trabajo, las ligas campesinas y las cooperativas, con la guía de diferentes administraciones municipales de las áreas padanas, Imola y Reggio Emilia entre las primeras, hasta comprender, durante la Gran Guerra, importantes ciudades como Bolonia y Milán.

Fue sólo a partir de 1901, con los gobiernos de Zanardelli y Giolitti, que el Partido Socialista y las organizaciones sindicales fueron aceptados, en cierta medida, como actores reconocidos del sistema político italiano. No obstante, los gobiernos no se abstuvieron de enviar las fuerzas del orden a mitigar las huelgas socialistas y políticas ni de justificar el uso de las armas. Fue un equilibrio precario y contradictorio que, sin embargo, permitió al liberalismo democrático manejar la primera industrialización de la sociedad italiana, al menos en el momento de la radicalización prebélica de los antagonismos sociales y políticos, efecto tanto de la introducción del sufragio universal masculino en 1912 como de la afirmación de una concepción autoritaria de la idea de nación.

Frente a una clase dirigente que había renunciado a aceptar en su totalidad la síntesis entre liberalismo y democracia y que perseguía —en vano— asimilar a las oposiciones a condición de que renunciaran a su identidad, el movimiento socialista se vio forzado a asumir una función democrática y cultural nacional. Basta pensar en el papel desarrollado por el periódico *Avanti*, nacido en 1896 y que desde entonces se convirtió no sólo en el punto de apoyo organizativo y el principal factor constitutivo de la tradición socialista, sino además en el símbolo de una unificación nacional de lenguajes y discursos políticos nunca registrada. Sin embargo, la función democrática y nacional asumida por el socialismo diluyó parcialmente la identidad de clase del

movimiento, exponiéndolo a la ofensiva ideología que acompañaba la preponderancia de la burguesía en los impulsos materialistas y bélicos.

Si el papel del socialismo en el crecimiento civil y cultural del país fue complejo, el del movimiento católico fue aún más difícil de definir, pues era más contrastante y ambivalente. En el Reino de Italia, con una monarquía representativa que se inspiraba en los valores del liberalismo europeo, las vicisitudes del catolicismo social y político siempre estuvieron estrechamente relacionadas con las estrategias de acción del papado y de las organizaciones eclesiásticas. La conquista de Roma y la cancelación del vínculo entre Estado e Iglesia pusieron en duda para los católicos la legitimidad del Estado italiano, cuyas instituciones representativas no reconocían. Es más, con el *non expedit* de 1874, el papa Pío IX los exhortó a que no participaran en la vida política.

Sin embargo, con base en la convergencia de intereses sociales y económicos, incluso algunos sectores conspicuos del electorado católico concurrieron muy pronto a apoyar a los notables liberales en la administración de los municipios locales. También a nivel social, a los católicos se les planteó el problema de una estructura organizativa de carácter nacional. Su iniciativa se extendió más allá de los tradicionales ámbitos devocionales, caritativos y asistenciales, y terminó asumiendo un valor político mucho antes de que se formara una estructura partidaria explícita. Además, ésta comenzó a discutirse entre 1878 y 1879, ventilando la hipótesis de un partido conservador nacional con raíces en el mundo agrario, capaz de condicionar a la clase dirigente. Sin embargo, fue en la cuestión social donde los católicos identificaron el terreno apto para ampliar su fuerza organizativa. En algunas regiones como el Véneto, donde el último periodo de la dominación austriaca afirmó el papel de la religión y de un clero predominantemente de extracción popular, emergió de manera precoz una "Italia blanca". En las áreas rurales menos golpeadas por las transformaciones capitalistas y por la difusión del socialismo, los católicos colocaron las premisas para el enraizamiento que marcaría por casi un siglo la identidad social y cultural de ese territorio. A través de la red de cajas rurales, que garantizaba el tejido conectivo en los contextos comunitarios, pero también gracias a la acción de reivindicación de las ligas sindicales "blancas", se desarrollaban las premisas de una verdadera organización política de los católicos, que la Iglesia miraba en algunas ocasiones con sospecha y en otras con cauta apertura.

El conflicto mundial actuó como un formidable acelerador de las tendencias que ya eran visibles durante la primera década del siglo XX. Por una parte, infligió una seria herida a la primera y tímida forma de organización de un Estado democrático; por otra, desplegó una fuerza enorme no sólo en la movilización obligada de grandes masas, sino que imprimió una poderosa aceleración a los conflictos sociales, suscitó grandes esperanzas de rescate y emancipación y, al mismo tiempo, un miedo igualmente grande de que se pudiera imitar el ejemplo de la Revolución de Octubre.

El final de la guerra trae consigo el impetuoso crecimiento del Partido Socialista, que consolida y expande su representación parlamentaria y extiende su control a un creciente número de administraciones locales, y todavía más de la Conferencia General del Trabajo (CGL) y de la Federterra (la organización de los braceros y aparceros). No menos impresionante es la fuerza expansiva del movimiento católico, que finalmente se organiza como partido aconfesional (pero claro, no inmune al condicionamiento ejercido por la Iglesia), el Partido Popular Italiano, y que también da vida a organizaciones sindicales hartas combativas. Las formas elitistas y notables de la vieja política también se estremecen profundamente, porque quien da voz a los intereses amenazados por el avance de los partidos populares se presenta como una nueva fuerza política, ideológicamente ecléctica y confusa, socialmente mezclada, pero muy consciente de que el desafío lanzado por los socialistas y los católicos sólo puede ser aceptado en su terreno, es decir, movilizándolo y organizándolo a las masas. El surgimiento del fascismo como protagonista victorioso de la crisis de la primera posguerra es la expresión de las fracturas sociopolíticas y, al mismo tiempo, de la oposición entre modernidad y retraso —en las instituciones políticas como en la sociedad— que era el origen mismo de la crisis.

El fascismo se afirmó como movimiento de reacción agraria en las zonas de mayor sindicalización, pero rápidamente obtuvo el apoyo de la gran mayoría de las clases burguesas, así como de los principales grupos financieros e industriales; invocaba el superior interés nacional, pero era el vehículo privilegiado de movilización bélica para las clases medias; se alió a los notables liberales para restaurar la autoridad del Estado, pero llevó al poder a una nueva clase política que instauró un régimen autoritario basado en un estatismo completamente inédito y en una no menos inédita integración de las masas (el partido en todas sus articulaciones civiles y parlamentarias, los sindicatos, la Opera Nazionale Dopolavoro, etcétera). Se acometió una importante empresa de nacionalización desde lo alto, mediante la imposición incluso de una religión política con sus liturgias y sus ritos y parcialmente lograda, con efectos colaterales de no poca importancia sobre la modernización de las estructuras del país y su sistema de previsión social. Una empresa, por lo tanto, con algunos aspectos de inclusión, pero confiada a instrumentos autoritarios clientelares y contradicha por el declive de los equilibrios territoriales y productivos, por la durísima represión contra la oposición política reducida al silencio y obligada al exilio, y por la creación de una discriminatoria y rígida jerarquía social —de hecho, nunca mellada— que se consolidó con las leyes raciales antijudías, anticipadas por las normas y prácticas excluyentes o de marginación de otros sujetos (súbditos africanos, homosexuales, etcétera).

Si la nacionalización fascista —negando cualquier efectiva socialización política de masa— terminó por presentarse como nacionalización burocrática y administrativa, y sobre todo por asegurar la tutela de algunas clases privilegiadas, la reacción del sector antifascista ante ella produjo tanto una nueva reflexión sobre la relación entre los partidos y el Estado (y entre clase y nación en la sociedad de masa) como el reforzamiento defensivo de las identidades particulares, sobre todo católica y comunista, pero también socialista y liberal democrática.

Las piezas artificialmente dispuestas y ya en parte desconectadas del universo inclusivo construido por el régimen se hicieron pedazos con la Segunda Guerra Mundial, sobre todo cuando se perfiló como inevitable la derrota militar. Se derrumbó el andamiaje del Estado fascista, aunque logró resistir en algunos aspectos bajo la protección de su aliado alemán, que había ocupado el norte de Italia. Incumbía ahora a las fuerzas políticas y sindicales que el fascismo había disuelto, perseguido u obligado a actuar bajo su control, tomar en sus manos una práctica de inclusión. A través de las organizaciones periféricas de la Iglesia, ocupadas en tejer las redes de asistencia y solidaridad para enfrentar las más urgentes necesidades materiales de la población, y a través de los partidos antifascistas, que arduamente se reorganizaron bajo el signo de un proyecto de Estado y de democracia que rompió con el pasado, esos partidos constituyeron formas embrionarias de participación democrática y aseguraron la supervivencia de una guerrilla tras las líneas del enemigo, que, por estar organizada como banda partisana, con frecuencia constituyó una oportunidad de educación, crecimiento civil e igualdad social.

Son estos partidos y organizaciones —entre las cuales reviste desde el inicio un papel de decisiva importancia la sindical, reconstruida en un primer momento como un patrón unitario— quienes ocupan poderosamente la escena nacional en el periodo entre 1945 y 1980, sobreponiéndose a un universo heterogéneo de experiencias, pertenencias, colocaciones, e interactuando entre sí. Son partidos de masa que por el número de sus miembros tienen pocos iguales en Europa, precisamente porque se implantan en el terreno ya arado por el fascismo, que había intentado ocupar y organizar todos los espacios de la comunidad nacional. Por este motivo es posible percibir la permanencia de estructuras de pensamiento “profundas”, que transitaron como tales de la Italia fascista a la republicana, y no faltó alguna continuidad o analogía en las formas antiguas y nuevas de la movilización política y en las relaciones entre ciudadanos, partidos y Estado. Pero los programas de los partidos antifascistas o sus prácticas cumplieron una función profundamente diferente: contribuyeron a la construcción de un espacio político nacional ya no delimitado por empalizadas autoritarias, sino inspirado en principios pluralistas y competitivos. De una forma u otra, los partidos, y sobre todo los “partidos de integración de masa”, desarrollaron un papel que en otros contextos históricos perteneció al Estado: actuaron para superar las diferencias regionales y formar un electorado y un liderazgo homogéneo, de tal forma que se transformaron de entidades delimitadas en entidades con una base nacional. Antes de la Guerra fría, los partidos políticos lograron encontrar en el antifascismo y en la Resistencia un punto de referencia simbólico ampliamente compartido, capaz de legitimarlos, de constituir el discurso opuesto al proyecto de Estado definido de común acuerdo, y también de asignar un horizonte no acertadamente considerado como la ampliación del antifascismo político mediante la reglamentación de las relaciones económicas, la reorganización de la producción y de los consumos, el crecimiento de la economía nacional y el de un moderno *Welfare State*. Esto representaba la Asamblea Constituyente y sus trabajos para formar un sistema político que, aun sometido a lacerantes tensiones, logró asegurar la capacidad de una democracia relativamente estable. Comunistas, socialistas y católicos, no obstante sus profundas y crecientes diferencias ideológicas, operaron paralelamente para transformar la democracia italiana —por primera vez— en una democracia con participación de masas.

Claro, los partidos constituyeron con frecuencia expresiones de pertenencias separadas (ideológicas, pero también comunitarias) más que de una antigua pertenencia nacional. Esto contribuyó a hacer que los italianos no sintieran la ciudadanía como una adquisición y un patrimonio común, sino como una derivación de las pertenencias políticas, característica que sería inevitablemente acentuada por la Guerra fría y por el papel estratégico que en su escenario revistió la península, así como por la persistente e invasiva presencia de una Iglesia preocupada por salvaguardar el beneficio de la posición que gozaba en la sociedad italiana. Cuando las izquierdas fueron excluidas del gobierno, en la primavera de 1947, y todavía más con las elecciones del primer parlamento republicano en abril de 1948, se produjo una profunda fractura en el país, que con la excomunión del Vaticano a los comunistas y a sus aliados en 1949 corrió el riesgo de agudizar una división religiosa.

Sin embargo, esa fractura no se consumó en su totalidad: fue sobre todo en esta fase de “guerra civil fría” (1947–1953) cuando se pudo adoptar para la democracia italiana la metáfora arquitectónica del arco “cuya estabilidad depende del balance entre dos impulsos antagonistas, en este caso expresado por dos subsistemas de solidaridad y de intereses, por dos universos simbólicos y de valores, por dos principios de legitimidad alternativos” (Alfio Mastropaolo). Efectivamente, por una parte, los partidos de masa dividieron a la sociedad, pero por otra la estructuraron, prescribiéndole metas colectivas y superiores, recomponiendo intereses difundidos y, a su modo, acortando la antigua separación entre ciudadanos y política. La Democracia Cristiana (DC) y el Partido Comunista Italiano (PCI) desarrollaron una especie de función pedagógica con relación a sus militantes, que, al menos hasta mediados de los años cincuenta, todavía seguía la consigna de “proteger” a la sociedad civil de cualquier cambio brusco: tal vez fue la forma de regular un conflicto que se advertía desestabilizador de los equilibrios arduamente alcanzados.

Llegando más allá de los confines de su asentamiento regional más fuerte y de sus mismas referencias sociales (el mundo de la pequeña propiedad campesina y de las clases medias para la DC, las clases medias y las clases más pobres de los campos del centro de Italia para el PC) ambos partidos se ramificaron rápidamente por todo el territorio y penetraron, aunque no en la misma medida, en casi todas las clases sociales, con frecuencia supliendo el vacío de las instituciones públicas. La DC mezcla conscientemente el paternalismo de los párrocos, el municipalismo de la zona “blanca”, el clientelismo de los notables meridionales, las posiciones intolerantes del pontificado de Pío XII y los arranques solidarios del catolicismo demócrata. Como partido, gradualmente traspasa los límites demasiado estrechos de la estructura eclesiástica, permeando los aparatos estatales y monopolizando los recursos. Mediante una ideología flexible y un enfoque interclasista, logra una ubicación intermedia en el sistema político, uniendo la opinión moderada con la conservadora para representar ambas instancias y combinarlas con la solidaridad católica. En tal forma, pudo intervenir desde diferentes posiciones de fuerza en el sistema de intereses mediante la colonización de las empresas estatales, de los bancos y de la propia administración pública.

En cuanto al PCI, en su proyecto de una sociedad que debía redefinirse según nuevas formas políticas, la totalidad de las relaciones sociales fundamentales terminó por traducirse en el ansia pedagógica que en otros contextos caracterizó la *action building* del Estado. Las tareas que éste asumió, como la alfabetización política de las masas y el control y reglamentación del conflicto, se volvieron aspectos decisivos para preservar el frágil equilibrio de la democracia republicana. Bajo la dirección y por el impulso principalmente de Togliatti —que también debía ganarle a una oposición interna, no declarada pero sí muy fuerte— el PCI consideró por muchos años el problema de la defensa y la actuación de la Constitución: así, dio un vuelco la concepción tradicional del Estado italiano que deseaba relacionar las aspiraciones de los trabajadores con la subversión política, y de esto se derivó para el PCI una legitimación democrática más fuerte que los intentos de excluirlo de la legalidad. De esta forma, y más allá de una “segunda intención” que persistió al menos hasta 1956, el PCI educó a sus militantes en un hábito democrático que representó un gran fenómeno de crecimiento civil, transformando a millones de “súbditos” en “ciudadanos”. Al asumir la representación de los intereses de las clases más débiles, conjugó oposición política y oposición social, pero nunca renunció a proponerse como una fuerza política nacional, en virtud, entre otras cosas, de la relación privilegiada y establecida de inmediato con los ambientes intelectuales laicos.

Este esquema de adhesión y protección llevado a la práctica por los dos partidos más grandes de Italia dejó una profunda huella en más de veinte años de la historia de la República. Sin embargo, sería un error considerar a los demás partidos como mero acompañamiento en el paisaje político nacional, porque también ellos obraron, según las circunstancias, como amortiguadores, frenos, estímulos o apoyos. Empezando por el que casi de inmediato dejó de existir, el Partido de Acción (PAI), cuya rica herencia yace bajo los sucesos de la política italiana y con frecuencia se ramifica en sus momentos más significativos: Ugo La Malfa, que representa su componente liberal e infunde nueva vitalidad al Partido Republicano, fue el verdadero artífice de la liberación de los mercados, lo que permitió a la economía salir de su histórico retraso, y también fue de los primeros en intuir la necesidad de acercar al PCI al gobierno. Y en la tenaz acción del Partido Socialista de Nenni, decisiva para promover el descongelamiento de la situación política italiana y la ruptura de una prolongada atadura de la izquierda que se aplazó hasta después de los años cincuenta, tuvieron un papel importante muchos exintegrantes del Partido de Acción convertidos en protagonistas al solicitar algunas importantes reformas democráticas: desde la nacionalización de la industria eléctrica hasta la introducción de la escuela media única.

Pero la superación de esta “guerra civil fría” se debió a los cambios que experimentó la sociedad más que a los sucesos políticos culminados en la derrota de la ley mayoritaria en 1954. Como efecto del “milagro económico”, los procesos migratorios comenzaron a mezclar a la población y a transformar la estructura de clase, pero también las culturas, los valores y los modelos de comportamiento, en especial de quien se mudaba del sur hacia el norte, de los campos a las fábricas. Pero no sólo eso, sino que la industria y la urbanización también llegaron al sur, donde

la tímida e incompleta reforma agraria de 1950 hizo sentir sus efectos. Frente a tales trastornos, los partidos de masa y los sindicatos se revelaron formidables mecanismos de integración social, pero resistieron a su vez el trastorno, sobre todo cultural, que la emigración y la industrialización provocaron.

El PCI captó con prontitud y eficacia el descontento y la protesta, los organizó y les dio una forma política. Sin pretender contraponerse frontalmente a los procesos de modernización de la sociedad italiana, sino indicando sus estridentes distorsiones y carencias, reunió el consenso de una variada coalición social, minoritaria pero presente y activa en la escena política y cultural: obreros e inmigrantes en primer lugar, pero también sectores de clase media y de los intelectuales, y una opinión pública que ya no discriminaba a los comunistas como lo había hecho antes, ello gracias a la ruptura de la Guerra fría y al clima más respirable inaugurado en Italia por el centro-izquierda (es decir, con el apoyo y la participación del Partido Socialista) y, sobre todo, al viraje que dio la iglesia de Juan XXIII en la fase final de su pontificado.

También la DC se muestra capaz de interpretar el cambio: al verse la subcultura católica y el electorado rural erosionados por el desarrollo, reacciona con recursos no libres de militancia, entusiasmo y pasión política, pero sobre todo diversificando los intereses con los que interactúa, transformándose —a través de la ocupación del poder, las formas más articuladas de subgobierno y el clientelismo de masa— en una máquina de inagotable mediación. Gravado por estas hipotecas, el diseño reformista de los gobiernos de centro-izquierda, después de un impulso inicial que tal vez extrajo su inspiración más fuerte precisamente de la capacidad de acción de la izquierda democristiana, se extingue en una serie de extenuadas mediaciones y referencias.

A fines de los años sesenta, la imponente movilización colectiva estudiantil, sindical y civil que conmociona a la sociedad italiana rompe los diques erigidos por los partidos y abre una nueva época caracterizada por un deslizamiento del electorado y de la opinión pública hacia la izquierda. Los contenidos de las reivindicaciones estudiantiles, en su ideología radical y en su explícito rechazo a cualquier evolución gradual, eran en buena parte extraños a la cultura del PCI, en el cual prevalecía una visión de la relación entre sociedad civil y sociedad política que tendía a diluir siempre y por completo a la primera en la segunda, y se mostraba reacia a reconocer una expresión autónoma de los movimientos sociales fuera o en contra del sistema político existente. Sin embargo, el partido logra superar muy pronto la desventaja inicial: aun criticando y rechazando las orientaciones antinstitucionales prevalecientes en las subculturas de los movimientos del 68, en cierta medida se apropia de algunas de las temáticas, como la crítica de la organización del trabajo, la discusión de los roles de género y de las jerarquías generacionales o el reconocimiento del nexo entre la dimensión de lo “personal” y la de lo “político”; y gradualmente atrae a su órbita o incluso a sus filas una parte significativa de dichos movimientos. El terreno en que mejor se logra encauzar el desafío de la protesta de la izquierda

es donde ya tiene raíces sólidas y profundas: la fábrica. Fuera de sus puntos más utópicos y extremistas, las protestas obreras que estallaron en el “otoño caliente” de 1969, que buscaban mejores horarios y condiciones de trabajo, salarios más altos, casas, escuelas y mejores servicios sanitarios, son compatibles con los objetivos de una modernización y de una reforma del Estado en el marco de un avanzado sistema de *Welfare*, objetivos a los que el PC había reconvertido su programa de forma tácita pero inequívoca.

Así fue como el PC logró convertirse primero en un activo interlocutor y, posteriormente, en beneficiario de las luchas obreras y sindicales que por amplitud e intensidad tenían pocos puntos de comparación con los países capitalistas avanzados. La estrategia unitaria de las tres confederaciones sindicales, cuyos objetivos convergen en muchos sentidos con los comunistas, se convierte en un instrumento eficaz para la búsqueda de alianzas que el partido consideraba necesarias para invertir el viejo modelo de desarrollo y asumir responsabilidades de gobierno.

La ola de 1968 y 1969 también convulsiona al mundo católico: adquieren presencia las organizaciones de masa católicas; en el terreno arado por el Concilio Vaticano II se consuman experiencias religiosas de vanguardia; la Confederazione Italiana Sindicati Lavoratori (CISL) —ya entonces laboratorio de políticas sindicales innovadoras— se transforma en un sujeto activo de las luchas obreras, ampliando su espectro de acción más allá de sus distritos tradicionales de referencia.

Una diáspora del voto católico hacia los partidos de izquierda, incluyendo al comunista, empieza a hacer sentir sus efectos. Por otra parte, el PCI, aunque atendiendo a las referencias que se manifiestan en el mundo católico e intentando ofrecerles un punto de llegada, no pierde de vista la importancia de la DC en el sistema político italiano. Por muy dura que sea la contraposición de los temas de la política exterior y de la política económica, la DC puede fungir como pieza clave para un posible desbloqueo del sistema. Tal es el significado del “compromiso histórico” entre las fuerzas involucradas en la defensa de la democracia que Enrico Berlinguer, el secretario del PCI, ilustró en una serie de artículos publicados en otoño de 1973, aprovechando la ola de profunda emoción suscitada por el golpe en Chile: comunistas y socialistas juntos no pueden esperar gobernar el país con el 51% de los votos o poco más, y a la DC, un partido que no debe verse como una “categoría ahistórica” sino como una realidad variada y sumamente mutable, se le puede convencer de colaborar con las izquierdas en la defensa de las instituciones republicanas.

Esta primera versión del “compromiso histórico”, que tiene muy presentes los peligros de una desestabilización y de un regreso al autoritarismo en la situación política italiana salida a la luz con la “estrategia de la tensión” después del atentado de la plaza Fontana de Milán, en diciembre de 1969, presenta sin duda un carácter ante todo defensivo: sólo a continuación, especialmente después de 1974, se enriquecerá con contenidos más ambiciosos y se presentará como una

posible conexión entre la tradición solidaria del movimiento y la comunista, de acción y lucha colectiva, en el espíritu de una gradual superación del capitalismo, a través de la introducción de un modelo diferente de desarrollo e incluso de “elementos de socialismo” en la economía.

La propuesta volvió a colocar al PCI en el centro de la escena política después de varios años de ausencia. El momento más alto de esta tendencia favorable coincidió con las elecciones administrativas del 15 de junio de 1975, que pusieron a los comunistas a la cabeza de muchas importantes localidades, además de las ya tradicionales “regiones rojas”. Todo esto tiene un efecto también en la DC: se deteriora en su función de partido mediador, y en esas mismas elecciones administrativas de 1975 sufre una derrota definitiva. Sin embargo, logró reagruparse, tanto que recuperó los consensos para la derecha en las elecciones del 20 de junio de 1976. Así, el pico electoral del 34.4% de los votos que correspondieron en esa ocasión al PCI representó, sino una victoria pírrica, sí el inicio de una fase difícil. Al entusiasmo por el “impetuoso avance” seguirá la mediocridad de una etapa llena de riesgos y de trampas, “en medio del vado”, como se decía entonces, de las dificultades objetivas de la situación política italiana, de la transformación del papel del PCI, de su estructura y aun de su estrategia.

Esa transición, ya de por sí compleja, fue agravada por dos fenómenos que parecían provocar una desestabilización del régimen democrático: el terrorismo y la inflación. La movilización con frecuencia solitaria del partido contra la pasividad que amenazaba con invadir la opinión pública de izquierda ante el surgimiento del terrorismo claramente contribuyó de forma importante al mantenimiento del régimen democrático. Pero el trastorno de las reglas del juego producido por el terrorismo colocó al PCI en una difícil posición de defensa a ultranza de un Estado minado en su interior por poderes ocultos cada vez más amenazantes, e hizo que clases y sujetos sociales se animaran a verlo con abierta hostilidad. La pérdida del consenso del PCI en algunos sectores de la sociedad —particularmente en el mundo juvenil, por tradición orientado hacia la izquierda—, anunciada por el convulsionado periodo entre 1968 y 1970, se verifica por segunda vez y con efectos más insidiosos aproximadamente en 1977.

También la DC advierte la exigencia ya impostergable de un cambio generacional entre sus miembros para hacer frente a dicha crisis, y también por la explosión de los primeros episodios graves de corrupción política y por la inadecuada respuesta que ofrece a las transformaciones sociales y culturales evidenciadas por la movilización colectiva. Mientras una parte de su grupo dirigente, con Moro a la cabeza, intenta ganar tiempo invirtiendo en el proyecto de “solidaridad nacional” —que se concreta con el gobierno de Andreotti de la “no desconfianza” y con la participación “contratada, reconocida y explícita” del PCI en el gobierno (1976–1978)—, otra parte no acepta arriesgarse a un bloqueo social en el que figuran componentes modernos de la sociedad pero también clases, categorías que no aceptan la modernización del sistema político italiano que podría derivar de un recíproco reconocimiento de legitimidad de los dos grandes partidos de masa y de la posibilidad de una alternancia en el gobierno.

Por otro lado, la inflación, que después de la crisis petrolera de 1973 traspasó los niveles de seguridad alcanzando tasas cercanas al 20%, produjo una serie de impulsos corporativos, de diferenciaciones del rédito y de expectativas entre los sectores sociales, en los cuales encontraba terreno fértil la crisis de los sindicatos confederados y de su estrategia unitaria. En el experimento de la “solidaridad nacional”, el PCI terminó deteriorándose en una posición de responsabilidad sin poderes, que acrecentó la frustración de su base.

Simbólicamente, el viraje resolutivo se puede hacer coincidir con la gran derrota sufrida por los sindicatos en la Fiat en septiembre de 1980, después de treinta y cinco días de ardua lucha. La gran identidad colectiva, la gran estructura de solidaridad que, aunque no sin contrastes y tensiones, había sido el PCI por más de treinta años, mostraba enormes grietas. Una fase histórica se cierra, otra se abre, con contornos y periodización más inciertos.

Después de las elecciones de 1979, la estrategia del “compromiso histórico” ya aparece deteriorada. El cambiante clima internacional, marcado por una reagudización del contraste entre las dos superpotencias, provocó que se volviera a cerrar a cualquier resquicio para la posible participación de los comunistas en los gobiernos. Por otra parte, el Partido Socialista Italiano (PSI), bajo la guía de Benedetto Craxi, afianzó su posición como aguja de la balanza de la situación política italiana y demostró que elegía cada vez más el camino de la repartición del poder con la DC, haciendo todo para tomar distancia respecto al PCI, tanto a nivel ideológico como político. Se confirma la *conventio ad excludendum* frente a los comunistas y se convierte todavía más en el pilar de un sistema cerrado en sí mismo: por más de diez años se suceden cansadamente gobiernos de coalición (en su mayoría “pentapartidos”, es decir, que incluían entre otros a la DC, al Partido Liberal [PLI], al Partido Socialista Italiano, al Partido Socialista Democrático [PSDI] y al PAI) que, respecto del centro-izquierda de los primeros años sesenta, no se avocan a un diseño programático reformista sino a la pura administración del poder. El objetivo proclamado de la “governabilidad” —palabra clave de la nueva cultura “decisionista” personificada sobre todo en Craxi— con frecuencia esconde una tendencia a debilitar la democracia: tanto más porque la batalla para liberar al gobierno del control sofocante del Parlamento no se resuelve para nada en una acción más eficaz e incisiva del Ejecutivo, sino que sólo sirve para desplazar, en medida aún mayor que en el pasado, a los efectivos poderes de decisión hacia las secretarías de los partidos de mayoría.

El esfuerzo del PCI para recreditarlo como factor fundamental de una efectiva renovación de la sociedad italiana debe enfrentar cada vez más obstáculos de carácter general. La sociedad italiana se convulsiona por cambios radicales y profundos, a los que el partido intenta adecuar su iniciativa y estructura, mientras su sistema de valores ideológicos y culturales ya no ejerce la atracción que solía diez años atrás. Desde los primeros años de la República, su lugar estaba entre la clase obrera, los braceros y las clases medias productivas de las regiones “rojas”, incluso alcanzaba ciertos sectores de la intelectualidad y, más marginalmente, de los grupos dedicados

a actividades terciarias y al servicio público. Pero muchas de estas figuras sociales habían desaparecido o estaban en vías de extinción, mientras que el perfil y el peso social de las otras se ponían en discusión por los procesos de transformación que había traído consigo el capitalismo. Por efecto de las políticas de reglamentación del mercado laboral, que apuntan hacia una mayor flexibilidad salarial y una reforma de las conquistas normativas que hicieron más rígido el uso de la fuerza de trabajo, las contradicciones internas en el ya heterogéneo bloque de fuerzas que los comunistas habían intentado representar se agudizaron (entre trabajadores dependientes y autónomos, entre empleados y desempleados) y se volvieron más difíciles de superar. A pesar de algunas tentativas valientes pero esporádicas, el PCI no fue capaz de compensar la restricción y las dificultades de inclusión de su base social tradicional con una iniciativa más decidida que tendiera a ganar consensos y adhesiones entre los sectores en crecimiento en el mundo del trabajo dependiente o autónomo, como los investigadores, los técnicos, las nuevas profesiones intelectuales, las profesiones independientes altamente calificadas o la pequeña empresa con un elevado nivel de productividad.

Esta dificultad para relacionarse con una realidad social en rápida transformación se sumó al debilitamiento de aquellas políticas y estructuras de intervención en apoyo de las clases más débiles, que fueron los cimientos del Estado social en los años en que tomó forma el círculo virtuoso entre aumento de salarios, expansión del consumo y crecimiento de las ganancias. El hecho de que en Italia el Estado social surgió esencialmente bajo el control de la DC, en formas con frecuencia viciadas por el asistencialismo y el egoísmo corporativo, dificultaba al PCI combinar eficazmente la defensa de las conquistas fundamentales realizadas por la clase obrera y los trabajadores con una iniciativa seria dirigida a superar el clientelismo, los desperdicios y las ineficiencias relacionadas con ese sistema.

Así, con su propia identidad, a caballo entre la pertenencia al movimiento comunista y la adhesión sustancial a los valores de la socialdemocracia europea y del *Welfare State*, el PCI terminó por acumular los efectos de la crisis de ambos. Su reclamo a los intelectuales, que se escuchó con mayor fuerza a mediados de los años setenta, se debilitó gradualmente: el marxismo, incluso el no dogmático de Gramsci, ya no contenía todas las respuestas para los problemas de la sociedad posindustrial, ni su conjugación e hibridación con otras aportaciones ideológicas eran suficientes para devolver al partido una identidad fuerte. El retraso acumulado en el curso de los años respecto de un sistema de medios de comunicación masivos cada vez más persuasivo y diversificado al fin hacía sentir su peso. En esta situación, la caída de los sistemas comunistas entre 1989 y 1991 no afectó únicamente al PCI, sino que asestó un golpe decisivo a la geometría del arco antes mencionada.

La secularización política y los procesos de diferenciación social desmoronaron la identidad y las clases de los dos grandes partidos de masa, poniendo en evidencia lo obsoleto de las respectivas máquinas políticas y de las organizaciones que las flanqueaban. Hasta que el conflicto entre las

ideologías se prolongó y los partidos continuaron desplegando su potencial de integración, gobernando inconscientemente también el conflicto social, la democracia “bicéfala” logró sobrevivir e incluso converger, a su modo, con los modelos europeos, o al menos no alejarse de ellos demasiado. Pero esto no fue suficiente para impedir el deterioro de los sustentos de la democracia italiana, ni evitó que, a largo plazo, ésta perdiera su equilibrio y que, después de una larga crisis, sobreviviera por diez años y otros diez más de decadencia, para al final colapsar ruidosamente por su propia incapacidad para sustituir la ideología y las identidades antagonistas por algo más que una exasperación de vicios ya desde hacía tiempo enraizados: la intensificación al extremo de las relaciones de intercambio político —clientelares y de asistencia— y de la colonización partidaria de la sociedad, así como la invasión de la corrupción política. Estas tendencias alimentaron una desgastada autorreferencialidad de los partidos, minaron su capacidad para traducir a la esfera política las nuevas fracturas sociales y reabrieron la brecha entre órdenes institucionales y jerarquías de los poderes sociales, o bien, en última instancia, entre democracia formal y democracia sustancial.

Es en este contexto donde se consumó la crisis final de la Primera República, que terminó con la función de los partidos de masa como se ha descrito. La presencia constante de los escándalos conocidos con el nombre de *Tangentopoli* provocó casi de improviso el derrumbe del edificio que se construía desde hacía medio siglo. De allí salieron deshechos todos los partidos involucrados de alguna manera en el gobierno. Y aunque el PCI estuvo involucrado sólo marginalmente, sobre todo en algunas situaciones locales particulares, este resultado no es ajeno al vínculo cada vez más estrecho y perverso entre la política y los negocios.

Pero los cimientos de ese edificio en realidad estaban profundamente minados también por otros factores que las fuerzas políticas protagonistas del nacimiento del sistema democrático en Italia no notaron a tiempo. El final de la Guerra fría quitó a la DC el papel —que ejerció por cuarenta años— de punta de lanza de una coalición anticomunista. Al desaparecer de la escena o perder casi del todo su importancia la Guerra fría, los partidos que se definieron a partir de ella y las culturas políticas que se ramificaron en el sistema político italiano se vaciaron, y con ellas los conceptos de identidad que habían alimentado los diferentes proyectos para “crear a los italianos”. Incluso el antifascismo fue borrado en breve por sus valores de referencia, y con él también la Resistencia como proceso histórico de fundación de la Italia republicana. El partido que a principios de los años noventa se proclamaba aún orgulloso continuador de un fascismo depurado de sus aspectos más impresentables, rápidamente se encontró ocupando una posición crucial en cualquier equilibrio de gobierno que intentara obstruir el camino a los herederos del PCI, a su vez concentrados en redefinir su propia identidad hasta casi borrarla.

En la transición a la Segunda República —no marcada por una explícita pausa constitucional, como sí sucedió en Francia entre la IV y la V República—, el PCI fue eclipsado junto con el fascismo por la “centralidad obrera”, de la que sobreviven veinte años después rastros

importantes pero residuales. Se desvaneció hasta desaparecer el conflicto que tenía en su centro el tema del orden social, del que nacían proyectos de sociedad y modelos de organización colectiva: el conflicto por excelencia del siglo XX, el que establecía un nexo muy estrecho entre la posición laboral con relaciones de producción (la clase) y las formas de lucha (el conflicto de clase), el que se alimentaba de la idea de la transformación social como horizonte de una sociedad igualitaria y pacífica. Pero ese conflicto es sustituido por otro más inconexo, que ve enfrentarse a formas de organización que se mueven en ámbitos territoriales circunscritos, limitadas en la defensa y en la promoción de una parte de la sociedad con relación a las demás. La protesta de las clases medias altas de las zonas ricas contra las políticas estatales solidarias e inclusivas, así como el regreso a costumbres de segregación política, habitacional y de los censos, cambian tanto a los actores como las modalidades de la pugna. Se advierten fortísimos impulsos localistas, que son la respuesta, en el terreno de la identidad y de la propiedad, a los miedos desencadenados por los inmensos espacios de la globalización: nacen fenómenos de tolerancia, pero también arrebatos de racismo que, desafortunadamente, ocupan cada vez con mayor frecuencia las crónicas italianas.

La Lega Nord, fundada a principios de los años ochenta por Umberto Bossi (hoy paradójicamente el partido más antiguo en Italia), es el tema político que durante los últimos veinte años ha dado mayor visibilidad a estas nuevas tipologías del conflicto y de los actores sociales que lo interpretan; el primero de todos, aquellas que en el siglo pasado eran llamadas “clases medias” y consideradas sólo una “zona gris”, “gelatina”, un universo social no uniforme, atrapado entre los grandes temas colectivos del siglo XX, tierra de conquista para la hegemonía del capitalismo o del movimiento obrero. La Lega da forma y sustancia a esa “gelatina”, dejando aflorar sus pulsiones profundas que la DC ocultó por décadas en el modelo de partido pedagógico presentado por De Gasperi. Al disolverse dicho modelo, la Lega acompañó y acentuó el alejamiento irreversible entre la sociedad italiana y los partidos históricos de la Primera República; puso en evidencia la necesidad de una fuerte discontinuidad en las formas de organización de la política, subrayando, aun antes de la llegada de Berlusconi y de su partido-empresa, la exigencia de un liderazgo carismático; dio voz y representación a los sujetos sociales que, surgidos de la crisis de los años ochenta, se postularon para ser los protagonistas de la fase constitutiva de la Segunda República.

* Profesor emérito de la Università degli Studi di Torino, Italia.

Entre el poscolonialismo y la alteridad revolucionaria: la descolonización africana en el itinerario de la Revolución cubana

Martín López Ávalos*

Resumen

Este artículo revisa la relación histórica de Cuba con el continente africano en la era del poscolonialismo y la descolonización; para ello se presenta una mirada diferente a partir de preguntas nuevas para viejos temas, analizados desde la historiografía. López Ávalos propone una revisión desde la otredad de los internacionalistas cubanos, lo “cubano” y lo “africano”, así como el contexto de la relación afro-asiática, la Unión Soviética, China, la Guerra fría y la emergencia de los nuevos Estados-nación.

Palabras clave: internacionalistas cubanos, Cuba, África, poscolonialismo, descolonización.

Abstract

This article reviews the historical relationship of Cuba with the African continent, in the era of postcolonialism and decolonization, proposing a different perspective derived from new questions to old topics analyzed from the point of view of historiography. López Ávalos proposes a revision from the otherness of the Cuban internationalists, the "Cuban" and the "African"; as well as the context of the Afro-Asian relationship, the USSR, China, the Cold War and the emergence of new Nation-States.

Keywords: Cuban internationalists, Cuba, Africa, postcolonialism, decolonization.

El interés cubano por África surge de una serie de factores que coinciden con la cresta de la ola más radical en la década de los sesentas producida por la Revolución cubana; inicia con las consecuencias de la crisis de los misiles y, al mismo tiempo, con el reacomodo en la jerarquía de la elite revolucionaria cuando comenzó el proceso de institucionalización política, expresado con la organización del Partido Leninista Cubano. Este contexto, principalmente interno pero que se matiza con su contraparte externa —el aislamiento, promovido por Estados Unidos, de Cuba respecto de gran parte de América Latina por su alianza con la Unión Soviética y, dentro de esa alianza, la postura cubana acerca de la disputa chino-soviética—, es lo que permite explicar las condiciones que propician el interés del Estado cubano por los asuntos producidos en la parte subsahariana de África.

La relación o vínculo de Cuba con el mundo poscolonial se inicia precisamente con la independencia argelina, a tal grado que Argelia se convierte en el puente y aval para los cubanos en la incursión a este verdadero nuevo mundo; son los argelinos, en especial el primer presidente de la Argelia independiente, Ahmed Ben Bella, quien coincide con los objetivos cubanos de explorar nuevas posibilidades para romper el aislamiento en su entorno geopolítico natural por medio de estimular las insurrecciones africanas, en especial una, la del Congo, al suponer que ahí se gestaba un nuevo tipo de liberación, la del neocolonialismo belga y del imperialismo estadounidense empeñado en su estrategia global de contención del comunismo donde quiera que fuere.

Paradójicamente, esta postura —tolerada y hasta estimulada por el propio Fidel Castro— trae serias diferencias en la esfera de los comandantes cubanos, que ponen en entredicho el papel del comandante Ernesto Guevara en este ámbito, así como su rol de representante *ex officio* del Estado cubano en el exterior. Esta aparente confusión, si Guevara actúa bajo sus propios riesgos o expresa una disidencia a la disciplina propia de altos funcionarios cubanos, es otra consecuencia de la institucionalización del liderazgo cubano en sus estructuras jurídicas y políticas.^[1] Si bien Cuba se encamina a un mayor alineamiento con la Unión Soviética, su principal benefactor y aliado, al mismo tiempo busca hacer valer su independencia como Estado. Esa contradicción forma parte del tránsito poscolonial que la Revolución cubana experimenta al comenzar su inserción socialista y que deriva hacia una interpretación cubana del marxismo en la primera década de revolución, cuando Guevara se encuentra a la cabeza.

La interpretación guevarista de que las condiciones neocoloniales son las mejores para la revolución global contra el imperialismo —en clara oposición a la coexistencia pacífica pregonada por los soviéticos— es lo que permite al castrismo mantener una imagen de independencia de cara a los movimientos de liberación del mundo poscolonial, en ese entonces un fenómeno esencialmente afroasiático de los países colindantes con el océano Índico, pero cuya esfera de influencia hacia América Latina ampliará la irrupción cubana, conformando una unidad que ellos bautizarían como la Tricontinental (Asia, África y América Latina). En este sentido, la experiencia cubana se equiparará con sus contemporáneas de este mundo Tricontinental, al compartir las condiciones del intercambio desigual y sus aspiraciones de liberación. En el trayecto, la experiencia cubana se cruzará con las historias que conformarán la geopolítica de la poscolonialidad: la creación del Movimiento de Países No Alineados, con la independencia de India en primer lugar; la irrupción del nacionalismo árabe con el nasserismo en Egipto, pero también las independencias del Magreb del norte de África, donde sobresale el caso de Argelia, y por supuesto la guerra de liberación china que culminará con la fundación de la República Popular. En este cruce de historias y trayectorias, personales y colectivas, políticas y culturales, de intereses geopolíticos globales, la de Cuba es la primera revolución latinoamericana que logrará traspasar su marco geopolítico debido a las condiciones de su temporalidad histórica (la Guerra fría). Ahí es donde engarza la disertación de Guevara, primero como debate y aun como discurso derrotado dentro de la elite de comandantes, con otra vertiente, la de la independencia política de un proyecto (el castrista) dispuesto a incidir en uno

de los vértices de la Guerra fría, por medio de la experiencia y la crítica poscolonial. Se trata de una historia de contrastes, paradojas y contradicciones que sigue suscitando polémicas —cada vez menos virulentas— y despertando interés por encontrar nuevas interpretaciones del pasado reciente. Como he señalado en otro lugar, la reivindicación de la poscolonialidad abre cauces para la renovación del conocimiento historiográfico por los nuevos ángulos que se van produciendo al repasar con nuevos ojos los viejos temas.^[2]

Una de estas aristas es la *otredad* que los internacionalistas cubanos enfrentaron al estar en el Congo. Sus relaciones, que en teoría eran entre pares marxistas, devinieron en diferencias culturales de cómo es construido “el otro”, que ni el color de piel —en el caso de la tropa cubana, que era negra como condición para estar ahí— propicia el entendimiento ni, en un sentido más dramático —el de Che en específico—, profundiza la diferencia interracial, además de recordar, en lamentable y triste paradoja, el mito de Tarzán. La experiencia congoleña de Che Guevara con su tropa de cubanos negros en el “corazón de las tinieblas” (Joseph Conrad *dixit*) también representa la otra cara de la poscolonialidad en las relaciones entre revolucionarios, unos más que otros, que la teoría guevarista del hombre nuevo (marxista) no pudo salvar.

El presente trabajo está formado por tres partes que se complementan y van dando sentido a la construcción narrativa de los hechos enunciados. En la primera se hace un somero recuento de la construcción del mundo que siguió a la Segunda Guerra Mundial, la creación de los bloques de la Guerra fría y las consecuencias que trajo para los países emergentes de los sistemas coloniales europeos, sobre todo en África y Asia. La segunda parte muestra las consecuencias de la crisis de los misiles en Cuba: cómo el reacomodo en la elite revolucionaria cubana a favor del modelo soviético produjo a su principal damnificado en la figura del comandante Ernesto Guevara, ya para entonces mítico. El desplazamiento de Che como responsable de la economía de la isla, primero en el Banco Nacional y después en el Ministerio de Industrias, nos da la pauta para rastrear el origen de la construcción del discurso poscolonial expuesto en sus primeros acercamientos con los revolucionarios africanos —tanto con los argelinos como con los del sur de Sahara—, y cuya expresión más clara fueron las palabras que externó en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática (febrero de 1965), tal vez el discurso más emotivo que pronunció como oficial cubano de alto rango, en el cual pone la pica en Flandes respecto de las políticas soviéticas. Este camino no es entendible sin el matiz político, es decir, sin mencionar a Fidel Castro y su tolerancia hacia los postulados guevaristas; el comandante en jefe enviaba mensajes —al parecer ambivalentes— a los soviéticos, con los que quería demostrar su independencia después del desaire que representó que lo marginaran de las negociaciones para el retiro de los cohetes durante la crisis de los misiles de 1962. La denuncia contra el sectarismo de los ortodoxos del viejo partido pro soviético cubano es parte de ese mismo paquete. La tercera y última parte de este trabajo cuenta la historia en varios niveles; en ella se valora la importancia que tuvieron los individuos concretos y su participación en los hechos, iniciando con el de la independencia de Argelia y el papel de su primer presidente, Ben Bella, quien en los comienzos de esa “revolución a tientas” fue para los cubanos como hallar un socio, lo que les sirvió de plataforma para transitar a la dimensión tricontinental; al mismo tiempo se señala la importancia

de otras fuerzas o entidades que rivalizaban con los advenedizos cubanos, en concreto el presidente de Egipto, Gamal Abdel Nasser, y los dirigentes chinos (Mao Zedong y Zhou Enlai), con su política de confrontación con los “revisionistas” soviéticos, situación que no escapa al análisis de Guevara. Al final, la narración se centra en la experiencia africana de Ernesto Guevara, en concreto en su decisión de ir al Congo y por qué hacerlo en las condiciones en que lo hizo. Como corolario se muestra el problema de la otredad revolucionaria, por llamarla de algún modo; para ello, a partir de la memoria del comandante Guevara y de otros relatos de participantes cubanos se señalan las dificultades que se presentaron para comprender el entorno y a sus habitantes en el contexto del internacionalismo revolucionario.

Guerra fría y poscolonialidad

Al terminar la Segunda Guerra Mundial se iniciaría un nuevo periodo en la historia contemporánea, cuyas características definirían la segunda mitad del siglo XX. El mundo de la posguerra ha sido interpretado como la construcción de un nuevo orden internacional que reemplazó al impuesto por las potencias colonialistas en el siglo XIX. El nuevo orden estaría delimitado, aparentemente, a partir de la dicotomía de las nuevas potencias emergentes, Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), que hegemonizarían el tablero internacional según sus respectivos intereses. Al periodo de 1947 hasta la desaparición de la Unión Soviética en 1989 se le ha denominado la Guerra fría, la pugna para lograr la influencia mundial a través de varios recursos, entre los cuales destaca la amenaza a la seguridad nacional no sólo de los mencionados países sino de cada una de las regiones del mundo susceptibles de ser “influidas” desde esos centros de poder mundial. Paralelamente, y como narrativa subordinada al choque bipolar, esta interpretación de la construcción del mundo contemporáneo pondera los procesos de liberación de las naciones emergentes de Asia y África como productos residuales de esa lucha entre dos.

Las demandas por estas transformaciones, sin embargo, ya estaban presentes aun antes de la Segunda Guerra Mundial en Asia, África y en menor medida América Latina. La historia contemporánea, que deriva en la Guerra fría, en realidad se compone de dos fuerzas encontradas y contradictorias; por un lado, el interés geopolítico de un orden basado en la ideología —cuyo centro ya no se encuentra en Europa— de dos grandes potencias y, por el otro, del nacionalismo y socialismo emergente en varias partes del mundo que postula la liberación nacional encaminada al desarrollo económico y social, sobre todo en las décadas de los cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX, y que tensa y excede a la pugna de las dos potencias.

Este arco de transformaciones se abre con la Revolución china, la independencia de India, Paquistán y el sudeste asiático, principalmente la Indochina francesa (Vietnam); continúa con la independencia de Argelia, la descolonización africana al sur del Sahara y los movimientos de liberación nacional que aparecerían en los países árabes como Egipto y en América Latina, sobre todo Cuba, a partir de su cambio socialista y el impacto que tuvo en la región. En ellas vemos el

trazo del mundo poscolonial, surgido de estas transformaciones que no se derivan de lo que tradicionalmente se entiende como Guerra fría y que le dan un sentido amplio, es decir global, a la contemporaneidad.

La Guerra fría, entonces, al ser parte de un proceso vertiginoso de transformación mundial, puede ser catalogada como un fenómeno múltiple, por lo cual puede analizarse desde diversas perspectivas. Ya no el espacio percibido como inmóvil y determinado por las potencias que en teoría lo hegemonizaban, sino un periodo rico en transformaciones y posibilidades que terminan por abrir nuevas perspectivas al final del siglo XX. En ese sentido, los estudios en torno a la Guerra fría han debatido sobre el origen del conflicto, es decir, quién y por qué lo provocó, partiendo de la responsabilidad que cada una de las dos potencias emergentes tenía en la construcción del nuevo orden.^[3] Tales estudios señalan que la dinámica de las relaciones internacionales se redujo a un enfrentamiento ideológico de sumar y restar; sin embargo, consideramos que lo que estaba en juego era más que las relaciones exteriores de estas potencias. Había otro sentido de la historia, según el cual se intentaba mostrar la validez del propio modelo de organización del Estado nacional (republicano liberal o socialista) sustentado por cada una de las potencias en pugna. Ahora, no resulta sorprendente constatar que el análisis generado en ambos lados fue ideológico, es decir, su política trató de demostrar los efectos del modelo (entendido como mero referente ideológico) sobre el futuro: la historia, o más bien, la verdadera historia.

La Guerra fría, como catalizador ideológico y modelo explicativo del actuar de dos potencias que hegemonizan al mundo, origina un universalismo que termina por barrer a cada experiencia histórica nacional. Es ante todo un conflicto global, aunque sus mayores disputas fueran en los bordes, alejadas de los centros neurálgicos. A final de cuentas, la ideología cubriría la disputa mayor: la apropiación de la verdad histórica y, por ende, la noción de “influencia” habría que empezar a entenderla en este sentido. Las disputas en los bordes, en los países periféricos poscoloniales eran —en sentido estricto— verdaderas elecciones históricas para sus protagonistas que definirían el futuro en la batalla del presente.

Así, el sentido de la política nacional, subordinado al del plano internacional, concibe al cambio político como una mutación permanente e irreversible. Los conflictos políticos nacionales en los bordes del sistema mundial (Asia, África y América Latina), por ejemplo, aun cuando no tienen una vinculación original con la disputa bipolar, los sitúa en la disyuntiva dramática de tomar una decisión política sin importar los medios. Al final cada bando concibe su camino como único y verdadero, es decir, inevitable porque se creía permanente.

Los Estados producto de la descolonización o las experiencias revolucionarias de la posguerra se verán en la difícil tarea de acomodarse a este escenario. Sus postulados de independencia, y por tanto del nacionalismo que enarbolaban, se limitan a ser interpretados en una de estas dos

opciones que derivan del mundo europeo y su afluyente atlántica: tanto el socialismo soviético como el liberalismo estadounidense etiquetan lo que emerge como producto subordinado a su propia tradición histórica. La experiencia de la guerra de liberación china trae consigo el gran dilema del mundo poscolonial, tan profundo como el debate del liberalismo contra el nacionalismo emergente, y que habilita al segundo vértice de la Guerra fría, el diferendo chino-soviético por la interpretación correcta del socialismo o, más bien, por la vía correcta para acceder a él.[4] Con los chinos en escena y abiertamente distanciados de los soviéticos, los movimientos poscoloniales de liberación nacional, liberales y socialistas, se ven obligados a debatir sobre la pertinencia de los métodos de lucha y hacia quién están dirigidos. La insurrección armada queda entonces en el centro del debate y con ella, una triangulación que identifica a los conflictos poscoloniales que emergen de la Guerra fría. La independencia nacional como producto esperado de la descolonización no es suficiente si no va acompañada del debate acerca del desarrollo nacional que proporciona el socialismo como vía alterna al liberalismo.[5]

Ésa es la cuestión más espinosa de la descolonización, esto es, la capacidad de cada nuevo Estado nacional para acceder a lo que se definiría genéricamente como “desarrollo” sin caer en lo que por entonces se empezaba a describir como “dependencia”. Tal espacio histórico determinado por esas dos relaciones es lo que podríamos llamar mundo poscolonial. En él se involucrarían no sólo los Estados recientemente creados en la llamada descolonización africana y asiática, sino también se incluyen los que ya contaban con una experiencia nacional dilatada —como los países latinoamericanos— pero que no habían podido traspasar la dependencia de las relaciones económicas asimétricas en los intercambios comerciales y financieros, que generalmente les eran desfavorables.

La dependencia como categoría analítica permite establecer una nueva construcción de las relaciones globales entre las naciones, que iba más allá del colonialismo clásico y su vertiente neo, e incluso la categoría marxista de imperialismo resulta insuficiente para atender en toda su complejidad la irrupción de los Estados poscoloniales. Junto a la teoría de la dependencia se acuñaron otras categorías para revelar el nacimiento de un nuevo mundo, inédito tanto por su composición y sus aspiraciones,[6] como por la necesidad de explicarse por sí mismo. El tema que nos convoca se sitúa en esta encrucijada, en la que convergen los nuevos Estados, las revoluciones triunfantes —tanto socialistas como nacionalistas—, los movimientos políticos definidos por la liberación nacional y los intereses geopolíticos de las potencias de la Guerra fría que pretenden asimilarlos.

La Tricontinental como movimiento poscolonial

Dos acontecimientos, producidos entre abril de 1961 y octubre de 1962, condicionan la evolución del ambiente cubano para mirar a la otra orilla del Atlántico sur. Ambos forman parte de la Guerra fría y coinciden con el periodo más radical de la Revolución cubana. Sus secuelas forman una línea que traza un imaginario Rubicón en el cuadro que representa la decisión de

traspasar la geografía del Caribe para llegar al África subsahariana. Las consecuencias de la invasión a la Bahía de Cochinos en abril de 1961 y la crisis de los misiles de octubre de 1962 siguen gravitando en los objetivos trazados por la dirigencia cubana, antes que nada, debido a la división en su interior entre optar por una mayor radicalización revolucionaria o ir asimilando y adaptando a sus intereses propios el modelo soviético por las ventajas que ofrece en ese momento a Cuba. Al mismo tiempo, el escenario geopolítico para Cuba está marcado por el aislamiento diplomático y comercial de su entorno natural, tanto de Estados Unidos como de América Latina, por su definición socialista.

Fidel Castro no quería exponerse de nuevo al desaire estadounidense ante sus propuestas de coexistencia pacífica,^[7] mientras que el desenlace de la crisis de los misiles, donde la dirigencia cubana fue marginada de los compromisos asumidos, revive viejos traumas históricos que azuzan a mostrar la soberanía política como rasgo de independencia.^[8] Este rasgo se abre para el nuevo aliado, la Unión Soviética, pero está destinado a reafirmar la nueva identidad cubana frente a Estados Unidos. Che Guevara ofrece, con sus discursos y escritos, el puente para cruzar esta línea y proyectar internacionalmente a Cuba como un actor serio de la Guerra fría, pero bajo su propio discurso independiente en busca de una revolución global poscolonialista. La opción africana permite a ambos —Fidel y Che—, aunque por diferentes motivos, asumir la máxima de César: *alea jacta est* [la suerte está echada] como consecuencia de cruzar su propio Rubicón. El año de 1964 señala el cruce de éste para decidir la operación africana.

Sin embargo, quedaban algunos asuntos que ambos personajes debían definir, como el saldo pendiente con los soviéticos por la crisis de los misiles un par de años atrás, a lo que Guevara denominaba el “paternalismo” soviético al dejar sin voz ni voto a Cuba en el acuerdo de retirar los misiles de la isla; y derivado de esto, el reajuste en la composición de la elite cubana que pasaba precisamente por la presencia o la ausencia del propio Guevara en Cuba. El viaje de Guevara a Moscú por esas fechas podía ser cosa baladí para el consumo de la prensa internacional, pero en el fondo se trataba de reconocer la ayuda soviética a la Revolución cubana y, de paso, confirmar la postura cubana a favor de la Unión Soviética, primero dentro del propio campo socialista —en detrimento de cualquier coqueteo con los chinos—, y mostrar la cortesía de informar sobre la estrategia cubana para la revolución global que el propio Guevara llevaba meses construyendo en sus viajes africanos de los meses anteriores.^[9]

Al final de ese año se llevaría a cabo —con la discreta ausencia de Guevara, quien explicó a sus amigos que se iba a cortar caña por un mes— la reunión de partidos comunistas de la región en La Habana, patrocinada por los soviéticos con el objetivo de consagrar a la experiencia cubana como un ejemplo y, de paso, dar el espaldarazo al liderazgo de Fidel Castro sobre el marxismo latinoamericano. Al bajar del avión a su regreso de Moscú, Guevara y Castro se reunieron a puerta cerrada, sin duda para tratar la postura soviética ante el vendaval que se avecinaba. Ahora ya se puede deducir que Che ofreció la renuncia a todos sus cargos cubanos y que Fidel Castro la

aceptó, como medida pragmática, para dejar las apariencias en un nivel aceptable. He aquí la importancia de la carta de despedida utilizada por Castro meses después.

El 9 de diciembre Guevara sale de Cuba con su último encargo oficial: hablar en nombre de Cuba ante la Asamblea General de la ONU. El 11 toma la palabra y habla sobre los recientes acontecimientos en el Congo: la operación belga-estadounidense, que devuelve el control territorial de Stanleyville (hoy Kisangani) a las tropas de Moise Tsombé. Al citar el contexto, anuncia la postura cubana de construir el socialismo de acuerdo con sus condiciones nacionales, además de considerarse una de las naciones no alineadas, razón por la cual se identifica con los movimientos de liberación nacional afroasiáticos que combaten al imperialismo. El 17 de diciembre aterriza en Argel, vía Nueva York, e inicia su periplo africano como tal. Tres meses para conocer *in situ* el problema del Congo.

¿Por qué la Revolución cubana puede transitar al nuevo mundo poscolonial, esencialmente asiático y africano, trascendiendo su propia geopolítica? Las primeras explicaciones se dieron en la lógica de la propia Guerra fría: Cuba es capaz de hacerlo por la sencilla razón de que forma parte de un operativo mayor financiado y diseñado por la Unión Soviética. Una pequeña isla del Caribe no reúne las condiciones para construir una política exterior independiente. La frustrada invasión de fuerzas anticastristas a territorio cubano y, sobre todo, los saldos de la crisis de los misiles en 1962 hacen de la insularidad cubana una realidad y no una metáfora. Aislada de su propio entorno geopolítico (América Latina), Cuba tiene que girar sobre sí misma y encontrar opciones para salir del aislamiento político y diplomático; la resistencia a los ataques estadounidenses ha forjado su prestigio y la precede al encontrarse con la revolución africana paralela en tiempo: Argelia.

La independencia de Argelia, tras una cruenta guerra de liberación del colonialismo francés, va marcando ciertos paralelismos que terminan por “hermanarla” con la Revolución cubana. Junto con Egipto, Argelia forma parte de la primera oleada de descolonización del norte de África; aunque la revolución nacionalista de los jóvenes oficiales del ejército egipcio se hace del poder en 1952, comparten la misma matriz ideológica: el nacionalismo. Así, si se quiere encontrar una formación paralela, la primera fecha está relacionada con el golpe de Estado de Fulgencio Batista; mientras que, a consecuencia del asalto al cuartel Moncada, Fidel Castro y sus primeros seguidores van a la cárcel, los argelinos forman el Frente de Liberación Nacional en 1954, justo en El Cairo. Como señalará años después el primer embajador cubano en Argelia, Jorge *Papito* Serguera Riverí,^[10] en Cuba se pensaba que Argelia seguía los pasos cubanos, de tal manera que, por ejemplo, existía una simbiosis entre las estructuras generadas por ambos procesos, para empezar la insurrección armada como vía revolucionaria y su aparato en forma de ejército como modelo: el Ejército Rebelde y el Movimiento 26 de Julio cubanos y el Ejército de Liberación Argelino (ALN) y su brazo político, el Frente de Liberación Nacional (FLN). Otro punto estaba en la construcción del discurso historiográfico de la historia cubana,^[11] donde se hace énfasis en la definición “neocolonial” para referirse a la historia de la primera república, de tal

manera que Cuba es producto de una relación de subordinación y dependencia con Estados Unidos, como Argelia con respecto de Francia, y a partir de ella había producido su experiencia socialista. La opción cubana se articula en estos dos niveles, y resalta por su simpleza; primero, la necesidad de romper el bloqueo estadounidense, y qué mejor manera de hacerlo que a través de la promoción de todas las opciones insurreccionales que se identifiquen con el antimperialismo. Se trataba, justificaban los cubanos, de una acción defensiva.[12] La primera operación cubana en ese sentido fue precisamente en Argelia, inicialmente como un gesto solidario al enviar un cargamento de armas antes de concluir la guerra de independencia, recibir a un grupo de huérfanos y mutilados argelinos, además de recibir a un grupo de militantes del FLN-ALN para su adiestramiento militar en Cuba; después, en 1963, con un contingente de soldados para participar a favor de Argelia en su enfrentamiento militar contra Marruecos.[13] Argelia, a cambio, sirve de anfitrión para presentar a los cubanos entre los diversos movimientos de liberación nacional que pululan tanto en Argel[14] como en El Cairo. Para entonces, la capital argelina se ha convertido en uno de los principales centros de operación para los militantes revolucionarios del sur del Sahara.[15] La embajada cubana con *Papito* Serguera al frente se convierte en punto clave para encuentros y entrevistas de diversa índole, aunque casi todas ellas con un alto grado de conspiración revolucionaria. Por ahí pasan en diversos momentos los congoleños Christophe Gbenye y Gastón Sumaliot; el angoleño Agostinho Neto; Abdulrahman Mohamed Babu, de Zanzíbar; Marcelino dos Santos, de Mozambique; el presidente provisional del Congo Brazzaville, Alphonse Massemba Debat.[16]

Estos contactos previos sirvieron para que, en diciembre de 1964, el comandante Ernesto Guevara arribara a Argel como punto de partida para una extensa gira que incluyó Mali, Ghana, Congo Brazzaville, Dahomey (actual Benin), Togo y Tanzania,[17] además de Beijing y El Cairo. Con esta gira, Cuba demuestra su interés por elevar la importancia de sus relaciones con la zona y amplía sus contactos con los gobiernos establecidos como parte de un mayor involucramiento con las solicitudes de ayuda revolucionaria que está recibiendo en su embajada de Argel. El potencial africano se revela favorable a los objetivos cubanos posteriores a la crisis de los misiles, pues según el embajador Serguera,[18] África aparece como una variante atractiva mientras se prepara el objetivo principal: convertir a los Andes en el Vietnam americano. En la agenda desarrollada por la diplomacia de Guevara,[19] la entrevista con el líder angoleño Agostinho Neto en la capital del Congo Brazzaville se revela como uno de los puntos de mayor importancia pues éste le ofrece un panorama de la situación local de los dos Congos y regional de las zonas en proceso de liberación, como era el caso de la propia Angola. Neto pide a Che instructores militares para su organización y ofrece el material humano suficiente para iniciar un foco insurreccional que sirva de escuela de revolucionarios que irradie toda la zona. Guevara acepta la propuesta, pues concuerda con su propia estrategia preconizada desde sus primeros escritos como revolucionario. Dar es-Salaam es la última parada y donde se concentra la mayoría de solicitantes congoleños y mozambiqueños del apoyo cubano. Todos piden lo mismo: armas y viaje a Cuba para recibir entrenamiento militar. En sus correrías por diversas ciudades africanas, de Argel a Dar es-Salaam, el mensaje de Che es el mismo: Cuba se identifica con las luchas de liberación nacional contra el colonialismo y el neocolonialismo para formar un gran frente antimperialista global que abone al florecimiento de la verdadera comunidad socialista de

naciones. Guevara considera que en el África poscolonial se encuentra “uno de los campos de batalla contra todas las formas de explotación que existen en el mundo: contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo”.^[20] En entrevista hecha por la viuda de Frantz Fanon, Jossie, para *Révolution Africaine*, remata con su idea del aparato global revolucionario: “Preveo la instauración de un frente continental de lucha contra el imperialismo y sus aliados internos. La organización de este frente llevará algún tiempo, pero cuando se forme será un golpe duro contra el imperialismo. No sé si será un golpe definitivo, pero será un golpe duro”.^[21]

Las primeras reuniones con las organizaciones congoleñas serán en Dar es-Salaam, principal ciudad de Tanzania y futura retaguardia para la ayuda al Congo. En su diario de campaña, Che Guevara anota lo caóticas y decepcionantes que resultaron. Su primera observación es “la gran cantidad de tendencias y opiniones diversas”. Dicha reunión prefiguraba lo que sería la operación congoleña: los nativos piden una cosa y Guevara les ofrece otra, a la vez que tiene que negociar con cada una de las tendencias para llevar a cabo las tareas. Salta a la vista que los nativos no captaron los matices geopolíticos de lo que se jugaba y que iba más allá de sus intereses nacionales, e incluso tribales: el Congo se convertiría en la guerrilla madre que irradiará al resto de los países de la zona, de ahí su papel continental. Guevara recuerda que en vez de eso: “La reacción fue más que fría; aunque la mayoría se abstuvo de toda clase de comentarios, hubo quienes pidieron la palabra para reprocharme violentamente por haber dado ese consejo. Aducían que sus pueblos, maltratados y envilecidos por el imperialismo, reclamarían los daños si se producían víctimas... en una guerra por liberar a otro Estado”.^[22]

La reunión termina “fría y cortésmente”. En su evaluación, Che descubre que el único que mira el proceso de liberación nacional en alineación con el antimperialismo es el joven Laurent Kabila. Animado por el hallazgo, Guevara se va pensando que, a partir de esa postura, las posibilidades de la guerrilla madre en África tienen futuro. Al regreso pasa por El Cairo y Argel, donde pronuncia su disertación en el Foro Económico de Solidaridad que tantos sinsabores le traerá en Cuba, además de visitar Beijing en el ínterin. Sin duda, no pasa por alto la importancia e influencia de estos países en el movimiento anticolonialista africano. Quiere saber y palpar de los dirigentes de esos países sus posturas ante el proyecto cubano.^[23] En El Cairo hace una visita de cortesía al presidente Nasser y le informa de los planes cubanos; de ella nace una relación intensa entre ambos que ha quedado registrada para la posteridad, donde se muestran las dudas del comandante Guevara cuando es confrontado por otra forma de hacer la revolución. Nasser le inquiere:

Usted me asombra mucho. ¿Qué pasa en Cuba? ¿Tiene algún problema con Castro? Yo no quiero mezclarme, pero si usted quiere convertirse en un nuevo Tarzán, en un blanco llegando a los negros para guiarlos y protegerlos... eso es imposible. Eso no irá bien. En tanto que blanco, usted será rápidamente visto y, con otros blancos, se ofrecerá a los imperialistas la idea de que son otros mercenarios. Yo creo que la revolución es un fenómeno a escala mundial que no hace distinciones entre los colores y las razas, pero hay ciertas cosas que es preciso tomar en

consideración. Lo que usted puede hacer es ayudar a los africanos para que cada pueblo tenga el derecho de hacer lo que estime correcto. Pero si usted va al Congo con dos batallones de cubanos y yo envío con usted otro batallón egipcio, se denominará este hecho injerencia extranjera y ello hará más mal que bien.[24]

A su regreso a Cuba, a finales de febrero de 1965, las cosas han cambiado. A diferencia de su regreso de Moscú varios meses atrás, el discurso de Argel[25] no es bien visto por la parte ortodoxa de los viejos comunistas del Partido Socialista Popular cubano, ahora convertidos en artífices de la organización del nuevo aparato político leninista de la Revolución cubana, ni por los comandantes que encabeza Raúl Castro. La relación con la Unión Soviética ha sido puesta en duda por Guevara en Argel, justo en el momento en que se mantiene un compás de espera para renegociar un acuerdo con los soviéticos, que cuando se haga público semanas después resultará muy favorable para Cuba, pero dentro de la ley del valor del mercado. La crítica es, entonces, por partida doble, y descubre la dependencia a la que Cuba se encamina si no es capaz de modificar el criterio del intercambio con los soviéticos. El nuevo acuerdo de asistencia cubano-soviético explica las largas ausencias de Che como responsable de la industrialización, aunque siga conservando su nombramiento de ministro: su poder e influencia política en el aparato cubano han terminado, pues mientras él viaja por África otros negocian en Moscú las condiciones de la ayuda soviética.

Recibido, como muestra de unidad revolucionaria, en el aeropuerto por Fidel Castro y muchos de los comandantes guerrilleros, ambos personajes se enclaustran a conferenciar a puerta cerrada, como lo hicieron meses atrás cuando retornó de Moscú, pero a diferencia de la primera vez, ahora se incorpora Raúl y lleva la primera voz en los reclamos contra Guevara, a quien acusa de trotskista y pro chino, ante el silencio de Fidel Castro. Sin duda, ambos se encuentran resentidos por los reclamos de ingratitud que tuvo que recibir el menor de los Castro de parte de los soviéticos en su último viaje a Moscú.[26] En esta ocasión se cuenta con información donde se filtra la fractura entre los postulados de Che y los intereses de la dirigencia castrista y la salida que encuentran ambas partes. Primero, que Che ya no representa al Estado cubano, que sus palabras han de tomarse como expresiones personales[27] y, segundo, que el Estado cubano no presentará ninguna autocrítica para consumo de los soviéticos, al igual que Guevara.[28]

En la memoria de los comandantes cubanos, el relato de Manuel Piñeiro (Barbarroja) sobre esa reunión ofrece datos interesantes por su condición oficial de máximo responsable del aparato cubano de inteligencia. Barbarroja recuerda que Fidel insta al Che a ir al Congo al preguntarle: “¿Por qué no vas a África?”, ante la insatisfacción mostrada por el comandante Guevara sobre el paso del tiempo y la imposibilidad de cumplir con lo que él mismo define como su verdadera misión, además de mostrarse proclive a ver en el Congo las condiciones ideales para llevar a cabo lo que decía en sus discursos.[29] Otro importante alto oficial cubano, Emilio Aragonés (*Tembo* en el Congo), recuerda que la intención de Fidel Castro siempre fue la de proteger a Che, de impedirle —como escribe meses después al mismo Guevara— “hacer lo absurdo”, en

referencia a su intención de ir a Argentina directamente o por la vía boliviana;^[30] sin embargo, queda la duda. Como se puede observar, la liebre salta continuamente, pues no queda claro si para entonces Che ya había decidido participar directamente en la operación congoleña o si lo decide después de su llegada a La Habana. Según la narrativa construida por el propio Fidel Castro, el Congo es la alternativa para evitar un peligro mayor, como es ir a Argentina en esos momentos. Pero entonces, ¿por qué Che le confía a Nasser sus dudas de ir o no al Congo antes de llegar a La Habana, donde decide que sí irá? Para mayor dificultad, Che estimula la especulación^[31] cuando escribe que no es momento de develar los entretelones de su salida clandestina de Cuba. Lo único que queda claro es que se trata de una operación del Estado cubano, con la participación de oficiales y recursos del ejército cubano, independientemente del estatus político de Ernesto Guevara.

Según sus biógrafos, Ernesto Guevara de la Serna, comandante y héroe del Ejército Rebelde, abandona Cuba el 1 de abril de 1965, pero no bajo su propia identidad, sino como un discreto hombre de mediana edad llamado Ramón Benítez. Inicia un viaje incierto aun para él mismo que lo llevará a confrontar sus ideas de militante revolucionario convencido.^[32]

Entre Tarzán y el hombre nuevo

El objetivo de la misión oficial del comandante Guevara y el contingente de combatientes cubanos es el de entrenar y disciplinar a las fuerzas rebeldes en armas alrededor del lago Tanganica; sin embargo, la realidad congoleña muy pronto pone en evidencia las dificultades que conlleva replicar la experiencia de la sierra Maestra fuera de Cuba. La formación del Ejército Rebelde cubano se basaba en el entrenamiento militar básico y, a partir de la valoración de los instructores, seleccionar a los mejor evaluados como combatientes de línea; de ellos emerge el revolucionario. Este sencillo plan fue recibido con evasivas por los propios jefes militares africanos, que invocan la falta de dirección política para no tomar decisiones. El problema de campo real al que se enfrentaron los cubanos fue que la dirección política no ejercía funciones militares y los oficiales de tropa rara vez contaban con un comisario político —y permanente— entre sus filas. La división entre estos dos aparatos se hace patente a las pocas semanas de la llegada de los cubanos. Para colmo, el principal dirigente con el que se cuenta, Laurent Kabila, tarda en aparecer y cuando lo hace es para desaparecer más rápido.

A la par de esta situación estructural de la organización de marras de los congoleños, se toparán con la verdadera otredad: que el color de la piel no podía mimetizar a los cubanos y se convirtió en otro problema que fue minando y filtrando a la tropa. Al acordar la ayuda cubana, los congoleños pedirán que los enviados sean negros, para evitar la superposición de blancos sobre negros. Así se hará. Sin embargo, la condición de negritud no es suficiente para superar la barrera de la otredad, que se fue haciendo patente con el transcurso de los días y la acumulación de semanas convertidas en meses, tanto en la relación directa entre combatientes como en la percepción que cada uno tuvo del otro. Víctor Dreke, *Moja*, segundo al mando del contingente

cubano, evalúa esta situación cuando recuerda que “creíamos que ellos pensaban igual que nosotros. Imaginábamos que el líder congolés que nos esperaba allá era como Fidel Castro, Raúl Castro, Almeida, Ameijeiras... no sé... pero era distinto”.^[33] En un somero repaso de los diversos testimonios de la tropa cubana existe una constante: para ellos ir al Congo también representó un viaje extraordinario, difícil de asimilar a la primera. Aunque eran negros, su negritud no estaba construida por la noción de lo africano; en realidad, llegaron como un occidental más, con los correspondientes juicios y prejuicios culturales.

Tal vez el caso más extremo que Guevara comenta en su diario es el asunto de la *dawa*. Éste es un amuleto para hacer inmunes a los guerreros de las balas enemigas.^[34] Los nativos creen firmemente en ella y se niegan a combatir si no son ungidos por el *Muganga* que la elabora con anticipación. La preparación para la guerra forma parte de la visión del mundo de dos culturas contrapuestas pero con la necesidad de convivir para un objetivo común. La occidentalización de la forma de hacer la guerra de los cubanos no encuentra el punto ideal para su intermediación como asesores militares. La *dawa* es el ejemplo más representativo de la otredad que no se puede asimilar debido a la carga cultural con la que se construye al otro como referente de lo desconocido.

La etnia de los combatientes se torna problemática, pues en las filas congoleñas había refugiados tutsi de la vecina Ruanda, que habían huido de sus tierras cuando una etnia rival, los hutus, la emprendió contra ellos. Estaban armados y creían que si ganaban en el Congo podían modificar la situación en Ruanda. Sin embargo, su relación con los congoleños era de conveniencia. Las rivalidades interétnicas afloraron inmediatamente.

En la evaluación de la situación que periódicamente hacía el comandante Guevara, como responsable de la misión cubana, se filtra la conciencia de todos estos problemas. Por ejemplo, define como organismo “parásito” a la organización congoleña en su relación con la población campesina que decían representar, la cual padecía cada una de sus incursiones. Esta condición muestra los límites de lo que se podía conseguir. El propio Che termina por reconocer que con esas condiciones lo más sensato era empezar de cero, con el reclutamiento campesino para formar el núcleo guerrillero. La narrativa expresada en *Pasajes de la guerra revolucionaria (Congo)* ilustra muy bien estas situaciones y disyuntivas a las que se enfrenta la operación cubana. Por ejemplo, cuando por fin Che pudo recorrer la zona libremente para recabar información del verdadero estado que guardaba la organización nativa, se encuentra con la negativa de los responsables militares para enviar hombres seleccionados a recibir instrucción en el campamento base de los cubanos —como Guevara quería— debido a que para ellos, los nativos, resulta de mayor prestigio recibir a los instructores cubanos en su propio terreno.^[35] Otro pasaje enseña la imposibilidad de un encuentro fructífero entre los valores revolucionarios marxistas del guevarismo y los nativos. En una ocasión, hartado de la falta de compromiso, el comandante Guevara empezó con una “descarga” de insultos hacia los nativos, terminando por equipararlos con las mujeres. El resultado: los nativos empezaron por sonreír y

conforme aumentaba la descarga acabaron riéndose a carcajadas cuando fueron rebajados a féminas de carga.[\[36\]](#)

Los cubanos de tropa que llevaban el peso de la operación —en un sentido literal— pronto empezaron a despreciarlos por no comprender sus creencias mágicas, su lengua y su cosmovisión ajena al ejemplo cotidiano del sacrificio,[\[37\]](#) uno de los valores representativos de la experiencia de la sierra Maestra. Al otro extremo se encuentra la propia percepción de la otredad construida por los nativos, que los hace ver a casi todos como “extranjeros”, incluso a sus propios jefes políticos y militares no nativos de la región de operaciones. Los cubanos, aunque fueran negros, a final de cuentas eran extranjeros porque ni siquiera hablaban una lengua en común; el color de piel no hermanaba ni acercaba a los individuos que para mal tenían un jefe blanco que se expresaba en la lengua del colonizador, el francés.

Además de los problemas estructurales de la organización congoleña, el liderazgo de Guevara tiene que enfrentar el desmoronamiento interno de su propia tropa cuando vieron que los nativos huían despavoridos en el primer combate que les tocó enfrentar conjuntamente. ¿Por qué dar la vida por una causa que no les importaba a los propios interesados?, es el ánimo que el diario de campaña recoge en esos momentos de desmoralización. Consciente de la precaria situación de su liderazgo en ambos frentes, Che vuelve a mostrar el síndrome del “otro”, vuelve a ser el extranjero entre cubanos que, para empeorar la condición, ahora se va, se aleja, después de conocer la lectura de su carta de despedida hecha por Fidel Castro al anunciar la formación del comité central del Partido Comunista de Cuba en octubre de 1965.[\[38\]](#)

En su diario de campaña, Guevara se aferra a su apuesta: ¿qué hacer cuando la pedagogía del ejemplo (sacrificio, entrega, valentía) no funciona aun en gente experimentada? Si el hombre falla es porque la construcción de la entidad prometida, “el Hombre Nuevo”, no es más que una construcción simbólica del socialismo, es decir, del hombre y la sociedad, como él lo enuncia en su célebre ensayo con el mismo nombre. Por si no fuera bastante con eso, el comandante Guevara tiene que lidiar con el frente político abierto desde La Habana. Fidel Castro subestima las observaciones críticas de Che y el informe *in situ* que, por lo menos Osmany Cienfuegos, ha hecho en su visita de mayo, a menos que éste informara de otra cosa a La Habana y que los informes cifrados que llegaban ahí pasaran por la visión de Barbarroja Piñeiro para presentarle otro panorama a Fidel. El testimonio de Oscar Fernández Mell —viejo asociado de Che en la Maestra y el Escambray— ahora resulta elocuente: cuando partió de Cuba hacia el Congo para reunirse con su amigo, todas las informaciones cubanas (diplomáticas y de prensa) eran optimistas y pintaban un panorama de una guerrilla en crecimiento. La misión de Fernández Mell no sólo era acompañar sino contener al mítico comandante, que lo veía como un verdadero par, condición que Emilio Aragonés y otros oficiales de alto rango político no habían podido alcanzar del todo.

Los factores externos, no necesariamente cubanos, contribuyeron a la debacle final. La reunión en Accra de la Organización para la Unidad Africana (OUA), en octubre de 1965, recibe al cuestionado presidente Joseph Kasa-Vubu y acuerda un exhorto para que las fuerzas extranjeras involucradas en operaciones militares abandonen la zona. Adicionalmente, el grupo de países radicales que habían ofrecido su apoyo a la operación cubana se ve mermado, dejando a Julius Nyerere la responsabilidad del papel de retaguardia logística de Tanzania; un mes después de la reunión de la OUA pide a los cubanos la suspensión de la ayuda, invocando los acuerdos de Accra. Un desanimado Che escribe: “Es el golpe de gracia para una revolución moribunda”.

El 4 de noviembre Fidel Castro envía a Che un mensaje llamando a la cordura. Ya con los resultados de la reunión de los jefes de Estado africanos, Castro sabe que la situación para el comandante Guevara es insostenible. Le pide que se retire y vuelva a Cuba o a donde quiera. “Debemos hacer todo menos lo absurdo”, recomienda, y rectifica su juicio sobre el pesimismo de Guevara: “Si deciden salir Tatu [Che] puede mantener *statu quo* actual regresando aquí o permaneciendo otro sitio; cualquier decisión la apoyaremos; evitar todo aniquilamiento”.^[39] La respuesta de Che, sin embargo, es quemar su último cartucho. Se niega a aceptar que ya no existe alguna razón para continuar operando y plantea la disyuntiva de resistir hasta la muerte o retirarse, pero transfiere a los nativos la decisión final, siempre y cuando sea ratificada por escrito. Éstos no caen en la encrucijada y les piden a los cubanos que se vayan sin firmar documento alguno. Aun al final, Che amaga con quedarse para generar una resistencia en la selva. Todos los cubanos —tropa, oficiales y comisarios políticos, como *Tembo Aragonés* y *Ziki Fernández Mell*— explotan ante la insensatez de justificar un imposible. A última hora, ante la inminencia de la evacuación a través del lago Tanganica, el responsable de los navíos, *Changa* (capitán Roberto Sánchez Barthelemy), amaga a Guevara con las órdenes directas de Fidel Castro de llevarlo con él, por cualquier medio, en caso de negarse.^[40] Rendido ante su propio destino, el comandante Ernesto Guevara concluye: “Pasé las últimas horas solitario y perplejo... Se organizó la evacuación... y empezó un espectáculo doloroso, plañidero y sin gloria... no hubo un solo rasgo de grandeza en esa retirada, no hubo un gesto de rebeldía...”. No en balde citará *Piedra negra sobre piedra blanca*, de César Vallejo, para describir su estado de ánimo final: “Jamás como hoy he vuelto con todo mi camino a verme solo”.

* Centro de Estudios Históricos, El Colegio de Michoacán.

[1] El alineamiento geopolítico de Cuba a la Unión Soviética ha sido interpretado, explicado y juzgado como una acrítica adopción del modelo soviético para operar en la realidad cubana, cuando lo que expresa es la consolidación del poder de una elite política que tiene que pasar por encima de los propios comunistas pro soviéticos cubanos. Esta interpretación, privativa de los analistas liberales de la Guerra fría, no admite la capacidad de los actores locales para construir sus propios procesos. Lo mismo sucede con la ambigüedad de hasta qué punto Guevara de la Serna seguía representando al Estado cubano o no, como consecuencia de romper con el molde soviético.

[2] Aquí tenemos que señalar un problema que concierne al uso (esperando que no se convierta en abuso) de la extrapolación de las categorías que se utilizaron y que eran de uso corriente en la época estudiada cuando aún no aparecían los estudios poscoloniales como tales. Primero del marxismo y el

nacionalismo, como imperialismo, antimperialismo, lucha de clases, internacionalismo, neocolonialismo, anticolonialismo, liberación nacional; a la categoría genérica de *poscolonialismo* que pretende englobar a las anteriores para describir la realidad de los obstáculos de las nuevas naciones frente a las relaciones de desigualdad que son inherentes a cualquier sistema (económico, político e incluso cultural), tanto al interior de cada sociedad como entre los estados nacionales, de ahí la insistencia en vislumbrar un equivalente temprano entre el discurso de la liberación nacional (marxista y nacionalista) y el poscolonialismo como interpretación historiográfica. Si podemos hablar de una teoría poscolonial, debemos decir que ésta se encuentra en proceso de formación al igual que los acontecimientos que posteriormente tendrá que explicar. Así, por ejemplo, para mediados de la década de 1960 ya habían aparecido las principales obras de Aimé Césaire, *Discurso del colonialismo* (1950) y *Cultura y colonización* (1956), así como de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra* (1961). Con ambos pensadores, nativos de la Martinica francesa del Caribe, se abrió un proceso intelectual que rompería con el canon occidental, liberal y marxista, el cual —junto con otras aportaciones— desembocaría en la discusión poscolonial un par de décadas después.

[3] La historiografía de las relaciones internacionales norteamericana ha dividido en corrientes de interpretación la literatura producida desde los años cuarenta del siglo XX. Así, tenemos la interpretación ortodoxa que responsabiliza a la Unión Soviética del origen del conflicto por su expansionismo agresivo derivado de la idea marxista de revolución mundial. Estados Unidos tuvo que “contener” dicha estrategia de una potencia que quería la desaparición del capitalismo, la democracia y demás aspectos que se derivan del liberalismo. La interpretación revisionista postula la tesis contraria: la Unión Soviética tuvo que defenderse de la agresión capitalista que buscaba asegurarse los recursos mundiales en su beneficio, dispuesto a aplastar cualquier movimiento revolucionario que amenazara sus intereses. La tercera postura es la posrevisionista que establece que ambas potencias tuvieron responsabilidad, pues las acciones hostiles de una y otra provocaron un ciclo de acción-reacción, elevando el nivel de animosidad periódicamente. Cabe señalar que actualmente esa historiografía se empeña en buscar las causas del fin de la Guerra fría.

[4] Sobre la importancia del factor chino que permite que las disputas bipolares se trasladen al escenario poscolonial y la Guerra fría deje de ser un conflicto por la disputa de Europa, véase Philip Short, *Mao*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 480–519; William Taubman, *Kruschev, El hombre y su época*, Madrid, Esfera de los Libros, 2005, pp. 411–415; Jian Chen, *La China de Mao y la Guerra fría*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 13–25. Adicionalmente, el trasladar la contradicción principal a los bordes permite la distensión y la coexistencia pacífica entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

[5] En la geopolítica de la poscolonialidad se libra una batalla sobre la hegemonía del modelo socialista soviético frente a las otras vías nacionales. El diferendo chino-soviético puso en evidencia que aun dentro del llamado campo socialista existieron relaciones de dominio y subordinación.

[6] La Conferencia de Bandung (1955) inaugura un foro político inédito para el denominado Movimiento de Países No Alineados. Su primer eje lo compone el nacionalismo indio, egipcio e indonesio; posteriormente se le da cabida al socialismo yugoslavo y cubano, para mostrar esta convergencia no siempre armoniosa que oscilaba entre los polos de la Guerra fría. En esta temporalidad histórica, el uso de la crítica nacionalista contra el colonialismo y el neocolonialismo, así como marxista por el antimperialismo y la liberación nacional, cumplen con la función de explicar el nuevo fenómeno. Después de la experiencia vendrá la racionalización del nacimiento del mundo poscolonial por las relaciones de dependencia, intercambio desigual y los efectos del colonialismo en los diversos formatos de productos culturales que esas sociedades seguían alimentando.

[7] En su discurso del V Aniversario de la Revolución, el 2 de enero de 1964, Castro alineaba todas las coordenadas cubanas con la estrategia global soviética en su disputa con los chinos al enarbolar la “coexistencia pacífica”. A mediados de ese mismo año, en la celebración del 26 de julio, volvía al

mismo ofrecimiento: “Nuestra posición es que estamos dispuestos a vivir en paz con todos los países, todos los estados de este continente [americano], independientemente de sus sistemas sociales. Estamos dispuestos a vivir bajo un sistema de normas internacionales a ser cumplidas en un plano de igualdad para todos los países” (Jon Lee Anderson, *Che Guevara: una vida revolucionaria*, Barcelona, Emece, 1997, p. 526). La oferta, sin embargo, fue interpretada por los norteamericanos como un signo de debilidad, lo cual hizo que se incrementaran las medidas de presión.

[8] El deterioro de las relaciones cubano-soviéticas fue notorio y tardará un buen tiempo en reacomodarse. Inmediatamente después de la salida de los misiles soviéticos de Cuba, Anastas Mikoyan es destacado en La Habana para explicar la situación a la dirigencia cubana. Fidel Castro se reúne una vez con él, sólo para espetarle: “¿Qué cree usted que somos, un cero a la izquierda, un trapo sucio?” (Juan B. Yofre, *Fue Cuba: La infiltración cubano-soviética que dio origen a la violencia subversiva en Latinoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 2014, p. 263). Che Guevara es el más agresivo; una vez que Fidel sale de la reunión, critica a la Unión Soviética por su incompreensión hacia Cuba: “Estados Unidos nos quería destruir físicamente, pero la Unión Soviética, con la carta de Jrushev, nos destruyó jurídicamente”, con lo cual era cómplice de la violación al derecho internacional perpetrada hacia Cuba, y remataba: “Ustedes nos ofendieron al no consultarnos”.

[9] No hay que olvidar que el 14 de octubre de 1964 Nikita Jruschov fue desplazado del liderazgo soviético por la dupla de Leonid Brézhnev y Alekséi Kosygin, una razón más para mantener los contactos con los nuevos dueños de la situación en el Kremlin. La relación de Guevara con Moscú después de la crisis de los misiles se tornó tensa por lo que el argentino consideraba el “paternalismo” soviético hacia Cuba; se sabe por la documentación disponible que los soviéticos enviaron a La Habana, a principios de 1964, a Nikolai Metutsov, subordinado de Yuri Andropov —quien tenía a su cargo la relación con los estados socialistas no europeos en el Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS)—, para generar un informe sobre las supuestas “desviaciones” de Guevara. El problema se centraba en la coexistencia pacífica soviética y la abierta vocación insurreccional en apoyo a los movimientos de liberación nacional que el Che expresaba en cualquier foro. Según Metutsov, al dialogar con él no pudo menos que sentir simpatía y le confió que ni a Jruschov ni al Politburó les disgustaba la idea de “desarrollar el movimiento revolucionario global”; el enviado soviético reflexionaba sobre la conveniencia de ir por ese camino y se respondía: “¿Le interesaba esto a la Unión Soviética? Sí. Entonces, ¿qué tenía de malo que Cuba aportara su grano de arena? Todo iba para el mismo saco”. Guevara, por su parte, le dio todas las seguridades de que no era maoísta y que sus afinidades estaban con los soviéticos y que transmitiera “que era un amigo de verdad de la Unión Soviética y del partido leninista” (Entrevista de Anderson, en Jon Lee Anderson, *op. cit.*, p. 512). Para el otoño de ese año, Che Guevara se reunió en Moscú con Vitali Koronov, también subordinado de Andropov pero en el Departamento América del PCUS, para quien Guevara era contrario a la política soviética de coexistencia pacífica, razón suficiente para advertirle que no contara con el apoyo de los partidos comunistas pro soviéticos de América Latina. La anotación del funcionario soviético no llegaba a la censura o el veto, pero sí era una advertencia (Jon Lee Anderson, *ibidem*, p. 536).

[10] Jorge Serguera Riverí (Papito), *Caminos del Che*, 2ª ed., México, Plaza & Valdés, 2008, p. 93.

[11] Jesús Arboleya Cervera, *La revolución del otro mundo. Un análisis histórico de la Revolución cubana*, La Habana, Editora de Ciencias Sociales, 2008, pp. 101–128; Jorge Serguera Riverí (Papito), *op. cit.*, p. 94.

[12] *Ibidem*, p. 95.

[13] Piero Gleijeses, *Conflicting Missions. Havana, Washington and Africa, 1959–1976*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2002, pp. 30–56.

[14] El otro papel de Argelia consiste en dar una cobertura territorial y logística a los movimientos insurreccionales latinoamericanos patrocinados por los cubanos. Cuando Argelia va estableciendo

relaciones diplomáticas en la región, las embajadas argelinas van acompañando extraoficialmente los asuntos cubanos que no podían atender directamente. En Argelia se recibe a dos grupos insurreccionales entrenados en Cuba, uno venezolano y otro argentino.

[15] La estructura política del Frente de Liberación Nacional argelino, con representaciones diplomáticas en diversos países europeos, sirve de modelo para los movimientos de liberación nacional al sur del Sahara. Por tanto, era normal que mantuvieran una representación en Argel. A través de la embajada cubana en ese lugar se dieron los primeros contactos y solicitudes de ayuda para viajar a Cuba, ya sea para entrenamiento militar o como retaguardia estratégica. El papel de mediador de este país no hubiera sido posible sin la decisión de su primer presidente, Ahmed Ben Bella, de transitar por el mismo camino que propone Cuba. Con él en la presidencia, Argelia se convierte en un puente que corre en dos vías, una para vincular a Cuba con los movimientos insurreccionales africanos, y la otra para acercarse ella misma a la ayuda de la Unión Soviética.

[16] Jorge Serguera Riverí, *op. cit.*, p. 198.

[17] A decir verdad, muchos de esos contactos eran previos a esa fecha. Por ejemplo, el guineano Sekou Touré había estado en La Habana en 1961 y se sabe de diversos contingentes africanos que se habían preparado en Cuba. Por otro lado, es importante señalar que Raúl Castro asistió a las celebraciones de la Revolución egipcia en 1959, donde pronunció un discurso a la par del que hiciera Nasser.

[18] Jorge Serguera Riverí, *op. cit.*, p. 203.

[19] Otro punto que salta constantemente en las conversaciones que sostiene el comandante Guevara con los dirigentes políticos de los países recién independizados, como Ghana, es el futuro y viabilidad de la economía; para entonces la inquietud del Che no tenía que ver con optar por un sistema económico sino con el tamaño o la escala de la propia economía. Al presidente de Ghana, Kwame Nkrumah, le preguntaría: “¿Cree usted que con los proyectos actuales puede alcanzarse el desarrollo económico?”, Jorge Serguera Riverí, *op. cit.*, pp. 208 y 242.

[20] Che ve la oportunidad de construir un escenario y aparato internacional que Cuba pudiera controlar desde el principio. Su principal escollo era Nasser y su liderazgo con los No Alineados y su antecedente, la Organización Afroasiática de Solidaridad. África y Asia —con Vietnam en la punta— ofrecen el camino global donde América Latina puede transitar para traspasar su propia geopolítica y ser parte de la revolución global antimperalista, que ayudaría a suprimir el conflicto chino-soviético al obligarlos a financiar el esfuerzo bélico. Esta idea es expresada en el Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática en febrero de 1965 (Ernesto Che Guevara, *Obra revolucionaria*, 10a ed., sel. y pról. de Roberto Fernández Retamar, México, Era, 1985, pp. 489–497).

[21] Jon Lee Anderson, *op. cit.*, p. 540.

[22] Ernesto Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria (Congo)*, México, Ocean Sur, 2009, p. 33. Antes de la publicación de este libro, sólo se conocían fragmentos de él, como parte de la narrativa del texto de Paco Ignacio Taibo II, Froilán Escobar y Félix Guerra, *El año que estuvimos en ninguna parte* (México, Joaquín Mortiz / Planeta, 1994), que durante un tiempo llenó un vacío de información importante.

[23] De la visita a Beijing, Emilio Aragonés recuerda que fue difícil y tensa, pues los chinos no se movieron ni un ápice de su postura antisoviética, donde involucraban a los cubanos por su “confusión frente a los revisionistas”. Mao Zedong no los recibe y Zhou Enlai encarga a Deng Xiaoping lidiar con los caribeños; véase Jorge Castañeda, *La vida en rojo. Una biografía del Che Guevara*, 1ª reimp., México, Alfaguara, 1997, pp. 354–355. Por supuesto queda descartada cualquier ayuda china o de coordinación en el Congo.

[24] Mohamed Heikal, *Los documentos de El Cairo. De los archivos secretos de Gamal Abdel Nasser*, México, Lasser, 1972, pp. 209 y 212.

[25] Se trata de la ponencia que Che presenta en el Foro de Solidaridad Afroasiático en febrero de 1965, celebrado en Argel. Existen dos puntos para el disenso de la elite de comandantes cubanos y los políticos del PSP pro soviético con el mismísimo Che Guevara; el primero es la responsabilidad de la Unión Soviética y demás países socialistas (incluida China) para financiar el esfuerzo de la guerra revolucionaria allí donde se esté produciendo, sin condición alguna; el segundo, que la relación entre los países recién liberados del colonialismo y el neocolonialismo y ese mismo campo socialista debe estar regulada por la solidaridad y la fraternidad y no por el cálculo económico “del beneficio mutuo” basado en la ley del valor, con lo cual se perpetúa la dependencia de los países poscoloniales. El asunto cala hondo, pues Guevara sitúa a la Unión Soviética como parte de un sistema global que mantiene la dependencia: “¿Cómo puede significar ‘beneficio mutuo’ vender a precios de mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimiento sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas por las grandes fábricas automatizadas del presente? Si establecemos este tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial” (Ernesto *Che* Guevara, *op. cit.*, 1985, p. 490).

[26] Existe una divergencia grave en torno a la existencia misma de esta reunión con Raúl Castro, pues tanto Castañeda como Anderson sostienen que sí estuvo presente, mientras que Gleijeses (*op. cit.*, pp. 103–106) afirma lo contrario, y acusa a ambos biógrafos de Guevara de no entender la naturaleza de las relaciones cubano-soviéticas y de pasar por alto que Raúl se encuentra en Moscú desde el 26 de febrero y regresa a La Habana el 6 de abril, mientras que Che sale de Cuba el 1 de ese mes, por lo cual es imposible que estuvieran discutiendo. En realidad, Gleijeses descalifica a Benigno una vez que escribe sus memorias como exiliado político del castrismo en Francia. Carlos Franqui (*Cuba, la revolución: ¿mito o realidad?, memorias de un fantasma socialista*, Barcelona, Península, 2006) apunala la primera versión con información de Celia Sánchez, por entonces figura poderosa y emblemática del primer círculo fidelista.

[27] A su salida al Congo, Che entregaría la famosa carta de despedida en propia mano a Fidel Castro (Víctor Dreke, *De la Sierra del Escambray al Congo. En la vorágine de la Revolución cubana*, 2a. reimpr., Nueva York, Pathfinder, 2003). Allí renuncia a todo lo ganado en Cuba: la nacionalidad y sus cargos en el partido y en el Estado. “Nada legal me ata a Cuba”, aunque reconoce el liderazgo de Fidel y la imposibilidad de éste de hacer lo que él sí puede (Ernesto *Che* Guevara, *op. cit.*, 1985, p. 663). La ambigüedad de la relación se mantendrá en los siguientes dos años, durante los que Che, sin representar a Cuba, opera con el apoyo de ese país en su siguiente aventura revolucionaria. “Con Fidel ni divorcio ni matrimonio”, había confiado Che a Carlos Franqui (*op. cit.*, p. 312) la última vez que ambos coincidieron en París a mediados de 1963.

[28] Jorge Castañeda, *op. cit.*, pp. 364–367.

[29] Jon Lee Anderson, *op. cit.*, p. 547.

[30] Jorge Castañeda, *op. cit.*, p. 366; Daniel Alarcón Ramírez (Benigno), *Memorias de un soldado cubano. Vida y muerte de la revolución*, Barcelona, Tusquets, 1997.

[31] Ernesto Guevara, *op. cit.*, 2009, p. 34.

[32] En la segunda conversación con Nasser, Che Guevara se confiesa, ensimismado y taciturno: “Honestamente, pienso que no soy apto para hacer lo que yo hago y busco un lugar donde refugiarme. Yo he soñado con ir al Congo, pero después de lo que he visto ahí, me siento inclinado a aceptar su punto de vista” (Mohamed Heikal, *op. cit.*, p. 214). Por otro lado, y para aumentar la especulación sobre los “hechos”, Gleijeses (*op. cit.*, p. 424) apunta en la nota 14 del capítulo quinto de su libro que Che sale de Cuba con el nombre de Juan Soto el mismo día que señalan los biógrafos citados.

[33] Víctor Dreke, *op. cit.*, p. 138.

[34] Ernesto Guevara, *op. cit.*, 2009, p. 123.

[35] Jon Lee Anderson, *op. cit.*, p. 571.

[36] Ernesto Guevara, *op. cit.*, 2009, p. 152.

[37] Por ejemplo, los nativos se negaban a cargar pertrechos militares, excepto su fusil y una manta, si se trataba de largas jornadas de camino. Decían que ellos no eran camión (*Mimi hapuana motocari*) y después que no eran cubanos (*Mimi hapuana cuban*) (Ernesto Guevara, *op. cit.*, 2009, p. 50). Otro ejemplo fue cavar las trincheras para la defensa de un perímetro. Los nativos se negaban a hacerlas, aduciendo que los hoyos eran para los muertos. Incluso las muestras de deferencia de los nativos hacia el propio Che y sus hombres arrancaban expresiones de hilaridad contenida si no de franco hastío: cuando el jefe militar congolés Moulana invitó a Guevara a su aldea, lo recibió ataviado con una piel de leopardo coronado con un casco de motociclista, “lo que le confería un aspecto bastante ridículo”, consignó en su diario de campaña (*Ibidem*, p. 126). El no menos ingenioso escolta del argentino, *Tumaini* [Carlos Coello], lo bautizó como el “cosmonauta”. Ahí mismo, la comitiva cubana presenció en su honor una parada militar, que para los caribeños resultó un espectáculo “chaplinesco”.

[38] “Por otro lado, ¿quién era yo ahora? Me daba la impresión que después de mi carta de despedida a Fidel, los compañeros empezaron a verme como un hombre de otras latitudes, como algo alejado de los problemas concretos de Cuba, y [por esa razón] no me animaba a pedir el sacrificio final de quedarnos”, Ernesto Guevara, *op. cit.*, 2009, p. 230.

[39] Ernesto Guevara, *op. cit.*, 2009, p. 107.

[40] El relato ofrecido por Benigno y retomado para la biografía de Castañeda sobre Che —con ligeras variantes— no está consignado por otros biógrafos, pero ha sido confirmado por este último con otros dos testigos: Aragonés y Fernández Mell. Ante la negativa de Che de subir a una de las lanchas si no lo hacen primero mujeres y niños, Changa le explica sus órdenes: “Mire, estos negros son de aquí de la selva, están dispuestos a vivir aquí. A estos negros no son a los que buscan los mercenarios. A los que buscan es a usted y a los negros cubanos... yo tengo órdenes de que a los que no pueden masacrar es a ustedes y hay que sacarlos. Yo lo respeto a usted y cumplo sus órdenes, pero aquí estoy cumpliendo órdenes de Fidel y si tengo que amarrar a usted para llevármelo, yo lo amarro y me lo llevo”. Daniel Alarcón Ramírez (Benigno), *op. cit.*, pp. 101–102. Jorge Castañeda, *op. cit.*, pp. 393–394.

Trayectividad de la migración coreana en la Ciudad de México: entre nacionalismos, iglesias y asociaciones étnicas

Sergio Gallardo García*

Resumen

El objetivo del artículo es presentar, a través de los antecedentes migratorios de los coreanos hacia México, la dimensión étnica que ha vinculado los diferentes flujos migratorios en la formación de una comunidad coreana en la Ciudad de México. Se hace énfasis en los procesos de organización y socialización comunitaria, a partir de datos etnográficos recabados entre 2013 y 2016 con diferentes miembros e instituciones de la comunidad coreana, para dar cuenta de la importancia de las dinámicas religiosas, políticas y deportivas en su cohesión e identificación coétnica.

Palabras clave: migración coreana, comunidad, procesos de socialización, etnicidad.

Abstract

The objective is to present, through the migratory antecedents of Koreans in Mexico, the ethnic dimension that has linked the different migratory flows in the formation of the Korean community in Mexico City. Emphasis is placed on the processes of community organization and socialization, through ethnographic data collected between 2013 and 2016 with different members and institutions of the community, to render the importance of religious, political, and sports dynamics in their ethnic cohesion and identity.

Keywords: Korean migration, community, socialization processes, ethnicity.

El antropólogo inglés Tim Ingold nos propone pensar en “trayectividad” y no en “trayectorias” al estudiar aquellos fenómenos que consisten en movimiento, como las migraciones. La vida, argumenta, no está contenida en espacios delimitados, sino que transcurre a través y alrededor de ellos, de manera que los trasciende.^[1] Al confinar el estudio de la vida, sus prácticas sociales y fenómenos a determinados espacios sólo podemos entender un punto, una representación a manera de pausas y no el movimiento en sí.

En este artículo propongo abordar el problema de la migración coreana en términos de “trayectividad” para entender la formación de una comunidad coreana en la Ciudad de México — la cual no se explica sólo por la coincidencia de diferentes flujos migratorios sino también por

las acciones y métodos de instituciones transnacionales, que repercuten en múltiples espacios más allá de la Ciudad de México— como resultado de la conjunción de tolerancia y tensión entre movimientos nacionalistas, iglesias y asociaciones civiles.[2]

Dicha metodología cobra sentido cuando comparamos el número de coreanos en México según el Instituto Nacional de Migración y la Embajada de Corea del Sur. Mientras que el primer organismo, que se encarga de llevar un registro de todos los extranjeros en el país, apunta que en 2016, tomando en cuenta a los residentes permanentes, temporales y estudiantes, hay 4 750 surcoreanos en México y tan sólo 876 en la Ciudad de México,[3] la Embajada de Corea del Sur considera que hay alrededor de 14 000 de sus ciudadanos en el país, de los cuales aproximadamente 5 000 radican en la Ciudad de México.[4] La enorme disparidad entre ambos registros obedece a la distinta manera de identificar a un surcoreano de acuerdo con estas dos instituciones. El Instituto Nacional de Migración (INM), como representante del Estado mexicano, se basa en el *ius soli* para considerar surcoreanos únicamente a los nacidos en Corea o que demuestran su adopción de dicha nacionalidad mediante un pasaporte de Corea del Sur.[5] En cambio, la Embajada de Corea del Sur también considera surcoreanos a quienes se han naturalizado mexicanos o adoptaron alguna otra nacionalidad pero nacieron en Corea del Sur, a quienes nacieron de padres coreanos en México o en otros países, y a las distintas generaciones de descendientes de inmigrantes coreanos, incluso de los que llegaron antes de la creación de la República de Corea del Sur, como la migración coreana a Yucatán en 1905.

De forma que estudiar a la comunidad coreana en México a partir de datos estadísticos puede resultar ambiguo. Por ello, uno de los principales puntos de partida metodológicos de esta investigación fue buscar las instituciones que congregan, convocan o cohesionan, de múltiples maneras y bajo distintos discursos, a “los coreanos”. Éstas fueron la Embajada de Corea del Sur en México, la Asociación de Coreanos en México, agencias de inversión y comercio entre ambos países y varias congregaciones religiosas localizadas durante el trabajo de campo etnográfico.

Como resultado se obtuvo una visión “emic” —es decir, desde el punto de vista de los propios migrantes, miembros o asistentes de estas instituciones— de lo que significa ser coreano y los alcances y límites de lo que se considera “comunidad coreana” en la Ciudad de México, la cual estaría conformada por tres grandes grupos: expatriados, es decir, empresarios y trabajadores de compañías transnacionales coreanas con inversión y presencia en México; familiares cercanos, amigos y conocidos de los expatriados, que han decidido migrar para buscar nuevas oportunidades de educación, negocios, la reunificación familiar o mejor calidad de vida, y que siguen las rutas de comunicación, transporte y comercio abiertas gracias a estas inversiones y complejos transnacionales coreanos; y por último, la tercera y cuarta generación de descendientes de los primeros coreanos que llegaron en 1905.

Sin embargo, esas tres grandes agrupaciones mantienen una marcada y tensa distinción sobre su pertenencia a lo que consideran la “comunidad coreana”, entre aquellos que han llegado directamente de la península coreana, denominados residentes, y quienes pertenecen a las familias de los primeros coreanos en llegar a territorio mexicano en 1905, denominados descendientes. Si bien ambos subgrupos reconocen esta división, los descendientes, dado que sus padres o abuelos nacieron y crecieron en México, son considerados mexicanos o “coreanos de segunda” y excluidos por los demás integrantes de la comunidad coreana, que reafirman su “coreanidad” al haber nacido en la península coreana o haber llegado a México directamente desde ella. Aunque ambos grupos son convocados como miembros del pueblo coreano (*han-in*) por la Embajada de Corea del Sur y participan activamente en las festividades y convivencias financiadas por dicha institución, cada agrupación posee sus propias asociaciones y la interacción es nula más allá de estos espacios comunes.

Antecedentes históricos

Los primeros coreanos en llegar a la Ciudad de México de los que se tiene registro eran descendientes de la primera migración coreana que arribó en junio de 1905 a Salina Cruz, Oaxaca, con rumbo a Mérida para trabajar en las haciendas henequeneras de la región. La injusta situación laboral que encontraron esos 1033 tripulantes del barco Ilford los llevó a proponerse el retorno a Corea una vez que concluyeran sus contratos laborales. Sin embargo, circunstancias ajenas a su voluntad —como la anexión de la península coreana al Imperio de Japón y la Revolución mexicana— hicieron imposible su regreso en 1909. [6]

A todo ello habría que añadir la súbita transformación de la política mexicana de desarrollo a principios del siglo XX: de un sistema de colonización formado por enganches racialmente segmentados donde las poblaciones asiáticas fungían como instrumentos —motores de sangre— de la industrialización del norte y sur del país, se pasó a una férrea restricción a la inmigración, producto de un sentimiento antichino que en su radical racismo no distinguía la diversidad de poblaciones asiáticas. Ello originó un movimiento de exclusión social y expulsión altamente violento, dado que la presencia de trabajadores extranjeros se oponía al nuevo modelo de modernización y colonización mestiza que incorporaba fuerzas revolucionarias de un nuevo orden y relaciones de poder. Incluso podríamos encontrar el germen ideológico de los estados revolucionarios en este racismo antichino.[7]

Ante ese escenario, la emigración desde la península yucateca a otros estados de la república fue la única opción para los coreanos, aunque esto conllevaba también sus propios inconvenientes en ese panorama de racismo desmedido. Muchos inmigrantes asiáticos prefirieron partir hacia Cuba. Por su parte, quienes permanecieron en el país se asentaron en ciudades como Coatzacoalcos, Campeche, Tamaulipas, Tijuana, Tampico y, en menor medida, la Ciudad de México. En la actualidad hay importantes comunidades de descendientes de esta primera migración coreana establecidas en Mérida y Campeche, Ciudad de México y Tijuana,

unidas por el esfuerzo de asociaciones que buscan recuperar sus raíces históricas vinculadas a Corea.

Cincuenta años después, en la década de 1960, una vez revocada la prohibición a la inmigración asiática, la cual se mantuvo durante el periodo entre guerras, llegaron nuevos migrantes desde la península coreana. En esa ocasión vendrían primero los representantes diplomáticos acreditados después del establecimiento de relaciones entre México y la República de Corea (Corea del Sur) en 1962, pero hasta los años ochenta sólo se incentivaría el intercambio cultural entre estudiantes y deportistas de ambos países.

Un nuevo flujo migratorio ocurrió en los noventa por la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), el cual fue de gran interés para la política de comercio exterior de Corea del Sur, que vio una oportunidad de expandir las grandes empresas que representaban el crecimiento económico del país: Hyundai, Posco y Samsung, entre otras. Esta migración sería muy diferente a la que había llegado en 1905, pues ahora se trataba de migrantes altamente calificados, con potencial económico y financiero equivalente al de las clases medias o altas de nuestro país. Además, éstos llegaban junto con la inversión surcoreana, que generó enlaces corporativos entre matrices y subsidiarias de compañías que actualmente mantienen como parte de la dinámica de su asentamiento un complejo sistema de rotación de profesionistas: cambian su lugar de trabajo y residencia de acuerdo con las misiones empresariales de sus compañías, situación similar al modelo corporativo de las empresas japonesas en México.^[8]

Ese flujo migratorio se ha complementado con el desplazamiento de familiares y seres queridos de estos trabajadores que son enviados a las subsidiarias en América Latina, donde con el paso del tiempo se van asentando y dan origen a comunidades coreanas, como las que podemos apreciar en el barrio Flores en Buenos Aires (Argentina), Bom Retiro en São Paulo (Brasil), el barrio Patronato en Santiago de Chile (Chile) y la Zona Rosa en la Ciudad de México (México). Más allá de un patrón compartido en la inserción económica a través del comercio, especialmente en el sector textil y de restaurantes coreanos, es importante puntualizar un fenómeno de “remigración” coreana entre dichos países conectados mediante sus comunidades coreanas; por ejemplo, desde 2002 el número de surcoreanos en México ha aumentado doce veces su tamaño debido a la llegada de muchos surcoreanos provenientes de Argentina que buscaban espacios comerciales para subsanar la “crisis del Tango”, ya que su propia situación económica les impedía regresar a Corea del Sur.^[9]

Estas estrategias migratorias de mutuo apoyo y explotación de un capital étnico entre distintas comunidades coreanas en América Latina, que la antropóloga Kyeyoung Park ha denominado “migraciones rizomáticas”, aparecen también en México, entre las distintas ciudades con mayor

concentración de surcoreanos: Ciudad de México, Guadalajara, Tijuana y, más recientemente, Pesquería, Apodaca y Monterrey, por la creación de la planta armadora de coches de KIA Motors.

Así, rastreando la trayectividad de la migración coreana podemos describir la creación de una economía étnica transnacional que se mantiene por medio de migraciones rizomáticas, con sus propias complicaciones, como no poder entablar relaciones fuera de la comunidad debido al escaso dominio del idioma local, que se reduce al mínimo imprescindible para las actividades económicas propias. Es el caso, por ejemplo, de un trabajador de las oficinas administrativas de KIA Motors:

En mi compañía hay un empleado que su nacionalidad es mexicana pero sus padres coreanos. Él nació aquí y creció aquí [en México] pero sus padres coreanos, creció como coreano. Es muy tímido porque México es un país extranjero y él no sabe nada, él no habla español, no tiene amigos. Entonces siempre se preocupa por sí mismo, entonces no quiere tener ni un amigo mexicano.^[10]

Hay una asociación de la etnicidad coreana no sólo con el territorio de origen común y la descendencia consanguínea, sino con el propio idioma coreano como factor de cohesión dentro de la comunidad coreana; lo cual no necesariamente es un determinante de homogeneidad. Por el contrario, aquellos miembros de la comunidad que han nacido en México u otro país latinoamericano y no hablan el idioma coreano tienen dificultades para formar parte de esta comunidad étnica o para acceder al capital social que sí está disponible para quienes cumplan los requisitos expuestos.

Por tanto, para estudiar la configuración y etnicidad de la comunidad coreana en la Ciudad de México considero imprescindible partir de sus prácticas cotidianas de cohesión y socialización, las cuales forman un entramado de distintos flujos migratorios que hacen más compleja la manera en que se entiende el “ser coreano”. Lo que mis aproximaciones empíricas de investigación me han revelado es la importancia de las instituciones religiosas y las asociaciones tanto deportivas y comerciales como políticas en dicha constitución. A continuación mencionaré brevemente los aspectos que considero relevantes para describir la comunidad coreana en la Ciudad de México.

La herencia de Dangun

“Coreano” o “coreana” es el gentilicio acuñado para referirnos a las personas que habitan o provienen del territorio peninsular que comparte frontera con el este de China y que en la actualidad se encuentra dividido en los Estados nación de la República Popular Democrática de Corea (Corea del Norte) y la República de Corea (Corea del Sur). En el pasado, ambos territorios formaban parte de un solo país y compartían una historia “étnicamente homogénea”, bajo el

reino llamado Ko-Chosŏn[11] (고조선 en escritura hangul) el cual remontaba su origen hasta el mito fundacional de Dangun,[12] personaje que en la narrativa mítica es representado como progenitor y protector del pueblo coreano. El elemento cultural inmediato que permitía articular el desarrollo cultural e histórico de la península bajo distintas ideologías e intereses políticos era un recurrente discurso sobre la identidad coreana como “étnicamente homogénea” por su cultura y nación comunes. Posteriormente ese reino se transformaría en el de Koryo (고려), que se extendió desde 918 hasta 1392, y del cual proviene el topónimo Corea y el consecuente gentilicio de coreano que usamos en el español como referencia, aunque lingüística y culturalmente tanto en otras lenguas asiáticas como en el coreano la referencia identitaria no es hacia Koryo sino a una entidad política y cultural posterior a la apertura internacional de la península a relaciones diplomáticas y comerciales fuera de Asia.

Para ambas “Coreas”, sigue vigente como discurso articulador de la identidad coreana el mito fundacional de Dangun, el cual fue utilizado por el último reinado de la península, Chosŏn o 조선 (1392–1910) para reconocer esta homogeneidad étnica basada en un linaje sanguíneo común, el de Dangun. La supuesta unidad étnica es ampliamente aceptada en ambas partes de la península, al punto de que parece políticamente incorrecto cuestionar su veracidad histórica. Utilizando una perspectiva constructivista, algunos historiadores coreanos consideran que su nación es producto de la modernidad e ideología nacionalista engendrada a finales de la dinastía Chosŏn, argumentando que antes de este periodo el sentido nacionalista estaba relacionado con un estatus claramente definido bajo una jerarquía vertical que dividía a la sociedad en nobles, comuneros y esclavos.

Las referencias históricas a Dangun formaron parte de los lazos de unidad y orgullo no sólo por pertenecer a un país sino por tener una identidad basada en un ancestro común, el cual fue utilizado de manera distinta en ambas naciones tras la bipartición, pues para ambas el eje de su pueblo era el legado étnico homogéneo, que sigue vigente hasta la fecha: en Corea del Norte se anunció haber encontrado la tumba de Dangun, mientras que en el sur no había oficina de gobierno durante los noventa que no tuviera una estatua de Dangun.

En este contexto encontramos dos ideologías nacionalistas contemporáneas. Por un lado, los habitantes de Corea del Norte se identifican entre ellos como *Chosŏn-in* (조선인), donde *in* (인) significa “persona”, aludiendo al nombre del último reino antes de la bipartición de la península. Es decir, se asumen como herederos y continuadores del legado histórico, pero sobre todo étnico, de ese reinado, reivindicando el mito de Dangun bajo un nuevo sistema gubernamental basado en el socialismo, ya que se consideran el verdadero pueblo coreano, descendiente y continuador de los antiguos poderes de la península.

Por otro lado, los surcoreanos se identifican entre ellos como *Han'gug-in* (한국인), donde al sufijo de persona se añade *Han'gug* (한국), que proviene de *Tae-Han Min'gug* (대한민국), “el Gran Imperio Han”, nombre dado a Chosŏn a partir de 1895 debido a los cambios políticos impulsados por el sector nacionalista que nombró emperador al rey Kojong (1852–1912). Así, en el sur se hace referencia a una continuidad del reino de Chosŏn, pero esta vez en su etapa tardía y de últimas reformas previas a la invasión y colonización de la península (1910–1945) por el Imperio de Japón. Los surcoreanos se identifican como “personas del Gran Imperio Han”, lo cual confiere una particular connotación política y étnica a la expresión de su nacionalidad. Como podemos ver, la herencia étnica y cultural común se interpreta de diferentes maneras en el imaginario popular según los nacionalismos imperantes en ambos países.

Las distintas nociones modernas de nacionalidad coreana evocan el parentesco consanguíneo de sus descendientes, por lo cual, donde la etnicidad aparece como homogénea pero con diferencias interpretativas sobre nación e identidad nacional, es necesario distinguirlas. Ambos Estados nación reconocen la unicidad del nacionalismo coreano, volviéndolo un recurso clave en las políticas de la posguerra. El origen y desarrollo de los nacionalismos coreanos fue un proceso que antepuso el nacionalismo bélico a otras formas de identidad colectiva a causa de la Guerra de Corea.^[13] Hay que especificar los contextos políticos e históricos que revelan los múltiples roles y funciones del nacionalismo étnico antes de asumirlo como uniforme u homogéneo.

Podemos argumentar que, si bien los dos Estados nación que ocupan la península coreana han fortalecido la idea de una etnia homogénea mediante discursos nacionalistas, el nacionalismo cultural de Corea del Sur se ha basado, desde el gobierno de Park Chung-Hee (1962–1979), y con mayor énfasis en el periodo de Kim Dae-Jung (1998–2003) y su política “sunshine”, en reafirmar, por medio de distintos mecanismos, el arraigo identitario y la unificación del pueblo coreano bajo la herencia común del reino de Chosŏn. Esto se planteó como una solución a la crisis de la identidad nacional ocasionada por el colonialismo japonés, la división de la península en sur y norte, y la influencia de la cultura occidental por la participación del gobierno estadounidense en la reconstrucción de Corea del Sur durante la posguerra.^[14]

Por otro lado, en Corea del Norte el discurso nacionalista sobre el “pueblo coreano” ha perpetuado la idea *Juche* de que el legítimo derecho sobre la península corresponde a aquel que viva económica y políticamente libre de cualquier intervención extranjera, con lo cual se insinúa una sumisión del sur de la península a intereses estadounidenses que deben ser erradicados. Desde 2018, los presidentes Moon Jae-In y Kim Jong-Un han explotado esta supuesta homogeneidad étnica para oponerse a la política y diplomacia públicas más abiertas al diálogo entre sus respectivos países. Esta nueva tendencia a la comprensión mutua tuvo su máxima demostración pública en los juegos olímpicos de invierno, en Pyeongchang, Corea del Sur, en febrero de 2018, cuando los deportistas de ambas naciones marcharon bajo la bandera de una península unificada. Este acontecimiento podría suscitar un cambio interesante en la relación

entre ambos países, que en los últimos años se había restringido a la seguridad nacional y soberanía del “pueblo coreano” según sus diferentes concepciones nacionalistas.^[15]

Tal como argumenta Shin Gi-wook, el nacionalismo étnico en Corea se ha combinado con muchas ideologías para servir a fines específicos de acuerdo con las tensiones y el desarrollo de su contexto histórico. Ello ha dado lugar a diferentes formas de gobierno en la Corea moderna: de izquierda (comunismo) y de derecha (capitalismo), moderna (industrial) y antimoderna (agraria), autoritaria y democrática, y más recientemente, el empoderamiento de las fuerzas transnacionales de la globalización.^[16] Podemos concluir que el nacionalismo coreano tiene una larga historia anterior al régimen de Park Chung-hee en el sur o a la propuesta de la idea *Juche* por Kim Il Sung en el norte. Ambas corrientes se remontan a las reformas imperialistas de finales del siglo XIX y las grandes crisis políticas ocurridas a lo largo del XX. Michael Robinson,^[17] por ejemplo, identifica el nacimiento del nacionalismo coreano moderno con la caída de la dinastía Yi y con el colonialismo japonés después de 1910, que transformaron radicalmente la vida política y comercial de la península. Es decir, no se trata de un fenómeno reciente, sino de uno que data de los años veinte del siglo pasado. La evolución de la identidad nacional en los posteriores países de la península coreana está marcada por la fragmentación del nacionalismo en dos interpretaciones construidas a partir de la exaltación de la homogeneidad étnica a ambos lados de la península.

A ese complejo escenario de nacionalismos surgidos de una historia común habría que añadir la construcción de identidad que tiene lugar fuera de la península, en las comunidades de migrantes coreanos que salieron antes o después de la bipartición y que interpretan de distinta manera el mito fundacional y la homogeneidad étnica. Según Stuart Hall, la etnicidad no es un reflejo de la nacionalidad sino la asociación de rasgos culturales a una localización social que se considera común. Si esto fuera cierto, cabría preguntar: ¿qué implica asumirse coreano fuera de la península?

El panorama se vuelve más complicado cuando añadimos la cuestión migratoria, porque con ello entramos a un problema que va más allá de un simple grupo de personas que por diversos motivos se establece en un país distinto al suyo de nacimiento. Debemos considerar en su trayectoria cómo estos migrantes construyen su identidad en el extranjero, de qué manera siguen con su vida en un nuevo lugar y cómo influye esta particular etnicidad en sus descendientes. La etnicidad se pone en disputa cuando forma parte de la diferenciación cultural de las diferentes agrupaciones migrantes o transnacionales.

Dicho de otra manera, las comunidades migrantes no se construyen a partir de la homogeneidad étnica, cultural o idiomática que otorga un origen geográfico común, sino a partir de prácticas

sociales que cotidianamente refuerzan la unión entre sus miembros y que varían conforme a los recursos y posicionamientos socioculturales de los propios migrantes.[18]

Esa acotación es importante porque cuando hablamos de migración coreana estamos abarcando la movilización de los habitantes de toda la península, sobre todo con respecto a migraciones ocurridas durante el siglo XX, como las que se asentaron en México. Los primeros migrantes coreanos en llegar a nuestro país provenían tanto de la actual Corea del Norte como de Corea del Sur. Es decir, no hay que restringir nuestra mirada únicamente a los migrantes provenientes de Corea del Sur sólo porque a partir de los años ochenta todos los migrantes que llegan a México provienen de este país, dadas las restricciones de movilidad en Corea del Norte.[19]

El ser coreano en la Ciudad de México no es una identidad o etnicidad homogénea sino que está condicionada por los distintos flujos migratorios y sus interacciones a través de instituciones y prácticas sociales específicas: “Lo que podría denominarse comunidad coreana en la Ciudad de México es un conglomerado formado por distintos grupos que pueden ser identificados por nexos de carácter familiar, lugar de procedencia (en Corea u otros países), negocios, antecedentes escolares o prácticas religiosas”. [20]

La cohesión en torno a la fe

Como ejemplo de la importancia de las iglesias para las comunidades coreanas, varios autores [21] han repetido hasta el cansancio el siguiente dicho, popular entre los migrantes surcoreanos: “Si tres chinos migran juntos, abrirán un restaurante; tres japoneses pondrán una compañía; pero tres coreanos pondrán una iglesia”. [22]

Las iglesias son los espacios de reunión más concurridos por la gran mayoría de la comunidad coreana en la Ciudad de México, donde hay más iglesias coreanas cristianas —evangélicas y presbiterianas— que de otra religión. Existen veintisiete iglesias cristianas protestantes adscritas a distintas vertientes (bautistas y evangélicas), una iglesia católica y dos templos budistas. La mayoría se encuentra en la delegación Cuauhtémoc. [23] En las colonias Roma y Juárez, donde se ha asentado gran parte de la comunidad coreana en la ciudad, podemos dar cuenta de siete iglesias protestantes. [24] Sin embargo, hay que considerar también a la comunidad católica surcoreana que se congrega cada domingo en la Iglesia del Santo Niño de Praga, en la Zona Rosa, donde se imparte la misa en coreano gracias a la colaboración de la Arquidiócesis Católica de México, que designó a un sacerdote coreano para que diera la misa a sus connacionales en su propio idioma. Además, aquí encontramos el único templo budista surcoreano, fundado en 1985 por el monje Samu Sunim. [25] La escasez de templos de esta fe es comprensible porque la meditación y prácticas budistas se pueden llevar a cabo sin un recinto específico. Así, en esas dos colonias encontramos un mosaico impresionante de recintos religiosos a los que acude una

comunidad coreana que no rebasa las mil personas en la ciudad, según datos del Instituto Nacional de Migración.

La importancia de las iglesias para la comunidad coreana reside en las prácticas de cohesión y socialización que se llevan a cabo en ellas, que van más allá de los rituales propios de su culto. Una característica que destacan los migrantes surcoreanos y que también se encuentra en Corea del Sur como producto del sincretismo cristiano en la península es que en las iglesias, después del servicio religioso, se ofrecen alimentos gratuitos que se comparten entre los asistentes. Al respecto dice el padre Lee:

Después del servicio se comparte un poco de comida como una manera de mostrar misericordia y amor al prójimo, de compartir [...] Sí, esto en parte se debe a nuestros hermanos cristianos que llegaron a Corea y nos enseñaron a compartir los alimentos, en ese entonces había mucha hambre y pobreza entre nosotros y se agradecía mucho.[26]

El protestantismo tuvo su auge en la península coreana a finales del siglo XIX y principios del XX por la llegada de distintos órdenes y misiones que, ante las condiciones generalizadas de guerra y pobreza que aquejaban al territorio, ocasionadas por el imperialismo japonés, construyeron iglesias, hospitales y algunas escuelas. En esos espacios, junto con la religión se enseñaban corrientes críticas de pensamiento que se fusionaron con la doctrina cristiana–protestante para construir un resultado único. Algunos autores consideran que por esa razón el cristianismo fue tan bien recibido en el sur de la península coreana, pues se tomó como símbolo de modernidad y de resistencia basada en la solidaridad.[27] En México, las iglesias coreanas constituyen un espacio de encuentro donde se entablan lazos de solidaridad para mejorar la situación general de los migrantes gracias a los contactos que se pueden establecer participando en sus actividades, que los reúnen bajo una moral común. En ellas se crean redes de ayuda y profundos vínculos entre integrantes de la comunidad coreana, cuya principal característica es poner en práctica sus creencias religiosas.

Muchos coreanos incluso se han convertido al protestantismo ya en México y asisten a los servicios religiosos cuando antes no lo hacían, movidos por las posibilidades de encuentro e inserción en la comunidad coreana. La conversión al cristianismo o simplemente la asistencia a los ritos dominicales se vuelven un modo de socialización y el eje de la reproducción de la identidad coreana. El señor Esteban O señala al respecto: “Yo no creo en nada, pero sí tengo que ir a misa por mi esposa, ella es cristiana. Bueno, no es cristiana del todo pero fue [el] primer lugar donde se sintió cómoda, ella ahí podía hablar coreano y podía comer comida coreana, como así, su lugar favorito”. [28]

Corea del Sur, con unas sesenta mil iglesias protestantes, es el segundo país con más practicantes de esta fe después de Estados Unidos.^[29] Aunque en Corea del Sur la religión más practicada sea el budismo, el protestantismo ha tomado mayor importancia entre los migrantes. El pastor Song, de la iglesia presbiteriana coreana en México, considera que esto se debe a que el budismo no necesita un templo ni una reunión para ser practicado; es un rito más individual y, por tanto, no se manifiesta con tanta intensidad.

La integración a la comunidad y la participación en sus eventos son las condiciones para una vinculación étnica que se refuerza en las iglesias compartiendo no sólo creencias religiosas sino elementos culturales como el idioma y la comida. Compartir platillos de comida coreana después de la celebración religiosa es una constante tanto en el templo católico como en el protestante, porque genera un ambiente propicio para que los asistentes intercambien referencias de trabajo, información sobre escuelas y negocios, consejos sobre educación coreana para los hijos, etcétera. Además, son espacios aptos para conocerse y crear lazos de compañerismo, pues en ellos se reafirman creencias tradicionales incluidas en las estructuras de la fe religiosa. La conversión al protestantismo se vuelve una estrategia clave de la vida comunitaria, ya que allí se difunde y se organiza la información.

La centralidad de las iglesias en la creación y supervivencia de la comunidad no es inherente a los migrantes surcoreanos, según dice Charles Hirschman, sino que aparece por la necesidad de tener un espacio que les brinde consuelo y seguridad a través de la participación en actividades religiosas.^[30] Para este estudio consideramos importante tomar en cuenta a las iglesias no sólo por su alto número y su concentración en un determinado lugar, sino además por fungir como catalizador de encuentro y sociabilidad entre los distintos integrantes de la comunidad coreana, sobre todo entre quienes acaban de llegar de Corea del Sur con aquellos que ya se han establecido en la ciudad.

Tanto descendientes como coreanos que han arribado de otros países latinoamericanos, producto de la migración rizomática, han conseguido ser aceptados y participar de forma activa dentro de la comunidad coreana a partir de las distintas iglesias. Si bien la distinción del idioma sigue siendo una limitante, participar dentro de una misma comunidad moral otorga otras rutas de inclusión que no se explican sin la experiencia y cotidianidad que transcurre en estos espacios religiosos.

La comunidad coreana en concreto: múltiples “coreanidades”

Mónica Palma^[31] refiere que al concluir el siglo XX había ciento veintidós asociaciones de extranjeros en la Ciudad de México, y aunque no todos los grupos inmigrantes consolidan alguna a su llegada, su constitución busca la unidad dentro del grupo al compartir prácticas educativas, religiosas, comerciales, culturales y recreativas a fin de seguir identificándose con una etnicidad

o nacionalidad distinta a la de la sociedad receptora. Quienes presentan más asociaciones de esta índole son los inmigrantes alemanes, cubanos, españoles, franceses, italianos y japoneses, y cabría ahora incluir a los coreanos.

Las asociaciones cobran un papel importante al otorgar “facilidades étnicas”, información privilegiada que posee determinado grupo y que incluye todo lo referente a vivienda, educación, oportunidades laborales, etcétera. Sin embargo, frente a una ruta común entre las trayectividades inmigrantes, considero importante resaltar la constitución de asociaciones étnicas en el caso coreano porque muchas de ellas son financiadas y coordinadas por el gobierno federal de Corea del Sur como programas de política pública acordes con su plan económico de crecimiento al exterior.

Desde la presidencia de Kim Young-Sam (1993-1998) Corea del Sur erigió su administración gubernamental y económica conforme a una política de *seggyewha*, “globalización”. Existían planes quinquenales para el crecimiento de la economía surcoreana hacia el exterior, cuyo objetivo era conseguir presencia en mercados más allá de la cuenca del Pacífico, con lo cual América Latina se convertía en uno de los principales puntos de interés. No solamente se fomentaron las relaciones diplomáticas y comerciales, sino que la expansión de empresas surcoreanas en América Latina se acompañó con instituciones que fomentaran el comercio otorgando facilidades a sus connacionales para insertarse económica y socialmente en otros países, como la OKTA y la KOTRA.^[32]

A nivel local, pero de envergadura transnacional por su organización, se encuentra la Asociación de Coreanos en México. Ésta podría considerarse una filial de la Embajada Coreana o de su consulado, ya que opera con fondos otorgados por esos cuerpos diplomáticos y se encarga de atender las dudas, preocupaciones, problemas y situaciones de riesgo que puedan sufrir los ciudadanos surcoreanos afincados en la Ciudad de México. En síntesis, la asociación se encarga de la organización política de la comunidad coreana. Tienen la obligación de solucionar las solicitudes recibidas y, si la situación sobrepasa los recursos con que cuenta, de avisar a la Embajada Coreana para que intervenga.

La Asociación Coreana ha intercedido en casos de robo y secuestro de surcoreanos en la ciudad, otorgando gratuitamente un cuerpo de abogados para investigar el caso. A comerciantes a quienes se les había decomisado mercancía también les ha prestado apoyo legal. Sobre este asunto informa el señor Miguel Kim: “Si un paisano que habla y dice que está quitando su mercancía porque no pagó impuestos, no sabemos, pero vamos a ir a ayudarlo. Si él no pagó no podemos hacer nada, pero sí estamos con él, porque pasa mucho a veces que sí. Mira, un paisano tenía en bodega cien cajas de mercancía, pero no pagó impuestos por cuarenta, llega policía y se lleva todo. ¡Qué injusto! Nosotros vamos ahí para que no pase”.^[33]

Esta asociación no tiene carácter comercial sino ciudadano, es decir, favorece a todos los surcoreanos. Sin embargo, no todos apelan a ella. Por ejemplo, los descendientes son considerados mexicanos y no pueden disfrutar de los servicios que otorga la asociación, únicamente de sus instalaciones, donde hay oficinas destinadas a sus actividades.

Mientras que la iglesia se encarga de los vínculos internos entre la comunidad coreana, las asociaciones se encargan del diálogo con los diversos actores que componen la sociedad en general. Su atributo característico es que su información está reservada a los individuos con los que se comparte una misma vinculación étnica, pero enfocada a residentes. Las tres asociaciones mencionadas anteriormente ponen como requisito a sus miembros que acrediten su nacionalidad coreana. Esto, que muchas veces se vuelve una complicación para los descendientes, revela una de las técnicas frecuentemente utilizadas por los surcoreanos. Como ya se dijo, Corea del Sur no acepta la doble nacionalidad, así que para nacionalizarse surcoreano y acreditar la nacionalidad se tiene que renunciar a la nacionalidad de otros países. Muchos surcoreanos no renuncian a la ciudadanía mexicana porque México acepta la doble nacionalidad y no hay ningún problema en territorio mexicano; sin embargo, al viajar a Corea del Sur o Estados Unidos,^[34] utilizan pasaporte surcoreano. Esta cuestión se retomará más adelante, al analizar las estrategias de los comerciantes coreanos para importar mercancías a través de Corea del Sur o Estados Unidos.

La inmigración coreana se integró predominantemente por varones hasta la llegada de familias surcoreanas de Argentina y Corea del Sur en 2003, pero también con la llegada de mujeres profesionistas. A partir de esta fecha es necesario considerar al matrimonio en nuestra lectura de las familias coreanas en México. El matrimonio cobra importancia en la comunidad coreana por la alta concentración varonil, añadiendo que por los preceptos confucianos —fuertemente arraigados en la cultura coreana— y las expectativas sociales, se busca formar una familia coreana^[35] en términos de consanguinidad, pero también de identidad. Por ello, quienes llegan solteros a México tienden a buscar pareja dentro de la comunidad coreana de México, ya sea en iglesias, asociaciones o frecuentando los negocios étnicos. Formar parte de la comunidad, participar en sus actividades, mantener y reproducir los vínculos étnicos comunes a ella, todo aumenta la probabilidad de fraguar un matrimonio endogámico, lo cual se busca por diversas razones: mantener un linaje consanguíneo coreano, compartir creencias y costumbres que heredar a sus descendientes, etcétera.

Para la concreción de un matrimonio endogámico ambas partes deben explotar su cultura común de acuerdo con los usos de la comunidad coreana. Aquellos que no lo hacen, sea porque se encuentren distanciados de la comunidad o trasciendan la coerción de la endogamia, apelan a los matrimonios mixtos por amor. Éstos suelen ser mayoritariamente de varones coreanos con

mujeres mexicanas, aunque también hay casos de mujeres coreanas casadas con varones mexicanos y que atienden a las razones mencionadas. Una de ellas refiere:

[...] No, yo vine a México porque me encanta la cultura mexicana, quería aprender más sobre México, que cómo es, por qué escriben tan apasionado tantas cosas lindas. Es de esperarse que me casara con mexicano ¿no?, ¿por qué yo iba a casarme con coreano? Los coreanos son muy chismosos, aparte yo no vine a conocer coreanos sino México y mexicanos.[36]

Como mencionamos antes, la etnicidad coreana es concebida consanguíneamente, como la herencia de un pueblo gobernado por un imperio confucianista antes de la bipartición de la península. Bajo esta concepción, el matrimonio puede ser una ocasión para reproducir o erradicar la identidad étnica, revelando cierto prejuicio racista. Esta diferenciación, podríamos decir jerárquica, sitúa a los descendientes de los primeros coreanos en llegar a México como familias “menos coreanas”, lo cual tiene impacto en la manera como se relacionan con el resto de la comunidad. De esta manera, el matrimonio endogámico y la reproducción de creencias, prácticas y elementos de la cultura coreana son esenciales en la construcción de la familia como unidad fundamental de la comunidad, pues es una institución social de importancia vital para la conjugación de recursos étnicos.

Reflexiones finales

La cultura y etnicidad de la comunidad coreana en la Ciudad de México no es un todo homogéneo ni estático, sino que depende de la interacción de sus diferentes partícipes. La lengua, el lugar de origen y la consanguinidad no determinan la etnicidad de manera inmediata, sino que se vuelven referentes negociables para constituir nuevas identidades que funcionan al margen del reconocimiento del otro como coreano o de alguna nueva identidad: distintas coreanidades.

La aparición de estas múltiples coreanidades tiene lugar en la escena transnacional, donde se construyen no por el rechazo del otro, sino como reacción a la existencia de muchos otros que a su vez quedan fuera de esa misma categoría étnica y, por lo tanto, desplazan las barreras de la identidad hacia otros derroteros como instituciones religiosas, asociaciones y familias. Dentro de la comunidad coreana en la Ciudad de México, la identidad cultural está en constante movimiento y no puede identificarse únicamente con la del país de origen ni la del país receptor, pues la trayectividad migratoria es lo que ha forjado su constitución.

Las personas provenientes de la península coreana llegadas al país desde los años ochenta mantienen diversos vínculos con su lugar de origen a través de la reproducción de instituciones sociales como iglesias, matrimonios y asociaciones, las cuales generan estrechos vínculos entre migrantes, que influyen en el desarrollo de la economía étnica, a su vez determinada por la forma

de las relaciones locales; sin embargo, esta situación varía conforme a los flujos migratorios, de tal manera que la comunidad coreana en la Ciudad de México se desenvuelve cotidianamente en redes de relaciones sociales en tensión por las prácticas, creencias y recursos que se intercambian, organizan y transforman de manera desigual en un proceso transnacional.^[37]

Este ejercicio reflexivo nos permite entender no sólo la experiencia migratoria de la península hacia México, sino también lo que Alfredo Romero ha estudiado analíticamente con el término “la tercera Corea”^[38] para contrarrestar la tendencia a identificar a Corea únicamente con Corea del Sur e invisibilizar la formación de la etnicidad en continua tensión y transformación que se desarrolló antes de la división de la península coreana. Nuestra sugerencia es partir de una visión más comprensiva de la historia coreana, la cual incluya en su corpus reflexivo a “tres Coreas”: la República Popular Democrática de Corea, la República de Corea y las comunidades coreanas dispersas por el mundo, que con distintas formas de asentamiento e interacción con las sociedades en las que se insertan, mantienen un sentido de identidad coreana que, como aquí hemos visto, está en constante cambio.

* Maestro en Antropología Social por el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS, Ciudad de México), cofundador del Círculo Mexicano de Estudios Coreanos. Actualmente realiza estudios de doctorado bajo la línea de especialización “Violencias, Géneros, Sexualidades y Migraciones” con un proyecto de investigación sobre *La inversión surcoreana en minería en México desde una perspectiva de género*.

[1] Tim Ingold, *Being Alive. Essays on Movement, Knowledge and Description*, Nueva York, Routledge, 2011, p. 149.

[2] Información recabada durante el trabajo de campo realizado para mis tesis de licenciatura y maestría entre 2013 y 2017.

[3] Instituto Nacional de Migración, Extranjeros de la República de Corea residentes en México de 2010 a 2016, 13 de marzo del 2017 [informe], Dirección de Regulación y Archivo Migratorio, datos del Sistema de Integración y Procesamiento de Información Migratoria (SIPIM).

[4] Bee-Ho Chun, “La política del comercio exterior de Corea y el impulso para el libre comercio entre Corea y México”, en Juan José Ramírez Bonilla (org.), *Segundo taller internacional de estudios sobre Corea en Iberoamérica*, México, El Colegio de México–Centro de Estudios de Asia y África, 6 y 7 de diciembre de 2017.

[5] Según la ley de adquisición de nacionalidad del gobierno de Corea del Sur, aparte de haber nacido en territorio surcoreano también se adquiere la nacionalidad al nacer de padre o madre coreanos después de 1998 al cumplir la mayoría de edad, esto sin importar el lugar de nacimiento. La cuestión de la mayoría de edad tiene que ver con que Corea del Sur no acepta doble nacionalidad, así que la persona que pide la nacionalidad coreana tiene que estar plenamente consciente de que abandona la de su lugar de nacimiento. Para más información

véase: <http://www.easylaw.go.kr/CSM/CsmOvPopup.laf?csmSeq=1256&ccfNo=3&cciNo=1&cnpClisNo=1> (consultado en septiembre de 2018).

[6] Alfredo Romero Castilla, “Huellas del paso de los inmigrantes coreanos en tierras de Yucatán y su dispersión por el territorio mexicano”, en María Elena Ota Mishima, *Destino México. Un estudio de las migraciones asiáticas a México*, México, El Colegio de México, 1997, pp. 123–166. Para más información, véase José Luis Gutiérrez May, “Los proyectos de inmigración coreana a Yucatán (1892–1912)”, en Raquel Barceló Quintal, *Cruzando océanos y fronteras. Migración interna e internacional*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2017, pp. 65–96.

[7] Jason Oliver Chang, *Chino, Anti-Chinese Racism in Mexico, 1880–1940*, Champaign, IL, University of Illinois Press, 2017, p. 60.

[8] Shinji Hirai, “Costos socioculturales de la rotación de personal. Migración y empresas japonesas en México y retos para la construcción y el desarrollo de la comunidad”, en Magdalena Barros Nock y Agustín Escobar, *Migración: Nuevos actores, procesos y retos. Vol. I. Migración internacional y mercados de trabajo*, México, CIESAS, 2017.

[9] Sergio Gallardo García, “La inmigración coreana en México (1960–2015)”, en Raquel Barceló Quintal, *Cruzando océanos y fronteras. Migración interna e internacional*, Pachuca, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, 2017, pp. 188–189.

[10] Entrevista a Javier Kim, en Sergio Gallardo García, “Los coreanos en México. Un estudio de integración de la comunidad coreana en la Zona Rosa de la Ciudad de México”, tesis de licenciatura en sociología, UNAM, México, 2015, p. 131.

[11] Para la transliteración de los términos en coreano se utilizó el sistema McCune–Reischauer.

[12] Sobre el mito de Dangun, consultar Silvia Seligson, “El mito de Dangun, fundación del primer Estado coreano y origen de su identidad”, *IX Congreso Internacional de ALADAA*, Colombia, ALADAA, 1997.

[13] Como ha señalado Man-gil Kang, hay que entender la historia coreana *in situ* para comprender la Guerra de Corea no como una consecuencia inmediata de la Guerra fría, dejando a los coreanos como víctimas, sino reconocer que la pluralidad de actores coreanos que tuvieron diversos posicionamientos y conflictos de intereses (que desembocaron en distintas movilizaciones políticas durante el colonialismo japonés) les otorga a los coreanos parte de la responsabilidad frente al proceso de división política de la península. Véase Man-gil Kang, *A History of Contemporary Korea*, Seúl, Korea University Press, 1994, pp. 175–177.

[14] Haksoon Yim, “Cultural identity and cultural policy in South Korea”, *The International Journal of Cultural Policy*, vol. 8, núm. 1, Londres, 2002, pp. 39–42.

[15] Eduardo Luciano Tadeo Hernández, *Democratización en Corea del Sur y la política exterior hacia Corea del Norte*, tesis de maestría en estudios de Asia y África, El Colegio de México, 2013.

[16] Shin Gi-wook Shin, *Ethnic Nationalism in Korea: Genealogy, Politics and Legacy*, California, Stanford University Press, 2006, p. 17.

[17] Michael Robinson, *Cultural Nationalism in Colonial Korea, 1920–1925*, Seattle, University of Washington Press, 1988, p. 15.

- [18] Luis Eduardo Guarnizo, "Aspectos económicos del vivir transnacional", en Marina Ariza y Alejandro Portes (coords.), *El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, México, UNAM, 2007, p. 157.
- [19] Sergio Gallardo García, *op. cit.*, 2015, pp. 61–64.
- [20] Entrevista a Alfredo Romero Castilla, realizada por Sergio Gallardo García en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en la Ciudad de México el 8 de agosto de 2015.
- [21] Véase por ejemplo Inbom Choi, "Korean diaspora in the making: Its current status and impact on the Korean economy", Fred Bergsten e Inbom Choi, *The Korean Diaspora in the World Economy*, Washington D. C., Peterson Institute for International Economics, 2013, pp. 9–29; Kyeyoung Park, *The Korean American Dream: Immigrants and Small Business in New York*, Ithaca, Cornell University Press, 1997; Steve Shim, *Korean Immigrant Churches Today in Southern California*, San Francisco, R&E Research Associates, 1977.
- [22] Steve Shim, *op. cit.*, p. 77.
- [23] Sergio Gallardo García, "Migración y empresariado étnico. Estrategias de comerciantes surcoreanos para establecer su negocio en la Ciudad de México", tesis de maestría, CIESAS, México, 2017.
- [24] Colonia Juárez: 멕시코 아름다운교회 (Marsella, núm. 47), 한인천주교회 (Puebla, núm. 144), 사랑의교회 (Londres, núm. 188). Colonia Roma: 멕시코장로교회 (Sinaloa, núm. 94–1), 멕시코한인교회(Guanajuato, núm. 158), 하나교회 (Cuauhtémoc, núm. 99), 한인연합교회 (Bajío, núm. 180).
- [25] Sociedad Budista para la Sabiduría Compasiva, Actopan, núm. 30, col. Roma.
- [26] Entrevista al padre Lee, realizada por Sergio Gallardo García en la Zona Rosa de la Ciudad de México el 8 de octubre de 2016.
- [27] Donald N. Clark, "Christianity in Korea", *Education about Asia*, vol. 11, núm. 2, Tennessee, 2006, pp. 35–39.
- [28] Entrevista a Esteban O, realizada por Sergio Gallardo García en la Zona Rosa de la Ciudad de México el 19 de septiembre de 2016.
- [29] Jung Han Kim, "Christianity and Korean culture: The reasons for the success of Christianity in Korea", *Exchange*, vol. 33, núm. 2, Washington, D. C., 2004, p. 133.
- [30] Charles Hirschman, "El papel de la religión en los orígenes y la adaptación de los grupos inmigrantes", en Alejandro Portes y Josh Dewind, *Repensando las migraciones: nuevas perspectivas teóricas y empíricas*, México, UNAM, 2006, p. 434.
- [31] Mónica Palma Mora, "Asociaciones de inmigrantes extranjeros en la Ciudad de México. Una mirada a fines del siglo XX", *Migraciones Internacionales*, vol. 3, núm. 2, Tijuana, 2005, pp. 29–57.
- [32] Overseas Korean Trade Association (OKTA) y Korean Trade Association (KOTRA) son asociaciones comerciales financiadas por el gobierno de Corea del Sur para realizar investigaciones de mercado, enlaces corporativos y alianzas económicas con los países donde hay inversiones surcoreanas, a fin de facilitar la inserción de sus connacionales en dichos países. Operan con fondos federales y están abiertas exclusivamente a quienes demuestren la ciudadanía surcoreana.

[33] Entrevista a Miguel Kim, en Sergio Gallardo García, “Migración y empresariado étnico...”, *op. cit.*, p. 93.

[34] Bajo un acuerdo de cooperación económica, Corea del Sur mantiene con Chile y Estados Unidos el otorgamiento de la Visa Weber. Los ciudadanos de esas tres nacionalidades pueden cruzar sus fronteras libremente, sin necesidad de un visado especial.

[35] Sergio Gallardo García, “Migración y empresariado étnico...”, *op. cit.*, p. 99.

[36] Entrevista a Sanghye Chung, realizada por Sergio Gallardo García en Copilco, Ciudad de México, el 5 de noviembre de 2014.

[37] Sanjeev Khagram y Peggy Levitt, *The Transnational Studies Reader, Intersections and Innovations*, Londres, Routledge, 2008.

[38] Alfredo Romero Castilla, “Corea en la encrucijada de su historia”, en *Cuadernos de la Coordinación de Humanidades*, México, UNAM, 2018, pp. 21–22.

Viento en popa

Francisco Pérez Arce*

Resumen

El autor nos ofrece fragmentos del capítulo “Viento en popa”, de una de sus más recientes obras titulada *Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar*. Con una narrativa fresca, revisita y trae al presente el movimiento estudiantil de 1968 en México, su contexto, las influencias del mayo francés y la Revolución cubana, las marchas, las pintas y las formas de organizarse.

Palabras clave: movimiento estudiantil, México 1968, ruptura generacional, movimiento cultural.

Abstract

The author offers fragments of a chapter of his most recent novel, *Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar*, with a fresh narrative that revisits and brings to the present the 1968 student movement in Mexico, in the context of the influences of the events of May 1968 in France and the Cuban Revolution, its marches, its graffiti, the ways it was organized.

Keywords: student movement, Mexico 1968, generation gap, cultural movement.

¿Qué es una huelga? Otra cosa que una escuela vacía. Los estudiantes están ahí, la habitan, usan sus auditorios y sus salones, se reúnen, hablan de lo que pasa. Si no lo sabían ahora se enteran de que es un tiempo de rebeldía en otros países. Si no lo sabían, se enteran del Mayo francés y por primera vez oyen hablar de las barricadas en el Barrio Latino. Si no lo sabían, se enteran de la rebelión negra en Estados Unidos. Si no lo sabían, se enteran de la Guerra de Vietnam: lo piensan, circulan libros y revistas, lo ven en películas. Abundan los cineclubes. Oyen canciones desconocidas y ahora saben que vienen de la Guerra civil española o de la *folk music* de Estados Unidos o de la tradición sudamericana. Una escuela en huelga es una escuela en manos de los estudiantes. En pocos días se dan cuenta de que es un espacio libre y pueden hacer lo que quieran, y de que no se trata de un tiempo libre sino de un tiempo ocupado. Nunca habían habitado un territorio tan libre y a la vez... ¿cómo decirlo?, tan compartido, tan colectivo.

La del 13 de agosto es una gran marcha que va del Casco de Santo Tomás al Zócalo. Supera en tamaño a la del Rector y la del Poli. Su tamaño sorprende a todos, empezando por los estudiantes mismos. Nunca se habían atrevido a hablar de cientos de miles; ahora se atreven. El movimiento

gana confianza. Una multitud rebelde ocupa la plaza central, corazón político del país, y lo hace sin pedir permiso. Encabeza la Coalición de Maestros con una gran manta: “Los profesores reprobamos al gobierno por su política de terror”.

El movimiento reitera que su lucha es por libertades democráticas. Es pacífico y es legal: defiende la Constitución. Más allá de los seis puntos y de su contenido formal, está naciendo un estilo de protesta: festiva, irreverente y radical. Se estrenan consignas. Se toman frases del Mayo francés (“todos somos judíos alemanes”) y de la Revolución cubana (“con la OEA o sin la OEA ya ganamos la pelea”). El Che Guevara lleva unos meses de muerto y ya es símbolo mundial de rebeldía: su imagen aparece pintada (en la versión de la fotografía de Korda) en carteles y mantas; a partir de entonces será parte integrante del movimiento. La manifestación es emocionante: al pasar frente a oficinas de periódicos brota el viejo grito “¡prensa vendida!” Al entrar a la calle angosta que conduce al Zócalo la temperatura sube, en las ventanas aplauden y hacen señas de apoyo, y sonríen. “¡Únete pueblo, únete pueblo!” Hay una nueva comunidad entre los estudiantes rebeldes y la gente que los mira. La llegada a la plaza es de triunfo. Acaban de realizar una gran manifestación.

Agosto es la primavera del movimiento. Sus consignas inundan la ciudad. La prensa no puede ignorarlo, aunque sólo da cuenta de él para descalificarlo. Habla de los “alborotos” y los “alborotadores”. Les atribuye intereses y padrinos nefastos. Son los tiempos de la prensa dominada por los boletines oficiales. Los periodistas no informan con libertad. El gobierno controla a la prensa escrita a través de Productora e Importadora de Papel, S.A., la empresa estatal que tiene el monopolio de la distribución del papel. No necesita reprimir a los periódicos, a los que se salen del huacal nada más les quita el papel o se los regatea. Así, la censura adquiere la forma más efectiva de autocensura.

Los estudiantes necesitan informar directamente a los ciudadanos, aunque la palabra “ciudadano” no estaba al uso. Tenían que informar al obrero, al pequeño comerciante, a la ama de casa, al marchante del mercado, al trabajador de oficina, al público de los cines. Tenían que informar a esa gente que solía llamarse “el pueblo”, y para eso inventaron el antídoto a la “prensa vendida”: la brigada.

La brigada es un grupo de estudiantes que sale a recorrer la ciudad repartiendo volantes. Buscan los sitios naturales de concentración: mercados, calles comerciales, cines... O abordan camiones o se plantan frente a una fábrica a la salida de los obreros. Elegido el sitio, hacen un “mitin relámpago”: uno de los brigadistas busca un lugar en alto y dice un discurso apresurado mientras los otros vigilan, reparten volantes y botean. Es “relámpago” porque tiene que ser rápido para salir corriendo antes de que llegue la policía. El mitin relámpago es bastante efectivo a pesar de que a veces hay corretizas y detenciones. Las brigadas salen por cientos de todas las escuelas.

Se reparten miles de volantes, su número es incalculable. En todas las escuelas hay mimeógrafos trabajando sin parar.

Por las noches esas mismas brigadas salen de “pintas”. Llevan pintura y brocha gorda, y buscan las paredes más apetitosas para pintar una frase, cualquier frase, la que al pintor se le antoje; pero se repiten algunas: “Apoyo a los seis puntos”, “Exigimos diálogo público”, “Libertad Vallejo”, “No represión”... y siempre con la firma al final: CNH.

También pintan camiones de pasajeros, lo que hace que la consigna viaje al menos una vuelta antes de que la borren, y se pinta otra vez en una batalla interminable. Así, con palabras pintadas a la carrera, con miedo a veces de que aparezca una patrulla, los estudiantes decoran la ciudad, y los seis puntos y el CNH son conocidos por todo mundo. “Seis puntos, CNH, Diálogo público”, “No represión, Libertad presos políticos, CNH”, “No represión, CNH, Libertad Vallejo”...

Los mimeógrafos trabajan a todo tren. Los encargados se hacen expertos en su mecánica: andan manchados de tinta hasta los pelos, hay estopa y hojas manchadas tiradas en el suelo, pero los mimeógrafos no paran. Se necesita papel, tinta y estenciles. Alguien debe “picar” los estenciles en una máquina de escribir a la que se le ha quitado la cinta. Alguien más redacta los volantes, con una guillotina se cortan las medias cuartillas. En el salón-taller se van amontonando los paquetes de volantes. Generalmente se utiliza papel revolución; es el más barato, pero también más poroso y chupa más tinta. También a veces se utiliza papel bond, es más fino, más blanco y más caro. Las brigadas llegan temprano en la mañana, o temprano en la tarde, o temprano a cualquier hora, se llevan los volantes a la calle y los reparten.

También hay que fabricar botes para pedir la cooperación económica al respetable público. Esa tarea es fácil, sólo hay que pintarlos de rojo y negro, ponerle las siglas del Consejo Nacional de Huelga y hacer una ranura en la tapa. Los que se llevan los volantes agarran también un bote que regresa pesado, lleno de monedas de cobre de veinte centavos, o tostones, de cincuenta. El linchamiento mediático del movimiento no tiene éxito porque las brigadas son un medio de contra-información muy efectivo. Las mujeres están en todo, cada vez con más naturalidad y soltura, y quizá con más urgencia que sus compañeros.

La “actividad reina” de la escuela es la asamblea general. Es casi permanente. La asistencia es variable, pero el auditorio nunca está vacío; los asistentes entran y salen. En los momentos graves el auditorio está a tope y nadie se mueve. Se habla mucho. Se repiten las mismas cosas. Es también, sin proponérselo, una escuela de oratoria. Se crea un estilo que contrasta con la oratoria engolada, solemne, retórica, ensayada por años en los concursos de la Facultad de Derecho y habitual en las campañas priistas. Nace una oratoria radical y llana. Todo se somete a votación.

Con frecuencia se vota si se vota. Se pide concreción a los oradores que suelen extenderse demasiado. La palabra “concretito” se usa a menudo para exigir que se vaya al grano. Se hacen análisis muy complicados que no siempre son seguidos por un auditorio distraído.

Cuando empieza, la asamblea no sabe qué hará el movimiento. Cuando termina tampoco. Una manifestación, un pronunciamiento, una comisión de redacción. Sacar todas las brigadas que sea posible. Ir a las fábricas porque, aunque ella no lo sepa, la clase obrera es nuestra principal aliada, o debe serlo, o queremos que sea. Ir a los cines y dejar las hojas en las butacas. (Los cines eran grandes y las funciones baratas, el boleto costaba cuatro pesos en las funciones de estreno y estaban los aún más baratos programas dobles y triples; había que hacer colas, a veces largas, frente a las taquillas.) Ir al pueblo. Los mercados son el sitio favorito de las brigadas. Alguien siente la necesidad urgente de contar en la asamblea la experiencia de su brigada en el mercado de San Ángel, la buena recepción, la cantidad de cosas que les regalaron los marchantes, la pintoresca imagen de los brigadistas cargados de naranjas, papas y zanahorias. La cocina de la escuela está llena, se come bien en la huelga gracias a los locatarios de los mercados. Por supuesto alguien tiene que cocinar, también para eso hay comisiones. Paco Ignacio Taibo II recuerda lo que podía comerse, por ejemplo:

Menú para el comedor colectivo Nguyen Van Troi, Facultad de Ciencias Políticas, primeros días de agosto del 68, cocinan una maoísta, una democristiana de izquierda, un trotskista, dos guevaristas de minifalda. De beber: agua de jamaica; de comer: caldo de pollo, papas hervidas con sal; plátano de postre. Duración del menú sin variaciones: cuatro días, hasta que se acabe lo que nos regalaron los locatarios del mercado de Mixcoac.

Las asambleas a veces son caóticas, se necesita hablar de muchas cosas. La mesa pide concreción a los oradores: “No se disperse, compañero, sea concretito por favor, eso no está en la orden del día”. “Moción, moción de procedimiento”. “El compañero ha pedido una moción”. “Es que el compañero está tocando un tema que debe tratarse en asuntos generales”. Los oradores insisten a pesar de las mociones: “Esto es importante, compañeros”, y relata la experiencia extraordinaria que la brigada tuvo en la refinería de Azcapotzalco, o en la ocurrencia que alguien tuvo de arrojar volantes desde el balcón del cine Gloria cuando terminaba la película, y cómo la gente recogía los volantes y se ponía a leerlos. Las asambleas son frecuentes y caóticas, pero mágicamente logran votar el acuerdo que se necesita y que los representantes llevan al CNH. Sí, que se haga la manifestación propuesta para el 13 de agosto. Sí, que parta del Casco de Santo Tomás y termine en el Zócalo. Que se formen las comisiones. La asamblea ha terminado, podéis ir en paz, por lo pronto.

La manifestación del 13 de agosto tiene consecuencias expansivas. El movimiento ha dado un salto. Universidades de provincia se suman a la huelga. Universidades privadas, inopinadamente,

también hacen paros. La Iberoamericana ya lo había hecho, ahora lo hace la Universidad del Valle de México. La Universidad de Oaxaca se va a huelga. El Conservatorio Nacional de Música se suma al CNH.

Actores políticos se pronuncian: el Partido Acción Nacional reprende al gobierno por no salirse de su versión primitiva de que se trata de una conjura comunista, lo que le impide reconocer lo que está a la vista: un amplio movimiento de inconformidad estudiantil.

Los de agosto son los mejores días del movimiento. No sólo tiene una abrumadora presencia nacional, sino que recibe mensajes de solidaridad internacional de organizaciones y grupos de lo más diverso. El control mediático de la prensa ha sido vencido por multitud de brigadas y por la manifestación del 13 de agosto. No pudo el gobierno hacer invisible al movimiento ni travestirlo de complot comunista. Los domingos 18 y 25 de agosto hay festivales artísticos en la explanada de rectoría de CU y en la Plaza Roja de Zacatenco. También hay actividades en los grandes auditorios, el Justo Sierra de Filosofía, rebautizado esos días como auditorio Che Guevara, y el auditorio mayor de Zacatenco, conocido como El Queso.

Brigadas recorren la Alameda Central, la Alameda de Santa María, la plaza de Santo Domingo y el bosque de Chapultepec, lugares de paseo dominguero de la gente del pueblo.

Todos los días de esas dos semanas, en los edificios escolares hay una actividad desaforada. Si la imaginación no ha tomado el poder, al menos ha hecho de los espacios escolares auténticas “zonas liberadas”. Todas las propuestas son bienvenidas. Se programan exhibiciones de cine, conciertos, conferencias. Se habla de otros movimientos, de otras historias. Maestros y padres de familia hacen reuniones donde discuten formas de participar y apoyar las iniciativas del CNH.

El movimiento disfruta su primavera. El gobierno es incapaz de frenar la ola, su lenguaje está gastado, es estéril. Sus discursos son de aserrín. La manoseada versión de la conjura no explica nada ni convence a nadie. Su intento de simular un diálogo con la Federación Nacional de Estudiantes Técnicos, organización que ha perdido toda influencia, fracasa. La Secretaría de Gobernación declara que siempre ha estado dispuesta a dialogar con los estudiantes, pero prevalece la cerrazón. Mantiene en la cárcel a decenas de estudiantes detenidos en esos días.

La manifestación del 27 de agosto representa el momento álgido. Es la marcha opositora más grande de la historia del país hasta ese día. Sale del Museo de Antropología y se dirige al Zócalo. El número más citado es de 400 000 marchistas. Pero más importante que el número es el ánimo. El movimiento ha ido en ascenso continuo. Ha pasado un mes desde la represión del 26 de julio,

y lo que era una protesta por la violencia policiaca se ha convertido en otra cosa, en una protesta con un significado más profundo, difícil de explicar. Es la rebelión juvenil frente a un estado de cosas insatisfactorio, contra una visión del mundo acartonada, contra una democracia inexistente, contra el presidencialismo, contra el poder vertical inapelable, contra el influyentismo y la corrupción, contra la simulación, contra la demagogia, contra las desigualdades sociales...

La rebelión no formula sus motivos más profundos, no los explica programáticamente, pero los contiene. Sólo muestra la punta del iceberg. Los seis puntos y la exigencia del diálogo público representan la punta visible de una crítica que va más allá de los excesos policiacos. Lo que están haciendo los estudiantes en sus escuelas es ejercer una libertad que desconocían, es mover lo que parecía inamovible; es el descubrimiento de la vida igualitaria. Critican la conformidad, la solemnidad, han subvertido la vida cotidiana, han encontrado una identidad con la rebeldía juvenil mundial. Las frases pintadas en las paredes, las ideas expresadas en los volantes y los pequeños discursos callejeros son su manera de apropiarse del lenguaje y las palabras sin limitaciones de lo "correcto", lo aceptable socialmente, lo bien visto por sus mayores. Es su manera de ejercer su libertad. Eso es lo que ha ocurrido en un mes. Está sucediendo un cambio mental tumultuoso. No postularon la libertad, empezaron a ejercerla sin pedir permiso. Por eso la manifestación del 27 de agosto es mucho más que una muestra de fuerza cuantitativa. Sí, esta manifestación es la más grande, pero también el movimiento ya es otro.

Hay una nueva "normalidad" en el campus. A nadie se le ocurre que las mujeres deben ocuparse exclusivamente de las tareas como la cocina o la limpieza, y si alguien lo piensa abandona rápidamente la idea. Las muchachas participan en todo, ni más ni menos que sus compañeros. Son brigadistas, hablan en las asambleas, operan el mimeógrafo, incluso algunas se quedan a las guardias nocturnas, lo que días atrás era impensable. Los nuevos noviazgos, nacidos en esos días densos, son más libres. Hacer el amor y hacer la revolución es un binomio asumido más allá de la frase del Mayo francés: "Mientras más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución", y la misma frase en el espejo: "Mientras más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor". Son tiempos en los que se empieza a difundir el uso de la píldora anticonceptiva, lo que representa un asidero para la libertad sexual. Cada día más, las jóvenes universitarias piensan en la igualdad y la reclaman. También está cambiando la relación con los maestros, sobre todo con los que se sumaron al movimiento y participaron en la Coalición de Maestros, el organismo magisterial más representativo. No lo saben todavía, pero están abandonando la corbata. Se hablan de tú con sus alumnos.

Esa nueva normalidad es campo propicio para propuestas imaginativas. Alguien propuso repartir volantes mediante globos que se elevan con aire caliente y, si no se queman, caerán quién sabe dónde, volantes repartidos al azar. La ejecución no fue muy efectiva, pero sí muy festejada. O la de convertir en brigadistas a los perros callejeros amigos de la huelga, los que se habían

convertido en mascotas de las guardias, por la vía de colocarles un chaleco con depósitos de volantes. Tampoco fue efectiva, creo, pero sí muy festejada.

En medio de discusiones cotidianas se habla cada vez más de “movimiento estudiantil–popular” y menos de “movimiento estudiantil”. Es más un deseo que una realidad pero hay elementos que lo justifican. Algunos pronunciamientos de sindicatos, como el del Sindicato Mexicano de Electricistas, o grupos obreros que se acercan a declarar su apoyo, en especial petroleros y ferrocarrileros. Es frecuente que se realicen asambleas de padres de familia. También hay grupos populares que han pedido apoyo a sus causas inmediatas, como el de los campesinos de Topilejo. (Pero esa historia empezó más tarde, en septiembre, y todavía estamos en agosto.)

En esa nueva normalidad de las escuelas en manos de los estudiantes se organizan conferencias de los temas más diversos. Los favoritos son la guerra de Vietnam, la Revolución cubana, la guerrilla latinoamericana, el partido de las Panteras Negras, el Mayo francés, el movimiento estadounidense contra el reclutamiento militar, el movimiento ferrocarrilero de 1958, el magonismo, el asesinato de Rubén Jaramillo en 1962, el asalto al cuartel de Ciudad Madera en Chihuahua en 1965, el movimiento médico también del 65. Algunos son debates a los que asisten unos cuantos, otros tienen gran asistencia.

Tienen más éxito los conciertos musicales, en los que muchos descubren la música latinoamericana. La canción más emblemática, “Me gustan los estudiantes”, de Violeta Parra, es adoptada de inmediato por el movimiento. Es un elogio a la juventud rebelde, por ser rebelde y por ser alegre. “Que vivan los estudiantes porque son la levadura / del pan que saldrá del horno con toda su sabrosura”. Los jóvenes sesentaiocheros se están enamorando de sí mismos, de sus acciones, de su espíritu justiciero, de su causa. No hay modestia: “¡Caramba y zamba la cosa / que viva toda la ciencia!”

Esta nueva normalidad de la vida estudiantil tiene un efecto que va más allá del campus. Nuevas ideas se discuten en las sobremesas familiares. Los padres de familia se oponen o apoyan o ninguna de las dos cosas, pero escuchan y opinan.

La marcha del 27 de agosto, la más grande, es la cúspide del movimiento, la cresta de la ola. Los contingentes son alegres, llenos de cantos y bailes. Las consignas recogen, de manera dispersa si se quiere, todos los contenidos de la revuelta. “Ho–Ho–Ho Ho Chi Minh / Ho–Ho–Ho Ho Chi Minh” y “Che–Che Che Guevara / Che–Che Che Guevara” son las consignas que cambian el ritmo de la caminata. El paso se acelera, se convierte en trote festivo, termina en carrera desenfrenada, se controla, se detiene y vuelve la caminata pausada: es un juego. La manifestación es una fiesta callejera, un carnaval improvisado.

La marcha que recorre Paseo de la Reforma va generando confianza y entusiasmo. Se sabe a sí misma gigantesca. A veces camina solemne, pero más veces brinca y baila. Cuando entra a la calle angosta de Madero, que desemboca en el Zócalo, la columna se aprieta, los gritos rebotan en las paredes, en las ventanas se asoman y aplauden. A esas alturas del recorrido, más que un combate parece un desfile victorioso. Más que una batalla, una fiesta. La entrada al Zócalo es apoteósica. Se prenden antorchas que son cartulinas o periódicos enrollados. Las campanas de catedral repican. La plancha de cemento está llena. Los oradores arengan trepados en un camión del Poli. Ha sido una gran jornada. El movimiento se siente contento consigo mismo. Ha ocupado el Zócalo con sus antorchas prendidas y con el sonido de las campanas. Pero el día aún no termina...

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

El presente texto es un fragmento del segundo capítulo, "Viento en popa", del libro *Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar*, México, Itaca, 2017, 117 pp.

El 68 en bicicleta

Sergio Hernández*

Resumen

Desde la mirada de un adolescente, Hernández narra su experiencia, llena de los cambios culturales que llegaron en los años sesenta, entre fútbol, bicicletas y música. La irrupción que representó el movimiento estudiantil en la vida cotidiana de la familia y los amigos, el cual pasó de un imaginario de manifestaciones estudiantiles y granaderos a una realidad cruel que transformó para siempre sus vidas.

Palabras clave: 1968, movimiento estudiantil, bicicletas, México 1968, manifestaciones, Olimpiadas 1968.

Abstract

From the gaze of an adolescent, Hernández recounts his experience filled with the cultural changes of the sixties, football, bicycles and music. The irruption of the students' movement in the everyday life of family and friends, passed from an imaginary about marches and soldiers to the cruel reality that transformed their lives.

Keywords: 1968, student movement, bicycles, Mexico 1968, marches, 1968 Olympics.

El año de 1968 me agarró en bicicleta. En ese entonces vivía con mis padres, mi hermano y mi abuela en la colonia Guadalupe Tepeyac, un barrio popular próximo a la Villa de Guadalupe, en el norte de la Ciudad de México. Los niños de la colonia nos apropiábamos de calles y avenidas en un amplio radio que nos permitía recorrer en bicicleta muy rápidamente desde la Villa de Guadalupe hasta la glorieta de Peralvillo y, de oriente a poniente, desde la zona de fábricas en la avenida Ferrocarril Hidalgo hasta la avenida Insurgentes Norte, donde se ubica la Preparatoria 9 de la UNAM.

Nos sentíamos orgullosos de nuestras bicicletas porque nos transportaban hacia donde nos daba la gana ir. Las habíamos decorado a nuestro antojo, con listones plásticos en los manubrios y pequeñas esferas multicolores incrustadas en los rayos de ambas ruedas que sonaban cadenciosamente con el movimiento lento de la bicicleta. También les habíamos añadido unos gruesos tornillos en el eje de la rueda trasera para llevar a un acompañante parado. Les llamaban

“diablitos”. Y no podía faltar el timbre que avisaba a los peatones que se hicieran a un lado a nuestro paso veloz.

En un extremo de mi colonia se localizaba la enorme fábrica de automóviles y camiones Ford, cuya extensión rompía la fluidez de nuestras calles, por lo que había que bordearla para trasladarnos al otro extremo. Las rejas alámbricas permitían a nuestra curiosidad infantil explorar el gran movimiento de hombres y maquinarias que no paraban de trabajar de día y de noche.

Uno de nuestros paseos favoritos en bicicleta era trasladarnos a la zona de altos y modernos edificios de Tlatelolco, colindante con Peralvillo. El conjunto habitacional de Tlatelolco era otro mundo comparado con mi colonia; sus corredores, plazas, jardines y estacionamientos no tenían nada que ver con la forma en que estaba organizado mi barrio. Tal vez por eso nos gustaba recorrer esos angostos pasillos con jardines, atravesar sus grandes plazas, ingresar a los edificios y, mediante sus elevadores, ascender a los pisos altos para observar el trazo recto de Reforma y buena parte de la ciudad.

Además de la bicicleta, las tardes las pasábamos jugando fútbol. Con sólo cuatro piedras delimitábamos las dos porterías y las calles se volvían estadios. La calle más ancha era para nosotros el estadio Azteca, mientras que la más angosta se transformaba en La Bombonera de Toluca.

Las ideas y las cosas empiezan a cambiar

En nuestro mundo estaba presente ante todo la radio; la televisión sólo de manera paulatina se fue apropiando de nuestro tiempo. Al salir de la escuela, llegaba diariamente a la esquina un pequeño carro de madera que vendía helados de vainilla, chocolate y fresa. Además del interés por comprar un barquillo, los niños nos agolpábamos para escuchar la radio portátil que colgaba en el techo del carrito.

Escuchábamos en compañía del heladero un programa que venía, según nosotros, de Cuba: *La tremenda corte*. Las tranzas, engaños y andanzas de Tres Patines, el protagonista de la serie que inevitablemente acababa condenado por el juez, nos entretenían y hacían reír. Pero no sólo eran las aventuras de Tres Patines lo que nos atrapaba, era también el acento extraño y jocoso del protagonista, sus palabras entrecortadas. Al terminar este programa, si no nos llamaban a comer, escuchábamos además el programa siguiente, *Kalimán, el hombre increíble*, que nos transportaba al mundo de aventuras que se desarrollaban en lugares lejanos y desconocidos.

La música que escuchábamos en la radio también fue un importante vehículo del mundo que empezábamos a descubrir. Radio Éxitos y Radio Capital eran nuestras estaciones preferidas, y Los Beatles y otros grupos ingleses y norteamericanos de rock and roll nos envolvían con ritmos novedosos que empezaban a despertar nuestros gustos musicales y a animar nuestras fiestas. La canción del “Cuarteto de Liverpool” que más se escuchó en ese año era “Hey Jude” y, sin comprender su significado, cantábamos una y otra vez sus estrofas en inglés, no nos importaba que estuvieran mal pronunciadas. En español, cantábamos las canciones de los grupos y baladistas mexicanos que en Radio Mil o en Radio Variedades formaron parte de nuestra generación, así como los *cover*, que no eran otra cosa que la adaptación en español de melodías que en inglés eran un éxito. La canción “Bule bule”, interpretada por los Rockin’ Devils, fue sólo una de tantas que con mayor insistencia oíamos y bailábamos.

Sin saberlo, en nuestra vida cotidiana estábamos inmersos en una serie de cambios culturales y formas de entender el mundo. Las nuevas formas de vestir y de arreglarse entraron en conflicto con nuestros padres y con las formas tradicionales de pensar de los mayores, a quienes apodábamos la “momiza”. Muchos de nosotros deseábamos tener el pelo largo como el de nuestros grupos favoritos de rock. Sin embargo, en mi caso el peluquero del barrio ya tenía instrucciones de mi padre de dejarme siempre el pelo lo más corto posible, a pesar de mis ruegos.

Las mujeres también formaron parte de los cambios que se generaban con gran rapidez en esos años. Las hermanas mayores de mis amigos y mis compañeras de escuela se empeñaron en usar faldas cortas, o minifaldas, como empezaron a llamarlas. La disputa por su uso no tardó en hacerse presente: en las secundarias cercanas, los maestros no dejaban entrar a aquellas muchachas que trajeran la falda por encima de la rodilla. Al salir de clase, mediante alfileres y seguros, ellas decidían finalmente hasta dónde mostrar pierna. En lo personal no dejaba de sorprenderme la profunda indignación que en muchas señoras de la colonia causaban las minifaldas; menos aún entendía por qué estas señoras se santiguaban al ver pasar a una de las chicas con sus hermosas minifaldas.

El movimiento estudiantil irrumpe en nuestra vida cotidiana

En agosto de 1968, el movimiento estudiantil irrumpió en nuestro pequeño mundo de bicicletas, fútbol y música. Las brigadas de estudiantes en los mercados repartían papelititos donde explicaban sus peticiones. Fue la primera vez que supe lo que era un “volante”. Los estudiantes se apostaban en la puerta 3 de la fábrica Ford y en las entradas de los mercados para repartir esos volantes y hacer “mítines relámpago” donde explicaban los motivos de su lucha. Las pintas en escuelas y camiones también nos indicaban que estaba pasando algo que no alcanzábamos a comprender del todo pero que nos fue inundando como una enorme ola que alteraba nuestros juegos y nuestra idea del país en el que vivíamos.

Hasta ese entonces, en el barrio estábamos acostumbrados a las peregrinaciones que pasaban diariamente por el camellón de la calzada de Guadalupe. Las más grandes y masivas eran sin duda las que tenían lugar el día 12 de diciembre, cuando íbamos a cantarle las mañanitas a la Virgen. Eso era lo más parecido que habían visto nuestros ojos a las multitudinarias manifestaciones que entonces tomaron las calles de la ciudad. Esas nuevas “peregrinaciones estudiantiles” —como las denominó un amigo, provocándonos una ruidosa carcajada por largo rato— eran explosivamente ruidosas y festivas comparadas con las recurrentes peregrinaciones guadalupanas que avanzaban en silencio por el camellón central de la calzada de Guadalupe.

La situación que todos empezábamos a experimentar día tras día no se parecía en nada al título de la canción de Julio Iglesias que escuchábamos insistentemente en la radio, “La vida sigue igual”. Mi hermano había ingresado en ese mismo año a la escuela secundaria conocida como iniciación universitaria, en la Preparatoria 2. Las instalaciones de la prepa se localizaban a unos cuantos pasos del zócalo de la ciudad. Los enfrentamientos entre la policía y los estudiantes llegaron a mis oídos de manera directa con los comentarios que se hacían en mi familia.

Cada vez que se sabía o rumoraba de alguna gresca entre estudiantes y “granaderos”, mi abuela y yo salíamos corriendo de la casa a la prepa para ir a rescatar a mi hermano, a quien imaginábamos golpeado o perseguido. En un principio no sabíamos quiénes eran esos granaderos, pero los dibujos y caricaturas que tapizaron las preparatorias nos dieron la definición más precisa de esa palabra.

Por otro lado, mi madre trabajaba como maestra en dos escuelas primarias, una en el turno matutino y otra en el vespertino. Además estudiaba por las noches en la Normal Superior, en el barrio de San Cosme, y estaba a punto de graduarse como maestra de la asignatura de geografía, que años después impartiría en varias secundarias. La Normal entró en huelga en el mes de agosto junto con las escuelas del Politécnico y las de la UNAM.

En una ocasión, mi hermano y yo acompañamos a mi madre a una asamblea en su escuela. La experiencia no fue totalmente de mi agrado. Después de largas horas de discusión, esperaba que las acciones de los maestros fueran más contundentes contra los temibles granaderos y el general Luis Cueto, jefe de la policía, que se convirtieron desde ese entonces en los enemigos número uno míos y de todos mis amigos.

La matanza de Tlatelolco y el paréntesis de las Olimpiadas

Las movilizaciones estudiantiles siguieron en el mes de septiembre y el ejército tomó los planteles educativos, por lo que mi hermano se sumó a todos los amigos que ya estábamos de vacaciones. En los primeros días de octubre se rumoraba que era probable el regreso a clases

ante la euforia por las Olimpiadas que ya se vivía en toda la ciudad. Sin embargo, en plena Plaza de las Culturas, por donde habían atravesado nuestras bicicletas, la tarde del 2 de octubre se llevó a cabo un mitin de estudiantes. Por la noche, muchos de nosotros nos enteramos de que el ejército había dispersado la reunión y que habían muerto estudiantes durante la balacera que se había registrado. Se empezó a correr la voz de que no nos acercáramos a esa zona porque el ejército había tomado el conjunto habitacional y estaba irrumpiendo en los departamentos a la fuerza.

Los periódicos y las noticias no ofrecieron ninguna información de la matanza. Nos dimos cuenta de que, en efecto, eran “prensa vendida” como gritaban los estudiantes. La verdad de lo ocurrido se transmitió de boca en boca. Los amigos ciclistas asistimos al lugar de los acontecimientos, días después de que el ejército ya se había retirado. Lo que encontramos fueron escalones rotos y evidencias de disparos en el suelo y en los muros del edificio Chihuahua. Hasta ahí llegó nuestra investigación, pero bastó para que no nos quedara duda de que el ejército había disparado a la multitud reunida en la plaza.

Diez días después de la matanza en Tlatelolco se inauguraron los juegos olímpicos. La imagen de la ciudad se transformó en las semanas en que transcurrieron los juegos. Ya no había pintas en los camiones ni estudiantes entregando volantes. Los adornos en las sedes de los distintos deportes, los logos y pendones olímpicos se colgaron por distintos rumbos de la ciudad, y las luces de colores iluminaban las noches en importantes avenidas. Ahora era una ciudad multicolor, a la que se sumaba la gran diversidad de turistas y deportistas de todo el mundo que se veían por doquier.

Durante los días en que se entablaron las competencias, debido a que las escuelas universitarias seguían en huelga y las primarias y secundarias estaban de vacaciones, todos los niños del barrio nos dedicamos a vivir las competencias y nos imbuimos de un espíritu patrio con las hazañas de los deportistas mexicanos que ganaron una medalla olímpica. Las bicicletas y el fútbol pasaron a un segundo término y nos olvidamos por completo del movimiento estudiantil y de las manifestaciones; ahora hacíamos competencias de caminata inspirados en la medalla de plata que obtuvo José Pedraza en la competencia de 20 kilómetros.

Al terminar los juegos, volvimos a nuestra realidad cotidiana. Mis amigos habían ingresado a la escuela y mi hermano reanudó sus clases en la preparatoria a fines de noviembre, cuando las escuelas decidieron levantar la huelga. El movimiento estudiantil había sido derrotado y sus dirigentes terminaron en la cárcel. En todos nosotros quedó un sabor amargo y un temor de que en cualquier momento los estudiantes seríamos blanco de represión por cualquier motivo.

Yo me sentí más solo que nunca. No había ingresado a la secundaria oficial como mis amigos pues, siguiendo los pasos de mi hermano, preferí la iniciación universitaria. Para eso tenía que esperar que terminara el ciclo escolar anterior, truncado por la huelga, por lo que fue hasta los primeros meses de 1969 cuando nuevamente me sentí estudiante. Ingresar a la prepa representó para mí una experiencia liberadora. Nadie me vigilaba y las puertas tanto de la escuela como de las clases estaban abiertas para cuando yo decidiera salir. El horrendo uniforme color caqui y la corbata que mis amigos usaban en su secundaria me hacían sentir que estaba por encima de ellos. Dejamos igualmente nuestros paseos en bicicleta sólo para contadas ocasiones.

El año de 1969 lo pasé involucrado en mi nueva escuela hasta que llegó el día 2 de octubre, cuando se cumplía un año de la matanza. Algunos de mis compañeros y yo decidimos usar un brazalete negro para recordar a los estudiantes asesinados en Tlatelolco. Con gran temor paseamos por algunas calles del centro, pensando que en cualquier momento la policía nos pondría detener. Ésa fue la primera experiencia que tuve para conmemorar la matanza de Tlatelolco. A partir de ese año la consigna “¡2 de octubre no se olvida!” se convirtió en el grito de estudiantes que año tras año recuerdan a sus muertos y condenan ese crimen.

Mi bicicleta quedó arrumbada y en el olvido después de 1968, pero lo que ese año nos legó se convirtió en un referente permanente para muchos estudiantes que ingresamos al sistema universitario. El movimiento estudiantil derrotado inspiraría nuevas luchas por las libertades democráticas y por la transformación del régimen autoritario que asesinó y encarceló a estudiantes y que, a cincuenta años de distancia, se niega a morir del todo.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Tijuana 1968: la rebelión de las mujeres panistas

Lilia Venegas Aguilera*

Resumen

El texto aborda el día de la madre a través de entrevistas con mujeres panistas; ése es el pretexto para indagar cómo actuaron las mujeres de Tijuana ante el mito del día de la madre en la coyuntura electoral de junio de 1968, cuando el PAN se disputaba frente al PRI la alcaldía de aquella ciudad.

Palabras clave: mujeres panistas, caravana de mujeres, fraude electoral, voto femenino, Tijuana, elecciones 1968.

Abstract

The text deals with Mother's Day through interviews with right-wing women, as a pretext to explore the way women from Tijuana acted before the myth of the celebration, in view of the political elections of June 1968, when PAN disputed control of the city hall against the PRI.

Keywords: right-wing women, women caravan, electoral fraud, female vote, Tijuana, 1968 elections.

Con motivo del 10 de mayo, Día de la Madre, y con base en entrevistas realizadas a miembros del Partido Acción Nacional (PAN), narraremos aquí brevemente cómo actuaron las mujeres de Tijuana durante la coyuntura electoral de junio de 1968, cuando el PAN se disputaba la alcaldía de dicha localidad, con Luis Enrique Enciso Clark como candidato y Jorge Rojana Ruelas como suplente, contra el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

1968: el año de los cambios

1968 fue un año singular debido a los numerosos movimientos estudiantiles que entonces estallaron por todo el mundo, y a las movilizaciones a favor de los derechos civiles y el reconocimiento de la igualdad entre negros y blancos en Estados Unidos. Un saldo positivo que, sin embargo, suele opacarse por recuerdos amargos, como los asesinatos de Martin Luther King y Bob Kennedy. También se olvida con frecuencia, o tal vez simplemente no se sabe, hasta qué punto la sociedad ha cambiado desde entonces en aspectos que atañen a la moral, las costumbres de la vida pública, el trato a las mujeres y la intolerancia a la oposición política, de derecha e izquierda, bajo la influencia de las últimas secuelas del macartismo y la Guerra fría.

Aun menos atención se ha otorgado a las movilizaciones por la defensa del voto y los conflictos poselectorales que en 1968 sucedían a lo largo de nuestro país. Tal es el caso de la protesta que encabezaron las mujeres de Tijuana por los resultados fraudulentos de la contienda electoral de esa ciudad en junio de dicho año.



Cecilia Barone y su esposo Héctor Castellanos. Fuente: Luis Carlos López Ulloa y Alejandro Galván Pacheco (dirs.), *Huellas democráticas 1949–1989* [documental], México, UABC, 2013, disponible en: <https://youtu.be/dcunUYVxnq4>

Las campañas

El inicio de la campaña electoral del PRI en Tijuana tuvo lugar el 14 de marzo, cuando los candidatos designados en una convención anterior rindieron protesta ante dos diputados federales que viajaron desde la capital, uno de ellos en representación de Alfonso Martínez Domínguez, presidente del Comité Nacional del PRI. Las crónicas periodísticas destacan las críticas y denuncias a la conformación de una planilla con candidatos de mala fama y “enviada desde el centro”. Salvador Rosas Magallón, por ejemplo, atizaba la indignación de sus adversarios políticos, encabezando así su colaboración periódica: “El dedazo es humillante para los miembros del PRI”.^[1]

La inconformidad por los mecanismos de asignación de candidatos creció al interior del PRI y, como ocurre hasta la fecha, fue aprovechada por la oposición: los panistas tijuanaenses invitaron a figurar como candidato a la presidencia municipal a Luis Enrique Enciso Clark, quien había sido militante del partido oficial por veintinueve años.^[2] Él aceptó contender contra el candidato del PRI, el doctor Santana Cobián. Entre los integrantes de la planilla del PAN figuraban también nombres de panistas bien conocidos por los tijuanaenses y de algunos destacados activistas de la elección de 1959, como Ceferino Sánchez Hidalgo y Salvador Rosas Magallón.

La prensa local registró el desánimo que privó en la campaña del PRI desde el inicio. De uno de sus primeros actos reportaba: “Dicho sea en honor de la verdad, el mitin del PRI del pasado miércoles fue deslucido, frío y carente de emotividad [...] con rechifla para el presidente municipal”. Las señales de que podría tratarse de una elección realmente reñida motivaron a los priistas a emprender acciones como las visitas domiciliarias de los candidatos a vecinos de diversas colonias de Tijuana, durante las que se invitaba a participar en mítines programados. O los realizados en las “más populosas colonias proletarias” donde, de acuerdo con las crónicas, “los candidatos dialogaban con el pueblo”. Los panistas ironizaban al respecto, señalando que no hacían sus mítines en el centro de la ciudad por temor al ridículo de ser desairados. A pesar del intenso trabajo político realizado, parecía evidente que muchos de los votos no serían para el partido entonces en el poder. En la plaza de toros de Tijuana, por ejemplo, el público dedicó una rechifla a uno de sus candidatos, quien, jocosamente, la agradeció. En contraste, un candidato del PAN también presente, recibió numerosas porras de adhesión.[3]



Camión rodeado por soldados. Fuente: Luis Carlos López Ulloa y Alejandro Galván Pacheco (dirs.), *Huellas democráticas 1949-1989* [documental], México, UABC, 2013, disponible en: <https://youtu.be/dcunUYVxnq4>

La campaña del PAN, por su parte, arrancó el mismo día que la de su contrincante, celebrando una convención novedosa: se anunció en desplegado de plana completa que los candidatos serían elegidos de manera abierta y democrática en la vía pública, frente al local del PAN. Fueron triunfadores Luis Enrique Enciso Clark, Rosas Magallón, “conocidos hombres de empresa”, y Susana Limón, dama de sociedad y esposa de un empresario. Una vez conformada la planilla, la campaña fue, al parecer, exitosa. Uno de los primeros mítines congregó a cerca de tres mil personas. La prensa le dedicó a este evento ocho columnas al tope y lo calificó de imponente, como a varios de los mítines que se celebraron a lo largo de los dos meses y medio que duraría la campaña.[4] En el siguiente mitin se registraron cuatro mil asistentes, y en uno posterior se daba cuenta de cinco mil.[5] Fue entonces cuando para los priistas cobró importancia el voto femenino.

El 10 de mayo, Día de la Madre



Mujeres en un plantón (1). Fuente: Luis Carlos López Ulloa y Alejandro Galván Pacheco (dirs.), *Huellas democráticas 1949-1989* [documental], México, UABC, 2013, disponible en: <https://youtu.be/dcunUYVxng4>

En la disputa por el poder político, las mujeres se volvieron un grupo especialmente destacado y, para obtener su voto, el partido empoderado recurrió a una particular estrategia para la celebración del Día de las Madres, a menos de un mes de la jornada electoral. El comité del PRI en Tijuana lanzó la convocatoria del primer concurso La Madre más Feliz.^[6] El jurado estaría integrado por el presidente del Comité Municipal y cuatro personas más. El primer premio, que consistía en “una Recámara [...] y la realización de su MAYOR DESEO viable de concederse en la limitación del tiempo que comprende las horas del día DIEZ DE MAYO DE 1968”, se otorgaría a “aquella [madre] cuyo deseo a juicio del Jurado establezca, al verse satisfecho, la mayor felicidad que una madre pueda tener, siendo este deseo el más vehemente y demás [*sic*] difícil realización, dadas las condiciones morales, sociales y económicas de la concursante, en su papel de madre”. Los otros nueve segundos premios consistirían en “objetos útiles para el hogar”. Todas las ganadoras, se explica, “se sujetarán al desarrollo del acto de LA MADRE MÁS FELIZ, en el lugar y tiempo que se les designe”. El noveno punto de las bases añadía que “las DIEZ MADRES FELICES ganadoras del concurso, serán simbólicamente las representantes de TODAS las madres de Tijuana, para las que el Partido Revolucionario Institucional dedica este homenaje de gratitud...”. La entrega de premios tendría lugar en el Toreo de Tijuana, obviamente el 10 de mayo, en el marco de un acto musical que se transmitiría por radio y televisión, y que fue anunciado repetidamente en la prensa: “Grandiosa Lluvia de Estrellas En Honor de las Madrecitas Tijuanaenses!!!”.

Al pie de las once bases de la convocatoria, bajo el título de “Complementarias”, se añade un párrafo que, considero, vale la pena transcribir textualmente:

Cada una de las Madres Mexicanas, residente en Tijuana, tiene el derecho de solicitar, lo que en el curso de su vida no ha podido conseguir o lo que en el momento presente representa su mayor y desinteresado anhelo: la libertad de un hijo preso, la curación de un hijo enfermo, la educación de uno de los hijos garantizada, la presencia de un hijo ausente que por dificultades económicas no pueda estar a su lado en este día, la máquina de coser, la estufa de gas, la muleta para el hijo lisiado, los anteojos para facilitar la lectura o el viaje soñado a la Capital de México. El deseo no está limitado a ninguna restricción, de entre ellos será seleccionado el que más llene el emotivo sentimiento de la Madre y que al concederse satisfaga plenamente la condición de haber hecho a la triunfadora la MADRE MÁS FELIZ el DIEZ DE MAYO DE 1968 en Tijuana.



Mujeres en un plantón (2). Fuente: Luis Carlos López Ulloa y Alejandro Galván Pacheco (dirs.), *Huellas democráticas 1949-1989* [documental], México, UABC, 2013, disponible en: <https://youtu.be/dcunUYVxnq4>

Pero las madres y sus hijos no querían estufas: su mayor anhelo era democracia. Y eso no podía otorgárselo el PRI.

El fraude y la caravana de mujeres

El día de la elección, el 2 de junio, los panistas solicitaron de manera reiterada la intervención del gobernador, Raúl Sánchez Díaz, para impedir alteraciones en el proceso electoral, pero el mandatario estaba fuera de la ciudad. Las elecciones fueron pacíficas y ordenadas (según declaraciones oficiales) y en el conteo, el PAN llevaba ventaja sobre el PRI. Pero el 8 de junio, los directivos del Comité Municipal determinaron, sin informar a los miembros del PAN, suspender el cómputo de los votos y enviar la documentación al Congreso Estatal. Días más tarde, la legislatura declaró nula la elección municipal de Tijuana con el argumento de que se había comprobado la existencia de irregularidades durante los comicios.

De acuerdo con copias de las actas electorales en manos de los panistas, los resultados favorecían a su planilla con 30 269 votos, contra 24 272 de los candidatos del PRI. Sin embargo, la respuesta de las autoridades ante la protesta de los simpatizantes del PAN no fue la declaración de nulidad de los comicios y la repetición de las elecciones, como se esperaba.

En una asamblea en la que se discutían las posibles acciones a seguir, Cecilia Barone de Castellanos, esposa del presidente municipal del PAN en el momento, sugirió que se formara una caravana de mujeres que viajaría hasta la Ciudad de México para entrevistarse con el presidente Díaz Ordaz. La propuesta pareció descabellada a buena parte de los asistentes, pero cedieron ante la presión y el entusiasmo que las aludidas manifestaron. El reportaje del viaje publicado en la revista *Gente* destacaba este episodio con el subtítulo: “Los panistas de Baja California son capaces de derrotar al PRI; pero no a sus propias esposas”.

Mujeres por la Democracia, nombre del grupo de mujeres que realizaron este recorrido, envió un memorándum a la Ciudad de México solicitando la audiencia con el presidente de la República. La caravana partió rumbo a la capital del país el 13 de julio. Dice un testimonio:

Nuestro viaje lo realizamos en un camión rentado, bajo la coordinación de Cecilia Barone de Castellanos [...] Para todas las que viajamos resultó una gran experiencia, porque tuvimos oportunidad de poner a prueba nuestra decisión y valor. A pesar de todos los contratiempos, gozábamos y nos divertíamos, sobre todo cuando nos percatábamos de que para algunas personas no era nada agradable tropezarse con 45 mujeres de espíritu combativo, luchando por superar todos los obstáculos y dispuestas a lograr nuestro objetivo [...] En el camino nos deteníamos frecuentemente para distribuir propaganda, organizar mítines o manifestaciones; éramos la admiración de cuantos nos veían pasar. El camión estaba totalmente tapizado de propaganda del PAN. Con frecuencia nos detenía la policía, permaneciendo siempre vigiladas, pero no lograron amedrentarnos. Nuestro ánimo y nuestra alegría nunca decayeron.

En la actualidad, una caravana por la defensa del voto puede parecer algo más bien cotidiano, pero en aquellos años no parece haber sido frecuente y mucho menos si esa caravana estaba formada exclusivamente por mujeres, con excepción del conductor y el reportero que decidió acompañarlas. En el trayecto de casi tres mil kilómetros repartieron quinientos mil “manifiestos” y realizaron varios mítines relámpago. El norte de Sonora las recibió bien, pero en Hermosillo la policía estatal impidió el paso del autobús, por lo que decidieron llegar a la plaza principal de la ciudad a pie, acción que tuvieron que repetir en Guaymas, con el equipo de sonido portátil al hombro y repartiendo volantes para aprovechar la caminata.

La caravana de mujeres en la Ciudad de México

Cuando llegaron a la Ciudad de México el 17 de julio, las panistas convocaron a una conferencia de prensa. Ese mismo día recibieron una llamada citándolas para la entrevista con el presidente. Pese a la advertencia de Adolfo Christlieb Ibarrola de que podía tratarse de una jugada política para alejarlas de la prensa, ellas asistieron a Palacio Nacional. En efecto, no había tal cita y Díaz Ordaz no las recibió. La esposa del presidente nacional del PAN, Hilda Morales, solicitó una entrevista con el mandatario con la intención de que las mujeres de Tijuana pudieran cumplir con el principal sentido de su viaje; éstas, por su parte, dirigieron un telegrama más pidiendo de nueva cuenta la audiencia. La respuesta llegó a la esposa de Christlieb Ibarrola y firmada por Joaquín Cisneros, secretario particular del presidente: pedía que se informara de las peticiones concretas, subrayando que debía tratarse de aspectos de la incumbencia directa del cargo del Ejecutivo.



Gustavo Díaz Ordaz con el pegote del PAN en la boca. Fuente: Harry Crosby (1964), colección Baja California Harry Crosby Photographs, en Library Digital Collection, San Diego, Universidad de California

Las mujeres de la caravana se indignaron profundamente, ya que al menos en tres ocasiones habían hecho explícito su objetivo: “Que el presidente interponga su influencia personal y política para que se convoque a nuevas elecciones en Baja California”. Así, interpretaron esta respuesta como una negativa. Su estancia en la capital de la República, en todo caso, no fue considerada por ellas como infructuosa: dieron a conocer la realidad electoral del estado más lejano del centro e intercambiaron volantes con los jóvenes del Consejo General de Huelga que, en esos días, iniciaban su movilización: “Nos fueron a ver los muchachos porque realmente nosotros íbamos a defender algo legítimo [...] nosotros lo único que pedíamos era el respeto a la voluntad del pueblo”. Como provocación, algunas diputadas del PRI declararon que las panistas “realizaron un placentero *weekend* en la Ciudad de México, visitando centros nocturnos y espectáculos de lujo”.^[7]

El retorno de la caravana a Tijuana

A su regreso, los y las panistas organizaron “marchas mudas” en señal de protesta durante un mes, “a veces con velas o con antorchas, sólo se escuchaba el golpe de los tacones”,^[8] pero decidieron suspenderlas cuando el número de asistentes empezó a decaer. No obstante, los guionistas de este episodio decidieron que el final tendría que ser otro: Cecilia Barone propuso a su esposo que un contingente del PAN participara en un desfile, no en el del 16 de septiembre, por su carácter militar, pero sí en el del 20 de noviembre, tradicionalmente deportivo. Con este fin decoraron un carro alegórico con la imagen de Francisco I. Madero “representando a la democracia”, acompañado por unas treinta jovencitas arregladísimas (“buscamos a las más atractivas”, cuenta Castellanos) que debían desfilar, de acuerdo con el permiso del presidente municipal, al final del contingente.

A pesar de la apariencia inofensiva y casi festiva de la representación, ésta no pudo llevarse a cabo en santa paz. El carro con Francisco I. Madero y las niñas fue bloqueado por el ejército. Castellanos y Rosas Magallón fueron llevados a la cárcel tras una riña con un militar. Estuvo a punto de ocurrir una desgracia mayor cuando Castellanos, liberado media hora más tarde, encabezó a un grupo de panistas dispuestos a avanzar, a pesar de la orden del ejército de no hacerlo, para llegar hasta donde se encontraba el carro alegórico detenido. En tanto, las jovencitas y sus acompañantes recibieron agresiones de parte de soldados, a lo que respondieron con un ingenioso mecanismo de defensa: entonaban el Himno Nacional, lo que hacía detenerse a los soldados y tomar posición de respeto; pero paraban de cantar y se reiniciaba la gresca.

La movilización reseñada parece encontrarse a medio camino entre los movimientos sociales tradicionales, por su marcado carácter instrumental con objetivos orientados a la obtención de cierta meta, y los “nuevos movimientos sociales”, donde parece clara la intención de producir un efecto visible en las instituciones públicas, actuando como un desafío simbólico que incluye la festividad del 10 de mayo, y señalando una zona social problemática: el proceso de selección y elección de sus representantes políticos. Las mujeres que protestaban contra el fraude electoral dejaron a sus maridos e hijos para irrumpir en el corazón del poder político; se rebelaron contra el código cultural dominante de aquellos años, al tiempo que desenmascaraban el ya tradicional proceso de control político por medio de la represión. El recorrido por el país contaba, sin duda, con el efecto dramático de su acción colectiva en una sociedad que vivía en 1968 pero aún no transgredía los valores y pautas anteriores. La caravana femenina, por lo demás, sin duda contribuyó a producir cierta innovación cultural, introduciendo nuevas formas de comportamiento que la sociedad fue asimilando e incorporando a las prácticas de la vida en la casa, el barrio y el partido.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

- [1] *Noticias Diario de la Mañana*, Tijuana, Baja California, viernes 1 de marzo de 1968.
- [2] Una caricatura a propósito de esta designación representaba al PAN como una guapa dama y al PRI como un caballero seducido. *Noticias Diario de la Mañana. Cartones*, por Reyes Apango, Tijuana, Baja California, martes 26 de marzo de 1968.
- [3] *Noticias Diario de la Mañana*, Tijuana, Baja California, miércoles 10 de abril de 1968.
- [4] Entrevista a Cecilia Barone, realizada por Lilia Venegas, Tijuana, octubre de 1993.
- [5] Entrevista a Héctor Castellanos, realizada por Lilia Venegas, Tijuana, 2001.
- [6] *Noticias Diario de la Mañana*, Tijuana, Baja California, lunes 8 de abril de 1968.
- [7] Las diputadas referidas son: Rosa María Ortiz de Castañeda y Guadalupe Calderón (véase *Gente*, 16 de agosto de 1968).
- [8] De acuerdo con el arquitecto Héctor Castellanos, entrevistado en Tijuana en 2001, llegaron a reunir hasta 25 000 personas.

1968: la historia imposible

Saúl Escobar Toledo*

Resumen

La narrativa de “1968: la historia imposible”, pone en contexto la coyuntura internacional de la Guerra fría, el conflicto del sureste asiático, lo que representaba Cuba, revoluciones y golpes de Estado en América, en un México que parecía en calma, pero donde la agitación social sucedía, aunque no fuese visible en los medios: obreros y grupos guerrilleros irrumpían espacios. Los estudiantes, influidos por lo que sucedía en Francia, Alemania y Estados Unidos, se vieron empoderados ante las injusticias de la pobreza, la desigualdad y la represión que se vivía, lanzándose a una lucha desigual, que marcó el comienzo de una nueva historia en México.

Palabras clave: el 68 mexicano, movimiento estudiantil, represión estudiantil, matanza del 2 de octubre, movimiento cultural.

Abstract

The narrative of “1968 as an impossible history,” puts in context the Cold War, the war in Southeast Asia, the significance of Cuba, revolutions and coup d’état in America, in a Mexico that appeared calm, but where social uprisings—workers, guerrilla movements— were taking place, invisible to the media. Students influenced by what was happening in France, Germany and the United States, were empowered in the face of the injustices of poverty, inequality, and repression. They threw themselves into an unequal struggle that signaled the beginning of a new history in México.

Keywords: Mexico 1968, student movement, student repression, October 2 massacre, cultural movement.

El editor de *Con-Temporánea* nos ha pedido gentilmente a varios colegas escribir sobre 1968. A estas alturas, el recuerdo se confunde con la memoria histórica: lo que pienso ahora con lo que sentía en aquellos momentos e incluso con lo que verdaderamente sucedió. No puedo relatar el movimiento estudiantil sin recordar mi experiencia personal porque, primero, ahí estuve; segundo, alienta mi vanidad de haber sido un protagonista de esa historia; y tercero, estoy convencido de que algo cambió. Así pues, estas notas han sido redactadas, irremediablemente, con base en estas razones subjetivas y el engaño que implica hablar de lo que sucedió hace cincuenta años. El historiador, los personajes y los hechos se confunden, con el riesgo de inventar una historia. Como sabemos, en español, a diferencia del inglés, no hacemos distinción

entre historia (*history*) y relato (*story*), así que quizás cruzar esa delgada línea que existe entre tejer una narración y escribir sobre los hechos nos preocupe un poco menos.

Antes de ocuparnos del caso mexicano, tomemos por un momento el Mayo francés. En un ahora famoso editorial de *Le Monde*, publicado el 15 de marzo de 1968, siete días antes de que empezara la revuelta estudiantil, escrito por el respetado periodista Pierre Viansson-Ponté, se afirmaba:

Ce qui caractérise actuellement notre vie publique, c'est l'ennui. Les Français s'ennuient. Ils ne participent ni de près ni de loin aux grandes convulsions qui secouent le monde, la guerre du Vietnam les émeut, certes, mais elle ne les touche pas vraiment. Invités à réunir 'un milliard pour le Vietnam', 20 francs par tête, 33 francs par adulte, ils sont, après plus d'un an de collectes, bien loin du compte.^[1]

Se ha sacado este editorial del olvido porque revela que los observadores de la vida política con frecuencia nos equivocamos, pero también quizás porque la Francia de 1968 parecía funcionar bien. De Gaulle, el héroe de la Segunda Guerra, era el presidente, la economía marchaba aceptablemente y la sociedad parecía satisfecha y consumía como nunca antes.

Y sin embargo, estalló una inusitada revuelta estudiantil junto con la mayor huelga general obrera de su historia. Duró relativamente poco: comenzó desde finales de marzo (el día 22) y en mayo ocurrieron los grandes acontecimientos que cimbraron a Francia y al mundo: la toma de la Sorbona por la policía el día 2, las barricadas del día 10, la huelga general obrera el 13, el intento de tomar las sedes de los poderes públicos y el país paralizado el 24, y, finalmente la contraofensiva política del gobierno a partir del 30 con la disolución de la Asamblea, la convocatoria a nuevas elecciones y las negociaciones con los sindicatos. A mediados de junio, el 16, la policía recuperaba la Sorbona y la situación volvía a estar bajo control. ¿Pero por qué se rompió ese consenso aparente? ¿Cómo es que nadie se dio cuenta de lo que venía? Son asuntos que todavía se siguen discutiendo.

Pero ¿y en México? ¿También nos aburríamos? ¿Cuál fue el detonador del movimiento? Nuestro país, en la década de los sesenta, conoció un crecimiento económico bastante bueno, de más del 6 por ciento anual, con baja inflación y un crecimiento del empleo que atraía a la población rural de muchos estados del país a la capital de la república y que también permitía la expansión de una clase media de profesionistas y de pequeños y medianos empresarios. Los habitantes de las ciudades, sobre todo de cierto nivel económico, ya podíamos contar en nuestras casas con televisores, radios, tocadiscos estereofónicos, teléfonos, lavadoras automáticas, estufas de gas, planchas eléctricas y otros aparatos que transformaban nuestra vida cotidiana. Asistíamos casi cada fin de semana al cine y también a veces la familia podía contar con un automóvil. Además, las oportunidades de educación eran cada vez mayores, incluso en las instituciones de educación

superior. Los estudiantes y profesores más eruditos podían ir a una librería a comprar textos importados, además de los que editaba la Unión Soviética, que se vendían muy baratos en el comercio informal de las escuelas universitarias.

Íbamos a la Universidad o al Poli con la conciencia de que era una oportunidad que no podíamos desperdiciar: teníamos que cumplir porque nuestras familias sacrificaban parte de su patrimonio en nuestra preparación, porque el gobierno también había dedicado recursos cuantiosos a las universidades (la magnífica y hechizante Ciudad Universitaria tenía apenas catorce años), y porque era sabido que obtener un grado superior era la garantía para obtener un buen trabajo. A pesar de que el mundo se convulsionaba por el conflicto bélico en el sureste asiático, de que la Guerra fría asomaba diariamente en la prensa, la radio y la televisión (apenas habían pasado seis años desde las crisis de los misiles en Cuba), de que en otras partes del continente se gestaban revoluciones y golpes de Estado, México parecía un país en calma, reconocido por el mundo y preparándose para las Olimpiadas que iniciarían en octubre.

La agitación social en el interior estaba ahí, por supuesto, aunque se hablara poco de ella: en febrero de 1968 una marcha estudiantil que recorría el país convocada por la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED) para exigir la libertad de los presos políticos y una reforma universitaria integral había sido reprimida por el ejército y se había encarcelado a sus dirigentes. En abril, un comando guerrillero liberaba de la prisión de Iguala, Guerrero, a Genaro Vázquez Rojas, líder de la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR). En junio, el Congreso del Trabajo (CT) declaraba la huelga en contra de 450 fábricas para exigir la revisión integral del contrato de la industria textil del algodón. El 19 de julio, el Grupo Guerrillero del Pueblo Arturo Gámiz incendió el aserradero “El Salto de Villegas”, lo que desató un gran despliegue militar en la sierra de Chihuahua.^[2] Y, sin embargo, la manifestación del 26 de julio para conmemorar la Revolución Cubana apenas había reunido algunos cientos de personas.

Como se sabe, el movimiento estudiantil empieza no por la represión a esta marcha sino por la brutal acometida de los granaderos contra los estudiantes después de un pleito. ¿Cómo se convirtió esta protesta en un movimiento de la magnitud del 68? ¿Por qué aquí, como en Francia y en otras partes, nadie pudo ver lo que venía? Quizás porque detrás de nuestro aburrimiento, las ganas de divertirnos y el afán de estudiar, se ocultaba una pasión desconocida para nosotros mismos. No supimos que éramos tan poderosos hasta que nos vimos en las calles. Entonces pensamos que éramos los protagonistas de una nueva historia. Esa soberbia se había alimentado por otra parecida que movilizó a los estudiantes franceses en mayo, así como en Estados Unidos y Alemania. Un desplante juvenil contagioso que también había invadido nuestro país de manera tan inexplicable como en aquellas tierras.

En México, sin embargo, esa calentura juvenil se alimentaba de un gran hartazgo y de una rabia contenida. La pobreza y la desigualdad nos conmovieron, pero también la monotonía de la vida política, el autoritarismo y la represión. Quizás el contraste que se vivía entonces entre el progreso y la indignación, cuando el país atravesaba uno de sus mejores momentos en materia de crecimiento económico, nos hizo ver con más claridad los vicios de un desarrollo que dejaba fuera a muchos. Es probable que la injusticia se distinga más claramente cuando se percibe en tiempos de vacas gordas que cuando cunde la pobreza; pero esto sólo es una idea. El caso es que en 1968 parecía evidente que vivíamos en un país, más todavía, en una ciudad, la capital de la república, que crecía y se beneficiaba mientras el México campesino y provinciano vivía en una pobreza ofensiva que sobresalía aún más en esos momentos de auge.

En la vida política, por otro lado, no escuchábamos más que verdades oficiales. La monotonía del discurso abrumaba, y no había manera de que las voces del descontento fueran escuchadas. Los inconformes hablaban a media voz y en las sombras, y cuando salían a las calles a manifestarse o se organizaban en las fábricas y parcelas, eran duramente reprimidos. Para quienes vivimos esos tiempos, en la década de los sesenta, la irritación que nos aquejaba provenía también de ese abismo que advertimos entre la modernidad educativa y la cultura del silencio que se nos trataba de imponer en todos lados: en el hogar, en la escuela, en la inexistencia de cauces para la participación política y la organización popular ciudadana.

Todavía se sigue discutiendo si el 68 se veía venir en el mundo. Fernando Savater afirmó hace poco que, en el caso de Europa, los movimientos que se produjeron esos años fueron el síntoma de que el mundo ya había cambiado. Hay quien dice, en cambio, que el 68 fue el inicio de una mudanza histórica. Puede que en muchos países hayan ocurrido las dos cosas, pero en México el 68 fue claramente un comienzo. Y es que el movimiento se recuerda sobre todo por Tlatelolco. Aunque en realidad el ejército entró en acción desde comienzos de julio, cuando asaltó la Prepa de San Ildefonso con un bazukazo, la etapa más crítica empezó el 23 de septiembre en el Casco de Santo Tomás, cuando se enfrentaron soldados y estudiantes a balazos. Pocos días después, a diferencia de los otros movimientos estudiantiles de ese año en otras partes del mundo, el mexicano fue reprimido a sangre y fuego, masivamente y con el ejército. Cientos de vidas fueron segadas. Ello marcó a una generación y al país entero. Si el movimiento no hubiera sido aplastado por una matanza como la del 2 de octubre, quizás hoy lo recordaríamos como sucede con el movimiento del CEU de 1986-87 o la larga huelga de 1999-2000: como un momento más de la lucha social en el que hay pérdidas y logros más o menos tangibles.

El movimiento, de inmediato, no logró casi nada. No logramos despertar una nueva revolución, no se abrieron de inmediato las puertas a una transición democrática, y ni siquiera se hizo una investigación imparcial sobre los acontecimientos; pero sí se colocó en un lugar excepcional en la historia de este país y se ganó la conciencia del cambio. Desde hace años, nadie cuestiona las causas de los estudiantes y todos admiten la responsabilidad criminal del gobierno. Cuando se

grita, generación tras generación, “2 de octubre no se olvida”, creo que lo que en realidad se está diciendo es que hay un camino por recorrer, una esperanza que no se acaba, una tarea incompleta que tiene que terminarse. Un pendiente con la democracia (como quiera que se defina), con la vida política, con la justicia, con la libertad.

En 1968 los estudiantes nos sentíamos protagonistas de una nueva historia. Seguíamos los pasos de la revuelta francesa, pero también habíamos logrado romper la mascarada del “aquí no pasa nada” y del “todos estamos con el presidente y la Revolución mexicana”. También nos sentíamos seguidores del Che y la gesta cubana que derrocó a Batista y sacó a los yanquis de la isla.

Pero el 68 no fue sólo eso. También fue una fiesta. Oscurecida por la tragedia, el 68 fue algo más allá de las marchas y los mítines, las pintas y los volantes, las brigadas y la huelga. Fue también, como lo ha pintado Paco Pérez Arce en su libro *Caramba y zamba la cosa. El 68 vuelto a contar*, un rompimiento generacional, la explosión de una nueva cultura que rompía tabúes en la sexualidad, el papel de las mujeres, el patriarcado, las drogas, la música y las artes. Fue una etapa de gran creatividad artística. De este fenómeno mundial se ha hablado mucho en el mundo, pero poco en México.

El resultado inmediato del movimiento del 68, en la siguiente década, se tradujo en un reformismo desde arriba, desde el gobierno. Se intentó corregir el rumbo económico, se alentaron políticas de protección a los trabajadores, se pusieron en práctica nuevas formas de apoyo a la economía campesina, se aumentó el gasto en educación superior. Del otro lado, desde abajo, se produjo la insurgencia sindical encabezada por los electricistas y ocurrieron cientos de tomas de tierras y el surgimiento de un nuevo movimiento campesino. Lo primero acabó en un fracaso y lo segundo, en una nueva correlación de fuerzas.

Después, claro, pasaron muchas otras cosas, incluyendo el movimiento del CEU y el terremoto del 85, y luego las elecciones de 1988. Todo ello parecía apuntar en una dirección, en un movimiento que aprendía, sumaba fuerzas y ensayaba diversas formas de lucha. Excepto que el mundo también cambió aceleradamente y se nos vinieron encima el derrumbe de la Unión Soviética, las nuevas tecnologías de la información y el neoliberalismo. Contado así, parece que no hay conexión entre el 68 y el llamado fin de la historia. Pero éste es un tema que ha quedado pendiente y que tendremos que seguir discutiendo.

Lo cierto es que volver al 68 nos lleva al optimismo y al dolor. Lo primero debe servirnos a los viejos y a los jóvenes para revisar la historia sin dogmas y sin prejuicios, discutir la experiencia de un movimiento en el que hubo errores y aciertos, héroes anónimos y líderes oportunistas, alegría e irreverencia, donde lo imposible sucedió y los objetivos por los que luchamos sólo se

consiguieron parcialmente y mucho después, o nunca, como ha señalado Pérez Arce en su libro. Por eso hay que contar y seguir contando el 68 como una historia inacabada, como un relato imposible. Lo segundo, el dolor, sirve para comprometernos a seguir buscando. En el 68 buscamos sacar a los presos políticos; hoy tenemos que seguir buscando a los 43 y a todos los desaparecidos.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] “Lo que caracteriza en estos momentos nuestra vida pública es el aburrimiento. Los franceses se aburren. No participan de cerca ni de lejos de las grandes convulsiones que sacuden al mundo; la Guerra de Vietnam los conmueve, claro, pero no los afecta realmente. Invitados a juntar “mil millones para Vietnam”, 20 francos por persona, 33 francos por cada adulto, han logrado reunir, después de un año, una cantidad muy inferior”. Pierre Viansson-Ponté, nota editorial, *Le Monde*, París, 15 de marzo de 1968 [traducción del autor]. 33 francos equivalen, aproximadamente, a cinco dólares de esos años.

[2] Carlos Betancourt Cid, *México contemporáneo. Cronología (1968-2000)*, México, INEHRM, 2012.

Conversar el 68: el monumento y la medusa

Carlos San Juan Victoria*

Resumen

A través de una excelente metáfora narrativa San Juan compara el movimiento del 68 con una medusa marina, flotante y transparente, hermosa y peligrosa, que una vez que te toca te transforma para siempre. Las líneas evocan su experiencia tatuada en la piel, con un pasado de represión, agitación, muerte y a la vez nacimiento, al Babel de inconformidad y sed de injusticia que inició un cambio profundo hacia lo que siguió: el 88, las organizaciones autogestivas, las luchas de los barrios en la Ciudad de México, el #Yo soy 132, Ayotzinapa.

Palabras clave: 68 mexicano, experiencia, movimiento estudiantil, represión.

Abstract

Through an excellent narrative metaphor San Juan compares the movement of 68 to a *medusa* (jellyfish), floating and transparent, beautiful and dangerous, that once you touch, it transforms you forever. The lines evoke the experience tattooed on his skin, with a past of repression, agitation, death, and at the same time birth, the Babel of dissatisfaction and thirst for injustice that triggered a profound change in what was to follow, '88, self-managed organizations, neighborhood struggles in Mexico City, #Yo soy 132, Ayotzinapa.

Keywords: Mexico 1968, experience, student movement, repression.

Tal vez te acuerdes que nos conocimos en aquel verano cuando las jacarandas de la calle de Corina estaban todas verdes, esperando pacientes su lila invernal. Ahí se había cambiado la Prepa 6, era mi primer año y las lluvias empezaban. Si me atrevo a decirte lo que ahora pienso es, entre otras cosas, porque te llevo dieciséis.

Y con todo aprecio, no en balde nos cambiaste a muchos la vida, me parece que llegas a los cincuenta como un monumento hecho y derecho. Te esperan reconocimientos de casi todas las instituciones, tal vez no las policiacas y militares, pero autoridades escolares, diputados, partidos, medios masivos y congresos te van a quemar incienso. Y cuando naciste, casi todos ellos, con sus muy importantes excepciones como Barros Sierra, estaban en tu contra. Claro, se dirá, es que ahora vivimos en democracia.

Y en parte es cierto. Hay que festejar eso y estar alegres. Pero déjame recordarte algunas cosas. Que al paso de los años te fuiste convirtiendo en algo que no estaba en esos días lluviosos que nos cambiaron. Ahora tu monumento a los cincuenta años ya trae cincelado, inscrito en piedra, que eres el precursor de un invento posterior, una democracia sólo electoral, y que los nuevos regímenes cada vez más empresariales y antipopulares reclaman desde 1988, un año amargo, de fraude electoral, que venían de tu lucha contra el PRI-gobierno. Que eran parte de tu tiempo de modernidad, de romper con el pasado e inaugurar la democracia que los eligió, así sea mediante el fraude.

Trato de recordar desde esa mínima experiencia vivida como brigadista si algo así estaba en juego. El pliego petitorio exigía la supresión de cuerpos represivos, de leyes represivas, llamaba a la inapreciable justicia que castigara a las autoridades policiacas responsables y resarciera a las víctimas de su violencia, y algo que aún resuena fuerte en estos años de libertades democráticas, que se reconociera la existencia de presos políticos y que una política jerárquica y distante, llena de privilegios, abriera un *diálogo público*. Algo tan subversivo ayer como ahora. Un ácido contra las legitimidades de los poderes y que puede borrar lo que te cincelaron.

Hablando de ácidos y ahora que casi eres estatua, fíjate que tu forma no se le acercaba para nada. En realidad, eras como una medusa. Sí, las de mar abierto, casi transparentes, que parecen volar. Con una cabeza cohesionadora y programática, el Consejo Nacional de Huelga, de la cual surgió el pliego petitorio. Y con múltiples tentáculos con cientos y miles de fibrillas en las setenta instituciones educativas en huelga, con sus cientos de Comités de Lucha en cada escuela y sus miles de brigadas compuestas de jóvenes, hombres y mujeres que nunca —salvo excepciones— habían tenido vida pública. Habrá quien suponga que te movía la cabeza, pero lo que recuerdo es que te impulsaban esas miles de dizque patitas, múltiples, diversas y creativas. Pero no sólo es un asunto de forma. Eras medusa; sí hombre, deja te digo: sí eras medusa de las que viven en el mar salobre, las que si por algún descuido dejas que se acerquen y te toquen, nunca las olvidas, te queda una mancha roja que irrita y duele. Algo parecido le hiciste al orden vigente en esos días.

En ese monumento que eres ahora, pesa el gesto y el color del drama vivido por la represión que te gestó desde julio, te persiguió en los meses siguientes y que intentó matarte el 2 de octubre. Y sin embargo, acuérdate, la represión fue la marca del Estado. Y la acción de los estudiantes en los treinta benditos días de agosto y buena parte de septiembre, estuvo llena de creatividad, alegría y pasión a manera de respuesta a su violencia. Me atrevo a decir que lo que se vivió entonces sólo puede describirse como una gran fiesta. Un carnaval de la imaginación. Y eso me consta casi como tatuaje en la piel. Con la huelga masiva de fines de julio inició un recreo que para algunos aún no acaba. Se desajustó no sólo la política estatal, sino todo su orden cotidiano. La autoridad del señor presidente se tambaleó, pero también el orden jerárquico de las escuelas, la cohesión autoritaria de las familias, la credibilidad de los medios masivos a los que les

gritábamos “¡prensa vendida, prensa vendida!”, con la inestimable excepción del *Excélsior* de Julio Scherer, del *Sucesos* y del *Por qué!* La rigurosa programación del deseo juvenil (“quiero ser ingeniero, quiero ser doctor, tener casa, familia, perrito y un coche”) se hizo trizas para todos los atrapados en el tiempo del ventarrón. Y eso, discúlpame, pero eso no está muy presente en la memoria que te fabricaron.

Fue un tiempo donde brotaron actividades, imaginarios y deseos que antes no existían. Tomamos las escuelas en huelga, se organizaron asambleas donde por primera vez hicimos uso de la palabra, a veces sólo un penoso balbuceo que a varios los traumó de por vida, algún salón se convirtió en Comité de Lucha, surgía una República de los Iguales entre ricos y pobres, hombres y mujeres, blancos y morenos, aunque siempre algo recordaba las profundas diferencias aprendidas que regían a nuestra sociedad clasista, estamental. Proliferaron las brigadas para acciones concretas y los “círculos de estudio” para los que se atrevieran a conocer un saber arcano, el de las revoluciones socialistas, y aún más secreto, un marxismo que surgía con la fuerza del nuevo evangelio, de la palabra revelada. Muchachas y muchachos convivimos como nunca en un trato de cierta igualdad y reconocimiento, e incluso descubrimos a algunas de ellas que nos deslumbraban por su iniciativa, valor e imaginación. Las calles, los destartalados camiones y trolebuses que circulaban en Héroe del 47, los mercados del centro de Coyoacán y sus periferias; todo se convirtió en plaza pública, en lugares de volanteo, de boteo para las cooperaciones, de mítines relámpago. Entre agosto y septiembre miles de nosotros conocimos el poder que nace del número, de la alegría desbordante y de tomar la calle. Apenas surgido, aquel poder se desvanecía, pero provocó un sismo en ese México.

Había una estela de movimientos estudiantiles previos. Pero ahora no se pedía que se facilitara el acceso a la educación media o superior, que se mejorara la autonomía universitaria, tampoco que bajaran las tarifas del transporte público. Miles de chavos gritaban “¡diálogo público, diálogo público!”, algo tan ajeno a los usos y costumbres de todos, de gobernantes y de gobernados. No lo sabíamos, pero se abría una rendija y se entreveía otro imaginario del vivir en común.

Y el otro grito que también abrió el horizonte fue “¡únete pueblo, únete pueblo!”, un deseo de encuentro y de trato con el Otro que, la verdad, era todo el mundo, todos los que estaban fuera del claustro escolar. Lo que inició como incipiente trato en calles, plazas y mercados, luego se expandió en los años posteriores como un encuentro con ese ancho mundo, tan ajeno, tan extraño, de la vida fabril, de sindicatos, de los pobladores urbanos, de regiones rurales y de las culturas de pueblos y comunidades. Julio me platicó cómo llegó a Bahía de Banderas para trabajar con unos ejidos en Nayarit; fue de las primeras experiencias de la política popular. Y la Cooperativa de Cine Marginal se introducía en las zonas fabriles del norte de la ciudad. De ahí surgieron saberes y maneras de actuar y de vivir que ninguna institución educativa ofrecía. Una mezcla de tradiciones, horizontes y lenguajes nacía de los espacios de conflicto y de búsqueda de alternativas. Eran aguas salobres.

En esa Babel de la inconformidad, de la sed de justicia, de las ganas de pelear y de inventar formas de vida, se nombró de muchas maneras a lo que estábamos viviendo. Algunos lo llamaron *revolución*, con el agregado de “a la vuelta de la esquina”. Otros le decían *democracia*, pero entendiendo por ello una puerta muy grande para que miles y miles hicieran política en sus lugares de vida cotidiana y que implicaba otro orden de Estado, de escuelas, de familias y de vidas individuales. De este tamaño era esa puerta que luego se convirtió en una pequeña entrada a un laberinto electoral donde sólo te piden que a una hora de un día determinado vayas y votes, que te salgas por favor y sigas tan tranquilo en el *orden* que te fabricaron.

Tu herencia dio para todo. Una variedad de hongos venenosos donde prosperó el arribismo, la simulación, la legitimación de gobiernos espurios. Pero también esos extraños personajes que traen una especie de *software* integrado, imagino algo así como el espíritu revueltiano ¿o revoltoso? del 68. Un detector de reclamos colectivos, el fomento a la participación popular y horizontal, la certidumbre asamblearia, cierta facilidad de palabra, con sus detonadores incendiarios como el “¡ya basta!”. No puede faltar la creación de formas autogestivas en lugares tan diversos como las normales rurales, las cooperativas de la Tosepan, los barrios de la Ciudad de México que estudia mi amiga Lucía, las experiencias de los jóvenes que difundieron la solidaridad con Ayotzinapa y antes habían formado un movimiento tan imaginativo contra las nuevas dominaciones mediáticas como el #Yo soy 132. Y apenas ayer, una alegría de carnaval que acompañó a la campaña de AMLO. Y cuando los veo actuar con tanta intensidad en el conflicto del momento, la pugna contra la injusticia que ahora daña, la naciente esperanza que arrastra a muchos, me digo y te digo: gozas de cabal salud, mi buen, sigues inmerso en las aguas salobres del conflicto, los lugares propios para las medusas, no en la ceremonia ni en la quema del incienso. Perdóname, te lo tenía que decir, pero venga, hombre, si son buenas noticias, y va la mejor: yo pago los tecitos que nuestra edad aún tolera.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Leticia Reina: Nosotros, los historiadores, somos los guerrilleros de la palabra

Rocío Martínez Guzmán*

Mario Camarena Ocampo*

“Somos guerrilleros de la palabra, las letras son nuestra arma”. Así define Leticia Reina una forma de investigar que no sólo busca producir nuevo conocimiento sino también que éste impacte en la realidad en que viven los investigadores. Las preguntas que guiaron su trabajo académico se formularon en el presente, pero buscan las respuestas en los procesos históricos de los siglos XIX y XX. Así, los temas que ha trabajado a lo largo de su carrera académica responden a una problemática política del momento. Cuando en los años setentas el asunto del movimiento campesino y la lucha por la tierra se convirtieron en centrales, Leticia abordó un problema fundamental: el de la formación del primer municipio de izquierda en el istmo de Tehuantepec; después pasó al movimiento indígena y sus formas de expresión durante las contiendas electorales, y ahora se interesa por el fortalecimiento de la cuestión étnica, insertándose fuertemente en las discusiones historiográficas.

Con una visión de historiadora y antropóloga, Leticia se adentra a entender los conflictos que viven las comunidades campesinas indígenas en Oaxaca, Veracruz, Puebla y el Estado de México. Se ha preocupado por acudir a los lugares sobre los que investiga, tanto a través de su presencia física como de la búsqueda en sus archivos. Después de cuarenta años de trabajo en diversos lugares del país, la violencia en el territorio nacional la limitó a centrarse en la Ciudad de México, pero sin perder su principal interés, los pueblos indígenas en los siglos XIX y XX.

La siguiente entrevista narra una parte de la vida académica de Leticia Reina, investigadora de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. Su memoria y voz se ven materializadas en este documento. La entrevistaron Mario Camarena Ocampo y Rocío Martínez Guzmán en la Dirección de Estudios Históricos, en junio de 2017. Incluimos al final una bibliografía de nuestra entrevistada.

LR: En la actualidad, el proyecto que me ocupa más tiempo es la historia de los pueblos indígenas de la Ciudad de México. ¿Por qué escogí la Ciudad de México? La investigación no tiene una respuesta lógica, racional, científica, ni tampoco las decisiones de quienes la hacen; te vas por un rumbo o por otro, hay mucho de subjetivo. Esto no lo hubiera dicho hace veinte años.

Entonces creía en la ciencia exacta y veía a las ciencias sociales como ciencias exactas; pero hoy día te puedo decir que toda mi vida académica he trabajado en archivos de ciudades del interior de la república. Trabajé muchos años sobre Oaxaca y mi último libro, *Cultura política y formas de representación indígena. Siglo XIX*, versa especialmente sobre esta entidad, además de Veracruz, Puebla y el Estado de México. Es un análisis comparativo de las elecciones en los pueblos y en algunas localidades, sobre todo pueblos indígenas de esos estados. Además, me fui siete años a vivir a Oaxaca, tuve más de cerca mis recorridos de campo, lo cual resulta un complemento indispensable para el historiador.

La historia se alimenta del presente. Las preguntas que los historiadores nos hacemos deben nacer del presente, aunque vayamos a buscar las respuestas en el pasado. Por eso llegué al tema de las elecciones, porque vivimos momentos altamente convulsivos en torno a las elecciones en México, sobre todo la forma de elección que tiene lugar en los pueblos indígenas del país, donde lo que está en juego no es una figura que pretende gobernar, sino la representatividad política en las pequeñas localidades. En esa representatividad les va la vida o la muerte, su posibilidad de reproducción o su extinción. Ellos quieren y necesitan de alguien que realmente los represente ante las instancias superiores de gobierno, y donde tienen puesta la esperanza es en ese candidato, porque esperan que va a defender sus intereses, la tierra, el agua y los recursos naturales, de agentes agresores a la comunidad.

MCO: Lety, ¿por qué la ciudad?

LR: Después de cuarenta años de andar danzando por todos los archivos de México, decidí no viajar más. Hay mucha inseguridad, te vas a Veracruz y hay veinte colgados en el malecón, te vas a Oaxaca y hay una represión muy fuerte hacia los maestros. Eso la verdad sí me disuadió de seguir asistiendo a archivos del interior del país. Decidí que lo más cercano era la Ciudad de México, pero mi centro de interés han sido siempre los pueblos indígenas, la comunidad. Yo tengo un amor profundo por el siglo XIX, pero lo que estoy trabajando es el siglo XX en la Ciudad de México; trato de analizar las elecciones locales, mas no he encontrado buen material. No me interesa observar las elecciones municipales desde la perspectiva de la ciencia política, es decir, no me interesa cuántos votaron y quién ganó, sino por qué la gente acude a votar, qué hay atrás de las votaciones. Yo lo veo desde la perspectiva de la antropología política y no de la ciencia política: ¿por qué la gente se organiza para participar en los sufragios, y de qué manera ha participado en las elecciones a partir de que México se convirtió en una república independiente y se instauró un nuevo modelo político? Las repúblicas de indios y los pueblos en el periodo colonial tenían otras formas tradicionales de elegir a sus autoridades; eran las familias de caciques las que por herencia iban sucediéndose. Claro que siempre ha existido lo que los colonialistas han llamado el proceso de “nahualización”, que consiste en que, cuando muchos de los gobernados no están de acuerdo con esa familia o cuando ésta pierde su representación étnica, ocurren revueltas y otros grupos de la comunidad toman el poder, sobre todo los que vienen desde abajo.

En el siglo XIX, con el nuevo régimen político, se instaura esta nueva forma “democrática”. No me gusta la palabra porque no engloba el concepto de voto directo e individual propio del liberalismo que se instaura en México en esta época. La pregunta que surge del presente es: ¿por qué si en el siglo XIX se instaura el régimen del voto directo en las urnas, aún existen en Oaxaca municipios con un régimen de elección por usos y costumbres? Respecto de este sistema de cargos, podría pensarse que es nada más un sistema de organización social y religiosa, pero en realidad también implica lo político, porque en el camino para llegar a ser presidente municipal están imbricadas tres esferas: la social, la religiosa y la política. Nada parecido sucede en las ciudades o en el supuesto mundo occidental, en esta otra forma de organización que se impone a partir del siglo XIX con la república.

Una organización liberal, donde el individuo es lo que cuenta, necesariamente debe preguntarse: ¿De dónde surgió la idea de que las comunidades se hagan representar o elijan a su presidente municipal a través de usos y costumbres? En realidad, siempre estuvo ahí, era lo que el PRI, el partido dominante, llamaba “las fuerzas vivas”. Entonces aquel personaje que realmente representara a la comunidad era introducido a este partido y luego ya era nominado para presidente municipal. En el periodo de Diódoro Carrasco se reconoce en el estado de Oaxaca esa forma de gobierno, aunque no es más que reconocer lo que ya existía. ¿Pero por qué a veces aparece y a veces desaparece?

Con esa pregunta me fui al siglo XIX y encontré que, en un principio, como dice Antonio Annino,^[1] los pueblos abrazaron esta nueva forma de elección porque querían renovar sus poderes, y ésa fue la forma que encontraron para ello. Pero de pronto (esto ya se lo agregó yo) se dieron cuenta de que había agentes externos interesados en imponerles o cambiarles sus autoridades. Pues resulta que en algunas ocasiones los pueblos votan según sus usos y costumbres, de una forma genérica —a la que los antropólogos le han llamado votar a mano alzada—, y si al final todo el pueblo concuerda en que los gobernantes ya no representan a la comunidad, se movilizan para derrocarlos. A partir del siglo XIX, muchas comunidades votaban de esa manera, hacían su ritual con una serie de prácticas religiosas y cuando alguien resultaba electo el día de la votación, lo único que decían era: “ah, aquí está”. Entonces registraban a ese personaje frente a las autoridades estatales y nacionales. Todo esto pude analizarlo en cuatro estados de la República: Oaxaca, Veracruz, Puebla y el Estado de México. Este proceso es una forma de ciudadanizar al indígena, es una forma de incorporarlo a un sistema político nacional; aunque no es el único. Hay otras formas, como los impuestos o la educación. Entonces, ¿qué concluimos sobre estos pueblos de alrededor de la Ciudad de México, son indígenas o ciudadanos? Para mí son las dos cosas, tienen, como yo ya había dicho, una cultura clandestina.

También se me ocurrió otra figura, la de una cultura híbrida, pero en el sentido mecánico, no como lo formula García Canclini.^[2] No es un mestizaje, no se convierten en otra cosa; ellos

siguen siendo lo que eran, pero bajo ciertas circunstancias funcionan como comunidad indígena y, bajo otras, como ciudadanos del Distrito Federal o del país, según les sea conveniente.

RMG: Tras rastrear todo este proceso desde el siglo XIX hasta ahora, ¿qué te parece la respuesta de las autonomías indígenas al proceso de globalización?

LR: Como lo comenté en mi libro *Indio, campesino y nación*, en los últimos años hay un proceso de etnización en el mundo como efecto secundario de la globalización. Podríamos pensar que las culturas indígenas y lo étnico habían desaparecido del mundo, pero por el contrario, tal parece que el mismo internet les dio fuerza y la misma globalización les permite estar en contacto con muchos otros indígenas del mundo. Así, lo que ha pasado es que se ha reforzado la etnización; la paradoja del neoliberalismo. Pero en este momento estamos entrando en una etapa terrible por la pérdida de la autonomía, los grupos étnicos tendrán que volver a la invisibilidad en que estuvieron hundidos durante el siglo XIX y a principios del XX. Me parece que la radicalización revive y las autonomías terminan: está iniciando una tendencia a la pérdida de la autonomía que habían logrado muchos grupos indígenas en México, en Latinoamérica y en el mundo, tendemos a ignorar a estos pueblos. La gente antes se mostraba orgullosa de ser indígena, incluso se apelaba a lo indígena; como decía Christian Gros,^[3] antropólogo francés: hay que ser indio para ser moderno. Ser indio era un capital por explotar, pero ahora ya no.

MCO: Lety, ¿cuál sería el papel de nosotros los investigadores en esta transformación de lo indio?

LR: Somos guerrilleros con la palabra, las letras son nuestra arma. En 1975, año de ascenso del movimiento indígena, empecé a dar clases en Chapingo sobre el tema de los indígenas. También empezaba a trabajar con García Cantú, que había publicado su libro sobre el socialismo en México.^[4] Yo trabajaba rebeliones campesinas y además tenía una concepción muy propia de la clase media sobre el tema; decía: “qué bonitos los movimientos indígenas”. Para mí eso era una abstracción, una materia a aprender, hasta que en una ocasión mis alumnos de Chapingo, que eran campesinos, me dijeron: “Mañana nos vamos a la Huasteca con nuestra gente a tomar tierras, vámonos”. Y yo: “¡Ups! No, es que tengo una niña de un mes. No, no me puedo ir”, además de que siempre he sido miedosa. Entonces decidí que no, yo no iba a agarrar el fusil, mi trinchera son los libros, y desde ahí podemos ser guerrilleros de la palabra.

MCO: ¿Y por qué optaste por trabajar cuestiones campesinas allá en los setenta?

LR: Entré a estudiar a la Escuela de Antropología en 1967, y en el 68, mientras cursaba la carrera de antropología, se atraviesa el movimiento estudiantil: corren a todos los profesores de antropología; el gobierno les retiene su cheque a Bonfil, a Margarita Nolasco, a todos ellos, “a los siete magníficos” los corren de la Escuela por la vía de no pagarles. Se van a trabajar a la lbero y a nosotros nos llegan profesores de la Universidad, sociólogos y economistas, que nos daban marxismo uno, dos, tres, cuatro y cinco. Nos leímos *El capital* hasta tres veces en el mejor de los casos, porque muchas veces nos ponían a leer a Marta Harnecker.^[5]

Entonces empecé a trabajar con Enrique Florescano en 1971 en el Castillo de Chapultepec. Él regresaba de hacer su doctorado en Francia y estaba contratando a varios estudiantes. Su prima, la sobrina de Alejandra Moreno, me llevó al castillo, porque éramos amigas, y empecé a trabajar, pero de todo ese grupo yo fui la única que se quedó ayudándole a rescatar los archivos. Y de pronto, comentando las noticias, salía el tema de que estaban tomando las tierras los campesinos. En aquella época a cualquier trabajador del campo se le llamaba campesino, el gobierno y los antropólogos lo llamaban así, porque además estábamos estudiando marxismo y pues así, como costal de papas, eran campesinos y tomaban tierras. Bueno, además era una demanda propia de esa época, las tierras, y entonces a mí me interesaron mucho los aspectos económicos. Le preguntaba yo a Enrique Florescano: “¿Y antes cómo fue? Estábamos trabajando sobre la Colonia, preguntándonos qué había pasado entonces y qué en el XIX. Él invitó a García Cantú a trabajar en el castillo, a dirigir un seminario, y varios entramos a trabajar ahí rescatando documentación del siglo XIX. García Cantú tiene un capítulo en su libro que se llama *Las rebeliones campesinas en el siglo XIX*, tema que yo trataba de trabajar; también había un capítulo de Moisés González Navarro, “Las rebeliones campesinas”, en *Historia moderna de México*. Bueno, eso y los estudios de los movimientos campesinos de Engels fueron mi biblia, con eso ¡vámonos al Archivo de la Defensa! García Cantú me ayudó a entrar, y curiosamente, fijense, nadie había entrado, ningún historiador hasta ese momento en el año 71 había entrado al Archivo de la Defensa. Fue la veta de oro más grande que yo he encontrado en toda mi vida de historiadora, cuarenta años, nunca me he encontrado una fuente tan rica de información como el Archivo de la Defensa Nacional. Gastón García Cantú me dirigía y con él aprendí el oficio del historiador, porque yo no sabía ni qué era un archivo.

MCO: ¿Cómo combinabas la historia y la antropología?

LR: Mira, era relativamente fácil porque yo en realidad estudié antropología hasta que me fui a Francia. Aquí había estudiado marxismo, tenía herramientas metodológicas, sabía lo que era el materialismo y había trabajado un año con Enrique Florescano sacando información para su trabajo de historia oral; pero, la verdad, me formé sobre la marcha. Pero algo que sí hay que resaltar es que en esa época pocos trabajaban el movimiento campesino, menos para el siglo XIX, tan sólo los círculos de García Cantú y Moisés González Navarro. La Dirección de Estudios Históricos fue pionera en ese tema, como en muchos otros, en lo de los obreros o de las mujeres. Fue una época de oro: se abrieron nuevas vetas de investigación, fuimos los primeros en muchos campos, y aportamos y formamos gente que en ese momento empezó a trabajar esos temas. Esto llamó la atención de historiadores norteamericanos; ahí empecé a dialogar con Friedrich Katz, John Tutino, Coswell, John Hart y Eric Van Young,^[6] y pues nos hicimos muy cuates.

Luego me fui a Francia, donde empecé a tomar un poco del estructuralismo. Ya no era sólo la rebelión por sí misma: después de la compilación que hizo Friedrich Katz, empezó a nacer una historia de corte social con aspectos muy interesantes que destacar, por ejemplo, la relación de la comunidad con el Estado. Entonces era así como se trabajaba, de una manera muy global, no

se trataba de la lucha de clases sino del Estado y las políticas agrarias que imponía y cómo las comunidades reaccionaban ante esta situación.

Otro libro sagrado para mí fue el de Toño García de León, *Resistencia y utopía*.^[7] Yo decía: “quiero ser así cuando sea grande”. Entonces empecé a trabajar desde la perspectiva del estructuralismo; tuve que reconstruir toda la estructura agraria en términos de historia, y ahí fue cuando empecé a trabajar sobre problemas agrarios que de una u otra manera me llevaban nuevamente a los movimientos y las rebeliones campesinas. Era una antropología estructuralista, pero finalmente también muy marxista.

MCO: ¿Eso fue a fines de los setenta?

LR: Sí, en el 79. Fue cuando empecé un proyecto a nivel nacional, juntando a los campesinos, que eran mi tema de estudio, con ferrocarrileros, mineros y obreros textiles.

RMG: Retomando lo que dijiste hace un rato de que somos guerrilleros de la palabra, ¿cómo definirías o cómo describirías tu propia lucha?

LR: Pues mira, ha sido una lucha llena de luz, con mucha suerte, que he vivido con gran alegría y me ha gustado mucho. ¡Hasta me da emoción! Nunca me lo habían preguntado así. Qué importa si no pude agarrar el fusil para arreglar este país, fuimos una generación que creyó que México cambiaría. Soy producto del 68, y aunque no participé activamente porque era muy chica y no me dejaban en mi casa, después todos los amigos y yo (imagínate: Paco Ceja, Paco Taibo, luego Saúl, luego Carlos San Juan) estuvimos militando en el Movimiento Obrero, siempre con mucho temor, pero en la escritura encontré mi trinchera y por lo menos pude hacer eso.

MCO: ¿Cuándo encontraste a Paco y a todos ellos?

LR: Paco Ceja quería estudiar antropología y así lo conocí, y Paco Taibo fue mi compañero en tercero de primaria cuando llegó de España, y dice que fuimos novios, pero no me acuerdo... A la Escuela de Antropología (y hasta ahorita lo estoy pensando) yo creo que no fueron a estudiar sino a grillarnos. Porque ellos militaban junto con Armando Bartra y de esa sección era también mi exmarido Sergio Perelló, junto con Carlos Aguirre y René Cabrera. Y aunque venían de otras facultades y eran mayores que yo, pues me cooptaron.

MCO: ¿Eso fue en los setenta?

LR: Sí, bueno, entre el 69 y el 71, porque teníamos lo del cine experimental: íbamos con las cámaras a filmar la formación de los sindicatos independientes; fue la primera vez que se crearon sindicatos al margen de la CTM.

MCO: ¿Todos ustedes entraron a la Dirección de Estudios Históricos?

LR: Yo me traje a Sergio, mi exmarido, el papá de mis hijos, pues era amigo de todos y andaba en las mismas militancias. Hay anécdotas muy chistosas del trabajo de archivo que hacíamos con Enrique Florescano, porque él llevó a Paco Taibo, a Belarmino y Paloma, un relajo de gente, pero hasta el mismo Enrique Florescano dijo: “Nunca habían trabajado tan bien”. Pero a las dos de la tarde decía Paco: “Ya Enrique, se acabó, nos vamos a jugar y a tomar una cerveza”. “No, pero cómo, también se trabaja en la tarde”. “Bueno, a ver, revisa. ¿Quién te ha avanzado tanto en el trabajo? Nadie, ¿verdad? Entonces se acabó”. Enrique doblaba las manitas y nos íbamos a comer y a jugar cartas. Como había periodos de trabajo de archivo, cada no sé cuándo viajaban a Morelia, pero Sergio empezó a trabajar con Alejandra, y yo con él a hacer historia social, su historiografía social. De pronto me dijo: “Se me ocurrió que nosotros estamos aquí sacando diezmos mientras que allá afuera están en el movimiento campesino”. Entonces abrió el libro de García Cantú y dijo: “Vamos a invitarlo. Él trabaja el siglo XIX, ¿te interesa?” “Sí”. “Entonces lo voy a invitar a que dirija un seminario”. Terminaron peleándose muy feo y a mí me mandaron a trabajar al CIESAS, que entonces era el CIS-INAH.^[8] Bonfil, que estaba de director, me dijo: “Está tan feo, mira, mejor vete”. Entonces me fui a trabajar a Chapingo, cuando Sergio estaba trabajando con Alejandra, y le dijimos a Paco Ceja, y luego también a Saúl, a quien yo le di clases. En el 74 empecé a dar clases con Armando Bartra y con Julio Moguel en la Escuela de Economía, en el seminario de la cuestión agraria. Entonces formamos junto con la UNAM la revista *Cuadernos Agrarios*, que se hacía en Chapingo. Para eso invitamos a Paco Abardía y luego también a Saúl, y él jaló a Carlos San Juan. Pero antes de eso, durante los años 77 y 78, me fui a Francia con mis dos hijos a estudiar el doctorado. Cuando regresé, en 79 u 80, Bonfil me llamó, pues sabía de mi regreso, y me dijo que fuera a ver a García Cantú y que entrara a trabajar al CIESAS, pero enfocándome en el movimiento campesino actual de América Latina. Primero pensé: “No, es mucho esfuerzo, y además mis hijos están muy chiquitos y yo apenas vengo regresando del doctorado”. Diego tenía tres años y medio (me lo había llevado de dos meses) y Andrea tenía cinco. “Además —pensaba yo—, ahora sí ahí se ven, me voy a Brasil o a Nicaragua”. Pero hay que saber combinar la maternidad con la investigación, para lo cual eso de ser historiadora me vino bien, porque es un trabajo que puedes combinar fácilmente con la maternidad. El director oficial de mi tesis fue Maurice Godelier, y también tomé clases con Gunther Frank y Costas Gorgopoulos. En cambio, iba muy poco a oír a Pierre Vilar, pues me interesaba más la antropología, prefería aprender con Costas Gorgopoulos. ¿Ves? Puros marxistas. A Godelier me lo leí al derecho y al revés, con óptica de corte antropológico. A mi regreso a México, se empieza a redescubrir lo indígena. Los historiadores y la Escuela de Antropología, a través de Gramsci —según mi punto de vista—, recuperan lo popular y lo étnico. Los sectores radicales y los marxistas trasnochados no aceptaban que hubiera algo más allá de la lucha de clases, pero a través del Gramsci militante vemos la perspectiva de lo popular y se empieza a estudiar otras culturas además de la urbana occidental. Yo regresaba de Francia empapada de estructuralismo, y en el diálogo con otros colegas encuentro que me interesa trabajar historia cultural, no tanto el aspecto de la lucha como la diversidad social que permite analizar las diferencias culturales.

MCO: ¿Cómo era vista entonces esta relación de antropología e historia?

LR: Casi no se tenía en cuenta, al grado que Toño Escobar, que es historiador y vivía en un mundo de antropólogos adentro del CIESAS, me decía: “Leticia, ven a ayudarme, me van a evaluar, pero siempre me están asediando porque dicen que quién sabe qué estoy haciendo”. Entonces yo iba a apoyarlo diciendo: “Bueno, la historia también es ciencia ¿no?, entonces déjenlo en paz”. Dentro del CIESAS eran muy cuestionados y muy criticados los historiadores; ahora ya no, porque entablamos diálogo e hicimos muchas cosas juntos con Cuauhtémoc, Toño Escobar y Romana Falcón, y entonces creció una relación amistosa, muy productiva y cordial, y no sé en qué mezcla terminó. Pero yo siento que la obra donde reflejé esa relación, donde plasmé muchas inquietudes diferentes, es el libro del istmo de Tehuantepec, que además es un libro que se coció a fuego lento. Entre todos los temas que había venido trabajando, el que me dejó mayor satisfacción fue haber reconstruido toda esa historia social y cultural del Istmo, porque es muy difícil trabajar sobre grupos indígenas del siglo XIX debido a la escasez de registros, y todavía más hacer historia cultural, pero es algo que me gusta mucho.

MCO: Lety, ¿cuándo empezaste este trabajo?

LR: Empiezo a trabajar eso en el 86, mientras estaba en Oaxaca. Trabajé con un grupo de compañeros para hacer una historia del istmo de Tehuantepec, pero en realidad terminamos haciendo la historia de Oaxaca desde el periodo prehispánico hasta 1986, que era lo que estábamos viviendo, y esa historia agraria de Oaxaca apareció poco después en dos volúmenes. Pero luego dije: “Ya me cautivó el istmo de Tehuantepec”, y así decidí estudiar a mayor profundidad su historia. En el libro que se llama *Economía contra sociedad* empecé a encontrar toda la historia de las mujeres y toda la parte cultural.

MCO: Pero estabas en el contexto del conflicto de la COCEI.[9]

LR: La COCEI me llamó para trabajar las elecciones. ¿Por qué? Respecto del conflicto de la COCEI, historiográficamente hemos dado como explicación la presencia de movimientos campesinos dentro del porfiriato. Yo no encontré información sobre dicho periodo y no me dejaron revisar el archivo de los militares. En aquella época, a finales de los setenta, tras consultarlo con varios historiadores norteamericanos como John Hart, Tutino o Friedrich Katz, la explicación que dimos a esa ausencia de movimientos campesinos durante el porfiriato fue que el Estado se hizo fuerte y que manejaba con destreza las fuerzas represivas que controlan a las sociedades. Nos quedamos muchos años con esa explicación, pero ya viendo con lupa la documentación del istmo de Tehuantepec, encuentro cómo en la época del porfiriato los mismos líderes sociales campesinos empezaron a dirigir las luchas electorales por el municipio.

MCO: ¿Ya no por problemas indígenas sino por problemas municipales?

LR: Pero además, ojo: no luchan por la tierra. Durante el siglo XIX no hay diferencia entre luchar como campesinos o como indígenas, es sólo la lucha porque “me subieron los impuestos” o “nos quitaron el agua” o por los recursos naturales. Pero en ese momento aparecen otras causas:

“queremos a tal autoridad” o “ya nos están pirateando las urnas para elegir a nuestro presidente municipal, queremos que nos respeten”. En 1986, cuando estuvo el congreso de historiadores mexicanos norteamericanos en Oaxaca, donde yo presenté esa ponencia, también ganó la COCEI y se convirtió en el primer municipio de izquierda en todo México. A través de la documentación, entiendo que los campesinos habían estado luchando por las tierras en Juchitán, y los líderes postularon para presidente municipal a uno de ellos, lucharon en las elecciones y entonces tuvieron al primer presidente municipal y al primer municipio de izquierda. Pensé: “Esta historia es la misma, quiere decir que esto se repite en todo el país”, y empecé a trabajar el porfiriato, pero no buscando luchas campesinas sino conflictos electorales, pre o postelectorales, pero siempre porque “nos robaron la urna” o porque “la embarazaron”. Bueno, todo lo que oímos en los periódicos hoy día es lo mismo que desde el porfiriato. Así empecé a trabajar el tema de las elecciones, pero desde la perspectiva de la antropología política, investigando por qué la gente lucha para tener un presidente municipal, por qué se moviliza. Lo hacen con la esperanza de lograr que las autoridades estatales resuelvan el conflicto agrario, bajen los impuestos o recuperen sus bosques. Entonces, los distintos contendientes en las urnas representan diferentes intereses económicos de la comunidad. Hay dos formas muy generales en que los indígenas quitan a la autoridad tradicional o a su “tata mandón” porque dejó de representar los intereses de la comunidad y está protegiendo los de otro jefe político. Por una parte, deciden que ya no van a elegir por usos y costumbres, porque esa camarilla podría reelegirse. Entonces instalan la urna, echan los votos, los cuentan y ven quién de la comunidad quieren que los represente. La otra es cuando el jefe político, coludido con otras autoridades, les está imponiendo un candidato. Entonces dicen: “No, nosotros queremos a un paisano o a uno más joven”, porque también ocurren estos procesos de “nahualización”, como dicen los colonialistas: a veces simplemente sucede que los jóvenes ya quieren tener acceso al poder y son gente que sí representa los intereses de la comunidad. Entonces también instauran el colegio electoral y las urnas para poder demostrar ante la prensa, ante Porfirio Díaz y ante las autoridades, que ése es el candidato que ellos quieren.

MCO: Oye, Lety, esto que estabas planteando allá en los ochenta era muy novedoso. ¿Cómo te vieron los marxistas en la ENAH?

LR: Pues por poco y me lincha un estudiante, pero a través de los libros empecé a divulgar los estudios sobre los indígenas y su cultura, las estratificaciones y las luchas al interior.

MCO: Se trató de conflictos internos.

LR: En efecto. Cierta día, yo dictaba una plática cuando de pronto se levantó un muchacho enfurecido por allá atrás del auditorio: “¡Es que cómo es posible —gritó—, tú dijiste que la comunidad se enfrentaba toda a los hacendados y que la lucha de clases...!”. Yo respondí: “¡Un momento! Eso lo escribí hace veinte, treinta años. Denme chance, las perspectivas historiográficas cambian, las preguntas que uno se hace cambian, la realidad es mucho más compleja de lo que nosotros creíamos en aquellos años a través de la óptica marxista. Yo no la

niego, yo sigo siendo dialéctica, sigo creyendo que existe realmente lucha de clases, pero a eso hay que agregarle también la lucha generacional, la lucha interna por el poder y que la sociedad no se comporta siempre como un bloque monolítico”. Ésa es la única ocasión en que he tenido confrontación, porque finalmente en todos los otros congresos creo que hemos ido creciendo juntos.

MCO: Oye, Lety, esto fue en los ochenta, cuando estuviste en la ENAH explicando todo el proyecto del Istmo, que fue muy fuerte, pero ya en los noventa vino todo el asunto del zapatismo ¿no? Más bien desde el 92, con los cambios a la ley.

LR: Sí, pero en esos años e incluso desde los ochenta, estuve trabajando más con los antropólogos del CIESAS y con antropólogos franceses. Entonces fue cuando hicimos dos libros, primero uno, en los noventa, sobre identidades en peligro, y luego *Los retos de la etnicidad en los Estados nación del siglo XXI*, pero ahí sí fue una combinación de historiadores y antropólogos en cada temática, identidad y etnicidad. En cada libro había dos historiadores que trabajaban la Colonia, otros dos para el siglo XIX y dos para la época contemporánea. Hubo una buena discusión entre historiadores y antropólogos, y yo, mientras trabajaba en eso, me dediqué a analizar y a reflexionar un poco más sobre el asunto de la autonomía.

MCO: ¿Por qué 2010?

LR: Bueno, como historiador sabes que cada que cambia el milenio surgen muchos temores irracionales, que la gente se interesa por lo esotérico porque no sabe qué traerá el milenio. Pero yo no profundicé tanto en eso porque empecé a darme cuenta de que en México los siglos no terminan con el siglo sino con revoluciones, que son 1810 y 1910, y por lo tanto la clave no estaba en el 2000 sino en el 2010. Y entonces fue cuando invité a Katz, a Alan Knight, a Tutino, a Annino. Incluso tuvimos un seminario en Washington para reflexionar en torno a la historia cíclica y yo les expuse mi idea de ver los paradigmas y las paradojas de cómo empezaban y terminaban los siglos, pero bueno, ya ustedes revisarán el libro. Por ejemplo, John Tutino, en vez de constreñirse a hacer lo de su periodo (porque cada uno iba a tratar cierto periodo específico), trabajó todo, desde la época colonial hasta la fecha. Luego hubo otros como Alan Knight, que me dijo: “No, es que no te puedo entregar el artículo porque necesito ver quién gana las elecciones en el 2000”, y yo le decía: “es que no importa quién gane” (como a mí nunca me ha interesado quién gane). “¿Cómo de que no?”, “No —le dije—, es que las cosas van a seguir igual, en México la cultura política es tan fuerte que no va a pasar nada”, y por desgracia la historia me dio la razón, no pasó nada. Mucha gente se puso muy contenta, pero yo no compartía su ánimo. Así hicimos ese libro, fue divertido porque además estuvimos conviviendo con Elisa Servín en Washington, a donde fuimos a dar una serie de pláticas y en los tiempos libres platicábamos también con Lorenzo Meyer y con Enrique Semo, dos personajes increíbles, fuera de serie, muy alegres. Había grandes personalidades, ¿no? También estaba quien yo considero uno de los mejores antropólogos hoy en día, Guillermo de la Peña. Todos eran grandes

personajes; habían aterrizado en mi idea, haciendo grandes aportaciones, pero no había una dinámica de homogeneidad, el objetivo de que el libro fuera una unidad.

MCO: Oye, Lety, regresando un poquito atrás: en los noventa se realizaron cambios al artículo 27 constitucional bajo una fuerte influencia del Convenio 169 de la OIT. ¿Eso qué tanto impactó en todos tus trabajos?

LR: Mira, todos esos cambios legislativos no repercutieron en mis trabajos, porque tampoco impactaron realmente en la sociedad, como tampoco impactaron las Leyes de Reforma en el siglo XIX. Sí, en México se hacen las leyes cuando ya las cosas sucedieron. ¿A qué me refiero? Las leyes que impactaron y que desamortizaron las tierras más productivas e importantes en el siglo XIX fueron las de Gómez Farías, no las del 57, que sólo sancionaron una práctica ya establecida. Podríamos profundizar en ese aspecto, pero ahorita vamos a lo que nos ocupa. Mi planteamiento es que las Leyes de Reforma no impactaron grandemente a la sociedad y por eso traigo un pleito con la gente del Colegio de México, pues yo les propuse que las que impactaron fueron las anteriores y no éstas. Además, cuando se da la reforma al artículo 27 constitucional, en los hechos las tierras más productivas en Sinaloa las tenían las transnacionales. ¡Y qué más daba la legislación! Entonces las leyes como que tratan de legislar lo que por el lado de los hechos ya sucede. Ahora, las tierras que no habían tomado en sus manos los latifundistas o las transnacionales para hacerlas productivas son las tierras que siguen ahí, que nadie ha querido comprar. Ellos las pueden vender, pero nadie se las compra porque son tierras pobres. Los grandes comerciantes y las transnacionales, capital norteamericano sobre todo, ya controlaban la producción, la compra y la venta de toda la mercancía, pues la ley daba lo mismo. Y entonces hubo mayor respuesta de los intelectuales que de la misma gente del campo.

MCO: ¿Y el zapatismo en el 94?

LR: ¡Ah, ese sí que es otro tema! ¡Ese sí que impactó! Un proceso de etnización, de reconocimiento de las diferencias, un movimiento que sobrevivió, o sea que ganó una nueva cara, por primera vez tuvo lugar en México. Por primera vez los campesinos indígenas de Chiapas luchaban no contra uno solo de los problemas económicos o culturales, ¡iban por todo!: “¡Quiero un lugar en esta nación —dicen—, queremos seguir siendo como somos, queremos que se nos respete y queremos un lugar en este México!” ¡Es el todo!

MCO: ¿Cómo influyó el levantamiento en tu investigación y en los temas que estabas trabajando?

LR: Primero me puse a hacer un recuento de los movimientos campesinos y las formas de abordarlos. Cuando empecé a estudiar el siglo XX ya no me daba la vida para trabajar en el archivo y el campo al mismo tiempo, y entonces nada más hice un análisis historiográfico a partir de fuentes secundarias. Pese a esta limitación, obtuve una perspectiva interesante de cómo fue cambiando la cara del movimiento campesino incluso durante la época enriquesta. Ante los ojos incluso de quienes éramos estudiantes ya con conciencia social al inicio de los setenta, parecía

como que después de la Revolución no había habido nada, y de pronto aparece esto. Resulta que hay muchas formas distintas de ese movimiento: existe el de Lucio Cabañas, el de Genaro Vázquez, otros tipos de luchas, pero al final son distintas caras de la misma moneda. Durante el enriquecimiento también se luchó por las elecciones, pero era el mismo viejo problema agrario, el sinarquismo, los cristeros. México no ha dejado de estar en lucha, el campo no ha dejado de defenderse, siempre cobra distintas caras, pero se defiende.

RMG: En estos procesos de cambio personales y académicos, ¿en qué momento reconoces que se tiene que incluir la subjetividad en el trabajo académico? ¿Cómo ocurre ese proceso?

LR: Pues llegué a ello a través de la historia cultural y se combinó con una estancia en Sevilla, donde encontré una documentación de Tehuantepec muy interesante, que actualmente ya ha sido trabajada por otros investigadores, y que trataba sobre la famosa Rebelión de Tehuantepec. Primero exploré el camino de las tierras; después encontré otro más interesante, el de los circuitos comerciales, pero también encontré chismes del rapto de una novia, o sea, líos de faldas que es lo que derramó la gota. Esto no negaba lo otro, pero sí me interesó mucho, y entonces empecé a leer novelas del istmo e incorporé cosas relativas a los militares. Estos problemas de la separación del istmo, de faldas y personales, los incorporé también en una ponencia. Son una plena expresión de subjetividad, demuestran que la gente no sólo es un grupo de actores sociales, no es de mármol; la gente también sufre, siente, vive ¡y se enoja! Y claro, hay una base social esperando un líder que conduzca su lucha: ¡una lucha social! Pero los líderes y aquellos que toman decisiones, que también son personajes cuya subjetividad puede rescatarse mediante la documentación, pues actúan según se espera de personas viscerales. Es muy interesante también analizar ese otro aspecto racional y de justicia social, pero en donde está involucrada la parte subjetiva de ese personaje, que va contra otro quizás simplemente porque, en el fondo, le hizo una afrenta personal.

MCO: Nos comentas que trabajas archivo y que has practicado también una suerte de antropología, bueno, observación. Ahora incorporas una tercera fuente que también es bien interesante: la novela, la literatura. ¿Entonces también has trabajado con la literatura en términos históricos?

LR: Sí, y sobre todo le he dado credibilidad, porque son novelas escritas por hijos de personajes importantes, por lo que yo parto del hecho de que tuvieron información familiar, una suerte de biografía no escrita de los personajes históricos. Entonces, contrastándolas con otras fuentes de información te das cuenta de que sí encaja eso. A la historia hay que ponerle carne y sentimientos, hay que narrarla.

MCO: ¿Cuándo descubres que hay que narrar la historia?

LR: ¡Es que yo no tengo buena pluma! A mí me gustaría tener la pluma de un escritor. El libro que más me gusta de los que he escrito es el del istmo de Tehuantepec, pero está escrito

evidentemente por un historiador. A veces decía: “voy a hacer una novela del istmo”, pero no me da, hay que tener la vena de narrador, hay que tener la vena de novelista. No es fácil, yo creo que para quien tiene la vena le sería más difícil hacer un libro de texto de historia. ¡Ahora quiero hacer una historia para niños!

MCO: ¡Ya eres abuela!

LR: Sí, me lo pidió mi nieto, que tiene once años. ¿Cómo haces una historia para niños? ¡Me la puso difícil! Sin embargo, fíjate que cuando yo estoy investigando o escribiendo, nunca pienso si soy historiadora o antropóloga: “Ah, conque eres antropóloga, órale, pero esto es muy histórico, ¿no te parece?” Tampoco para justificarme ante los historiadores les digo “es que soy antropóloga”, y a los antropólogos “pues es que soy historiadora”. Nunca pienso eso, sólo voy leyendo cosas que me van interesando. Me gusta mucho salir a campo, aunque últimamente me he metido más en mi escritorio, pero no me gusta, tengo que volver a salir. Es que hay periodos en los que uno sale, aunque ahorita yo estoy en una especie de ostracismo, pero yo creo que ya voy a tener que salir de la concha.

Bibliografía de Leticia Reina

“Los movimientos indígenas y campesinos en México (1920–2000)”, *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 104, 2016, pp. 153–175.

“Expresión de la ciudadanía en los pueblos del Estado de México. El porfiriato”, en Leticia Reina (coord.), *Pueblos indígenas en Latinoamérica. Incorporación, conflicto, ciudadanía y representación. Siglo XIX*, México, INAH, 2015.

Cultura política y formas de representación indígena. Siglo XIX, México, INAH, 2015.

Historia del istmo de Tehuantepec. Dinámica del cambio socio-cultural. Siglo XIX, México, INAH, 2013.

Reina, Leticia y Ricardo Pérez Montfort (coords.), *Fin de siglos, ¿fin de ciclos? 1810, 1910, 2010*, México, INAH / CIESAS / Siglo XXI Editores, 2013.

Indio, campesino y nación en el siglo XX mexicano. Historia e historiografía de los movimientos rurales, México, Siglo XXI Editores, 2011.

Los movimientos indígenas y campesinos en México en el siglo XIX y XX, México, Nostra Ediciones, 2010.

“La etnización política: ¿necesaria para la construcción de la nueva nación mexicana?”, *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria*, vol. 16, núm. 2, diciembre de 2008, pp. 197–221.

Reina, Leticia, François Lartigue, Danièle Dehouve, y Christian Gros (coords.), *Identidades en juego, identidades en guerra*, México, CIESAS / INAH, 2005.

Los retos de la etnicidad en los Estados-nación del siglo XXI, México, CIESAS / INI / Miguel Ángel Porrúa, 2000.

“Las políticas agrarias y su impacto regional en el México decimonónico”, *Boletín del Archivo General Agrario*, vol. 2, febrero-abril de 1998, pp. 23-30.

Reina, Leticia (coord.), *La reindianización de América. Siglo XIX*, México, Siglo XXI Editores / CIESAS, 1997.

“Veinte años de historiografía de las rebeliones indígenas y campesinas del siglo XIX”, en *Memorias. Primer encuentro de historiografía*, México, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)-Azcapotzalco, 1997, pp. 125-154.

“El papel económico y cultural de la mujer zapoteca. La época del porfiriato”, *Guchachi' Reza*, núm. 46, 1995, pp. 38-43.

Reina, Leticia (coord.), *Economía contra sociedad. El istmo de Tehuantepec 1906-1986*, México, Nueva Imagen, 1994.

“Ser indio o ser ciudadano”, *Revista Eslabones*, núm. 6, julio-diciembre de 1993, pp. 28-39.

Reina, Leticia (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana. El Estado de Oaxaca*, vol. 1, México, Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca / Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México / Gobierno del Estado de Oaxaca / Juan Pablos, 1988.

“Juchitán, 1880-1885: La defensa de los recursos naturales y las pugnas electorales”, *Guchachi' Reza*, núm. 27, México, 1988, pp. 3-8.

“Historia y antropología de las rebeliones indígenas y campesinas en la Colonia y en el siglo XIX: un recuento”, *Historias*, núm. 17, México, 1987, pp. 39-55.

Rebeliones campesinas en México (1819-1906), 5ª ed., México, Siglo XXI Editores, 1998 [1ª ed. 1980].

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

[1] Antonio Annino, “El Jano bifronte: los pueblos y los orígenes del liberalismo”, en Leticia Reina y Elisa Servín (coords.), *Crisis, reforma y revolución. México: historias de fin de siglo*, México, Taurus / Conaculta-INAH, 2002; Antonio Annino y François-Xavier Guerra (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica, siglo XIX*, México, FCE, 2003.

[2] Néstor García Canclini, *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001.

[3] Christian Gros, “Ser diferente para ser moderno, o las paradojas de la identidad. Algunas reflexiones sobre la construcción de una frontera étnica en América Latina”, en Leticia Reina, *Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI*, México, CIESAS / INI / Miguel Ángel Porrúa, 2000.

[4] Gastón García Cantú, *El socialismo en México. Siglo XIX*, México, Era, 1969.

[5] Marta Harnecker, *Conceptos elementales del materialismo histórico*, México, Siglo XXI Editores, 1969.

[6] Todos son colaboradores del libro *Crisis, reforma y revolución. México: historias de fin de siglo*, coordinado por Leticia Reina y Elisa Servín.

[7] Antonio García de León, *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, México, Era, 1985.

[8] Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (CIS-INAH).

[9] Coalición Obrera, Campesina y Estudiantil del Istmo.

La Revolución de Octubre y el Caribe

José Guadalupe Martínez García*

Del 8 al 15 de noviembre del 2017 realizamos una exposición de carteles de la Revolución soviética en el marco de las Jornadas del Libro Caribeño. Esta obra gráfica es parte de los acervos del INAH y se encuentra en los repositorios de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia. Son expresión artística, propagandística y de creación de iconos simbólicos de la naciente República de los Soviets.

En marzo de 1917, en la capital de Rusia, llamada entonces Petrogrado, estalló la revolución que derrocó a Nicolás II, último zar de la dinastía Romanov, la cual gobernó y convirtió al país en el más grande del planeta. Durante los trescientos años del gobierno zarista, Rusia fue llamada “la cárcel de los pueblos” debido a que sus poco más de ciento cincuenta nacionalidades fueron paulatinamente rusificadas, limitando el desarrollo de las culturas nacionales y sometiendo a rusos y no rusos a una política de dominio y explotación por la autocracia.

A la caída del zar, surgió un gobierno provisional incapaz de enfrentar con éxito las demandas populares, que incluían la paz anhelada no sólo por los diez millones de campesinos enrolados a la fuerza en el ejército, sino por toda la población; el pan para casi cien millones de pobres, y la tierra y el empleo tan urgentes en las ciudades y campos del extenso país. La noche del 24 de octubre de ese mismo año, la fracción bolchevique del Partido Obrero Social Demócrata Ruso, aliado con el Partido Socialista Revolucionario y otras agrupaciones socialistas, tomaron el poder y lo entregaron a la nueva agrupación popular que surgió al calor de la lucha: el soviét. Triunfaba así la revolución socialista soviética.

Este acontecimiento constituye un hito de la historia mundial. Eric Hobsbawm, el gran historiador, calificó al siglo XX como el de Rusia; afirma que la centuria inició con la Revolución soviética en 1917 y concluye con la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en 1991. En los años siguientes al triunfo bolchevique se desarrolló una auténtica ola revolucionaria mundial: se alzaron y fueron derrotadas revoluciones socialistas en Alemania y Hungría, surgieron partidos comunistas y agrupaciones obreras en todo el mundo y se incrementaron las huelgas en Estados Unidos, Inglaterra, Francia y en todos los rincones del planeta.

Los carteles que ahora expone la *Galería de la Revista Con-temporánea* concentran en su fuerza expresiva la inspiración que la Revolución de Octubre dio a los socialistas del mundo para continuar la lucha por su causa. Apuntan logros, celebran el poderío industrial y militar y de manera involuntaria nos muestra el culto a la personalidad y una nueva forma de autocracia.

América Latina y el Caribe forman parte de esta gigantesca transformación, cuando la consigna de que otro mundo era posible se convertía en realidad a lo largo de los más de veintidós millones de kilómetros cuadrados de la lejana Rusia.

La exposición de carteles no toca este tema, pues la biblioteca carece de los carteles adecuados para contar esta historia muy intensa y rica. Ya desde 1912 en Argentina y Chile habían aparecido partidos socialistas que, tras la Revolución de Octubre, se convirtieron, en 1918, en los primeros partidos comunistas latinoamericanos. En México, envuelto en el fragor revolucionario de la segunda década del siglo, el deslinde de las fuerzas que surgen de la revolución se sumó a la ola mundial y en 1919 se crearon varios partidos comunistas.

La presencia de la Revolución de Octubre en el Caribe empieza con la figura de Nikolai Borodin, el enviado de la Rusia soviética para promover la revolución en nuestro continente. Según se puede leer en las memorias del luchador hindú Manabendra Nath Roy, Borodin viajó desde Hamburgo con destino a México con un gran cargamento de joyas para promover acciones revolucionarias en Norteamérica, pero le fue robado y las joyas terminaron en Haití, país al que Borodin regresó a fin de recuperarlas (si lo logró o no, se omite en el relato de Roy).

Es en Cuba donde el impacto revolucionario de la Rusia soviética se manifestaría más claramente. La formación del Partido Comunista Cubano en 1925 fue precedida por una ola de agitación entre los estudiantes universitarios y los trabajadores de la isla. Las recientes luchas independentistas —que habían concluido en una república maniatada por la ominosa Enmienda Platt en su constitución— y la presencia de tropas norteamericanas en su territorio alimentaron las ideas socialistas en la juventud cubana, de cuyo seno surgió Julio Antonio Mella, personaje activo y carismático.

Mella destacó como líder estudiantil y deportista en la Universidad de La Habana, a la que ingresó en 1921. Al interés propiamente académico por la renovación universitaria, se unía en él la preocupación política por la modernización de la sociedad y la búsqueda de la ampliación de la democracia y la participación de los estudiantes en la vida nacional. En enero de 1923 fue nombrado líder de la lucha estudiantil por la reforma universitaria y fundó la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU). En octubre organizó y dirigió el Primer Congreso Nacional de

Estudiantes, y en noviembre inauguró la Universidad Popular José Martí, con el propósito de impartir instrucción política y académica a los trabajadores y de vincular la Universidad “con las necesidades de los oprimidos”.

Director y redactor de la revista *Juventud* (1923–1925), Mella fue también fundador de la Liga Anticlerical (1924) y de la sección cubana de la Liga Antiimperialista de Cuba junto a Carlos Baliño y con la presencia combativa de Rubén Martínez Villena. La Liga, inspirada en la Internacional Comunista, sería un instrumento fundamental para la aplicación creativa de las ideas leninistas en los países coloniales y dependientes. Mella llegaría a convertirse en el máximo orientador de la organización en toda Latinoamérica. En ese mismo año ingresa en la Agrupación Comunista de La Habana y desde ella despliega un trabajo muy activo entre el proletariado. En 1925 fundó junto con Carlos Baliño el Partido Comunista de Cuba, y con Alfonso Bernal del Riesgo el Instituto Politécnico Ariel.

Julio Antonio Mella se exilia en México, donde entabla relación con el movimiento revolucionario continental e internacional. En febrero de 1927 asiste al Congreso Mundial contra la opresión colonial y el imperialismo, celebrado en Bruselas, y allí, bajo su conducción, los latinoamericanos hacen un importante aporte al pensamiento revolucionario de la época: denuncian las dictaduras criminales que apuntalan los monopolios estadounidenses y desenmascaran a la Unión Panamericana como instrumento de la expansión estadounidense. Participa luego en la Liga Campesina Nacional de México y realiza además una constante labor de apoyo material y solidaria a la causa del pueblo nicaragüense que, comandado por Augusto César Sandino, resiste la invasión yanqui. También apoya las labores conspirativas de los revolucionarios venezolanos que se preparan para la lucha armada contra la dictadura proimperialista en su país. Viaja a Moscú, donde toma parte en el Congreso de la Internacional Sindical Roja. Fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de México; luchó por la reforma agraria, por la nacionalización del petróleo y se une a las huelgas de los mineros. Su asesinato por los esbirros de Machado no acabó con la lucha encabezada por él e inspirada firmemente en la revolución socialista rusa, esa esperanza de emancipación que se expandió en México, el Caribe y toda América Latina.

* Subdirector de Archivos de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, INAH.



S. Chejonin. Portada del libro de John L. Reed 10 días que estremecieron al mundo, 1920



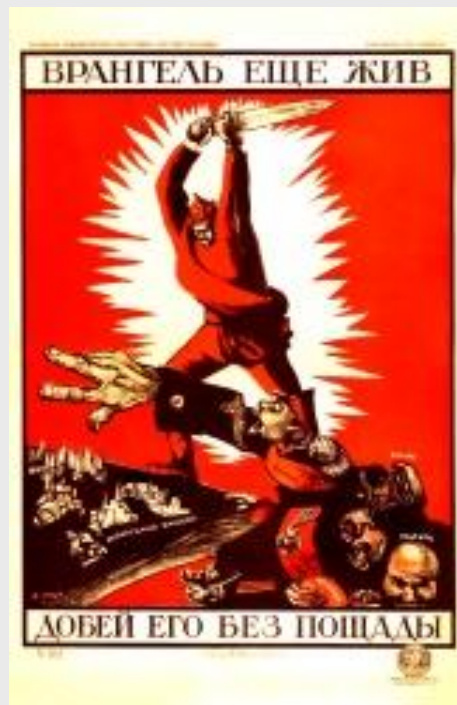
P. Kuznetsov. Cartel llamando a apoyar los créditos al Gobierno Provisional para continuar la guerra contra Alemania, abril 1917



S/A. Cartel, ¡Avanza la Revolución! 1918



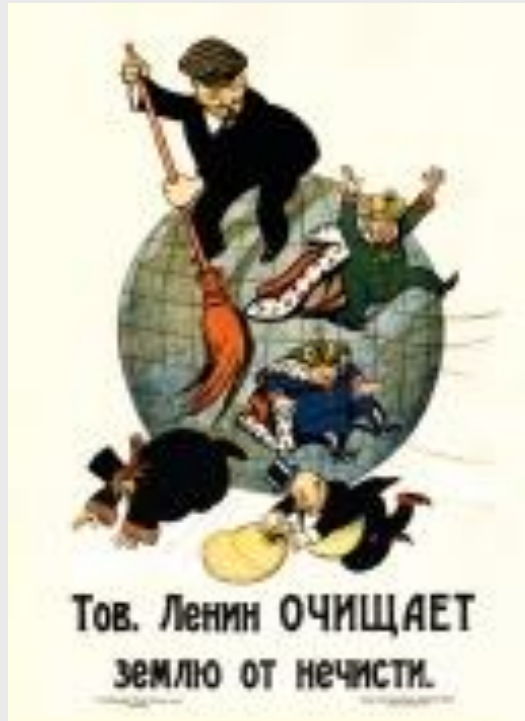
Cartel de la RSFSR llamando a unirse al ejército rojo durante la guerra civil, 1919



S/A. Cartel de la RSFSR llamando a derrotar a los invasores extranjeros y a los guardias blancos. (El original es de 1919)



A. Stajov-Braslavsky, Cartel de homenaje a Lenin luego de su muerte, 1924



S.A. Cartel de homenaje a Lenin: El camarada Lenin limpia al mundo de la basura, 1925



Cartel homenaje a la muerte de Lenin. Lenin vivió, Lenin vive, Lenin vivirá. V. Mayakovski, 1924



A. Rodchenko. Cartel de promoción a los libros de la editorial Lenziz, 1924



S/A. Cartel de la celebración de la solidaridad proletaria, el primero de mayo, 1930



S/A. Cartel condenando al fascismo como enemigo de las mujeres, 1935



S/A. Cartel exhortando a apoyar a los trabajadores de choque (los más destacados por su esfuerzo), 1936



S/A. Cartel de promoción de la flota de dirigibles soviéticos, 1935



S/A. Cartel Por una infancia alegre y luminosa, por una familia feliz y unida, 1937



S/A. Cartel conmemorativo del XX aniversario de la Revolución, 1937



S. Kukurudza / Kravchenko Cartel de la RSS de Ucrania en el XV Aniversario de la Revolución apoyando la Línea general del partido, 1932



Kukrinitzi. Cartel, Limpiaremos nuestra tierra de la basura hitleriana, 1941



S/A. Cartel llamando a los hijos de Suvorov y Chapaev a luchar contra los invasores nazis, 1942



S/A. Cartel, *Victoria*, 1945



S/A: Cartel en el XXX Aniversario de la Revolución. *El socialismo en marcha*, 1947



S/A. Cartel. La URSS, patria del socialismo victorioso, 1967

4 cantores y 10 canciones del 68: protesta musical mexicana a 50 años del movimiento estudiantil

Liliana García*

Esta compilación busca traer a la actualidad algunos sucesos ocurridos durante el movimiento estudiantil de 1968, mediante diez canciones escritas por Judith Reyes, León Chávez Teixeira, Los Nakos y Enrique Ballesté en ese paradigmático año.

En la canción de protesta mexicana del siglo XX es fundamental la figura y la obra de Judith Reyes (Ciudad Madero, Tamaulipas, 1924–1988),^[1] quien escribió corridos de denuncia desde 1965, como el “Corrido de Santo Domingo” y el “Corrido de Arturo Gámiz”, en Chihuahua, dando voz a las exigencias campesinas y magisteriales del norte del país.^[2] Para el año de 1968, es fundamental su disco *Cronología del movimiento estudiantil. 1968*; una inestimable crónica cantada de sucesos, marchas, represiones, personajes queridos y odiados.^[3] Ninguno de los cantores incluidos en esa selección omiten la influencia de Reyes en su proceso político y creativo.

Las canciones de *Cronología del movimiento...* son muestra importante de una numerosa producción de líricas cuyo ánimo era de solidaridad, de participación, y exponen la variedad de formatos líricos y musicales, además del peso histórico de sus temáticas. Desde experiencias y lenguajes particulares, los autores de estas canciones comparten algunas ideas, por ejemplo: la función política de la canción, a la que le confieren con frecuencia el carácter de “panfleto”, es decir, un mensaje ideológico surgido de la urgencia e inmediatez de los sucesos. Para esos cantautores partir del panfleto es un principio del trabajo como artista militante.

El grupo Los Nakos inició en 1968 como parte de las brigadas culturales del Consejo Nacional de la Huelga Estudiantil.^[4] Hasta la fecha, el grupo continúa un trabajo consecuente de crítica política en forma de sátira y parodia. Su fundador, Ismael Colmenares “Mailo”, era estudiante de sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM en aquel año, y recuerda que la imagen de Judith Reyes lo impresionó profundamente, llevándolo a revalorar el corrido y su forma narrativa.^[5] De ahí que muchos califiquen las canciones de Los Nakos, como “el discurso cantado del movimiento”, en donde hablaban de la familia, del gobierno, de las

condiciones que oprimían a los jóvenes; todo a través de una invitación a una risa reflexiva, donde se burlaban del poder.

León Chávez Teixeira (Ciudad de México, 1936), creció en la colonia Plutarco E. Calles, de la cual conserva nítidos recuerdos de los cambios en la fisonomía urbana y el ambiente barrial. Un mapa o texto que él descifra a partir de mirar la ciudad, caminarla, pintarla, hacer una canción cuya narrativa resulte poética e inevitablemente cinematográfica. La vida colectiva que establecía un puente entre las formas sociales rurales y urbanas es un signo de identidad en su canción. Por los orígenes cubanos de la madre y catalanes del padre, no es extraño que desde niño, el canto ranchero, el bolero, el son y la guitarra hayan sido elementos integrales de la vida de León, hasta conformar un tejido complejo que incluye la canción tradicional y las intenciones de explorar el rock y el blues.

La comuna de Santa María La Ribera fue un proyecto surgido entre amigos en el contexto del movimiento estudiantil del 68, y como muchos espacios similares, nació con el entusiasmo de un grupo de jóvenes deseosos de estudiar y discutir sobre arte, política y cultura; escribir y cantar. Aunque el disco *Amigo Ven* fue grabado en 1974 y las canciones “El vecino” e “Iba volando” fueron grabadas en 1979, León menciona que fueron temas escritos al calor de los sucesos de 1968 en la mencionada comuna.

Enrique Ballesté (Ciudad de México, 1946) es hijo de un separatista catalán que llegó a México como muchos refugiados que huían de Franco en los años cuarenta. De madre mexicana, el artista absorbió un amor crítico por México y por España. Su padre lo hizo estudiar dramaturgia en Europa; pero a los 21 años se entera de la muerte del Che Guevara y le surge la necesidad de volver a México, donde sus preocupaciones sociales cristalizaron durante la XIX Olimpiada Cultural, después de lo cual, Luis de Tavira lo calificó como “El dramaturgo del 68”.^[6] Y es que Enrique, desencantado de la “alta cultura” europea, encuentra un sentido de patria en México; a su regreso, en 1968, se encuentra un país convulso en profundas crisis políticas y sociales, donde se le revela la certeza de que la juventud estaba creando nuevos parámetros de vida, de lenguajes, valores y creencias.

Canciones y discografía

Judith Reyes

“Corrido a la represión estudiantil del 26 de julio”, en *Cronología del Movimiento Estudiantil 1968* (LP), México, ed. del autor, 1974

“Canción del Politécnico”, en *Cronología del Movimiento Estudiantil 1968* (LP), México, ed. del autor, 1974

“Tlatelolco”, en *Cronología del Movimiento Estudiantil 1968* (LP), México, ed. del autor, 1974

Se recomienda escuchar el disco *Cronología del Movimiento Estudiantil 1968* (LP), México, ed. del autor, 1974

Los Nakos

“2 de octubre”, en *69/98* (CD), México, 1998.

“El hippie”, en *Los Nakos* (EP), México, 1968.

[incluida también en *Los Nakos* (LP), de 1976, y en *69/98* (CD), de 1998].

Se recomienda escuchar el disco *Contigo. Amor y parodia* (LP), México, 1986.

León Chávez Teixeira

“Amigo ven”, en *Amigo ven* (EP), México, ed. del autor, 1974.

[Los Nakos (intérp. de versión), “Amigo ven”, en *La chava de la Martín Carrera. Tributo a León Chávez Teixeira* (CD), México, Pentagrama, 2010].

“Iba volando otra vez”, en *Canciones* (LP), Culiacán, Universidad de Sinaloa, 1979.

[incluida también en *De nuevo otra vez* (CD), México, Discos Pentagrama, 1991].

El vecino”, en *La fundición* (LP), México, Discos Pentagrama, 1989.

[incluida también en *Barcelona* (CD en vivo), 2010].

Enrique Ballesté

“Jugar a la vida”, en Enrique Ballesté Vol. 1, México, Utopía, 1970

“Soldado II”, en *Crónica*, México, 1975.

Se recomienda escuchar el disco *Crónica*, México, Utopía, 1975.

* Instituto Nacional de Antropología e Historia.

[1] Véase Liliana García Sánchez, *Judith Reyes, Una mujer de canto revolucionario, 1924-1988*, México, Redez, 2007.

[2] Judith Reyes, *Mexique. Crónica Mexicana* [disco LP], Francia, *Le Chant Du Monde*, 1969.

[3] Judith Reyes, *Cronología del Movimiento Estudiantil 1968* [disco LP], México, ed. de autor, 1974.

[4] La formación del grupo por esos años estuvo conformada por Ismael Colmenares Magaregui (fundador), José Martínez, José Ramón Castillo, Armando Vélez, Francisco Barrios "El Mastuerzo" y Elia Crotte. Actualmente lo conforman Mailo, Mayra Cebreros y Jorge Silva.

[5] Ismael Colmenares, entrevista por Liliana García, septiembre de 2005.

[6] Mara Reyes, “Perspectivas para 1968”, en *Diorama de la Cultura* [supl.] *Excélsior*, 14 de enero de 1968.

Para quien tenga oídos: “Memoria del 68”, de Enrique Ballesté Gálvez

Argelia Ek Ballesté Viveros

Cuando corría el año de 1968, Enrique Ballesté Gálvez tenía 22 años. Años atrás había realizado un viaje en barco a Europa, patrocinado con la venta de su biblioteca y los ahorros de sus padres, pensando que allá, con los autores del Viejo Continente, encontraría inspiración para seguir creciendo en sus letras y música. Pero no, al regresar a la Ciudad de México, los jóvenes y el movimiento estudiantil lo envolvieron para movilizarse y lo inspiraron para manifestarse por medio de lo que sabía hacer muy bien: cantar. Ahí fue cuando encontró el tema eje de su obra creativa: los estudiantes, el pueblo, la mujer y el hombre del día a día que luchan contra las diversas caras del sistema capitalista, para mantener a su familia, para ser felices a pesar de estas luchas y para conservar su ser creativo y reflexivo. Él mismo lo enuncia en muchos textos y en muchas charlas compartidas, que el año 1968 le abrió los ojos, que la realidad le puso un tope para que volteara a ver lo esencial de su país y actuara en consecuencia. *Memoria del 68* recupera ese despertar.

Enrique Ballesté Gálvez ya contaba con algunas canciones en su repertorio cuando empezó a participar en los mítines estudiantiles. Él, su voz y su guitarra —muchas veces sin audio— inundaban el espacio; su arma era su canto y a veces llegaba a romper las cuerdas de su *lira* por la potencia de su toque, cuentan quienes lo vieron en vivo en esos tiempos. Enrique fue parte de una generación de jóvenes que encontraron en el canto y en el teatro una manera de manifestarse contra el gobierno y las instituciones represoras; ése fue su papel principal dentro del movimiento estudiantil. Sus primeras rolas tienen metáforas sencillas de un hombre en ciernes o, como alguna vez él me dijo, de “hippie abraza arboles”, pero justo esa sencillez identificaba a los jóvenes de la época, pues eran sus lugares, sus dolores, sus amores y también ahí reside su virtud, que a pesar del tiempo siguen vigentes y encienden el lado emotivo de quien las escuche.

Cuando Enrique, mi padre, realizó este texto de la *Memoria del 68* yo tenía 11 años y lo presentó para un aniversario del 68, él solo con su guitarra, no recuerdo bien en dónde; poca idea tenía de algunas cosas en ese tiempo. Años después nos invitó a participar a mí y a miembros del Zumbón —su grupo de teatro y música por más de 20 años— y montamos las canciones a dos

guitarras, contrabajo, y a varias voces; siempre que leía el texto le ganaba el sentimiento y lloraba. Las canciones iban variando de acuerdo con su ánimo y el lugar en el que nos presentáramos.

Cuando murió, en septiembre del 2015, asumí la custodia de su estudio y me hice a la tarea de armar un archivo con todo este material. Este texto tiene varios borradores, pero hay uno, mi favorito, que fue con el que trabajé, el engargolado en pastas color vino, que tiene anotaciones a lápiz con su letra. Primero probé con la voz de algunos amigos actores para que interpretaran a un Enrique joven, pero ninguno me gustó, tenía la voz de mi padre muy metida en mi cabeza y sus intenciones para interpretar el texto, así que decidí leerlo yo, a manera de un joven tipludo o una narradora en personaje o ya, una hija con añoranza. El problema era que cada vez que ensayaba, lloraba en varios pasajes del texto, me invadía el sentimiento a tal punto que no podía continuar leyendo, me dolía su ausencia. Y justo ahí también descubrí que su llanto también lo había heredado. Pero también lloraba por lo descrito, un tiempo que no viví, pero que mi padre se encargó de mostrármelo, de contármelo en la sobremesa de la casa, cuando hacíamos tareas, cuando veíamos algo en la calle y en las noticias que nos indignaban, ahí surgía su memoria y sus encargos para el futuro.

El tiempo no nos alcanzó para conocernos a plenitud y en nuestras diferentes etapas, pero la esencia perdura y da frutos. Por eso esta *Memoria del 68* es parte de una serie de duelos creativos que venimos realizando la familia y yo desde el 2015, para que su trabajo no se quede en una caja y pueda ser consultado por quien guste y por futuras generaciones, para que no nos cuenten una verdad en manos de los poderosos, sino una verdad construida por las voces de quienes la vivieron desde abajo y desde el lugar del golpe. Vaya pues esta memoria vuelta audio, para quien tenga oídos.

En otoño, octubre de 2018

Ciclo de conversatorios: Descifrando el Cambio Mexicano

Ciclo de conversatorios: Descifrando el Cambio Mexicano.

Armando Bartra, “El posneoliberalismo”

11 de octubre de 2018, Dirección de Estudios Históricos-INAH

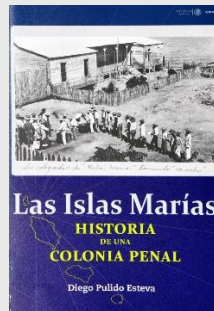
Edición: Medios, INAH

https://con-temporanea.inah.gob.mx/post_gutenberg/armando_bartra_num10

Las islas Marías

Diego Pulido Esteva, *Las islas Marías. Historia de una colonia penal*, México, Secretaría de Cultura, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2017.

Halina Gutiérrez Mariscal



Desde la aparición, en 1975, de la emblemática obra de Michael Foucault *Vigilar y castigar*, los estudios históricos sobre criminología y encarcelamiento se han hecho más abundantes. Los asuntos abordados van desde aquellos que rescatan momentos precisos de instituciones carcelarias específicas ofreciendo una instantánea del periodo, hasta aquellas que tratan los aspectos jurídicos, sociales e incluso económicos de las prisiones y su desarrollo en el contexto legal. No han faltado las obras que analizan a ciertos grupos en confinamiento y las teorías en torno a su rehabilitación.

Dichos estudios concuerdan en un punto: el análisis de las leyes e instituciones penales da cuenta del carácter de un Estado y de su postura sobre derechos y justicia. La visión del Estado mexicano respecto del crimen y de los delincuentes ha sido estudiada copiosamente en las décadas recientes, sobre todo en lo tocante a los siglos XIX y XX. Ello ha llevado también a la revisión de códigos penales, proyectos de rehabilitación y concepción de las prisiones.

Después de una nutrida publicación de estudios sobre criminología, delincuencia y prisiones, Diego Pulido presenta, bajo el sello de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, este interesante estudio sobre el único experimento de colonia penal realizado en México: las islas Marías. La obra comprende el periodo entre 1905, cuando las islas fueron adquiridas por el gobierno federal para convertirlas en colonia penal, y 1939, cuando debido a una reforma legal que en 1938 abolió la pena de relegación, se modificó la estructura administrativa en el archipiélago.

Lo primero que llama la atención de este libro, dividido en cuatro capítulos, es el vasto trabajo del autor con fuentes hemerográficas, administrativas, biográficas e incluso literarias del periodo estudiado. Las diversas voces que retoma para describir las islas, ya como utopía regeneradora o como tumba del Pacífico, y a sus habitantes, esclavos para unos y colonos privilegiados para otros, así como la visión que sobre éstos se tenía desde el centro del país, ofrecen una mirada panóptica del asunto. Dichas voces, como bien dice Pulido, podían ser tan disímiles y contradictorias como detalladas e inteligibles, según sus intenciones políticas o sociales.

En el primer capítulo el autor presenta una revisión muy sintética del nacimiento de la práctica, después instituida como pena legal, de relegación en la historia de México, remontándose hasta el último tercio del siglo XIX. Aunque desde el Porfiriato a los delincuentes se les enviaba ilegalmente a espacios alejados como Valle Nacional, en Oaxaca, Yucatán o Quintana Roo, fue hasta 1906 cuando se postuló la primera iniciativa de ley para crear la pena de relegación, un tanto en el afán de normar lo que ya existía en los hechos. El capítulo ahonda en la discusión que los constituyentes de 1917 entablaron sobre este tema y la influencia que sobre los diversos bandos tuvieron otras experiencias de colonias penales alrededor del mundo.

El segundo capítulo abunda en detalles sobre cómo las autoridades aplicaron la pena de relegación. Bajo el argumento del derecho a la “defensa social”, individuos desafortunados cuyo único delito en muchas ocasiones era no encajar con el estereotipo de gente decente, fueron a parar a las islas Marías sin juicio ni sentencia de por medio. En los primeros años de existencia de la colonia penal, las razias organizadas —sobre todo en la Ciudad de México— para formar las cuerdas que serían enviadas a la colonia penal buscaban a individuos considerados indeseables, aunque no hubiesen cometido ningún delito que ameritara dicha pena. Con el paso del tiempo y la llegada de la Revolución, las islas fueron también destino de disidentes políticos. Las fuentes que el autor presenta sobre el particular muestran sin lugar a duda las encontradas opiniones sobre estas irregularidades y el contexto en el que se mantuvo la práctica extralegal.

¿Cómo se imaginaba la población del país que era la estancia en estas islas del Pacífico? ¿Cómo vivían, en qué trabajaban, cómo se recreaban sus habitantes? Con un hábil relato que permite casi respirar el ambiente tropical del archipiélago, el autor apunta en su tercer capítulo cómo la idea de la vida tras los “muros de agua”, confeccionada desde el exterior, se nutrió de descripciones de diverso cuño: visitantes oficiales, funcionarios o viajeros de la prensa, e incluso los relatos aterradores de expresidarios, sobre todo presos políticos. De entre las narraciones, destacan aquellas que refieren la administración de Francisco J. Múgica al frente del penal y que presentan al director como una figura omnímoda.

La obra le obsequia al lector una magnífica selección de treinta y dos fotografías de la Fototeca del INAH y el retrato escrito de varios personajes y grupos que transitaban por las islas y cuyas

imágenes y relatos, además de documentos oficiales y periodísticos, nos permiten vislumbrar las entrañas mismas del penal, donde encontramos tanto a delincuentes comunes como a cristeros y comunistas.

En líneas generales, el libro aporta una visión sobre las islas Marías de la que se carecía en la historiografía sobre criminales y prisiones. En ella se tratan las dimensiones jurídica, social y cultural. La diversidad de las fuentes consultadas para la realización del estudio reveló al autor aquellos aspectos no particulares sino generales con los que fue posible alcanzar una visión global de las islas Marías y su funcionamiento como colonia penal.

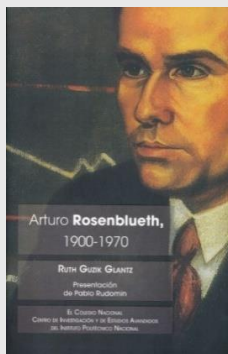
Sin duda se trata de una aportación fundamental para el estudio de la justicia penal y los delincuentes en México, y además abre caminos para nuevos estudios, sobre todo por las pistas dejadas en torno a la muy vasta documentación revisada. Entre los aspectos que quedan abiertos se halla el papel de la prensa en la creación de una opinión pública sobre individuos delincuentes y sus repercusiones sobre las autoridades a la hora de tomar ciertas decisiones. También resultará muy interesante seguir hablando sobre el derecho a la defensa social, ya abordado en otros estudios, que mantuvo vigentes acciones ilegales o discriminatorias bajo el argumento de la peligrosidad de ciertos individuos propensos al delito, argumento basado no sólo en sus antecedentes penales, que podían ser inexistentes, sino también en sus rasgos físicos e intelectuales; y sobre el derecho de la sociedad a librarse de ellos encarcelándolos, o como en este caso, enviándolos a lugares alejados.

Estudios como éste siguen siendo de interés para las nuevas generaciones de historiadores, sobre todo por la vigente necesidad de discutir en torno a las prisiones y su funcionamiento en México. Como bien señala Diego Pulido, citando a Martín Luis Guzmán: “El crimen de los delincuentes no justifica el de la sociedad que se excede al castigarlos”.

Arturo Rosenblueth, científico de gran talla

Ruth Guzik Glantz, *Arturo Rosenblueth, 1900–1970*, presentación de Pablo Rudomín, México, El Colegio Nacional / Cinvestav, 2018.

Tanius Karam Cárdenas*



Motivo y celebración

El libro de Ruth Guzik es algo más que un relato biográfico lineal por demás pulcro y generoso en sus datos y referencias documentales. Se trata de un recuento pormenorizado de la vida, pensamiento, relaciones y avatares del neurofisiólogo mexicano Arturo Rosenblueth, científico de gran talla. En esta tarea su autora nos regala también historias y microhistorias de la ciencia, la medicina, la fisiología, la cibernética, la Ciudad de México, las instituciones científicas. Por si esto no fuera suficiente, todo ello echando mano de un lenguaje ameno y didáctico, y con una edición particularmente cómoda desde el punto de vista visual por su interlineado que facilita la lectura. A pesar de las más de setecientas páginas del texto, su lectura nos atrapa por ese universo de personas, instituciones, lugares, intercambios epistolares y descripciones de la vida cotidiana.

El primer aspecto a mencionar es el método particular que sigue la doctora Guzik. La obra se basa en una amplísima documentación que abona al detalle en el tratamiento; son abundantes las citas, transcripciones y traducciones. No quedan cabos sueltos y en todo momento se advierte un respeto absoluto por las fuentes documentales, lo que nos da la impresión de asistir a la proyección de la historia que arrojan los textos analizados. A su manera, Guzik realiza —si se nos permite la comparación— una especie de “ciencia” a partir de hurgar en la vida y obra de Rosenblueth. Así lo sugiere el doctor Pablo Rudomín, neurofisiólogo y discípulo de Rosenblueth que, por partida doble, llevó a cabo la presentación del libro.

Guzik realiza una particular vivisección de la vida y obra de un hombre que no conoció en persona, para acercarnos de una manera lúcida, a la vez que cálida, lo mismo a su fase formativa que a las querellas institucionales de sus últimos años. Su mirada multifacética y poliédrica de todos los aspectos vinculados a Rosenblueth se puede inferir desde la nómina de los agradecimientos que involucra muy heterogéneos informantes, responsables de archivo y de instituciones, así como por la extensísima bibliohemerografía que en sí misma constituye una investigación de “casi” todo (en ciencia nunca se puede “todo”) lo producido por y en torno a Rosenblueth. Aunque la autora diga que quedan aún preguntas sin responder, la lectura de esta extensa biografía deja la impresión de que va a resultar difícil decir algo nuevo acerca de quien pudo haber sido el primer Nobel mexicano en la historia. El primero fue el diplomático y abogado García Robles, Premio Nobel de la Paz en 1982, pero no queda duda de que Rosenblueth fue quien durante muchos años estuvo más cerca de lograrlo.

Si bien es cierto, como Guzik reconoce citando al poeta José Emilio Pacheco, que nunca podremos saber todo de alguien por más que investiguemos, el desasosiego que nos provoca esa aparente “incompletud” puede verse como motivo de celebración porque, al dejar preguntas sueltas y atisbos, el estudio de la vida de Rosenblueth, lejos de cerrarse, permanece vigente y necesario.

Trabajos como éste señalan la importancia que ha de atribuirse –algo que frecuentemente les falta a las humanidades y a las ciencias sociales— al tiempo dedicado a la reflexión sostenida, a la búsqueda última de todo documento que pueda aportar información y a establecer con cuidado la relación entre ellos. Generalmente esto se ve obstaculizado por problemas de financiamiento, cuando no por presiones para generar productos de investigación que sean evaluables. Felizmente estamos ante un libro que resume pasión, resultado de una mirada integral a la vez que atenta al detalle, dirigido no sólo a los discípulos, amigos y admiradores del científico sino también a historiadores de la ciencia y, por extensión —debido a la personalidad multidisciplinaria de Rosenblueth—, a comunicólogos y educadores, pedagogos de la ciencia, ingenieros.

Ruth Guzik revisa cada una de las etapas de la vida del biografiado, sometiendo a interrogación todos los documentos a su alcance y reconstruyendo las circunstancias más diversas, por ejemplo, lo que hacía los fines de semana cuando trabajaba con Walter B. Cannon en la Universidad de Harvard y la amistad que se despertó entre las esposas de ambos. Reconoce que su intención no es hacer una reflexión conceptual sobre la institucionalización de la ciencia o las relaciones entre investigación y política científica, sino ofrecer una historia viva de los avatares y causas que animaron a su personaje. Si algo aprendemos del libro de Guzik es que vida y obra no son elementos separados, como tampoco lo son ciencia y sociedad, método científico y política pública; ello facilita que cualquier lector, independientemente de su área de interés, pueda entender más fácilmente, entre otras cuestiones, la dimensión social de la ciencia, la importancia de las políticas públicas, los retos y exigencias de todo trabajo científico.

Otras claves

Una de las riquezas del libro de Guzik son las diversas claves de lectura que emergen de su investigación. Señalemos algunas, a guisa de ejemplo. Una primera, no menor para el campo científico y cultural de México, es justamente la reivindicación de ciertos rasgos de la mexicanidad, que nos gusta tanto reconocer y ponderar a propósito de cualquier tema y que nos ayuda a comprender los esfuerzos de Rosenblueth para coadyuvar en esa tarea. Si en el siglo XIX, tras la Guerra de Independencia la expresión “hacer” o “construir país” pudo ligarse a las humanidades, las letras, la prensa, la política y la construcción de instituciones, tras la Revolución mexicana en el siglo XX esa expresión pasó a significar hacer ciencia, crear instituciones científicas como el hoy famoso Cinvestav, sin las cuales el país no podría llegar más lejos ni tampoco revertir sus males en salud, alimentación, educación, entre otros problemas.

Guzik señala desde el primer capítulo que Arturo Rosenblueth Stearns y su familia se asumían mexicanos, si bien por su sangre corre una verdadera congregación de naciones. El padre fue comerciante de origen judío, nacido en Hungría; la madre, hija de una estadounidense y un mexicano también de origen judío. Con inspiración cosmopolita, la familia eligió para su formación los colegios inglés y francés. No resulta casual que en su vida Rosenblueth fuera un migrante científico que supo remontar el ambiente mexicano, siempre constreñido por míseras políticas científicas, y que no sólo regresó, sino que, con generosidad, quiso desarrollarse en este país, frecuentemente ingrato con sus científicos.

La vida de Rosenblueth recuerda los problemas y dificultades que han afrontado muchos científicos en México, uno de los primeros, Carlos de Sigüenza y Góngora (1645–1700), cuya vida nos permite comparar altibajos, adversidades y retos de la ciencia. En medio del espíritu humanista e integral del Renacimiento, Sigüenza desempeñó tareas de índole científica, como la observación de fenómenos en la bóveda celeste o el oficio de cartógrafo, pero a la vez hizo labores de escritor e historiador. Rosenblueth fue sobre todo un científico experimental, pero entre sus primeros empleos figura el de pianista de cine mudo. Tenía la habilidad de construir los instrumentos de medición que utilizaba en sus experimentos. Fue creador de instituciones educativas y científicas, polemista, conversador y promotor de círculos de estudio. Durante sus años en Harvard formó el Club de Filosofía de la Ciencia que se reunía en el comedor del Vanderbilt Hall y en cuyo marco conocería a uno de sus mejores amigos, Norbert Wiener.

Como el renacentista Sigüenza, fue Rosenblueth hombre de ideas férreas y espíritu imbatible, fiel a un acendrado criollismo colonial, lo que no dejó de generarle tensiones y rivalidades. Su imagen dista de la de cualquier científico únicamente encerrado en su laboratorio, para mostrarnos un individuo amante de la socialización, el debate y la defensa de sus ideas, apasionante y apasionado a la manera del autor de *Libra astronómica y filosófica* (1690). Si Sigüenza y Góngora fue —quizá— el primer mexicano en llegar al Renacimiento en espíritu e

intención y en tomar distancia del aire medieval que privaba en las ideas virreinales —tal vez con excepción de quien fuera una de sus interlocutoras, la célebre monja jerónima Sor Juana Inés de la Cruz—, Rosenblueth fue tal vez el primer mexicano en asomarse al espíritu científico del siglo XXI, con el desarrollo de las ciencias del cerebro y la interpenetración de la neurología en las humanidades y las ciencias sociales que posibilitó el desarrollo de los diálogos transdisciplinarios.

Una segunda clave, extensión de la anterior si se quiere, es la que transmite el doctor Pablo Rudomín: la obra de su maestro puede leerse a la luz del triste periodo que desde 2016 viven las relaciones México–Estados Unidos con el mandato del presidente Donald Trump, el cual rezuma no sólo ignorancia sino odio hacia su vecino del sur. La vida de Rosenblueth es un claro ejemplo de encuentro, empatía y colaboración científica, social y cultural con Estados Unidos, no sólo porque él mismo adquirió parte de su formación en ese país, sino porque atrajo para las nascentes instituciones científicas y médicas de México lo mejor de la neurofisiología norteamericana de su época. Ejemplo de ello fueron las estancias que realizarían en México sus más cercanos interlocutores, Walter B. Cannon (1871–1945), autor de la obra básica *Fisiología del sistema nervioso autónomo* (1937), y Norbert Wiener (1894–1964), autor del clásico *Cybernetics or Control and Communication in the Animal and the Machine* (1948). El ir y venir de científicos entre Estados Unidos y México es una prueba de los mutuos beneficios que una sana relación puede aportar a dos países tan distintos y asimétricos, pero vecinos por la territorialidad y la geografía.

Finalmente, para quienes nos formamos en los estudios y teorías de la comunicación la lectura de esta biografía abre horizontes muy sugerentes. Cuando conocimos hace algunos años el proyecto de la doctora Guzik, nos despertó particular interés el estrecho vínculo de Rosenblueth con Norbert Wiener, creador de la cibernética, lo que hace a ambos de alguna manera “padres fundadores” de las llamadas “ciencias de la comunicación”. Guzik subraya en sus conclusiones la necesidad de ahondar en el papel específico que el fisiólogo mexicano tuvo en el desarrollo de la cibernética en esos años señeros de revolución científica, más allá de los diálogos y la colaboración con Wiener.

Norbert Wiener, genio de las matemáticas, fue maestro del ingeniero en telecomunicaciones Claude Shannon, quien junto con su colega Warren Weaver heredarían al mundo de las teorías de la comunicación el actual modelo de la “comunicación viral” (Fuente–Transmisor–Canal–Receptor–Destino). Este modelo se basó en uno de los principios más sólidos para la caracterización lineal, física y matemática de la información–comunicación, que sería retomado por autores clásicos como el lingüista ruso Roman Jakobson o el semiólogo italiano Umberto Eco (modelo de Shannon–Weaver).

Wiener fue un hacedor de la revolución científica que remató a finales del siglo pasado con el *boom* de las ciencias cognitivas, la robótica y la ciencia de las máquinas inteligentes con

capacidad de autorregularse. La cibernética llegó a los estudios de comunicación de una manera muy difusa y enrevesada. Lo poco que se leyó, se leyó mal y de manera descontextualizada, y Wiener quedó como un nombre lejano, sin el adecuado contexto y perdido en la ideologización de la que fue objeto la enseñanza de la comunicación social y las tecnologías de información en los años sesenta y setenta. Pocos sabían de su vínculo con México, donde estuvo en varias ocasiones invitado por Rosenblueth, quien fue su interlocutor en el desarrollo de una teoría de la comunicación social. Gracias al libro de Guzik podemos identificar más fácilmente esas relaciones que, quizá por pereza intelectual, no se han indagado, como lo muestra el hecho de que no existe ningún trabajo en el campo de las teorías de la comunicación que asocie al fisiólogo chihuahuense con los estudios sobre comunicación social. Además, el libro aquí reseñado nos ofrece la certeza de que tal hipótesis no sólo no resulta descabellada, sino que es pertinente para complejizar los problemas y objetos de la comunicación social en particular y de la comunicación humana en un sentido general, ya que hoy sabemos que la investigación en este campo tiene que acudir forzosamente a la fisiología y a las ciencias del cerebro.

Otro rasgo digno de mención es la presencia de Rosenblueth en las conferencias del grupo Macy en los años cuarenta, a las cuales asistiría un epistemólogo igualmente de fuertes resonancias para la redefinición de la comunicación, cuya obra no fue debidamente apreciada a causa del atraso tecnológico y de los altibajos políticos en América Latina, entre otros factores. Nos referimos a Gregory Bateson, biólogo de origen inglés, quizá el primero en buscar un vínculo explícito entre la cibernética y las ciencias humanas a través de la antropología. Si bien Bateson ya había incursionado en los estudios sobre comunicación a partir de su obra *Communication, the Social Matrix of Psychiatry* (1951), escrito en colaboración con el psiquiatra Jurgen Ruesch, fue en realidad la llamada Escuela de Palo Alto la que estableció una definición cibernética-sistémica aplicada a la comunicación humana. El primer libro de teoría publicado por este “colegio invisible” (P. Watzlawick, J. Beavin y D. Jackson, *Pragmatics of Human Communication*, 1967) está dedicado a Bateson, con quien Rosenblueth —único mexicano en ese entorno— tuvo ocasión de conversar.

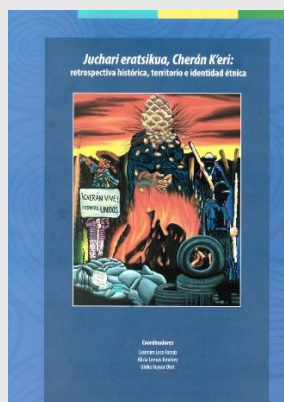
Un libro suele dar más de lo que ofrece en apariencia. Tras lo que puede parecer la construcción lineal de una biografía, encontramos el relato múltiple y apasionante de la ciencia y las instituciones científicas en México; la compleja personalidad de Rosenblueth, que hace imposible no sentir cercanía por él y por sus causas, y que despierta en todos aquellos que se desenvuelven en cualquier área científica el sentido de compromiso y el deseo de proseguir en la construcción de espacios que hagan de México un país con más ciencia y más científicos. En sus reflexiones finales, Guzik invita a documentar y dar testimonio de otros que, como su biografiado, contribuyeron a atender los problemas (viejos y nuevos) que enfrenta este país nuestro, siempre necesitado de más ciencia como la hecha, vivida y promovida por Rosenblueth.

* Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Cherán, una historia de lucha

Casimiro Leco Tomás, Alicia Lemus Jiménez y Ulrike Keyser Ohrt (coords.), *Juchari eratsikua, Cherán K'eri: Retrospectiva histórica, territorio e identidad étnica*, Cherán, Michoacán, 2018.

Mario Camarena Ocampo*



Retrospectiva histórica, territorio e identidad étnica es un texto que narra las luchas de la comunidad de Cherán por conservar sus tierras a lo largo de su historia: Independencia, siglo XIX, Revolución y el periodo posrevolucionario, poniendo énfasis en los movimientos de la segunda mitad del siglo XX, y por último, una crónica de los sucesos del 15 de abril de 2011.

Este texto contribuye a luchar contra el olvido de los agravios que se han cometido en detrimento de la comunidad en los diferentes momentos de su historia. El pueblo cheraní sostiene que “no hay formas de organización que no surjan de la memoria de las comunidades”; es decir, se caracteriza por apelar constantemente a su memoria para resolver los problemas cotidianos. Es así como la comunidad logra resistir y conservar la esperanza de una vida mejor.

En el contexto de la conmemoración del quinto aniversario de la autonomía de Cherán, varios autores originarios escriben la historia de las luchas de su pueblo desde su propia perspectiva, tomando distancia de las que han surgido del ámbito académico. Esta decisión implica una toma de conciencia de que las historias construidas “desde fuera” representan una suerte de colonización que no toma en cuenta los valores y formas locales de concebir los procesos históricos. Para ellos, su historia es una lucha constante y de larga duración por resistir los embates de la cultura occidental. Por tal razón, estos investigadores indígenas del pueblo de

Cherán entienden su tarea como una forma de oponerse a un sistema que los oprime y les impone una manera de ver el mundo.

Si bien los autores buscan tener una posición propia, en realidad emplean el lenguaje y la idea de historia que ha impuesto el Estado nación. Sus periodizaciones y conceptos son ajenos a ese mundo indígena. ¿Por qué no construir recurriendo a su propia memoria, su propia concepción del tiempo y sus propias formas narrativas? El testimonio es un poderoso mecanismo de participación de la sociedad en los problemas que vive; basado en una comunicación esencialmente oral, irrumpe en los momentos en que se pide justicia y genera la solidaridad y la capacidad de reaccionar a los ultrajes sufridos.

Conocer la historia pone en guardia a la gente ante las agresiones que han vivido, a la vez que refuerza su identidad. La historia cheraní, con una elevada dosis de violencia, retoma la memoria como factor de identidad y al mismo tiempo la fortalece al marcar las fronteras entre el “nosotros” (la sociedad cheraní) y el “ellos” (el Estado) para identificar a éste como agresor y generador del desorden.

Los autores parten de un supuesto: el levantamiento de 2011 significa una ruptura respecto de los movimientos anteriores, porque logra la autonomía; pero al mismo tiempo observan que hay una continuidad en lo que se refiere a la relación de la comunidad con el bosque: lo consideran parte de su identidad, de ahí que lo reivindiquen como suyo, movimiento tras movimiento. Regirse por usos y costumbres hace posible restituir el tejido social alrededor de lo que significa el entorno natural.

En un brillante trabajo, “Usos y costumbres en palabras del propio Cherán K’eri”, Elías Silva señala la gran importancia que ha tenido la recuperación y fortalecimiento de la lengua purépecha, así como el regreso de los usos y costumbres que forman su identidad comunitaria y les permiten resistir los embates del poder “que aprovecha, avasalla y destruye”; ambos elementos muy necesarios para construir la memoria de Cherán. Aunque Elías Silva los ve como una cuestión “sencilla”, son imprescindibles porque, de lo contrario, la comunidad usaría su lenguaje propio, pero adoptando las estructuras de los dominadores. De esta manera podemos entrever la pugna entre memoria y lenguaje.

Los demás autores hacen un recorrido de la historia de Cherán, teniendo como eje la lucha por los bosques, lo cual significa la defensa de la comunidad. En el capítulo “Cherán antiguo, entre cerros, restos de asentamientos humanos y mitos”, Ulrike Keyser echa mano de la documentación oficial para hablar de las ventajas de que Cherán tenga un título virreinal que data de 1533. Junto con la resolución presidencial de 1984 que los reconoce como comunidad indígena, éste es el

sustento legal que utilizan como base en la lucha por su territorio y su sistema de gobierno. Respaldo en la Constitución, este fundamento legal ha buscado proteger simultáneamente a las personas y a los recursos naturales, así como conservar sus usos y costumbres en la forma de gobernarse.

Abraham Huaroco Macías y Juan Jerónimo Lemus, en el capítulo “Dos notas sobre Cherán del siglo XIX”, analizan al pueblo en los momentos en que se sucedieron los partidarios de la república federal y los de la república central. Ya sea que estuvieran en el gobierno unos u otros, lo cierto es que ambos hicieron a un lado a los pueblos indígenas, que enfrentaron al Estado liberal luchando por conservar su lengua y sus valores comunitarios, lucha que prevalece hasta nuestros días.

Luis Fernando Jerónimo Juárez escribe su trabajo “Revolución y posrevolución” desde el punto de vista de la memoria colectiva, utilizando tanto testimonios orales como documentación oficial. Con tales fuentes nos explica cuáles fueron las causas que originaron el movimiento revolucionario de la década de 1910. En Cherán el conflicto se expresó cuando el gobierno federal dio en concesión el bosque a una empresa norteamericana, con lo cual pretendía la privatización de las tierras comunales. Así pues, la lucha de la comunidad en este periodo es contra los empresarios que intentaban destruir su modo de vida en torno al bosque. Juárez le llama a esos momentos de una gran violencia, entre 1910 y 1914, “proceso revolucionario”.

En el capítulo intitulado “El agrarismo: resistencia a un nuevo proyecto de nación”, Florence Rojas narra el conflicto entre las empresas forestales y la comunidad por el proceso de privatización de las tierras comunales durante las décadas de 1930 a 1960. La autora identifica el problema de la propiedad como uno de los elementos más importantes para la construcción de la identidad comunitaria, por ser la base de la reproducción cultural del pueblo.

Edwing Ezequiel Jiménez Fabián, en su trabajo “Cherán, dos décadas de disputa entre grupos locales por el poder político, 1970–1990”, se refiere a los conflictos que se suscitaron en las décadas de 1970 a 1990. El primero es por el control de los recursos forestales y culmina con el enfrentamiento armado entre comuneros llamado “Zafarrancho de 1976”. Un segundo momento se ubica en el movimiento democrático encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas a fines de los años ochenta, donde resalta la fusión de organizaciones tradicionales con los partidos políticos, dando como resultado la toma del palacio municipal y la instauración del gobierno popular de 1988–1989.

Alicia Lemus Jiménez, en “Cherán y el movimiento defensa del territorio 15 de abril del 2011”, adopta el punto de vista femenino y feminista para narrar las causas que originaron “el apuro”,

como se refieren los cheraníes al movimiento por la defensa de la tierra del 15 de abril de 2011, y el peso que tuvieron las mujeres. Se refiere también al rompimiento del tejido social comunitario al ser despojados los habitantes de sus propiedades, a la corrupción de las autoridades comunitarias, la ruptura con los partidos políticos y la disputa interna por el poder, lo cual llevó a un resquebrajamiento de las relaciones basadas en cacicazgos, generando un levantamiento para la defensa de la vida comunitaria. Hay que comentar, en este punto, que la cohesión de la colectividad siempre estuvo presente, pero en el momento del “apuro” emergió con fuerza. Pedro Romero Sebastián, en “Experiencias de un comunero en el movimiento de Cherán”, describe los acontecimientos del 15 de abril de 2011 en primera persona, relatando su participación desde una perspectiva personal; sería importante, empero, conocer los puntos de vista de los demás personajes que estuvieron cerca de él durante el levantamiento.

En “Los ‘norteños’, comuneros de Cherán en Estados Unidos”, Casimiro Leco Tomás nos habla de la importancia de los migrantes en el movimiento por la defensa del modo de vida comunitario. “Los norteños” tuvieron una participación importante en el sostenimiento de la lucha por los bosques en la época del “apuro”. Su apoyo se tradujo en allegar recursos materiales, en transmitir información a la comunidad purépecha en Estados Unidos y, sobre todo, en hacerse presentes, lo cual nos deja entrever la gran influencia que tuvieron en ese movimiento por la vida y por la autonomía. El ser de Cherán lo llevan en la sangre dondequiera que vayan; la pregunta es: ¿cómo influye la cultura norteamericana a los cheraníes en esa lucha?

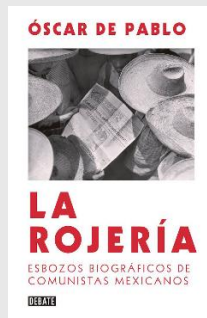
El texto muestra la preocupación de los autores por rescatar su historia, lo cual es muy positivo, pero resulta importante analizar cómo la transmiten, por qué recurren a conceptos académicos, periodizaciones clásicas y un lenguaje que casi nada tienen que ver con los valores purépechas. El problema está en encontrar un lenguaje, un tono y conceptos de análisis que sean producto de la reflexión desde el punto de vista purépecha, con el fin de que les ayude a continuar la lucha por su autonomía.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Vidas interesantes

Óscar de Pablo, *La rojería. Esbozos biográficos de comunistas mexicanos*, México, Penguin Random House, 2018.

Gerardo Necoechea Gracia*



La rojería es un diccionario biográfico de la izquierda en México, en general —pero no únicamente— comunista. No es mucho lo que se puede decir respecto de un libro cuyo valor reside en ser obra de referencia. Por supuesto, y en primer lugar, contribuye a llenar un gran hueco en la historiografía, la cual se ha ocupado relativamente poco de la historia de la izquierda mexicana. En segundo lugar, es una herramienta bienvenida para especialistas y aprendices en este campo de investigación. En tercer lugar, si bien no es exhaustiva, es bastante extensa. El único pero que uno le puede poner, y es un pero importante, es que no tiene las fuentes específicas que el autor consultó para cada entrada. La “Bibliografía mínima” al final es precisamente eso, mínima; suponemos que el autor consultó otras fuentes, por ejemplo, la autobiografía de Manabendra Nath Roy, que no está incluida en la bibliografía. Gracias a esa suposición, confiamos en que la información es cierta.

El libro contiene 139 entradas, que van de Ermilo Abreu Gómez a Paul Pablo Zierold Quarch, y entre las que se encuentran los esbozos biográficos de diecisiete mujeres. Aproximadamente una quinta parte de los personajes nacieron en otros países y residieron temporal o permanentemente en México. Al contrario de lo que muchos tienden a suponer, no dominan los intelectuales, sino que hay gran variedad de oficios registrados, que incluyen a maestros, ferrocarrileros, jornaleros agrícolas, y —por supuesto— los infaltables impresores, linotipistas y periodistas, más cercanos a nuestra idea de intelectual orgánico, así como los escritores y artistas plásticos. Claro que también están presentes teóricos académicos, como Rafael Ramos Pedrueza, Wenceslao Roces Suárez y Adolfo Sánchez Vázquez, pero no son el grupo dominante.

La gran mayoría de los biografiados nació entre 1890 y 1920, y conforman la primera generación de izquierdistas que se inclinaron por la idea leninista del partido, y en consecuencia, por el Partido Comunista Mexicano (PCM) fundado en 1919. A una generación anterior pertenecieron Sen Katayama, enviado por la Internacional Comunista a México en 1921, y Zierold Quarch, inmigrante alemán y socialdemócrata que junto con Adolfo Santibáñez formó el Partido Obrero Socialista de la Ciudad de México en 1911; éste fue a su vez el medio para celebrar el Congreso Nacional Socialista de 1919, que devino en germen del Partido Comunista. En el otro extremo, encontramos un puñado de activistas cuya fecha de nacimiento les permitió ser enlace entre esa primera generación y la rebeldía izquierdista de los años sesenta y setenta del siglo XX: Rafael Galván (1919), Manuel Terrazas Guerrero (1923), Arnoldo Martínez Verdugo (1925) y Gerardo Unzueta Lorenzana (1925).

La información varía para cada una de las entradas. Cuando las fuentes consultadas son prolijas, el esbozo incluye fechas y lugares de nacimiento y muerte, trayectoria laboral y traslados geográficos, y por supuesto, nombres de organizaciones con las que se vio involucrado o involucrada; para quienes fueron miembros del PCM, fecha de ingreso y trayectoria dentro del partido, así como acciones y obras distintivas. Para muchos de los biografiados, sin embargo, el registro es magro.

Por esta razón, la extensión de las entradas individuales también varía. Personajes conocidos y que dejaron un rastro visible, incluyendo testimonios autobiográficos, ocupan por supuesto más páginas que aquellos de los que se sabe muy poco. Los esbozos biográficos de Valentín Campa y José Revueltas ocupan nueve páginas el primero y trece el segundo. En cambio, Diego Aguillón, mecánico tranviario cuya fecha de nacimiento es desconocida, no llega ni a dos. Aguillón fue dirigente del sindicato de tranviarios que, junto con el de cocheros, harineros y panaderos, rompieron con la CROM a fines de 1918, contrariados por el giro hacia la derecha de Morones, su dirigente, y formaron el radical Gran Cuerpo Central de Trabajadores. Un año después, Aguillón, con el mecánico José Allen y el carpintero Eduardo Camacho, fundó Hermanos Socialistas Rojos, y en 1920 ingresó al Partido Comunista, en el que Allen era dirigente. Tampoco se sabe mucho de Jesús Bernal Fierro, cuyo esbozo ocupa dos páginas: era carpintero en los talleres del Palacio de Hierro cuando ingresó a la Juventud Comunista en 1921 junto con José C. Valadés. Figuró en la oposición de izquierda a la dirección del PCM desde fines de los años veinte y se unió al Partido Popular Socialista en 1962. En la izquierda, como en el resto de la sociedad, el registro histórico es escaso para los militantes del común.

Por supuesto, la mayoría de las entradas son cortas. Su propósito es brindar información básica, con la que el lector puede darse por satisfecho, o bien, picada su curiosidad, vaya a buscar más. Posiblemente las entradas más cortas son la de Zierold Quarch, de una página, y la de Mauro Tobón, obrero y activista en la región textil de Puebla y Orizaba, cuyo esbozo biográfico ocupa 36 renglones. El de Elías Barrios es apenas unos renglones más extenso: militante del PCM y

dirigente de la huelga general ferrocarrilera de 1927, “una de las luchas obreras más dramáticas de la historia de México”. Barrios ingresó al partido en 1925, y junto con “La Gallina”, “El Pollo”, “El Cojo” y Hernán Laborde constituyó el Escuadrón de Hierro. En 1926 fue electo secretario general de la Confederación de Sociedades Ferrocarrileras, que estalló la huelga en febrero de 1927, y recibió de manos de Alexandra Kollontai los fondos solidarios que envió el sindicato de ferrocarrileros soviéticos. Participó en la fundación de la Confederación Sindical Latinoamericana, en Montevideo, y de ahí viajó a Argentina para la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana en 1929. Una década después, escribió un libro acerca del Escuadrón de Hierro. Y hasta ahí llega la información conocida. Otro registro también muy corto es el del norteamericano Carleton Beals, periodista e historiador, quien estuvo presente en la fundación del Partido Comunista Mexicano en 1919 e incluso fue tesorero al año siguiente. La corta entrada, en este caso, puede obedecer a que Beals dejó un volumen de memorias, publicado en 1938. Así, para el lector que desee saber más, hay sugerencias de por dónde empezar la búsqueda.

El volumen también nos permite experimentar con la información que está ahí de forma latente. Algo sumamente interesante es trazar líneas que unan a los individuos y constituir redes. Ermilo Abreu Gómez, por ejemplo, colaboró con dos exiliados españoles, Bartolomeu Costa-Amic y Julián Gorkin, para fundar Ediciones Libres. No hay entrada para Costa-Amic pero sí para Gorkin, quien nació en Valencia en 1901 y cuyo apellido real era Gómez García. La entrada de Gorkin nos lleva a Víctor Serge, belga nacido en 1890. Abreu se mantuvo leal al estalinismo, mientras que Gorkin y Serge rompieron con el comunismo: Gorkin terminó participando en el Congreso por la Libertad mientras que Serge formó parte de la Oposición de Izquierda. Sin embargo, el vínculo común fue el ser escritores y coincidir en la necesidad de difundir la palabra escrita.

Otra red importante aparece con las mujeres que coincidieron en el Consejo Nacional de Mujeres, de 1919, y pertenecieron al PCM: Evelyn Trent fue la única mujer en la reunión fundacional; Elena Torres, Refugio García y Estela Carrasco tuvieron formal membresía comunista durante un breve lapso. García regresó posteriormente al partido y llegó a ser parte del comité central. El Consejo fue rebautizado Consejo Feminista Mexicano y como tal se acercó al naciente PCM; publicaba entonces el periódico *La Mujer*. Trent dejó México al poco tiempo de fundarse el partido, con destino a la segunda reunión de la Internacional Comunista. Encontramos a las otras, juntas nuevamente, en el Frente Único Pro Derechos de la Mujer, impulsado por el Partido Comunista en 1935. En las vidas de estas mujeres, que se cruzaron y enredaron, se aprecia, con mayor claridad que en el caso de los hombres arriba descrito, la confluencia de las tareas de organización, educación y propaganda que caracterizó la tradición socialista durante los siglos XIX y XX.

La rojería es una bienvenida adición a la bibliografía creciente que indaga la historia de la izquierda mexicana. Sin duda, tiene fallas. Ya mencioné la falta de un aparato crítico en el que

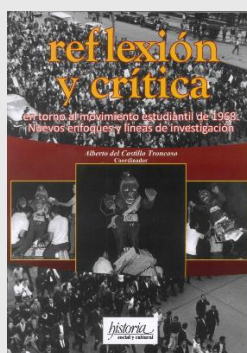
descanse el pacto con el lector de decir verdad. Habría sido de enorme ayuda un índice analítico de publicaciones, organizaciones, y nombres. Entre las ausencias puede señalarse a Víctor Manuel Villaseñor, nacido en 1903, cercano a Lombardo Toledano, al Partido Comunista, y autor de memorias. Pero lo importante son las 139 entradas, clara y amablemente escritas, que lo mismo proveen información básica que posibilidades para indagar más y crear conocimiento nuevo.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Nuevas miradas al 68

Alberto del Castillo Troncoso (coord.), *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2012.

Sergio Rivas*



El año de 1968 está marcado por el salto de los jóvenes estudiantes a la escena política en varios países del mundo. Con distinta intensidad, tomaron las calles para manifestarse en contra del sistema político, los regímenes autoritarios y el orden establecido; los objetivos, los logros y el alcance de cada uno de los movimientos dependieron de coyunturas muy específicas en cada caso.

En México, la inconformidad de los estudiantes giró en torno al autoritarismo y la represión ejercida por el régimen priista, fue un movimiento en el que convergieron diversas instituciones educativas y tuvo al centro del país como su teatro de operaciones. La relevancia del movimiento estudiantil de 1968 se expresa en que es considerado como un momento clave de la historia reciente del país que influyó en la apertura política del régimen durante las últimas décadas del siglo XX; además del peso de la memoria colectiva que se ha construido en torno a los sucesos de ese año, sobre todo en torno a la magnitud de la represión ejercida el 2 de octubre.

La literatura sobre el movimiento estudiantil de 1968 en México es abundante y diversa: los testimonios y crónicas escritos por los líderes y participantes en el movimiento se suman a la producción historiográfica que en su mayoría ha puesto el acento en las implicaciones políticas del movimiento y, más recientemente, a estudios que buscan mirar los sucesos de ese año desde una perspectiva diferente.

Tal es el caso del libro coordinado por Alberto del Castillo Troncoso, *Reflexión y crítica en torno al movimiento estudiantil de 1968. Nuevos enfoques y líneas de investigación*, publicado por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora en 2012, que reúne ocho ensayos fruto de un coloquio celebrado en 2010. A través de los trabajos que lo componen se presentan varias facetas poco estudiadas de la lucha estudiantil: la disputa por la historia del movimiento, la construcción y los usos de la memoria colectiva, la participación de las mujeres, la ideología presente en el discurso cinematográfico y otras más, que presentan una mirada renovada sobre el 68 mexicano.

En el primer artículo, “El movimiento estudiantil de 1968 en México: historia, memoria y recepciones”, Eugenia Allier Montaño analiza las memorias públicas en torno al movimiento y la recepción que han tenido. Señala la memoria de denuncia y la de elogio como las de mayor presencia en la esfera pública, ambas ligadas al contexto en el que surgen: la primera, inmediatamente después de los sucesos de 1968 con el objetivo de exigir la liberación de los presos políticos y esclarecer los hechos de ese año; la segunda, en la década de 1980 a consecuencia de los cambios democráticos y las transformaciones en la izquierda política del país que comienzan a ver al movimiento estudiantil como un parteaguas en la democracia mexicana. La autora recurre a algunos estudios de opinión de años recientes para demostrar que la memoria de denuncia es la que más ha perdurado entre la sociedad mexicana, aunque ello no descarta que ambas memorias convivan sin conflictos en la escena pública.

El segundo trabajo se titula “Juventud rebelde en el contexto de 1968 a través de la visión de las revistas *Sucesos para todos* e *Impacto*”, y su autora es Adriana Sally Rojas Martínez, quien propone considerar al movimiento no sólo como parte de una lucha contra el autoritarismo, sino también como un conflicto entre dos generaciones. A través del análisis de dos revistas, *Impacto* y *Sucesos para todos*, indaga en dos opiniones diferentes y antagónicas que se generaron en aquel año sobre la juventud y el movimiento estudiantil. Revisa, además, otros tópicos que tienen que ver con las nuevas formas de relacionarse de la juventud: la sexualidad, el uso de minifaldas, la moda *hippie* y el cuestionamiento a los roles de género tradicionales.

Dentro de esta misma lógica también se inscribe el texto “El movimiento estudiantil de 1968 en México a través de *El grito* y *Rojo Amanecer*: una aproximación desde la ideología”, en el que Carolina Mónica Tolosa Jablonska lleva a cabo el análisis de la estructura narrativa de estos discursos audiovisuales para comprender la ideología que los guía, la manera en que están organizados y el sentido que le otorgan al movimiento. Por su contexto y estructura, el documental *El grito* presenta al movimiento como homogéneo, con predominio de una conciencia de clase proletaria; mientras que, veinte años después, *Rojo amanecer* muestra a una juventud de clase media que cuestiona los valores tradicionales. Para la autora, ambas películas presentan un movimiento sin matices y con una identidad sólida, bien cohesionado y estructurado.

Un artículo que aborda las sospechas de la supuesta influencia extranjera y del comunismo en la lucha estudiantil es el de Virginia Marisol Escobedo Aguirre, “El movimiento estudiantil de 1968 en México. La disputa entre los estudiantes y el gobierno por las representaciones de la Revolución cubana”. En el contexto de la década de 1960, analiza la forma en que la Revolución cubana influyó en la ideología de la izquierda mexicana, además de la carga emotiva que significó para los jóvenes del 68, quienes tomaron de ella varios símbolos como la lucha contra la injusticia. Así, mientras para el gobierno de Díaz Ordaz la presencia discursiva e icónica de elementos de la Revolución cubana era la prueba fehaciente de la conjura comunista, para los estudiantes eran representaciones de su lucha contra el autoritarismo. Esta disputa no se quedó en el nivel simbólico, sino que se expresó en las relaciones de poder entre ambos grupos y en el espacio público.

El texto de Abraham Trejo Terreros, “La mirada de Washington en el movimiento estudiantil de 1968”, reconstruye el apoyo de Estados Unidos al régimen mexicano durante la movilización estudiantil. Basado en archivos desclasificados, el autor analiza las interpretaciones de Washington sobre los sucesos de 1968 en México y su respaldo al gobierno mexicano para indagar si propició o frenó la apertura del régimen. Aunque Estados Unidos cuestionó la versión de Díaz Ordaz sobre la influencia del comunismo internacional y encontró las causas de las protestas estudiantiles en la política interna del país, el año de 1968 sí marcó un cambio en las relaciones México–Estados Unidos pues este último dudaba de la capacidad del régimen priista para mantener la estabilidad.

Otro trabajo que analiza la memoria colectiva construida en torno al movimiento de 1968 es “Memoria militante: crítica de la narrativa sesentayochera”, de Daniel Luna. Revisa la construcción de la versión oficial de lo ocurrido en aquel año y el surgimiento de una memoria militante en años posteriores a través de los textos de los participantes y las sucesivas conmemoraciones del 2 de octubre. Reconstruye la pugna entre el régimen y los militantes por la historia del movimiento estudiantil, la creación de un consenso en torno a lo sucedido ese año y la manera en que la memoria se actualiza con cada conmemoración debido a nuevas demandas de justicia y en contra de los abusos del poder.

Un tema poco trabajado en la historiografía es el que aborda Gloria Arminda Tirado Villegas en “De añoranzas, testimonios y empoderamiento”. Utilizando entrevistas y testimonios de mujeres participantes en el movimiento estudiantil, analiza los cambios vividos por ellas. El movimiento propició la apertura de espacios para las mujeres y posibilitó que cuestionaran su papel tradicional dentro de la sociedad, se reconocieran como actores sociales y buscaran su empoderamiento. Las ideas feministas estuvieron presentes en el ambiente intelectual en el que muchas de ellas se desarrollaron.

El libro cierra con el artículo titulado “¡Únete pueblo! México, 1968”, de Alma Silvia Díaz Escoto, un trabajo que, a través de los impresos elaborados por los estudiantes participantes, muestra la manera en que éstos buscaron informar a la sociedad sobre los motivos y objetivos del movimiento para así contrarrestar las versiones que difundían los medios de comunicación; además de invitar al pueblo a luchar codo a codo para alcanzar el respeto a la Constitución y una democracia justa.

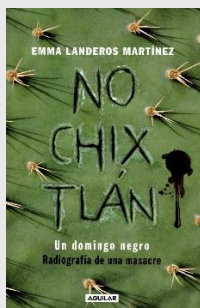
En suma, este libro ofrece una mirada novedosa sobre lo acontecido en 1968, poniendo en el centro del análisis la ideología presente en los discursos sobre el movimiento, la construcción y los usos de la memoria, la presencia femenina, entre otros. Resulta un gran aporte a la historiografía sobre el movimiento estudiantil de 1968 que abre un abanico de posibilidades e invita a explorar, desde nuevos ángulos y metodologías, los sucesos de aquel año y el impacto que tuvieron en la vida de la sociedad mexicana.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

Rememorar el 19 de junio de 2016

Emma Landeros Martínez, *Nochixtlán: un domingo negro. Radiografía de una masacre*, México, Aguilar, 2018.

Antonio Cruz Zárate*



Al cumplirse dos años de la represión policíaca en Nochixtlán se publicó la indagación periodística que a continuación reseño. Es quizá la única investigación que narró los sucesos trágicos desde el inicio del conflicto hasta los últimos meses del presente año.

Nochixtlán: un domingo negro. Radiografía de una masacre es un libro importante por varias razones. La primera, porque reunió los testimonios de las víctimas de la represión policíaca, entre ellos algunas historias ya conocidas como las de Yalid Jiménez, Anselmo Cruz, Jesús Cadena,^[1] René Cruz y la de los niños de la colonia 20 de Noviembre;^[2] además insertó otras vivencias que todavía no eran relatadas, como las de Horacio, César, Aarón, Luis y Diódoro.^[3] También incorporó una muestra de la participación de las mujeres y la tortura sexual que sufrieron las detenidas, como fue el caso de Miguelina, pero de ellas poco se sabe.

La segunda razón es que los testimonios de las víctimas revelan las secuelas psicológicas, económicas y sociales de la agresión hasta el día de hoy. La economía ya de por sí precaria de las víctimas y de sus familiares se vio golpeada por los gastos que han tenido que sufragar ante la falta de atención médica y de un diagnóstico adecuado.

En tercer lugar, Emma Landeros denuncia que la policía empleó un lenguaje racista, pero fue la violencia física la protagonista del ataque de la Gendarmería Nacional, Policía Federal y Estatal en contra de la población civil. Destaca la negligencia y la obstaculización del gobierno federal

para impartir justicia a las víctimas en lo que hasta el día de hoy es un caso de total impunidad. De esta manera Nochixtlán vacila entre la memoria y el olvido social.

En cuarto lugar, la autora documenta que los participantes en la resistencia civil, ciudadanos comunes, fueron golpeados, privados de su libertad, heridos y asesinados por la policía. Por último, la investigación resulta un contrapeso a la versión oficial de que las fuerzas del orden fueron las agredidas y no las agresoras.

Si Landeros decidió contar estas historias de vida es porque entre las preocupaciones de los periodistas independientes están registrar la memoria inmediata y denunciar los crímenes de Estado contra la población civil que se han generalizado en el país. Aunada a esto, la complicidad de la Comisión Nacional de Derechos Humanos con el gobierno para no escuchar a las víctimas ni recomendar la reparación del daño e impartición de justicia ha sido una constante durante el lapso transcurrido a partir de los hechos. Fueron las organizaciones civiles de derechos humanos quienes documentaron y apoyaron a las víctimas desde el primer momento.

El libro contiene un epílogo, en el cual la autora da una explicación sociológica de por qué tanto el gobierno federal y como el estatal habrían actuado en contra de la población mixteca. Su hipótesis es que en la región mixteca, territorio minero en el que no hay presencia de la industria extractiva en tiempos recientes, la represión fue una medida de advertencia para evitar a futuro protestas de la población cuando llegue a asentarse la industria extractiva. La autora reforzó su argumento señalando que la mixteca forma parte de las zonas económicas especiales, aunque en realidad no es así.^[4] En consecuencia, piensa que existen concesiones a empresas particulares para la explotación de los yacimientos de oro, plata y uranio en la región; este planteamiento no es nuevo, si bien no por eso resulta menos importante.

Considero necesario ampliar el análisis sociológico de las causas que detonaron el conflicto político, el cual en parte se debió a la aplicación de la reforma educativa en el estado, pero también tiene antecedentes en la agitación política y social actual en los distritos de Tlaxiaco y Pochutla, y en el enfrentamiento de una década atrás (2006) entre el gobernador Ulises Ruiz con la CNTE–Sección 22 y las organizaciones integrantes de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca. Paradójicamente, los hechos de Nochixtlán tuvieron lugar también en el mes de junio y sólo difirieron por días.

El libro está escrito con un lenguaje comprensible y de fácil lectura. Únicamente es de lamentar la falta de un mapa de la localidad que coadyuve a ubicar geográficamente al lector. Este inconveniente dificultó localizar la zona del ataque policíaco y comprender la participación de otros municipios. Un último inconveniente es que la autora no citó las fuentes consultadas ni avisó al lector de las razones por las cuales omitió los nombres de los informantes.

* Dirección de Etnohistoria, INAH.

[1] Fueron tres de los once muertos del día 19 de junio.

[2] Cabe aclarar que estas noticias están dispersas en diarios de circulación electrónica, impresa y en revistas nacionales.

[3] Este grupo forma una pequeña muestra de los heridos.

[4] De acuerdo con el periodista Ismael García este proyecto, pactado mediante un convenio entre el gobierno federal, el gobierno estatal y el alcalde municipal de Salina Cruz, tiene como fin la reactivación económica e industrial de la región istmeña. Si bien el convenio abarcó temas como seguridad pública, ordenamiento territorial e incentivos de regulación económica, su objetivo principal es construir una vía alternativa al canal de Panamá. *El Universal*, sección Estados, Ciudad de México, 31 de enero de 2018.

Pies en la tierra

Sergio Huidobro (coord.), *Pies en la tierra. Crónicas de septiembre*, México, s. e., 2018.

Omar Issac Dávila González*



En septiembre de 1985 la sociedad mexicana observó la manera desgarradora en que se desmoronó la modernidad del siglo XX en la capital del país, con la caída del edificio Nuevo León en la unidad habitacional de Tlatelolco y de los edificios del multifamiliar Juárez, en la colonia Roma, a causa del temblor del día 19. Treinta y dos años después, también un 19 de septiembre, tembló; y otra vez fuimos testigos del triste derrumbe de la modernidad expresado en el edificio del multifamiliar Tlalpan. Tanto en el temblor de 1985 como en el de 2017 fallecieron muchos mexicanos dentro de viviendas, oficinas y, en el primero, en hoteles y hospitales. En los dos momentos la sociedad civil^[1] se organizó para ayudar a los afectados por la catástrofe terrestre, dedicando su corazón, fuerza y tiempo a trabajar en conjunto con el gobierno para reconstruir un país demolido desde las entrañas de la tierra.

En ambas ocasiones quedó claro que la sociedad mexicana es solidaria, que los ciudadanos son capaces de cooperar para romper la barrera pueblo/gobierno, para demostrar su empatía con el otro, su identidad y patriotismo sin importar la clase social. Por su parte, el gobierno demostró ineficiencia al responder a estas emergencias naturales y la sociedad civil pudo constatar, una vez más, las tremendas irregularidades que rodean el crecimiento inmobiliario en la Ciudad de México, la precariedad laboral —con las costureras del edificio derrumbado en San Antonio Abad en 1985 y con los trabajadores del edificio colapsado en Bolívar y Chimalpopoca en 2017— y la corrupción en la esfera oficial una vez que el gobierno tomó el control, desplazando a la población que, conmovida, se había movilizó de inmediato para ayudar a los afectados.

Pies en la tierra. Crónicas de septiembre por un lado, al igual que otros libros sobre los sismos de 2017 aparecidos en el transcurso del año siguiente,^[2] pretende resguardar la memoria —

como también lo hicieron las revistas *Relatos e historias en México*, *Nexos* y *Cuartoscuro* en 2017— de aquellas manos fuertes, cuerpos sinceros, corazones desinteresados y rostros sudorosos que se organizaron, a pesar de las deficiencias del gobierno y de nuestro individualismo cotidiano, para ayudar a los que sufrieron la unión de la corrupción inmobiliaria y el movimiento subterráneo de la naturaleza ocurrido a las 13:15 horas del martes 19. *Pies en la tierra*, como los otros libros citados, buscó recaudar fondos para donarlos a la reconstrucción.

El libro coordinado por el maestro Sergio Huidobro contiene once crónicas y un agradecimiento a 130 colaboradores que hicieron posible la realización de la obra. El prólogo, a cargo del coordinador, hace hincapié no sólo en la necesidad de conservar la memoria a través de la escritura, recordándonos que la sociedad mexicana es capaz de ensayar nuevas formas de cercanía y vecindad para la ayuda mutua, sino que también plasma una denuncia: muchos de los fallecimientos del pasado 19 de septiembre obedecieron a causas que no son naturales.

En “Dèjà vu”, Edson Lechuga hace un doble recorrido por la memoria en el ir y venir entre los sismos de septiembre de 1985 y 2017, donde a partir de sus vivencias narra la manera en que se enteró del sismo y de sus consecuencias: la conjunción de llantos y abrazos en una ciudad caótica donde la gente se desbordó entre el miedo y las ganas de ayudar. Julia Santibáñez, en “Esa flor despetalada”, adentra al lector en los puestos médicos, de herramientas y de comida llenos de voluntarios y rescatistas que se instalaron sobre la avenida Álvaro Obregón para acompañar a los que perecieron y renacieron, al ser rescatados, en el edificio con el número 286 que el temblor echó abajo.

En “Una tarde en el siglo XVIII”, Alberto Chimal describe la manera en que la Ciudad de México se transformó por un momento en un espacio urbano dieciochesco al sobrevenir el colapso de los servicios de luz, teléfono e internet, que poco a poco la ciudad se fue restableciendo. En algunas zonas de la capital tuvieron señal en sus teléfonos y luz en sus hogares hasta las 6:30 de la tarde del 19, en otras tardaron uno o dos días más. El internet (Twitter, Facebook y WhatsApp) bien utilizado fue un gran aliado de la sociedad civil porque con la plataforma @verificado19s se comprobó la información que aparecía en línea y de esta manera se dirigió con efectividad la ayuda donada por la ciudadanía.

Juan Carlos Quezada, en “La J es de Jessica”, se enfoca en la atención que Televisa, la Secretaría de Marina, el secretario de Educación Pública y el presidente pusieron en el rescate no logrado de la niña Frida Sofía en el colegio Enrique Rébsamen. Tal vez Frida Sofía representó todas aquellas víctimas que no pudieron sobrevivir, como ocurrió con Jessica Laura Castrejón. En “Pásele, marchante”, Saraí Campech relata el viaje que emprende a Juchitán, Oaxaca un mes después del sismo del 7 de septiembre para llevar despensas y paquetes de alimentos no perecederos, artículos de limpieza y ropa. Las sacudidas sísmicas continúan y el sonido

proveniente del interior de la tierra hace juego con el ritmo de los juchitecos, que se proponen recomponerse con la ayuda de su vida cotidiana y sus fiestas... ésa es la sensación de todos los que vivieron los dos últimos sismos en México.

Roberto Abad, en “La primavera finita”, rinde su testimonio desde la cima de la torre del reloj del Palacio de Cortés (Museo Regional Cuauhnáhuac), donde el tiempo quedó paralizado ante el movimiento de la tierra para ser testigo de los daños en la ciudad de Cuernavaca, Morelos, y de la reacción solidaria de la gente durante los primeros días. En “Tu nombre es el mío”, Karen Villeda le da voz a todas aquellas mujeres sin nombre que quedaron atrapadas en el edificio que colapsó en Bolívar 168. Ana Romero, en “12.5 kilómetros”, viajó esa distancia de la Ciudad de México a San Gregorio Atlapulco para recuperar la memoria de lo que pasaron los *chicuarotes* en ese martes 19 y en los días posteriores en que la ayuda llegó para los sobrevivientes.

En “El silencio vino después”, Jaime Mesa narra que el temblor en Cholula lo derrumbó todo, aunque no hubo fallecidos. Se dañaron los campanarios de las iglesias. El mensajero del tiempo se detuvo y el silencio se apoderó del ritmo de la vida mientras los cholultecos se encargaban de salvar a los santos y a la Virgen de los Remedios sacándolos de los templos. David Miklos, en “El temblor que somos”, recorre la memoria de los sismos de 1957, 1985 y 2017, donde se encuentra con el reflejo del otro que pudo haber sido él; él, que debe estar alzando su voz para que las autoridades lo escuchen, meses después de aquel trágico martes 19. “Tiemblo”, de Maia F. Miret, constituye el epílogo del libro; recupera los testimonios de los largos días, semanas y meses que pasarán en la calle todas las personas que perdieron sus viviendas; todos los que se unirán para exigir a las autoridades que les otorguen, en forma transparente, la ayuda que les corresponde para reconstruir su hogar.

Los objetivos del libro se plasman en el último apartado. El primero consistió en mantener una memoria histórica de lo acontecido durante el mes de septiembre de 2017 en México. El segundo fue recabar ayuda monetaria —a través de la plataforma de internet Donadora Mx— para que dos familias juchitecas pudieran reconstruir sus fuentes de trabajo: dos talleres artesanales dedicados al calzado y al vestido. *Pies en la tierra* es un ejemplo de que las letras y la conservación de la memoria histórica pueden tener un fin social en beneficio de los seres humanos. Su lectura moviliza sentimientos profundos y no permite olvidar que se puede hacer mucho para prevenir futuros desastres.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

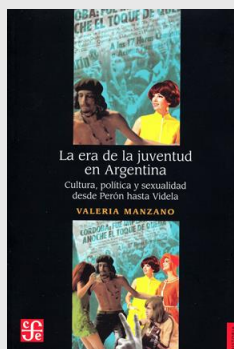
[1] Concepto analizado y desarrollado por Carlos Monsiváis en *Entrada libre. Crónicas de la sociedad que se organiza* (1987) y “*No sin nosotros. Los días del terremoto 1985–2005*” (2005).

[2] Yamilé Vaena *et al.* (coords.), *Puños en Alto por México: Proyecto Colectivo Internacional*, s.l., Create Space Independent Publishing Platform, 2017; Alfredo Campos Villeda(comp.), *Septiembre letal. Memoria de sismos, colapsos y solidaridad*, México, Milenio, 2017; Luis Reséndiz (coord.), *Estamos de pie. 19S: Historias de grandeza mexicana*, México, Planeta, 2017; *Tiembra*, edición y selección de textos Diego Fonseca, México, Almadía, 2018; Yohali Reséndiz, *19S: el día que cimbró México. Una mirada a las fallas estructurales del gobierno y la corrupción de las instituciones*, México, Penguin Random House, 2018.

La era de la juventud

Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, México, FCE, 2017.

Víctor Guerra*



Valeria Manzano, doctora en Historia Latinoamericana, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y profesora del Instituto de Altos Estudios Sociales de Argentina, nos ofrece este libro sobre la juventud, tema que ha abordado recurrentemente en su trayectoria académica. ¿Cómo hacer historia de la juventud? Para empezar, la autora se plantea como objetivo analizar el proceso de construcción del concepto, es decir, la forma en que la sociedad argentina fue configurando el papel de los jóvenes hasta convertirlos en una categoría cultural y política.

En las páginas de este libro encontramos dos formas de concebir a los jóvenes. En primera instancia la concepción de los adultos, quienes tratan de encaminarlos por una senda de continuismo en lo que respecta a los valores, tradiciones y lealtad a la institucionalidad. La intervención de especialistas como educadores, psicólogos o sociólogos será determinante en la estructuración de pautas de convivencia y transición políticas, poniendo al joven argentino como una pieza clave en el proceso de modernización del país. En segundo lugar, se aborda la forma en que la juventud se entiende a sí misma y a su entorno, construyendo nuevas maneras de convivir y estructurando, por ejemplo, una expresión estética propia a partir de sus gustos musicales, o estrategias de organización que les posibilitaron comunicar su insatisfacción y configurar una nueva relación con la autoridad.

La periodización que propone la autora ayuda a comprender dicho proceso marcando tres coyunturas dentro del lapso indicado en el título del libro: la primera en 1956, antesala del golpe

que derrocó a Perón en su segundo periodo presidencial; la segunda, de 1966 a 1974, y la última, de 1976 a 1983, cada una con sus expresiones juveniles características.

¿Podemos hablar de la juventud por sí misma? Partamos de la idea de que los jóvenes actuaban de acuerdo con las posibilidades que el propio Estado les construía: organizaciones estudiantiles afines a los planes políticos en turno y que sirvieran para definir y afianzar los planes estatales. Por otro lado, el consumo como estilo de vida impuesto por los adultos a través de campañas publicitarias dirigidas a un potencial mercado juvenil. Sin embargo, son los jóvenes quienes elegirán esos bienes materiales (*jeans*, minifaldas o tocadiscos) y definirán cómo conseguirlos.

¿En los años sesenta la juventud fue motor de cambio mundial? En efecto, a la juventud puede considerársele la principal protagonista cultural y política de esa década. Pero la autora trata de romper con el consenso de que dicho protagonismo se inicia a mediados del siglo XX como consecuencia de la expansión económica de posguerra y del desarrollo y consolidación de la democracia liberal. Esto resulta insostenible en el caso argentino, donde prevalecieron la inestabilidad y el autoritarismo que marcaron a la juventud en este periodo.

El eje de análisis de *La era de la juventud en Argentina...* es la modernización, proceso que detona aspectos como la ampliación de la matrícula escolar en el nivel secundario y superior, así como las transformaciones en la cultura del consumo y en la relación entre jóvenes y adultos. Se construye así un concepto de generación ya no basado en grupos de edad sino dinámico, pues las propias instituciones que se dedican a su estudio lo transforman según sus intereses.

Para Valeria Manzano es importante historiar a la juventud teniendo en cuenta categorías de análisis como cultura, política y sexualidad y la conexión entre ellas. Define su postura historiográfica utilizando fuentes de diversa naturaleza que nos permiten entender que las categorías mencionadas no están dissociadas y existe un cruce entre ellas. Esto aporta a la investigación una línea de lectura que nos muestra a la renovación cultural como proceso histórico con sus particularidades, para dejar en claro las diferencias con México, Brasil y Francia principalmente.

El libro se divide en ocho capítulos organizados por temas y con un orden cronológico. A partir de la concepción adulta sobre la juventud y de los programas del Estado dirigidos a los jóvenes, se habla de cómo era la vida cotidiana en las escuelas secundarias y universidades, con sus propias dinámicas y conflictos durante un periodo de diez años (1956–1966). Una nueva cultura juvenil surge en el momento en que el rock como género musical se inserta, de manera paulatina y hasta cierto punto controlada, en la industria del entretenimiento gestionado por los adultos.

Las expectativas de vida de las mujeres cambiaron cuando empezaron a poder trabajar y a valerse por sí mismas, además de ejercer su propia sexualidad.

Una “fraternidad de varones pelilargos” emprende la transformación del género rock y pone las bases de una contracultura, si bien influenciada por los estereotipos anglosajones, enfocada al contexto argentino, musicalmente diferente del de México ya que la música de rock se interpretaba en español. Se abre paso entonces un proceso de politización y radicalización de algunos grupos de estudiantes que, además de plantear cuestiones propias, tratan de cohesionarse con el pueblo, el cual con el tiempo los respaldará en la búsqueda de un nuevo orden de cosas.

“Poner el cuerpo” es un juego de palabras para hablar del cuerpo como una categoría cultural y política que puede remitir a las modas juveniles o a la ofrenda de la vida misma en pos de la consecución de ideales políticos. En respuesta, la autoridad se “preocuparía” por restablecer el orden mediante la restricción del acceso a la píldora anticonceptiva, el control de los consumidores de droga y la criminalización sistemática de la juventud.

Trabajos como éste son necesarios ya que aportan una visión integral de la juventud, pues acuden a fuentes orales, revistas, informes y estadísticas policiales, así como a la producción artística de la época que nos conduce a entender a los jóvenes de Argentina en su contexto propio.

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

México y la Segunda República Española: cuatro décadas de ininterrumpido vínculo entre dos repúblicas hermanadas

Carlos Sola Ayape (coord.), *Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975)*, Madrid, FCE (Cátedra del Exilio), 2016.

Guiomar Acevedo López*



Los diplomáticos mexicanos y la Segunda República Española (1931-1975), coordinado por Carlos Sola Ayape, fue presentado en la embajada de México en España, en Madrid, el 27 de marzo de 2017, en el marco de la conmemoración del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y España. El hecho merece ser resaltado, pues señala una bien intencionada contradicción: el libro que coordinó Carlos Sola, aunque sin ser su propósito directo, demuestra que la historia de las relaciones diplomáticas entre México y España es una de continuidad; o al menos de continuidad con una de las dos Españas, por lo que quizá tendríamos que replantearnos el término “restablecimiento”.

El libro deja una clara constancia de la rotunda negación del gobierno mexicano a reconocer el régimen golpista del general Francisco Franco y, por lo tanto, de las cuatro décadas de ruptura diplomática con el gobierno español peninsular, salvo en terrenos estrictamente comerciales. Pero también hace explícita la continuidad, durante esos mismos cuarenta años, de las relaciones entre México y el gobierno de la Segunda República Española en el exilio. Ambas quedan patentes en la lucha de México por sacar a los refugiados republicanos de los campos de hacinamiento en Francia, en la integración de los republicanos españoles a la vida social, cultural y profesional mexicana, en la defensa de la República Española en el marco de los debates de la comunidad internacional una vez terminada la Segunda Guerra Mundial —sobre todo frente a la llamada “cuestión española”— o en el repudio mexicano a las últimas ejecuciones del franquismo en 1975, corporizado en la figura del presidente Echeverría exhortando al Consejo de Seguridad

de la ONU para que instara a los miembros del organismo multilateral a que interrumpieran totalmente sus relaciones con España; así como un largo etcétera.

En este sentido, quizá se echa de menos un mayor énfasis en la visión mexicana sobre esta continuidad, pues profundizar en el reconocimiento a la República Española como gobierno legítimo y la continuidad de una relación bilateral con ella hasta 1977 nos permitiría entender qué amargo trago supuso para ambas partes la decisión de México, a la muerte del dictador y de acuerdo con las propias condiciones de reconciliación nacional forzosa e impuesta por la transición española, de cortar relaciones con el gobierno de la República Española y reconocer el reinado de Juan Carlos. En 1980 José Antonio Matesanz, en un artículo publicado en la revista *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, explicaba este histórico momento de la siguiente manera:

El 18 de marzo de 1977, ante los medios de difusión convocados sorpresivamente, comparecieron el presidente de México y el presidente de la República Española: en menos de tres minutos, don José Maldonado leyó un documento en el cual se anunciaba la cancelación de las relaciones diplomáticas entre los dos gobiernos. Acto seguido, ambos presidentes desaparecieron dejando a los periodistas hambrientos y frustrados. Al día siguiente, el presidente López Portillo declaró que durante la ceremonia por poco se le saltaban las lágrimas.^[1]

El libro plantea una cronología que narra, de manera panorámica y detallada al mismo tiempo, el complejo vaivén de las relaciones diplomáticas continuas durante medio siglo entre México y España, pues capítulo a capítulo se advierte una congruente serie de acciones que mantuvieron el vínculo entre ambas naciones. Se revisan desde los primeros intercambios con la recién proclamada República Española hasta las últimas batallas contra el agonizante pero aún sanguinario régimen franquista en el campo de la diplomacia multilateral, pasando por la solidaridad sin parangón de México con los refugiados republicanos durante la posguerra.

Cada capítulo del libro narra episodios clave de esta historia, tales como la defensa de la República Española que hizo Primo Villa Michel en Ginebra frente al Pacto de No Intervención o la denuncia que hizo Alfonso Reyes de la situación de la República Española durante la Guerra civil y su apoyo a la causa republicana. También brillan las virtudes de los diplomáticos mexicanos: la gallardía y congruencia política del embajador Luis I. Rodríguez frente a la inminente muerte del presidente Azaña; la labor humanitaria del cónsul Gilberto Bosques Saldívar con los refugiados republicanos en Francia durante la Segunda Guerra Mundial; el desempeño de Luis Quintanilla del Valle en la Conferencia de San Francisco, y la templanza de Rafael de la Colina en los debates que ocasionó la solicitud de ingreso de la España franquista —y evidentemente anticomunista— a la ONU durante la Guerra fría, por mencionar algunos.

Sólo después de este largo recorrido es posible comprender por qué México insistió en el uso del término “establecimiento” y no “restablecimiento” al momento de formalizar sus vínculos diplomáticos con el nuevo gobierno español peninsular en 1977. Además, queda en evidencia que, a la muerte del dictador, las relaciones diplomáticas de México con España sólo eran concebibles una vez alcanzado, en palabras de Carlos Sola, “un ambiente político con ciertas garantías democráticas, ajeno, en consecuencia, a los viejos atavismos dictatoriales del pasado”.

Cabe subrayar que, si bien la obra nos plantea un recorrido bilateral complejo, de ejecución de políticas y consolidación de proyectos nacionales, no por ello se convierte en una historia política. Los esfuerzos diplomáticos de México se narran a partir de sus protagonistas, diplomáticos de oficio algunos, intelectuales y figuras clave del mundo cultural otros, pero todos ellos mexicanos portentosos comprometidos con una visión ética y progresista del mundo —y por lo tanto, de la política—, que ejercieron su vocación en momentos convulsos del siglo XX. Así se recuperan sus nombres e historias para el público español.

Con la virtud de unir a especialistas mexicanos y españoles, este libro narra ese recorrido bilateral, al mismo tiempo que cuenta la historia del nacimiento de lo que Carlos Sola llama el “nacionalismo revolucionario” mexicano. De otro modo, sería imposible entender el quehacer de esta camada de diplomáticos que antepusieron el ideario y los valores revolucionarios a las políticas pragmáticas del periodo de entreguerras y, más tarde, de la Guerra fría. Además, explica la consistencia de la política mexicana en sus tratos con la República Española. Este nacionalismo revolucionario sirvió para consolidar e institucionalizar el proyecto de Estado Nación del México posrevolucionario y al mismo tiempo modeló su política exterior, ya que reclamaba como inalienables ciertos principios básicos como la igualdad entre naciones, la autodeterminación de los pueblos, la soberanía nacional y el mismísimo principio fundamental de la doctrina Estrada, la no intervención.

En última instancia, el México posrevolucionario vio en el republicanismo español una aspiración social común y un ánimo político anticonservadorista, lo cual consolidó el vínculo de lealtad y amistad patente en el tratamiento que México dio tanto a la Segunda República Española y su proyecto de nación, como a los propios exiliados republicanos en México. Ángel Viñas resalta esto en su prólogo al libro: “España y su república pasaron a convertirse en un bastión avanzado de la multifacética pugna mexicana por defender la identidad y los logros de la Revolución”.

* Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

[1] José Antonio Matesanz, “De Cárdenas a López Portillo: México ante la República Española, 1936–1977”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 8, disponible en <http://www.historicas.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc08/101.html> (consultado el 30 de noviembre de 2018).

A la sombra de la praxis historiográfica: informalidades de actores muy formales

Ana Rosa Suárez Argüello y Agustín Sánchez Andrés (coords.), *A la sombra de la diplomacia. Actores informales en las relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2017.

Martín López Ávalos*



Siempre resulta difícil reseñar un libro colectivo, dada la variedad de enfoques y aplicaciones que puede haber sobre un tema, aun cuando éstos provengan de una misma disciplina. Todavía más compleja resulta la tarea si los temas se multiplican exponencialmente abordados a partir de una idea. Éste es el caso que nos plantea *A la sombra de la diplomacia. Actores informales en las relaciones internacionales de México, siglos XIX y XX*. El conjunto de textos reunidos son los que sus autores presentaron como ponencias en marzo de 2015 en el seminario convocado por las instituciones que ahora publican la obra. El abanico de temas es amplio, variado y abarca dos siglos, otra complejidad añadida a los temas de todos los tonos y frecuencias. No obstante, es posible hacer un abordaje crítico a este tipo de obras pese a la dificultad de su contexto de elaboración. No se tratará uno por uno dado el límite de espacio del que se dispone; el contexto obliga a establecer generalizaciones que uno supone debe encontrar en una obra colectiva con un objeto de estudio muy específico. Es decir, el reseñista se ve obligado a observar el conjunto más que las partes o cómo las partes van embonando en el conjunto, y de allí apelar a la generalización como norma crítica. Antes de empezar quiero hacer un deslinde: todas las colaboraciones aparecidas en este libro son de gran calidad, escritas por profesionales que saben mucho de su oficio de historiadores. Examinadas individualmente, sin duda alguna cubrirían cualquier tipo de dictamen al que se vieran sometidas para determinar su publicación. Ése no es el problema. Continuemos, como advierto, viendo el conjunto para establecer un balance crítico de una obra colectiva.

La primera generalización que ronda en la superficie es la elección del objeto de estudio, en este caso los “actores informales” a los que alude el subtítulo de la obra. Los actores informales en las relaciones internacionales de México demandaban una definición y, sobre todo, una articulación colectiva en profundidad dada la amplitud del periodo estudiado (dos siglos) y la gran cantidad de temas tan dispares entre sí. Éstos aparecen agrupados en dos grandes bloques que dividen la obra: por un lado, los grupos de presión y, por otro, la construcción de un imaginario nacional. A primera vista, los grupos de presión corresponderían a los trabajos disciplinarios cercanos a la historia diplomática más que a las relaciones internacionales, pues nunca se rebasa aquella para hablar del conjunto, de una política del Estado nacional mexicano en diversos ámbitos internacionales, y se dejarían para la segunda parte los estudios no relacionados directamente con esta acción del Estado nacional. Como el presente no es el lugar para debatir el término “informal”, simplemente nos limitaremos a señalar que éste se definió como una generalización más: dado que lo formal es el espacio gubernamental que ocupa la acción del Estado, todo lo que está fuera de esta formalidad debe ser, por tanto, informal.

Así, lo informal puede abarcar casi cualquier fenómeno social, sin importar si hablamos de individuos, organizaciones u opinión pública, con lo cual la generalización se torna ambigua y difícil de estudiar tanto por partes como en conjunto. Aquí radica la principal limitación de la presente obra: al no existir un plan de trabajo colectivo que cada parte lleve a cabo, lo que encontramos son colaboraciones hechas con calidad y buena narrativa dentro del campo historiográfico al que se adscriben por su tema y método, pero que en ningún momento se pueden articular con la categoría de actores informales dentro de una subdisciplina como la historia diplomática (salvo un par de ellas) ni como parte de las llamadas relaciones internacionales, ámbito donde sí se usan nuevas categorías analíticas a partir de la mutación de los sistemas globales multilaterales después de la Guerra fría. La evolución de los regímenes políticos autoritarios, característicos de esta etapa de las relaciones internacionales, abriría la perspectiva para nuevos enfoques que den cabida a los actores emergentes que demandaban participar local y nacionalmente en un contexto global unificado por la democracia como megasistema.

En el ámbito de las relaciones internacionales, la categoría “no gubernamental” agrupa únicamente a los actores colectivos con capacidad para participar en el debate global, haciendo del Estado nacional un actor más, importante en muchos aspectos, que debe tomar en cuenta a los actores no gubernamentales, pero de ninguna manera aceptando la informalidad como categoría que describa un fenómeno. He allí la importancia de lo no gubernamental, e incluso de la opinión pública, para estudiar sistemas democráticos o en transición hacia la democracia.

Resulta difícil sostener, como lo hacen los coordinadores de la obra, que el Estado nacional no es el autor más importante en las relaciones internacionales (p. 9) para explicar la influencia de la informalidad en la toma de decisiones formales del gobierno en una política pública, como las

relaciones exteriores. El problema no es hacer declaraciones de principios teóricos o políticos, el problema es cómo llevamos a la práctica dicha afirmación, ya sea como pregunta o como paradigma disciplinario que guíe la investigación. La actividad informal de diversos agentes que influyen en la toma de decisiones de cualquier política exterior es algo que debe demostrarse, cuantificarse y exponerse con las pruebas positivas en mano; de lo contrario estaríamos ante una creencia, como se sostiene en casi todas las colaboraciones. Aquí unos ejemplos: “*es probable* que además ejerciera [el actor informal] un influjo considerable en la visión de políticos y diplomáticos mexicanos” (p. 21, las cursivas son añadidas en este caso y en los siguientes); “sus textos [de los informales] incluyen datos obtenidos de informes y otros documentos públicos y oficiales que esos mismos yucatecos les proporcionaban, equilibrando estas visiones parciales con las observaciones que hacían de primera mano. Al hacerlo, crearon opinión pública o influyeron en ella, *afectando quizá* de forma indirecta la toma de decisiones” (p. 405); “Su postura crítica [del actor informal] constituye un antecedente para el surgimiento de organizaciones en defensa de los braceros, *lo que subraya su papel como actor informal* en la diplomacia” (p. 341). Así, la única constante es el intento de justificar la acción de la informalidad para una investigación que no fue planeada como tal. En el estudio de caso resulta más fácil establecer este hecho; sin embargo, en ninguno de los que componen este volumen se presentan las pruebas de la influencia de la informalidad sobre quienes toman decisiones, aunque se desdeñe su importancia como aparato “formal”. Los coordinadores del volumen estaban muy conscientes del riesgo que implicaba la forma de integrar las partes en un todo coherente, y en cierta medida nos alertaron de las limitaciones (p. 18), pero no advirtieron lo evidente: se trata de publicar la memoria de un seminario, que no es lo mismo que presentar un libro de investigación colectiva.

A la sombra de la diplomacia... es una muestra de la organización de la academia mexicana (en historia específicamente), poco propicia a los proyectos verdaderamente colectivos que quieren reflejar la integración de los saberes de una o varias disciplinas en torno a un problema de investigación. En su lugar, lo que priva es el imperativo de publicar a cualquier costo, haciendo pasar las memorias como libros de investigación. Así, con nuestra praxis disciplinaria en estas condiciones, el individualismo erudito enfocado en la reproducción de un método, justificado por el uso de fuentes primarias, seguirá campeando en la forma como ejercemos nuestro oficio mientras se confunda el problema con el tema y se quiera presentar como innovación en historiografía categorías construidas para explicar el periodo contemporáneo.

* Centro de Estudios Históricos, El Colegio de Michoacán, A.C.

Me detengo a retratar el dolor

Alberto del Castillo Troncoso, *Fotografía y memoria. Conversaciones con Eduardo Longoni*, México, FCE / Conacyt / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2017.

Rebeca Monroy Nasr*



“Me detengo a retratar el dolor” podría ser un buen resumen de estas líneas que ahora presenta Alberto del Castillo, convertidas en libro. Es la frase que queda en la conciencia de quien la lee y comprende el ámbito de la fotografía como un documento, seguramente incómodo para algunos. Proviene de alguien convencido y seguro de que la imagen puede ayudar a derrocar, denunciar, mostrar evidencias, ultrajar mentiras, destapar un régimen. Es la imagen con poderes mucho más fácticos, que perduran en el tiempo y suelen resonar como lo hacen ahora.

Son las *Conversaciones con Eduardo Longoni* las que nos llevan a un espacio múltiple, la luz de sus imágenes y el tiempo a “destiempo”, con las cuales Alberto del Castillo presenta su más reciente libro para mostrarnos el resultado de una estancia sabática en el Cono Sur, en Buenos Aires, Argentina, para ser precisos, y muestra claramente la producción que se puede realizar en esos meses de concierto académico, vivencial y profesional.

Es así que comprender el trabajo de Longoni bajo la mirada del investigador Alberto del Castillo nos revela el elemento multifactorial del fotógrafo: el arte como vehículo de la historia, barricada contra la dictadura y antídoto para la memoria borrable por los golpes. La cámara ultraja y es contundente, la palabra se reproduce y la desmemoria se disipa.

Son los quehaceres que el investigador rescata en los diálogos y monólogos de este fotógrafo, que nos dejan percibir entre líneas a los actores de la historia de la dictadura férrea que padeció Argentina entre 1976 y 1983. La discreción de Alberto hace que su voz se escuche en *off*, como se diría en el cine: es pausada y sensible detrás del fotógrafo, lo deja ser el protagonista de su historia. Eso es algo que me encanta de los trabajos que hace este académico multipremiado, pues impulsa a sus personajes en estudio tras bambalinas, sin interrumpir en el escenario, y sin gran revuelo va construyendo los contextos de la historia Argentina, tarea nada fácil cuando se hace para un público mexicano, que poco sabe de Jorge Rafael Videla, la junta militar, las desapariciones, las valientes madres de Plaza de Mayo y sus pañoletas características, el asalto al cuartel Tablada, el atentado a la AMIA, la Guerra de las Malvinas (las Falkland Islands para los británicos) y la muerte de muchos jóvenes en una guerra inútil, los comedores populares... Y entre todo eso, la falta de fe en un fotógrafo que realiza travesías con los monjes cartujos, aunado a muchas historias tejidas con cordón, cordel, palma o lana, y selladas todas ellas con los hilos finos invisibles de la plata sobre la gelatina.

Cabal, comprensivo, empático, con posturas políticas claras, Alberto del Castillo deja que su entrevistado e informante cobre vida en un primer plano y desdoble sus capacidades de fotógrafo, editor de diario, fotorreportero, fotodocumentalista, editor y coautor de libros con novelistas famosos como Ernesto Sabato y poetas de la talla de Mario Benedetti. Editor de sus propias imágenes en fotolibros gestados por él, y su propio y más severo crítico y curador, Longoni despliega en este libro variadas capacidades. Es así que uno y otro autor, el fotógrafo y el historiador, parecen compartir los créditos, pues cada uno mueve al otro a la reflexión y a la creatividad. De esta manera, Del Castillo despliega ahora una metodología diferente a la que ha usado en sus anteriores trabajos, y por ello es un libro gratificante, que le permitió reinventarse y trabajar desde otra óptica los materiales literarios, gráficos y de historia oral, tejida desde la intertextualidad.

Conocemos la obra "albertiana" de rescate de figuras y personajes fotográficos, así como su metodología muy particular, que ha hecho al autor merecedor de importantes premios. Ha gestado una visión peculiar en la forma de contextualizar, analizar, revelar y presentar a sus personajes. El rescate de los fotógrafos mexicanos fue preparando el terreno para este trabajo. Así, me parece que, en su horizonte historiográficamente clásico, Del Castillo rebasó su propia manera de ser y hacer. Eso es una riqueza que brinda el moverse, el salir de la zona de confort académico; y al encontrarse frente a una nueva realidad, él mismo se transforma junto con su obra. Es una forma dialéctica de trabajo del académico, creada y reforzada a partir de la presencia de Longoni, porque, a diferencia de muchos de los fotógrafos de nuestro querido país, los del Cono Sur sí hablan. Y Longoni lo hace con gran inteligencia y placer, y en eso estriba la gran riqueza del libro: en sus conversaciones con el investigador.

Si bien el libro se lee, se disfruta, seduce al lector, todo ello es gracias a una cadencia producto de muchas horas de trabajo. Es evidente. Hace años que Del Castillo ha trabajado con la historia oral, ha tenido ese interés entreverado con la imagen. Gerardo Necochea y Mario Camarena son testigos de esa inquietud en cursos y coloquios compartidos, y de cómo el autor se renueva en este libro. La capacidad de editar las entrevistas y darles una forma consistente y congruente permite que Longoni cobre presencia clara en un medio mexicano. Ello sólo se logra cuando un historiador comprende la complejidad del contexto en el que trabajó el fotógrafo. Y es ahí donde vemos cómo el investigador afina la mirada, cómo escudriña en las historias, las imágenes, los retratos, y elige. Porque las elecciones temáticas y gráficas también son decisiones del historiador. Él encauzó sus entrevistas, sus momentos, las imágenes, la selección final —nada fácil, intuyo—, el temario y hasta la disposición de los materiales, ya notable desde la portada: el ojo del diafragma de la lente de la cámara con las imágenes icónicas de Longoni. Fondo y forma, dirían en los años ochenta. La madeja se enreda con la historia de la dictadura argentina que duró años, captada por la lente irredenta de Longoni y sus colegas, que se debatieron en momentos de gran intensidad ideológica, que mostraron imágenes de tintes políticos con un sabor estético a prueba de balas y cañonazos. Así lo narra el fotógrafo cuando analiza y ve sus propias imágenes; cuando narra que debió agachar la cabeza para que no se la volaran en el asalto al cuartel Tablada; cuando comenta cómo tomó la imagen de la primera Madre de Plaza de Mayo que él conoció; cuando revela cómo trabajó como editor de notas gráficas —él las llama “notas puntuales”— y luego de fotorreportajes; cómo se convirtió en editor de revistas, luego de libros, luego de sus propios libros...

Este libro es, sin duda alguna, un abrazo al alma, como en alguna parte lo ha dicho el mismo Eduardo Longoni. Por ello el trabajo de Alberto del Castillo tiene una presencia contundente y sustancial en la vida latinoamericana, que no deja de sorprendernos con esas distantes décadas de violencia, dolor y desapariciones. Sabor a muerte, pero no a olvido, pues gracias a estas fotografías podemos recordar profundamente, y con ello evitar que siga pasando en nuestra vida cotidiana, en las microdosis o en las macrohistorias que aún tenemos que vivir, evocar para sanar política y culturalmente, en una palabra: humanamente.

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Presentación de Noticias

Presentación

Como parte sustantiva del impulso a una historia que interroga a nuestro presente, esta sección de “Noticias” de *Con-temporánea* dará cabida a expresiones diversas (como notas y cartas) en las que la memoria de los hechos vividos señale dilemas de una actualidad abierta y a debate.

En esta ocasión les entregamos una carta suscrita por varios especialistas en materias tan disímbolas como las humanistas y las de las ciencias duras que expresan los riesgos de los megaproyectos y se ofrecen a colaborar para no repetir una larga historia del crecimiento económico que afecta poblaciones y territorios. Además, incluimos una nota sobre el largo litigio de los pueblos del sur de la ciudad sobre infraestructuras que les perjudican sin tomar su opinión al respecto.

Los invitamos a enviar sus notas que nos refuercen la percepción de que estamos ante un presente abierto donde la memoria abre opciones.

La lucha por la vida desde la legalidad

Mario Camarena Ocampo/DEH-INAH

Rocío Martínez Guzmán/DEH-INAH

En los últimos años la Ciudad de México ha sufrido grandes transformaciones, generadas por las políticas públicas que se han implementado en la ciudad, las cuales han privilegiado la construcción de vialidades, libramientos y distribuidores vehiculares de los llamados megaproyectos. Estos cambios han sido acompañados de la inversión inmobiliaria en la Ciudad de México, que representa 30% de su producto interno bruto, vital para el desarrollo de la urbe, pero que han violentando las normas de uso del suelo y los derechos humanos. Esta situación generó un crecimiento desordenado de los desarrollos inmobiliarios: unidades habitacionales, centros comerciales, privatización de los espacios públicos, sin la intercesión de una autoridad que impida que los empresarios de ese ramo rompan las normas que rigen la ciudad.^[1]

Las políticas públicas que se aplican en la Ciudad de México privilegian lo mercantil sobre lo social, lo empresarial sobre lo comunitario. El Estado ha favorecido los intereses de los grupos empresariales en detrimento de la ciudadanía, lo individual en menoscabo de lo comunitario, situación que se expresa en la forma en la que se interpreta la ley para legitimar los proyectos urbanos que benefician los intereses privativos.

En este contexto de despojo y segregación, el 12 de junio del 2018 se emitió la resolución del juicio de amparo^[2] en materia constitucional 513/2018, celebrada por el juez segundo de Distrito en materia administrativa en la Ciudad de México en la que se ratifica la suspensión de actividades de una gasolinera por afectar: el entorno urbano, alterar el medio ambiente, la seguridad personal en donde la figura de lo social está por encima de lo individual y el derecho a la vida sobre el derecho mercantil, resolución que resulta de vital importancia para la reivindicación de las organizaciones sociales por el derecho a la ciudad. Esa resolución sienta un precedente para las luchas contra las gasolineras en la Ciudad de México, ya que muchas de las que se establecen actualmente violan el uso del suelo, las normas ambientales y ponen en riesgo la vida de los habitantes.

A raíz de las presiones de la población desde 2011, la Procuraduría Ambiental y de Ordenamiento Territorial del Distrito Federal (PAOT) determinó que el certificado de uso de suelo era ilegal porque, según el Plan Parcial de Desarrollo Urbano, ese tipo de permisos para gasolineras en

zonas patrimoniales y habitacionales —como San Pedro Mártir— están prohibidos. La PAOT determinó que la gasolinera no cumplía con los requisitos que se le señalaron, pues el uso del suelo que solicitó fue de 300 m², aunque en realidad ocupa 2 300 metros. La Secretaría del Medio Ambiente determinó que la licencia de construcción fenecía el 5 de diciembre de 2011; por su parte, el Banco Nacional de Obras y Servicios Públicos manifestó, en octubre de 2011, que no había otorgado permiso ni autorización alguna para la construcción de un carril de desaceleración y aceleración para la ubicación de la gasolinera, vialidad necesaria para que los autos entren y salgan de la gasolinera. Derivado de ello, se resolvió que las autoridades responsables de dichos documentos debían iniciar las acciones para realizar un juicio de lesividad^[3] para corregir los errores cometidos por las dependencias.

Los habitantes de San Pedro interpusieron tres juicios, cuyas sentencias les fueron favorables. Dos juicios de nulidad (I-52703/2011 y I-71002/2011) y uno de acción pública (IV-10810/2012). La primera sala del Tribunal Administrativo y de lo Contencioso declaró la nulidad del certificado único de zonificación de uso de suelo mencionado, expedido por la Seduvi y fueron revocados: el dictamen de impacto ambiental urbano DGAU.10DEIU/030/2010, con fecha del 22 de noviembre del 2010; la manifestación de construcción tipo C, RG/TL/3033/2010, del 6 de diciembre de 2010, y la autorización de impacto ambiental SMA/DGRA/DEIA/000425/2010, emitida por la Secretaría del Medio Ambiente del Distrito Federal. La resolución del juicio I-52703/2011 fue emitido el 26 de noviembre del 2012. Los habitantes del pueblo han insistido en la parte jurídica, y aunque desde la primera sentencia del Tribunal de Administrativo y de lo Contencioso se dictaminó que la instalación, apertura y servicio de la gasolinera es ilegal, las autoridades correspondientes no la han clausurado.

En los últimos meses de 2015, derivado de la presión de la comunidad, cambió la posición de la Jefatura Delegacional respecto de la instalación de la gasolinera. Si bien desde 2011 hasta 2015 la postura de los delegados en turno era de trato preferencial con los empresarios del corporativo Corpogas, en el periodo de 2015 a 2018 la delegada Sheinbaum tomó una postura de hacer cumplir la normatividad vigente e instalar mesas de trabajo de las cuales han derivado diversas acciones en concordancia con un proyecto de Estado en pro de la vida y el respeto a los derechos que rigen el desarrollo de la ciudad.

La jefa delegacional Claudia Sheinbaum “denunció la existencia de una red de corrupción que permitió un incremento desordenado de construcciones con documentos, licencias y directores de obras falsos, por lo que se interpusieron denuncias ante la Contraloría y la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal por nueve casos detectados, con el fin de que actúen en consecuencia”.^[4]

Esta situación nos habla de que el gobierno delegacional pasó de ser un enemigo para el pueblo a un aliado que busca la legalidad. Respecto del conflicto por la gasolinera, en 2015, la jefa delegacional Claudia Sheinbaum promovió un juicio de lesividad con el que reconoce la ilegalidad de administraciones anteriores para otorgar las licencias de construcción, por lo que promovió un juicio de lesividad en el que reconoce lo ilegal en el otorgamiento del certificado de uso de suelo; de igual manera la Seduvi promovió un juicio de lesividad en el que reconoce lo ilegal del certificado de uso de suelo.^[5]

En esta situación se expresa un cambio muy importante en el nivel del conflicto: ahora ya no es entre ciudadanos y autoridades o entre la autoridad de la delegación Tlalpan y la Jefatura de Gobierno; ahora el conflicto es entre el Poder Ejecutivo y el Poder Judicial, y la comunidad aparece como tercero interesado; es decir, ahora se perfila como un conflicto entre las diferentes instancias del Estado donde hay diferentes formas de interpretar las normas que rigen la ciudad. El Poder Ejecutivo y el pueblo exige que se respete la ley al tribunal administrativo.

[1] Véase, Miguel Ángel Velázquez, “Ciudad perdida: desarrollo urbano, caos en construcción, empresas impunes”, *La Jornada*, México, jueves, 26 de noviembre de 2015, sección: Opinión, recuperado de <<http://www.jornada.com.mx/2015/11/26/opinion/044o1cap>> (consultado el 22 de enero de 2019).

[2] El juicio de amparo tiene por objetivo proteger los derechos humanos y derechos fundamentales establecidos en la Constitución y en los tratados internacionales de los que México sea parte, cuando éstos son violados por normas generales, actos u omisiones de autoridad señalados en la Constitución. El juicio de amparo se encuentra regulado por los artículos 103 y 107 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

[3] El juicio de lesividad es el medio legal que tiene las autoridades administrativas para revertir una resolución emitida por ellas en favor de los particulares y que se considere contraria a la ley y cause un perjuicio al Estado.

[4] Laura Gómez Flores, “Denuncia Sheinbaum red de corrupción en construcciones”, *La Jornada*, México, martes, 12 de enero de 2016, sección: Capital. p. 32, recuperado de: <<http://www.jornada.com.mx/2016/01/12/capital/032n1cap>> (consultado el 22 de enero de 2019).

[5] Movimiento Popular de Pueblos y Colonias del Sur. “Sigue la lucha contra gasolinera ilegal en Tlalpan”, *La Jornada*, México, miércoles, 30 de diciembre de 2015, sección: El Correo Ilustrado, recuperado de: <<http://www.jornada.com.mx/2015/12/30/>> (consultado el 22 de enero de 2019).

Carta al Lic. Andrés Manuel López Obrador

Ciudad de México, a 15 de noviembre de 2018

C. Lic. Andrés Manuel López Obrador

Presidente Electo de los Estados Unidos Mexicanos

Presente

Señor presidente electo, hemos sabido por la prensa que usted ha planteado que los días 24 y 25 de noviembre habrá una consulta en torno a diversas propuestas suyas, entre otras, la construcción del llamado Tren Maya, y la del Corredor Comercial y Ferroviario del Istmo de Tehuantepec. El primer proyecto abarcaría los estados de Chiapas, Quintana Roo, Yucatán, Campeche y Tabasco; se plantea como fecha de inicio de construcción el 16 de diciembre del presente. El segundo se ubica en los estados de Oaxaca y Veracruz. Las seis primeras entidades están consideradas como “hábitats críticos que abarcan áreas con alto valor de biodiversidad”.^[1] Al respecto queremos expresar a usted nuestras preocupaciones, y hacerle la petición expresa de no hacer, por lo pronto, consulta alguna respecto de ambos proyectos, y menos aún iniciar las obras, por las siguientes razones:

Como usted sabe, de treinta años a la fecha México, país reconocido por estar en el grupo de los doce países megadiversos que hay en el mundo, y entre los que ocupa el cuarto lugar, ha perdido selvas, manglares y bosques de manera alarmante. También es un hecho que el agua, un bien indispensable para la vida, es un recurso limitado que depende en buena medida de la salud de bosques y selvas. Hoy la biodiversidad y el agua son los más importantes recursos con los que puede contar una nación. Su degradación pone en grave riesgo la sustentabilidad ecológica del territorio mexicano. Por ello los sitios de alta biodiversidad deben preservarse bajo los más estrictos estándares internacionales y reconociendo los saberes de los pueblos originarios, quienes han sido garantes de sus territorios y depositarios de la riqueza natural y cultural de nuestro país.

En este contexto, preocupa que el proyecto del Tren Maya y el del Corredor Comercial y Ferroviario del Istmo de Tehuantepec tengan características similares a las de otros megaproyectos como los que fueron promovidos dentro del Plan Puebla Panamá, localizados

justamente en los frágiles ecosistemas del trópico mesoamericano y mexicano para ofrecer “progreso y desarrollo”. Este tipo de macroproyectos han sido fuertemente rechazados por su carácter esencialmente mercantil,^[2] por el daño ecológico que ocasionan y los conflictos sociales que generan.

Luego de todo el desastre ecológico de décadas pasadas en aras del “desarrollo” (ganadería extensiva, industria petrolera, minería, carreteras, etcétera) no se puede emprender un proyecto de esta naturaleza sin un estudio amplio de los impactos ecológicos, culturales y al patrimonio arqueológico, del que, según evidencias, hay vestigios importantes para el patrimonio histórico y cultural del país cubiertos por selva, de la misma importancia de lo que está a la vista.

Por ello se hace indispensable la participación previa a cualquier obra de las siguientes instancias que forman parte de la estructura gubernamental y que han sido creadas, en buena medida, para realizar estudios previos frente a obras que pueden afectar los ecosistemas, la disponibilidad de agua y los impactos socioculturales, entre otros aspectos, y a las que debemos exigir el cabal cumplimiento de sus funciones. Nos referimos a la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), al Instituto Nacional de Ecología y Cambio Climático, a la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio), a la Comisión Nacional del Agua (Conagua), a la Secretaría de Cultura y al Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), así como a la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI), o sus equivalentes de acuerdo con lo que plantee la nueva Ley de Administración Pública. Será también indispensable consultar ampliamente a la comunidad científica, con la participación de los centros de investigación y enseñanza superior.

Consideramos fundamental no pasar por alto el principio de la “consulta previa, libre e informada de las comunidades indígenas locales afectadas” a que obliga el Convenio 169 sobre Pueblos Indígenas y Tribales de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Ésta no puede sustituirse con ninguna “consulta nacional” y tendría que realizarse de manera transparente y bajo la observación de una comisión plural del más alto nivel sin conflicto de interés. Hay que recordar que se trata de derechos humanos perfectamente establecidos y legitimados, cuyo incumplimiento habrá de dar lugar a recurrir a la Suprema Corte de Justicia de la Nación e incluso a las instancias correspondientes de la Organización de las Naciones Unidas.

Señor presidente electo: venimos de treinta años de regímenes que han impuesto megaproyectos en el país sin haber realizado los estudios necesarios con la seriedad que cada caso amerita. Hemos visto cómo muchos de ellos se han basado en manifestaciones de impacto ambiental (MIAS) hechas a modo y se han realizado en medio de gran opacidad. Esto ha traído graves consecuencias para la sustentabilidad ecológica de México y la concordia entre los mexicanos. Hoy el país está devastado; su patrimonio biocultural ha sido seriamente degradado. Por estas

razones, entre otras muchas, millones de mexicanos acudieron a las urnas decididos a cambiar ese estado de cosas y a construir junto con usted un país de leyes, más justo, en el que las personas, y por tanto el medio ambiente, sean ejes fundamentales de la vida del país. Será un signo de verdadero cambio que los nuevos proyectos productivos en los ecosistemas tropicales (y en general en todo el territorio nacional) estén ecológicamente fundamentados, considerando la riqueza y diversidad del patrimonio biocultural del país. Esto pasa, necesariamente, por atender a las instituciones y a las voces de quienes por años se han dedicado al estudio de estas regiones y temas, muchas veces gracias a los recursos económicos que a través de sus impuestos les hace llegar el pueblo de México. De igual manera, es fundamental escuchar a los pueblos y respetar su libre determinación.

Creemos en la necesidad de resolver los problemas sociales y económicos que afectan a nuestro país. Pero también estamos convencidos de que el verdadero bienestar social con sustentabilidad ecológica no puede derivar de la destrucción de la naturaleza ni del atropello al respeto elemental de los derechos de los pueblos y comunidades que habitan estos territorios.

Recientemente usted ha tomado la prudente decisión de cancelar una obra, el Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México (NAICM), por los costos ambientales, sociales y económicos que esta obra representaba. Su construcción se inició sin llevar a cabo los necesarios estudios previos de impacto ambiental que incluyeran una visión regional de conjunto, y sin la consulta previa, libre e informada, basada en la ley, a las comunidades afectadas. Las consecuencias están a la vista: degradación ecológica, ruptura del tejido social de las comunidades, enfrentamientos entre diversos sectores del país y graves pérdidas económicas. Eso evidencia que las decisiones gubernamentales deben ser seriamente estudiadas y consensuadas, y que las políticas públicas deben ser congruentes, y sumar en una misma dirección. Hoy tiene usted la posibilidad de demostrar que se puede y se debe proceder de otra manera. De otra suerte, se irá desgastando el necesario apoyo que su gobierno requiere para sacar adelante un país con graves rezagos en los más diversos órdenes.

No podemos dejar de mencionar que, de acuerdo con diversas investigaciones, el colapso de la antigua civilización maya pudo deberse a la sobreexplotación de su entorno natural. A pesar de su innegable sabiduría, los antiguos mayas no tenían elementos suficientes para actuar de otra manera y evitarlo. Hoy sabemos que la capacidad de carga y recuperación de los ámbitos naturales tiene límites. Sería imperdonable no aprender de la historia y cometer los mismos errores, cuyas consecuencias pueden ser tan graves o más que en el pasado. Hay muchos caminos para lograr la justicia social y un desarrollo armónico con la naturaleza. México puede ser pionero en propuestas creativas que cumplan con estos dos requisitos indispensables. Le ofrecemos a usted nuestros conocimientos y trabajo para explorar esos caminos y lograr, vía el consenso, proyectos que realmente transformen a México y sean un ejemplo para el mundo.

Atentamente

Dr. Alfredo López Austin (Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM)

Mtro. Francisco Toledo (artista plástico)

Dr. Miguel Concha Malo (Centro de Derechos Humanos Fray Francisco de Victoria O. P.)

Dr. Ambrosio Velasco Gómez (Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM)

Dr. Gerardo Bocco (Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, UNAM, Campus Morelia)

Dra. Marisa Mazari Hiriart (Instituto de Ecología, UNAM)

Mtro Luis Fueyo Mc Donald (Corena)

Dr. Alejandro Casas Fernández (SNI-3, Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad IIES, UNAM)

Héctor Bonilla (actor y director de teatro)

Dr. Sergio Aguayo Quesada (El Colegio de México)

Dr. Paul Hersch (Investigador Centro INAH Morelos)

Dr. Gilberto López y Rivas (Centro INAH Morelos)

Dra. Patricia Colunga GM. (Investigadora independiente)

MC Adelita San Vicente Tello (Semillas de Vida)

Dra. Cristina Mapes Sánchez (Jardín Botánico Instituto de Biología, UNAM)

Dr. Rodrigo Gutiérrez (Coordinador del Área de Derechos Humanos del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM)

Etnlgo. José del Val (Programa Universitario de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad, UNAM)

Dr. Luis de la Peña (Instituto de Física, UNAM)

Dra. Ana María Cetto (Instituto de Física, UNAM)

Paul Leduc (cineasta)

Juan Villoro (escritor)

Dr. Carlos Fazio (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM)

Dr. Eckart Boege (INAH, UCCS)

Dr. Gian Carlo Delgado (CEIICH, UNAM)

Dra. Lucía Oralia Almeida Leñero (Facultad de Ciencias, UNAM)

Homero Aridjis (presidente, Grupo de los Cien)

Dra. Elena Lazos (Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM)

Dr. Juan Humberto Urquiza García (Colegio de Historia–Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)

Dr. Carlos H. Ávila Bello (Profesor–Investigador Universidad Veracruzana)

Dr. Carlos Zolla (Programa Universitario de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad, UNAM)

Dr. Carlos Martorell (Departamento de Ecología y Recursos Naturales Facultad de Ciencias, UNAM)

Dr. Arturo Argueta Villamar (Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias CRIM, UNAM)

Dr. Julio Boltvinik (El Colegio de México)

Dr. Enrique Leff (Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM)

Mtra. Cristina Barros (investigadora independiente)

Dr. Luis Zambrano (Laboratorio de Restauración Ecológica Instituto de Biología, UNAM)

Dra. Rosa María Garza Marcué (Investigadora DEAS–INAH)

Dra. Eliana Acosta (Investigadora DEAS–INAH)

Mtra. Luz Emilia Aguilar Zinzer (Crítica e investigadora teatral y Ambientalista)

Dra. Ana Esther Ceceña (Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM)

Dra. Ana María Aragonés (Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM)

Dra. Teresa Rojas Rabiela (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social CIESAS y Red de Patrimonio Biocultural)

Dra. Carmen Valverde (Centro de Estudios Mayas, UNAM)

Gustavo Ampugnani (Greenpeace México, A.C.)

Julieta Egurrola (actriz)

Úrsula Pruneda (actriz y directora)

Biol. Juan Manuel Quintero (Limbo Ambiental, Coatzacoalcos, Veracruz)

Dr. Gerardo Pérez Ponce de León (Investigador Titular C Instituto de Biología, UNAM)

Dra. Ella Vázquez Domínguez (Instituto de Ecología, UNAM)

M. en C. Jorge Alcalde Martín del Campo (ITAM)

Dra. Ellen Andresen (Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM–Campus Morelia)

Dr. Omar Arellano–Domínguez (Facultad de Ciencias, UNAM)

Dra. Alicia Castillo Álvarez (Investigadora Titular Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad UNAM, campus Morelia)

C. María de la Luz González Segura (periodista)

Mtra. Hilda Rivas Solórzano (Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental CIGA, UNAM, campus Morelia)

Mtra. Ximena Ramos Pedrueza Ceballos

María de los Ángeles Cruz Rosel (Centro de Estudios de Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de Yucatán)

C. Guillermo Rodríguez Curiel (LAVIDA)

C. Emilio Rodríguez Almazán (LAVIDA)

Dra. Ana Wegier (Instituto de Biología, UNAM)

Dr. Jaime Paneque-Gálvez (Investigador del Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, UNAM)

Dra. Magdalena Barros Nock (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, CIESAS)

M. en C. Rosaura Páez Bistrain (Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental, UNAM, campus Morelia)

Dra. Gabriela Parra Olea (Instituto de Biología, UNAM)

Dr. Omar Becerra Soria (Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Ángela Mendoza (Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Hilda Rivas Solórzano (Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental CIGA, UNAM, campus Morelia)

Dr. Guillermo Ibarra Manríquez (Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, campus Morelia)

M. en C. Ma. Guadalupe Cornejo Tenorio (Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, campus Morelia)

Dra. Eva María Piedra Malagón (Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, campus Morelia)

Dra. Patricia Escalante Pliego (investigadora titular B TC Departamento de Zoología Instituto de Biología, UNAM)

Dr. Julio Muñoz Rubio (Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM)

Mtra. Monserrat González Montaña (Escuela Nacional de Trabajo Social, UNAM)

Dra. Nancy Calderón Cortés (Licenciatura en Ecología, ENES, Unidad Morelia)

M. en Arquitectura Elena Tudela Rivadeneyra (Maestría en Arquitectura en Diseño Urbano, profesor asociado C TC Área Urbano Ambiental Facultad de Arquitectura, UNAM)

Dr. Víctor Arroyo Rodríguez (investigador Titular B SIN-III, Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM)

Lic. en Economía Salvador Mendiola (profesor Licenciatura Periodismo y Comunicación FES Aragón, UNAM)

M en G. Rutilio Castro Miguel

M. en C. Claudia Ortiz (Facultad de Arquitectura, UNAM)

M en G Tania Fernández Vargas (Instituto de Biología, UNAM)

Urbanista Alonso Azaid Cortés Solís (Licenciatura en Urbanismo Facultad de Arquitectura, UNAM)

Urbanista Brando Felipe Noh García (Licenciatura en Urbanismo Facultad de Arquitectura, UNAM)

Maestra en Urbanismo Claudia Ortiz (Licenciatura en Urbanismo Facultad de Arquitectura, UNAM)

M en C. René D. Martínez Bravo (Laboratorio de Bioenergía, Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM)

Lic. en Comunicación Javier Barros del Villar (Más de MX)

M en G. Tania Fernández Vargas (Instituto de Biología, UNAM)

M en C. María Delia Basanta (Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Raquel Hernández Austria (Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Luis García Prieto (Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Ángela María Mendoza Henao (Departamento de Zoología, Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Carlos Omar Becerra Soria (Laboratorio de Sistemática y Conservación de Anfibios, Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Raquel Hernández Austria (Laboratorio de Sistemática Molecular II Instituto de Biología de la UNAM)

Dr. Eduardo Alberto Pérez García (Grupo de Conservación y Ecología Vegetal Departamento de Ecología y Recursos Naturales Facultad de Ciencias, UNAM)

Dra. Patricia Balvanera (IIES Morelia, UNAM)

Dra. Irene Sánchez Gallen (Ecología del suelo, Depto. de Ecología y Recursos Naturales, Facultad de Ciencias, UNAM)

M en C. Juan Carlos Flores Vázquez (Instituto de Ecología, UNAM)

Dra. Gabriela Parra Olea (Instituto de Biología, UNAM)

Ana Claudia Napote (Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM)

Dr. Óscar Flores (Facultad de Medicina, UNAM)

Dra. Julieta Benitez–Malvido (Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad UNAM)

Biol. Daniel Sandoval Gutiérrez (Jardín Botánico Instituto de Biología, UNAM)

Biol. Miguel Ignacio Rivas Bejarano (Instituto de Biología, UNAM)

Dr. León Islas (Facultad de Medicina, UNAM)

Dr. Abisaí Josué García Mendoza (Jardín Botánico Instituto de Biología, UNAM)

Dra. Ek del Val (Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM)

M. en C. Claudia Ortiz (Facultad de Arquitectura, UNAM)

Dra. Lucía Sanaphre Villanueva (Investigadora Centro del Cambio Global y la Sustentabilidad, A.C.)

Dr. Enrique Vargas Madrazo (Investigador del Centro de Ecoalfabetización y Diálogo de Saberes, Universidad Veracruzana)

Dra. Luisa Paré (Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM)

Dra. Andrea Martínez Ballesté (Jardín Botánico Instituto de Biología, UNAM)

Dr. Zenón Cano Santana (Facultad de Ciencias, UNAM)

Mtro. Carlos Luis Escoffié Duarte (litigante independiente en derechos humanos)

Lic. María de los Ángeles Cruz Rosel (Investigadora del Centro de Estudios de Derechos Humanos de la Universidad Autónoma de Yucatán)

C. Guillermo Rodríguez Curiel

C. Emilio Rodríguez Almazán

Dra. Diana María Escalante Alcalde (Instituto de Fisiología Celular, UNAM)

M. en C. Elena Jaloma Cruz (Centro de Derechos Humanos Minerva Bello)

Dra. Mayra Elena Gavito Pardo (Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad)

Dra. Aída Atenea Bullen Aguiar (Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM)

M. en C. Verónica Zepeda Martínez (Facultad de Ciencias, UNAM)

Dra. Artemia Fabre Zarandona (Presidenta de Diálogo y Movimiento, A. C.)

Rodolfo Pérez Rodríguez (profesor e investigador de la Facultad de Biología, UMSNH)

Dra. Patricia Ornelas (Instituto de Biología, UNAM)

M. en C. Moisés Armando Luis Martínez (Museo de Zoología “Alfonso L. Herrera” Departamento de Biología Evolutiva Facultad de Ciencias, UNAM)

Dra. Christina Siebe Grabach (Instituto de Geología, UNAM)

Dr. José G. Palacios Vargas (Facultad de Ciencias, UNAM)

C. Emiliano Navarrete Sauza (Licenciatura en Biología de la Facultad de Ciencias, UNAM)

M. en CS. Alicia Martínez Bautista (Academia Nacional de Ciencias Forestales)

Lic. Beatriz Equihua Enríquez (economista independiente)

C. Lorena Esquivel Mondragón (Licenciatura en Biología Facultad de Ciencias, UNAM)

Dra. Estela Cessa Flores (Agrolimex)

Mtra. Mónica del Villar K. (investigadora independiente)

Dra. Margarita Pérez Negrete (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social CIESAS)

Dra. Haydeé Roviroza González (maestra de Arte contemporáneo)

M. en C. Evelyn Hernández Vidal (doctorante por la Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro)

Químico agrícola Donato García (campesino)

Dra. Alma Piñeyro Nelson (UAM-X)

Batán Silva (cineasta y activista social)

PhD N. Ivalú Cacho (Departamento de Botánica Instituto de Biología, UNAM)

Lic Salvador Mendiola periodista (FES-Aragón, UNAM)

Dra. Nancy Calderón Cortes (ENES-Morelia, UNAM)

Dr. Luis Humberto Escalera Vázquez (Facultad de Biología, UMSNH)

Dr. J. Fco. Ziga Gabriel (coordinadora de Organizaciones Sociales Indígenas y Afromexicanas de Guerrero y Oaxaca. Red por el Reconocimiento Constitucional del Pueblo Negro de México)

Lic. Rosalva Robles Vessi (historiadora, Mérida, Yucatán)

Dr. Felipe Reyes Escutia (secretario de la Sociedad Académica por el Pensamiento Complejo e investigador del Centro de Investigación sobre Ecosistemas Tropicales de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas)

Dr. Javier Reyes Ruiz (Universidad de Guadalajara)

Dra. María Dolores Cervera Montejano (Cinvestav, IPN, Unidad Mérida)

Dra. Norma Georgina Gutiérrez Serrano (Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias CRIM, UNAM)

Mtra. Emma Alicia Canales de la Fuente (profesora por asignatura, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, BUAP)

Mtra. en Geografía María del Rosario González Montaña (coordinadora de estación meteorológica en la Escuela Nacional Preparatoria, UNAM)

Dr. Daniel Rodríguez Velázquez (profesor titular, Escuela Nacional de Trabajo Social, UNAM)

Lic. T. S. María de Lourdes Santiago Cruz (Red Chimalli por los Derechos de Todas y Todos, Oaxaca)

Dr. Rafael Pérez Taylor (Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM)

Dra. Fernanda Figueroa (Facultad de Ciencias, UNAM)

Dra. Antonia Candela (Departamento de Investigaciones Educativas Cinvestav IPN)

C. Carlos Alberto Sánchez Ricardo (Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades CEICH, UNAM)

Dr. Francisco López Bárcenas (El Colegio de San Luis)

Marco Barrera Bassols (Museólogo y museógrafo)

Dr. Iván Azuara Monter (Posgrado en Estudios de la Ciudad, UACM)

Dr. Ignacio Chapela (Universidad de California en Berkeley)

Dr. Enrique Rajchenberg (Facultad de Economía, UNAM)

Dra. Cynthia Armendariz Arnez (Escuela Nacional de Estudios Superiores ENES–Morelia, UNAM)

Dr. John Holloway (Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” Benemérita Universidad Autónoma de Puebla)

Dra. Ana García Silberman (Cinvestav IPN, Unidad Mérida)

Ana María Siañez Gutiérrez (ama de casa)

Dr. Alejandro Fujigaki Lares (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM)

Dra. Mariela Fuentes Ponce (UAM–X)

Dr. Rodrigo A. Medellín Erdmann (Instituto de Ecología, UNAM)

Dra. Eloína Peláez Valdez (directora fundadora Jardín Etnobotánico “Francisco Peláez R.” A. C.)

Dr. Octavio Klimek Alcaraz (investigador independiente)

M. en C. Ma. Guadalupe Guadarrama Huerta (Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM)

Lic. Magdalena Gómez (Universidad Pedagógica Nacional)

Mtro. Mauricio González González (ENAH y el Centro de Investigación y Capacitación Rural A.C., Cedicar)

Dr. Efraín León Hernández (Facultad de Filosofía y Letras, UNAM)

Dra. Leticia Merino (Seminario Universitario de Sociedad, Medio Ambiente e Instituciones SUSMAI, UNAM)

Dra. María de Jesús Ordóñez Díaz (CRIM, UNAM)

Mayra Eslava (Centro de Orientación y Asesoría a Pueblos Indígenas, A.C.)

Luis Gerardo Romero Chora (estudiante de Biología, UNAM)

Dr. César Carrillo Trueba (Facultad de Ciencias, UNAM)

Dr. Luis Tamayo Pérez

Otto Minera (dramaturgo)

Dra. Marcia Hiriart (Instituto de Fisiología Celular, UNAM)

Carmen Aguilar Zinser (maestra en Historia, Activista en la defensa de nuestro patrimonio histórico y riquezas naturales en Coyoacán)

Dr. Antonio Turrent Fernández (Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad UCCS)

Dra. Julianna Ayora (Facultad de Sociología de la Universidad Veracruzana)

Dra. Mina Lorena Navarro (profesora investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP)

Dra. Diana Luque (Centro de Investigación en Alimentación y Desarrollo A.C.)

Dr. Narciso Barrera Bassols (UCCS, Universidad Autónoma de Querétaro)

Lic. Areli Sandoval (Defensora de los derechos Humanos)

Dr. en Sociología Oliver Gabriel Hernández Lara (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UAEMex)

Dr. José Antonio Aldrete Haas (profesional independiente)

Baltimore Beltrán (actor)

Giovanna Zacarías (actriz y directora de cine)

Mariana Giménez (actriz y directora de teatro)

Eric Olivares (diseñador académico)

Natalia Beristáin (directora de cine)

Pilar Flores Del Valle (actriz)

Karina Gidi (actriz)

Ana Francis Mor (actriz)

Laura Imperiale (cineasta)

María Goicoolea (actriz)

Juan Pablo Miquirray (cineasta)

Roberto Sosa (actor)

Gabriela de la Garza (actriz)

Dolores Heredia (Actriz)

Miguel Sabido (investigador y práctico de la comunicación)

M. en C. Eric Castañares Maddox

Dr. Alejandro Espinosa Calderón (Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad UCCS, Academia Mexicana de Ciencias)

Mtra. Virginia Paula Porras Ruiz (Universidad Pedagógica Nacional)

Mtra. Isabel Sanginés Franco (Universidad Autónoma de la Ciudad de México)

Dra. María Teresa Gutiérrez Haces (Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM)

Margarita Muñoz Rubio (Escuela Nacional de Música, UNAM)

Dra. Margara Millán Moncayo (Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM)

Dra. Marta Astier (Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental CIGA)

Dr. Omar Masera (Instituto de Investigaciones en Ecosistemas y Sustentabilidad, UNAM)

Marcos Rubén López Miguel (profesor de la Escuela Nacional de Trabajo Social, UNAM)

Mtra. Irma Estela Aguirre (Centro de Estudios para el Desarrollo Rural)

Dr. Benjamín Ortiz Espejel (El Colegio de Puebla, A.C.)

C. Alma Rodríguez Ayala (fotoperiodista)

Mtra. Sofía Medellín Urquiaga (profesora ENAH / UNAM)

Dra. Beatriz Stolowicz Weinberger (Departamento de Política y Cultura, UAM–Xochimilco)

Lic. T.S. Nazaria Moreno Macías (Universidad Don Vasco, A.C. Uruapan, Michoacán)

Ing. Pedro Miguel Espinosa E. (Consinfo)

Dra. Consuelo Bonfil (Facultad de Ciencias, UNAM)

Mtra. Claudia Campero Arena (geógrafa)

M. en C. Ariel Rojo Curiel (consultor independiente)

Mtra. Flor Mercedes Rodríguez Zornoza (Posgrado en Educación Ambiental, UACM)

Dra. Aida Luz López (Posgrado en Educación Ambiental, UACM)

Dr. Claudio Lomnitz (Universidad de Columbia, Nueva York)

Dra. Ma. Elena Durán Lizárraga (Academia de Biología Humana Colegio de Ciencias y Humanidades, Universidad Autónoma de la Ciudad de México)

M.C. Elba Castro (Maestría en Educación Ambiental, Universidad de Guadalajara)

Lic. Juan Manuel Zaragoza Contreras (Escuela Nacional de Trabajo Social, UNAM)

Dra. Silvia Tamez (UAM Xochimilco, Grupo de Estudios Ambientales GEA, A. C.)

Dra. Isabel García Coll (Consultora independiente Pladeyra, S. C.)

Álvaro Caso Chávez (filósofo y artesano)

Dr. Gerardo Alatorre Frenk (Instituto de Investigaciones en Educación Universidad Veracruzana)

Dr. Javier Riojas (Coordinador de la Licenciatura en Sustentabilidad Ambiental Centro Transdisciplinario Universitario para la Sustentabilidad Universidad Iberoamericana Ciudad de México-Tijuana)

Dr. Fernando Córdova Tapia (Centro de Investigación en Biodiversidad y Conservación, UAEM, Facultad de Ciencias, UNAM, Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad UCCS)

C. Emma Bensimón Israel (empleada)

M. en C. Carlos Muñoz (UAM-Xochimilco)

Lorena Martínez González (Fundación Xochitla A. C.)

Dr. André Dorcé (UAM-Cuajimalpa)

M. en C. Alejandra Straffon (Facultad de Ciencias, UNAM)

José Luis Bustamante (valle de Oaxaca)

Dr. Miguel A. Escalona A. (profesor, Universidad Veracruzana)

Mtro. Francisco Javier Guerrero (profesor investigador DEAS-INAH)

Dr. Ricardo Melgar Bao (profesor investigador emérito Centro INAH Morelos)

Mtro. Carlos García Mora (profesor investigador DEE-INAH)

Arqloga. Hortensia de Vega Nova (Centro INAH Morelos)

Dra. Magdalena Gómez (UPN)

Dra. Lina Odena Güemes (ENAH-INAH)

Dra. Lillíán González (profesora Universidad Autónoma del Estado de México)

Arq[lg]o. Efraín Flores López (Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, INAH)

Dra. Rosario Haydee Pérez y Espejo (IIE-UNAM)

Mtra. Cecilia Vázquez (investigadora Centro INAH Puebla)

Dr. Luis Tamayo Pérez (Colegio de Morelos Coordinador en Morelos de la UCCS)

Dra. Raquel Padilla Ramos (profesora investigadora Centro INAH Sonora)

Mtra. Esperanza Muñoz (investigadora DEAS-INAH)

Mtro. Itzam Pineda Rebolledo (UACM)

Yuriria Juárez Martínez (UACM)

Lic. Patricia Guarneros (integrante de la Misión de la Observación de la Consulta de Soya Transgénica de Campeche)

Dra. Susana Gómez Serafín (investigadora Centro INAH Morelos)

Erika María Méndez Martínez (ayudante de investigación, IIA-UNAM)

José Luis Naval Cid de León (pintor, grabador y director de la Revista *Boulevard*, la cultura de Puebla y Tlaxcala)

José Luis Mariño (Colectivo Bordamos por la Paz y la Memoria)

Dra. Artemia Fabre Zarandona (Diálogo y Movimiento, A.C.)

Jesica Terán García Travesí (ingeniera ambiental)

Gerardo Pérez Muñoz (Colectivo Hermanos Serdán)

Arturo Mendoza (Colectivo Hermanos Serdán)

Dra. Irene Herner Reiss (UNAM)

Roberto Sandoval Zarauz (DEH-INAH)

Miriam Judith Gallegos (Centro INAH Tabasco)

Renée García Travesí Fernández (ambientalista. Tulce A.C.)

Diego García Osorio (FES-Acatlán, UNAM)

Leobardo Espinoza Rodríguez (director general de México Prioridad)

Nashielly Cortés Hernández (UNAM)

Leonardo Durán Holguín (Tozopan Titatanizke)

Mtra. Berenice Rodríguez Hernández (investigadora Centro INAH Morelos)

Rosario Pérez Espejo (UNAM)

José Camacho Sánchez (Consejo de Trabajadores por una Nueva Salud Pública)

Dra. Morna Macleod (profesora investigadora Facultad de Estudios Superiores de Cuautla, UAEM)

Mtra. Marina Anguiano (investigadora DEAS-INAH)

Dra. Maya Lorena Pérez (investigadora DEAS-INAH)

Erica L. Hagman Aguilar (UCCS)

Hugo Cercantes (Emprendedores del Huacal A.C.)

Dr. Alonso Aguilar Ibarra (IIE-UNAM)

Maribel Ramiro (Café Tlacuache)

Guadalupe Reyes Domínguez (UADY)

Ricardo Armijo (investigador Centro INAH Tabasco)

Dra. Margarita Rosales (profesor investigador INAH, Yucatán)

Dr. Víctor Acuña Alonzo (ENAH-INAH)

Martha Medina (Universidad Autónoma de Yucatán UADY)

Nora C. García Colomé (profesor investigador UAM-X)

Dra. Jessica Mariela Tolentino Martínez (investigadora Instituto de Investigaciones Económicas)

Azucena María Gorelli Suarez De Miguel

Carlos Cruz. (documentalista, UNAM)

Lic. Ana Patricia Sosa Ferreira (IIE-UNAM)

Elsa Hernández Pons (investigadora, INAH)

María Consuelo Sánchez González (Centro de Investigaciones Históricas y Sociales Universidad Autónoma de Campeche)

Lic. Martha Elena Mora Barreto (profesora de la Escuela Nacional de Lenguas, Lingüística y Traducción, antes CELE)

Actuario José Luis Salas Lizaur (consultor)

Mtra. Ilse María Escobar Hofmann (Historia, UNAM)

Adriana Durazo Villanueva

Lic. Shelley Galle Chapman (ENALLT-UNAM)

Dra. Elisa Cruz Rueda (profesora investigadora de la Escuela de Gestión y Autodesarrollo Indígena, Universidad Autónoma de Chiapas)

Mtro. José Luis Fernández Santisteban (profesor en la Facultad de Economía de la UNAM)

Dra. Laura Vázquez Maggio (profesora de la Facultad de Economía de la UNAM)

M. en C. Silvia Terán (investigadora)

Nora Cecilia García Colomé (profesora investigadora Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco)

M. en C. Verónica Elena Solares Rojas (Consultora)

Carmen de la Vega Gamiz (Grupo las Golondrinas)

Tania Andrade Olea (Colectivo Fuentes Rojas)

Elia Andrade Olea (Colectivo Fuentes Rojas)

Regina Méndez Tirado (Colectivo Fuentes Rojas)

Organizaciones

Taller por la Defensa de los Territorios y del Patrimonio Biocultural (DEAS-INAH)

Colegio de Antropólogos de Yucatán

Desarrollo Comunitario de Los Tuxtlas

Teyeliz, A.C.

Greenpeace México, A.C.

Proyecto de Desarrollo Rural Integral Vicente Guerrero, A.C. Tlaxcala

Luna del Sur, Oaxaca, A.C.

Centro de Capacitación y Defensa de los Derechos Humanos e Indígenas A.C.

Observatorio Indígena de la Huasteca Potosina Coordinadora de Organizaciones Campesinas e Indígenas de la Huasteca Potosina A.C.

Campaña Sin Maíz no hay País

Pobladores A.C. Unión de Organizaciones de la Sierra Juárez Oaxaca S.C.

Observatorio de Conflictos Mineros de Zacatecas

Red Mexicana de Organizaciones Campesinas Forestales, A.C. (Red MOCAF)

Grupo Ecologista del Mayab A.C.

Centro de Investigación y Capacitación Rural A.C. (Cedicar)

Asociación de Consumidores Orgánicos

Millones contra Monsanto México

Asamblea Veracruzana de Iniciativas y Defensa Ambiental (LAVIDA)

Colectivo Hermanos Serdán

Afectados Ambientales Puebla

Café Tlacuache

Tlayoyo Vale

Asociación de los Emprendedores de Huakal, A.C.

Colectivo Fuentes Rojas

[1] Esto significa, según la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) que “incluyen los hábitats requeridos para la supervivencia de especies amenazadas; áreas con importancia especial para especies endémicas o de áreas restringidas; sitios que sean vitales para la supervivencia de las especies migratorias; áreas que apoyan concentraciones significativas a nivel mundial; áreas que estén asociadas a procesos evolutivos claves; áreas que brinden servicios de ecosistemas importantes y áreas con una biodiversidad de importancia social. Los hábitats críticos son importantes porque funcionan como una herramienta de política ambiental para que los distintos actores involucrados en el desarrollo sustentable tomen decisiones adecuadas e informadas. Asimismo, ayudan a normar y estandarizar criterios de priorización, focalización y de asignación de recursos para la conservación ambiental”. (Informe de Evaluación Ambiental. Proyecto: Sistemas Productivos Sostenibles y Biodiversidad, Conabio, febrero de 2012, recuperado de: <http://www.conabio.gob.mx/web/pdf/SPSB_InformeEvaluacionAmbiental.pdf>, (consultado el 14 de noviembre de 2018).

[2] Véase, por ejemplo, respecto de su impactos y verdaderos objetivos: Andrés Barreda Marín, “El Plan Puebla Panamá”, *Biodiversidad*, 28 de agosto de 2002, recuperado de: <<https://www.grain.org/es/article/entries/938-el-plan-puebla-panama>> (consultado el 14 de noviembre de 2018).

Normas editoriales

Con-temporánea es una revista que difunde investigaciones originales concluidas o en proceso, en las diferentes disciplinas de las Ciencias Sociales, principalmente en los campos históricos y antropológicos del periodo contemporáneo. Nuestra revista se encuentra indexada en la plataforma Open Journal System (OJS). <https://revistas.inah.gob.mx/index.php/contemporanea>

Los artículos y reseñas enviados deberán ser originales e inéditos, lo que los exime de ser sometidos a dictamen en otros medios.

Los trabajos enviados serán sometidos a dictamen de pares ciegos, a cargo de la cartera de árbitros de la revista; la aceptación de cada colaboración dependerá de las evaluaciones confidenciales, realizadas por especialistas anónimos y del voto de calidad del Consejo de Redacción de la revista.

Los dictámenes evalúan cuatro rubros vitales para su aprobación: originalidad, coherencia en la estructura, pertinencia de las fuentes y la extensión adecuada.

Con la aprobación de su artículo, el autor cede el derecho de publicación al INAH para su difusión electrónica, en tanto el Instituto observará los derechos consagrados a su favor por la legislación autoral vigente.

Requisitos para la presentación de originales a publicar:

1. El autor deberá incluir, para ser localizado con facilidad, los siguientes datos: nombre completo —nombre(s) y apellido(s)—, institución en la que labora, teléfonos y dirección de correo electrónico.
2. Los artículos, impecablemente presentados, deberán ser inéditos. Podrán tener una extensión de entre 15 a 20 cuartillas, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones. Las reseñas bibliográficas no excederán de cinco cuartillas y deberán incluir la portada escaneada del libro reseñado.
3. El texto deberá escribirse en Word, con interlineado doble, en tipo Arial de 12 puntos, con excepción de los títulos que deberán ir en 14 puntos y en negritas; los subtítulos en 12 puntos y negritas.
4. Los trabajos no deberán usar abreviaturas en vocablos como etcétera, verbigracia, licenciados, señor, doctor, artículo. Toda sigla deberá ser escrita de forma completa sólo la primera vez.
5. Las citas mayores a cinco líneas irán a bando, sangrándolas a 1.25 centímetros del cuerpo del texto, y no incluirán comillas ni al principio ni al final (exceptuando las comillas internas).
6. Los números del 0 al diez deberán escribirse con letra.
7. Las llamadas (para indicar una nota o cita) irán siempre después de los signos de puntuación.

8. Las notas al pie de página incluirán la siguiente información y orden, cada dato irá separado del siguiente por una coma:

- a) nombres y apellidos del autor,
- b) título del libro, en cursivas,
- c) nombres y apellidos del traductor y/o redactor del prólogo, introducción, selección o notas,
- d) total de volúmenes o tomos,
- e) número de edición, en caso de no ser la primera,
- f) lugar de edición,
- g) editorial,
- h) colección o serie, entre paréntesis,
- i) año de publicación,
- j) volumen, tomo y páginas,
- k) inédito, en prensa, mecanoscrito, entre paréntesis.

9. En caso de que se cite algún artículo tomado de periódico, revista, etcétera, deberá seguirse este orden:

- a) nombres y apellidos del autor,
- b) título del artículo, entre comillas,
- c) nombre de la publicación, en cursivas,
- d) volumen y/o número de la misma,
- e) lugar,
- f) fecha,
- g) páginas.

10. En caso de que se cite un documento de archivo, debe seguirse el orden siguiente:

- a) emisor,
- b) título del documento,
- c) fecha,
- d) nombre completo del repositorio la primera vez que se cite y sus siglas entre paréntesis, en las citas siguientes sólo se utilizarán las siglas,
- e) localización interna del documento,
- f) fojas consultadas.

11. En caso de que se cite una página web, se seguirá el siguiente orden:

- a) nombres y apellidos del autor,
- b) título del artículo, entre comillas,
- c) liga directa al texto,
- d) (consultado y la fecha).

12. En caso de que se cite un documento filmográfico, debe seguirse el siguiente orden:

- a) nombres y apellidos del director,
- b) título de la película, en cursivas,

- c) lugar: casa productora, año, entre paréntesis,
- d) duración.

13. En caso de que se cite un testimonio oral, debe seguirse el siguiente orden:

- a) Entrevista realizada a (nombres y apellidos del entrevistado),
- b) por (nombres y apellidos del entrevistador),
- c) en (lugar (es) donde se realizó la entrevista),
- d) fecha (s) en la que se realizó la entrevista,
- e) nombre del acervo del que forma parte la documentación,
- f) nombre de la institución que lo custodia,
- g) si la entrevista está transcrita, indicar el número de página correspondiente.

14. Se recomienda que en caso de utilizar abreviaturas se haga de la siguiente manera: *op. cit.*=obra citada; *ibídem* =misma obra, diferente página; *ídem* =misma obra, misma página; p. o pp.=página o páginas; t. o tt. = tomo o tomos; vol. o vols. = volumen o volúmenes; núm.=número; trad.=traductor; *cfr.*=compárese; *et al.*= y otros.

15. Las ilustraciones, fotografías, cuadros y gráficas se entregarán en archivo separado para su reproducción y deberán indicar su ubicación exacta en el corpus de trabajo y los textos precisos de los encabezados o pies. Los cuadros y las tablas deberán ir numeradas en modo consecutivo. Los autores de los artículos serán responsables de gestionar los derechos de autor de las imágenes que utilizan. La resolución y formato de imágenes serán de 400 dpi, en formato TIFF, con medida mayor de 28 cm.

16. Los materiales deberán enviarse al correo electrónico:

con-temporanea.deh@inah.gob.mx. Mayor información al teléfono: 40405100 ext. 1205.

17. El Consejo de Redacción recibirá los materiales y los entregará a dos evaluadores anónimos para su dictamen. Si es el caso, se notificarán al autor las correcciones y sugerencias de modificación del texto. Entre la fecha de recepción del texto y la entrega de las recomendaciones no deberán pasar más de dos meses.